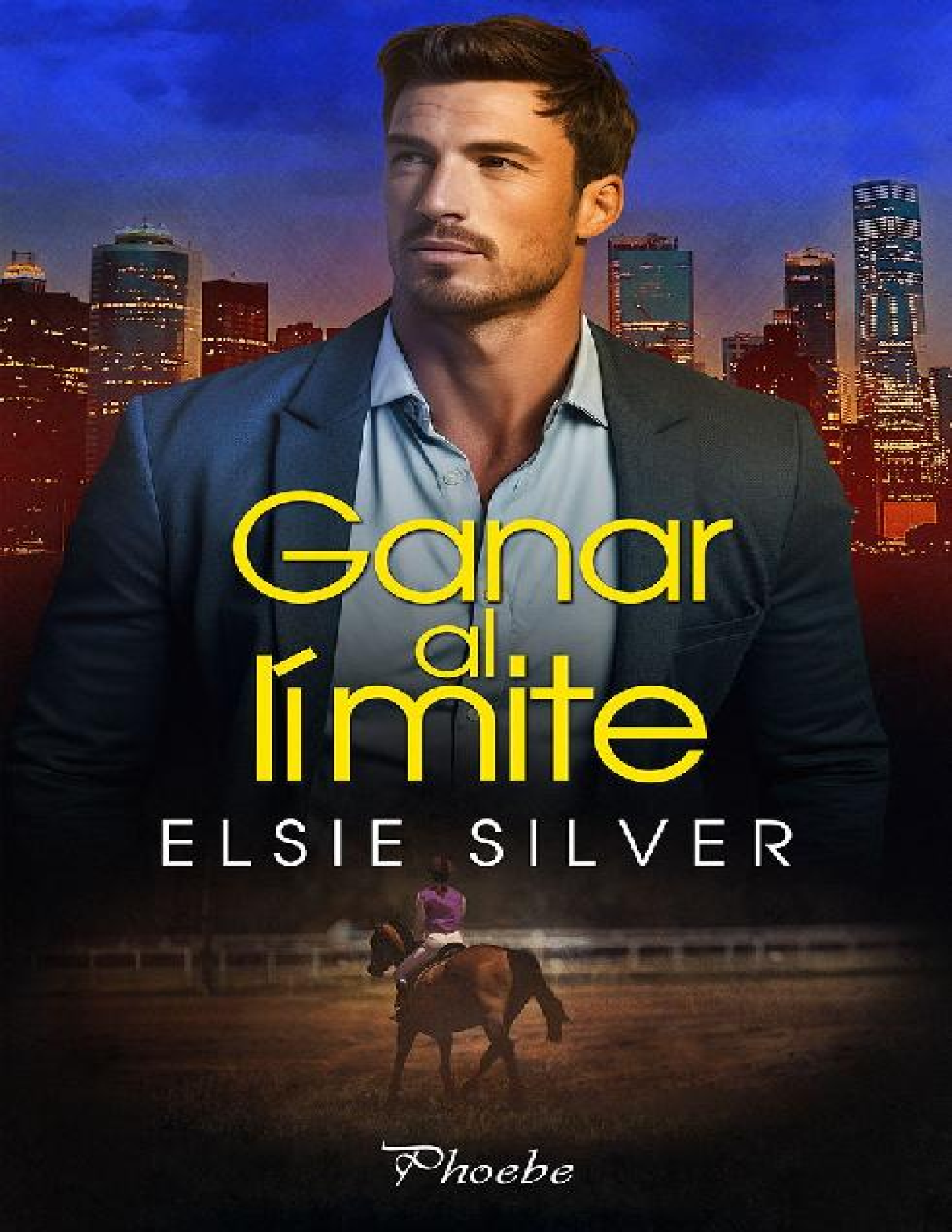
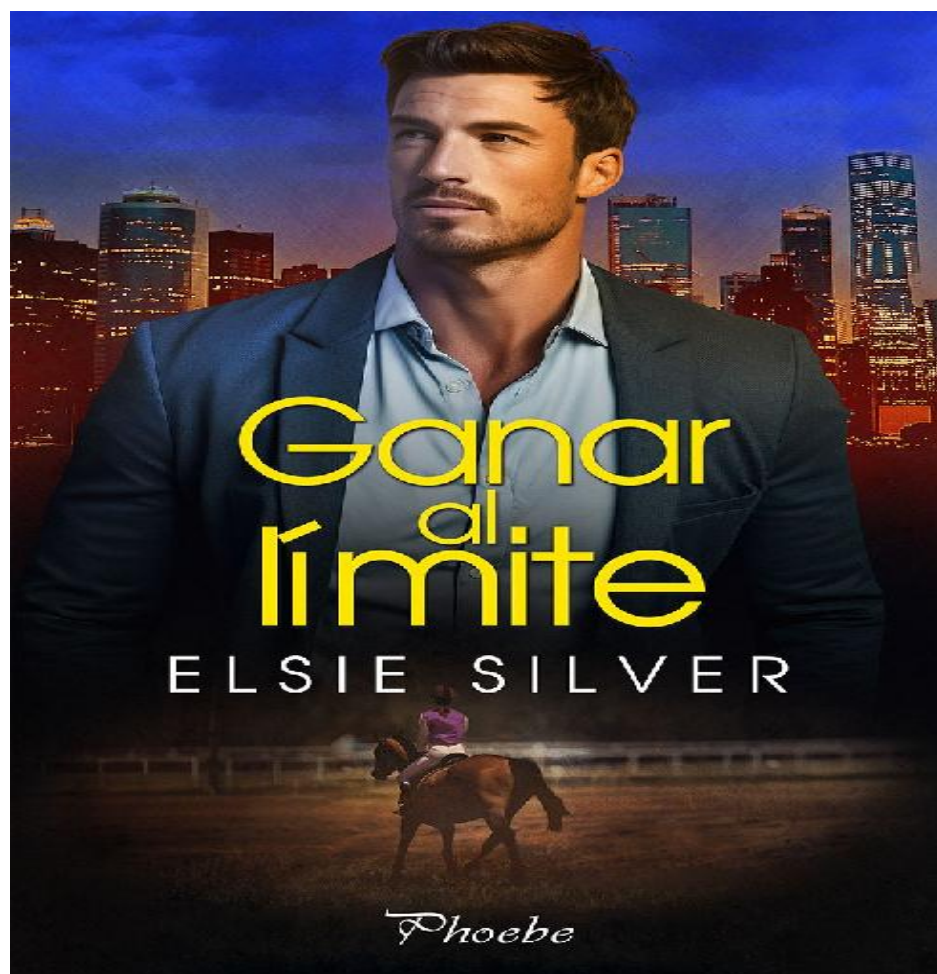




Ganar al límite

ELSIE SILVER

Phoebe



ELSIE SILVER

Ganar al límite

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *A Photo Finish*

Primera edición: noviembre de 2023

Copyright © 2021 by Elsie Silver

© de la traducción: Silvia Barbeito, 2023

© de esta edición: 2023, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-98-7
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Wirestock/Muhammad Basas/user16639364/freepik.com y
fotoall/depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

EPÍLOGO

NOTA PARA EL LECTOR

UN AGRADECIMIENTO ESPECIAL

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

*Para mi esposo, el señor Silver.
Te amo, pero deja de seguirme en TikTok.*

«Hay algo en el exterior de un caballo que es bueno para el interior de un hombre».

Winston Churchill

1

UN AÑO ANTES

VIOLET

¿En serio acabo de ganar el Denman Derby?

Me siento como si el mundo se moviera a cámara lenta a mi alrededor. Me concentro en las orejas negras y puntiagudas del caballo, miro la brillante crin negra que adorna el cuello que se mueve rítmicamente bajo mis manos y me aferro a esa crin como si me fuera la vida en ello.

Echo un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que de verdad he cruzado la línea de meta, de que no me he desmayado y me he perdido parte de la carrera. Porque a lo mejor aún falta una vuelta más. A lo mejor lo he echado todo a perder como la auténtica novata que soy.

Pero los demás caballos y sus jinetes están desacelerando y deteniéndose, y los ponis nos rodean para mantener en su lugar a los animales excitados por la carrera. Mis competidores me felicitan, y es increíble, porque no tengo ni idea de qué hago aquí, montando un caballo como este tras haber ganado una competición tan prestigiosa.

Es mi segunda carrera y acabamos de clasificarnos para la Northern Crown. Lo nunca visto. Esto ha tenido que ser la suerte del principiante.

Sacudo la cabeza, intentando poner en orden mis pensamientos, y todo vuelve a la normalidad: regresa el sonido de los aplausos desde las gradas, vuelvo a escuchar la música de bocinas que emiten los altavoces... Y el número de nuestra silla de montar parpadea en el tablero del campo interior.

¡Lo hemos conseguido!

Me dejo caer sobre ese cuello negro y brillante, lo abrazo y acaricio su pelaje resbaladizo por el sudor. Se me hace un nudo en la garganta por la emoción y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Buen chico —murmuro.

Me yergo en la silla de montar y disminuimos la velocidad. DD —Double

Diablo es su nombre completo— no tarda demasiado en calmarse cuando termina una carrera. Es como un enorme oso de peluche, aunque no siempre se ha comportado así. No hace tanto que nadie quería acercársele, hasta que su nueva entrenadora, Billie, trabajó con él. Y, no sé cómo, he tenido la suerte de convertirme en su jockey.

Le doy un poco de rienda a DD para salir de la pista hacia el círculo de ganadores. Me sobresalto al darme cuenta de que eso es lo que creo que debemos hacer ahora, aunque, en realidad, no tengo ni idea de si es así. Conozco bien Bell Point Park, pero nunca había ganado una carrera importante.

Poco después llega Hank, el encargado de los establos del Gold Rush Ranch, y me da unas palmaditas en la pierna con una alegría pura y contagiosa. Sus ojos verdes rodeados de arrugas brillan con la emoción.

—Felicidades, Violet. Estoy muy orgulloso de ti.

Parpadeo rápidamente y aparto la mirada. Hank se comporta como un auténtico padrazo, o, quizá, más bien como un abuelo. No lo sé, la verdad. Es lo bastante mayor como para jubilarse, pero sigue trabajando en el rancho todos los días como si fuera un jovencito.

Le dedico una sonrisa temblorosa. La enormidad de lo que hemos conseguido me inunda por fin, y esa sensación es abrumadora.

—Gracias, Hank.

Alarga la mano y sujeta las riendas cerca del bocado de DD.

—Vamos, chico. —Nos guía hacia un lugar apartado a la sombra de un árbol—. Tomaos un momento antes de dejaros ver. Inspira hondo un par de veces para calmarte.

Me dan ganas de abrazarlo por saber justo lo que necesito en este momento: estoy demasiado conmovida para darme cuenta por mí misma.

—Gracias. —Sonrío y cierro los ojos para inspirar hondo como me ha recomendado.

Hasta hace apenas unas semanas era moza de cuadra en el Gold Rush Ranch y, a veces, servía como jinete de entrenamiento cuando mi amiga y entrenadora principal, Billie Black, me pedía ayuda; así que es fácil imaginar mi sorpresa cuando me anunció que iba a ser la nueva jockey del caballo de carreras con más talento que he visto. Patrick Cassel, el favorito local, había hecho una mala carrera, y eso la llevó a ponerlo en la lista negra y a reemplazarlo por mí.

He tenido la suerte del principiante, y me aterroriza pensar que todos van a

darse cuenta, que van a ver que voy de farol.

Cuando la cabeza deja de darme vueltas, yergo los hombros y levanto la barbilla. La respiración de DD se ha ralentizado y oigo cómo muerde el bocado, una señal evidente de que también está más relajado.

Finge hasta que lo consigas, Vi.

No importa cómo he llegado hasta aquí: he ganado la carrera, y no ha sido fácil. DD y yo nos merecíamos esta victoria, y voy a disfrutarla en lugar de machacarme pensando que no es así.

—Vale, estoy lista.

Hank asiente, chasca la lengua para instar a DD a que avance y nos dirigimos al círculo de ganadores.

Billie ya está ahí, con grandes gafas de sol para esconder lo que no me cabe duda de que son unos ojos anegados en lágrimas. Vaughn, uno de los dos hermanos propietarios del Gold Rush Ranch, está junto a ella, estrechándole la cintura con ademán posesivo.

No puedo reprimir una sonrisa. Está claro que ha funcionado el plan que diseñó para recuperar a Billie al darse cuenta de que la había fastidiado. Le guiño un ojo cuando Billie se acerca para abrazarnos a DD y a mí, balbuciendo algo sobre lo mucho que me quiere y lo enfadada que está por no habérselo contado todo. Suelto una carcajada porque sé que no tardará en perdonarme. Decírselo habría echado a perder la sorpresa tan romántica que Vaughn había preparado.

—Ya me lo recriminarás en otro momento —susurro contra su revuelto cabello castaño, agachándome para devolverle el abrazo.

Vaughn es el siguiente en acercarse, y opta por un firme apretón de manos en lugar de un abrazo. Su sonrisa es amplia y sincera, y su pecho se hincha por el orgullo.

—Enhorabuena, Violet. Ha sido una gran carrera.

—Gracias por la oportunidad —digo, sonriendo como una loca.

Porque, en serio, ¿quién más habría puesto a una moza de cuerdas de veintiséis años sin ninguna experiencia a montar un caballo como este en una carrera así?

Alguien más se acerca a nosotros, y eso atrae mi mirada. Se me ponen los ojos como platos, y me regaño para mis adentros: mi cara de póquer deja mucho que desear, lo sé, pero soy incapaz de controlarla. Las emociones se dibujan en mi rostro como si llevara un enorme letrero de neón, y eso es justo

lo que está pasando ahora mismo.

Ese hombre, sin duda, es el hermano mayor de Vaughn, Cole. He oído hablar mucho de él, en especial a Billie, que no deja de despotricar contra él ni de bromear comparándolo con un robot. Algo que me queda claro ahora que lo veo: todo el mundo está eufórico, celebrando la victoria, pero él parece incómodo.

Incómodo pero delicioso.

No sé si me están mareando las endorfinas o si ser tan feliz acaba con las neuronas, pero soy incapaz de apartar la mirada de ese hombre tan guapo.

A pesar de que está frunciendo el ceño, lo devoro con la mirada, como si fuera la botella de champán que me muero por descorchar cuando este día de locos se acabe.

Se parece a Vaughn, pero tiene un aire diferente: es más duro, más imponente. Donde Vaughn es alto y delgado, su hermano es grande y fuerte. La chaqueta del traje se ciñe a sus hombros y amenaza con romperse por las costuras si se agacha lo suficiente. Deslizo la mirada hasta su cintura estrecha y sus potentes muslos.

Contrólate, Violet. Estás babeando.

Cuando me hablaron del hermano solitario que se pasaba todo el día en la oficina del centro y que nunca ponía un pie en el rancho, no era esto lo que me había imaginado.

—Hola —digo, un poco alegre de más. *Vergonzoso*—. Soy Violet.

Le tiendo la mano; a nuestro alrededor se amontonan las cámaras y la gente.

No me devuelve la sonrisa. Sus labios bien dibujados forman una fina línea y sus ojos grises se clavan en mí, sentada como sigo a lomos de DD. Cuando me estrecha la mano, me doy cuenta de lo grande que es en realidad: mis dedos, hasta mi muñeca, prácticamente desaparecen entre los suyos. El cálido roce de la palma de su mano es suave al principio, pero después me aprieta con más fuerza y se acerca a la silla. Levanta la mano libre y mueve el dedo índice en un gesto silencioso e inequívoco para que me acerque.

El corazón me late con fuerza en el pecho y me agacho como una tonta, como si fuera una polilla atraída por la luz.

Espero una felicitación.

Pero no que me mande de una patada hasta los errores de mi pasado.

—Me alegro de volver a verte, Chica de Púrpura. Casi no te reconozco con toda la ropa puesta.

Se me escapa todo el aire de los pulmones en un jadeo audible y me aparto de él.

No.

Estudio sus rasgos y la sangre desaparece de mi rostro al darme cuenta de que estoy frente al hombre al que he intentado olvidar con todas mis fuerzas.

Ni de coña.

Solo hay una persona en el mundo que me llamaría así, que tendría el descaro de decirlo en voz alta. El rubor asciende hasta mis mejillas cuando me inundan los recuerdos del último año.

Se suponía que esa fase de experimentación juvenil solo iba a ser un alto en mi camino hacia la independencia.

Se suponía que esa etapa de mi vida había quedado en el pasado, protegida por el anonimato.

Se suponía que él iba a quedarse donde estaba cuando me marché sin dejar rastro.

Porque ya no me importaba.

Pero cuando sus ojos grises se clavan en mí mientras el circo mediático nos rodea, me doy cuenta de que todavía me importa.

2

EN LA ACTUALIDAD

COLE

No quiero mudarme al Gold Rush Ranch.

Odio estar aquí. Y no solo eso: es que se me revuelven las tripas al darme cuenta de que este no es mi sitio. El instinto que me mantuvo con vida en el extranjero se pone en alerta cada vez que vengo, pero aquí estoy, conduciendo a toda velocidad por la carretera que lleva al rancho. Si esto fuera Irak, daría media vuelta con mi camioneta y me largaría.

Pero no es Irak, es el puto Ruby Creek, lo que casi es peor. Estoy convencido de que solo tienen una gasolinera, una tienda de barrio y un montón de viejas chismosas. Odio los pueblos pequeños, lo acogedores que son, cómo se espera que te pares y charles un rato con gente a la que casi no conoces y que, desde luego, no te importa. Y odio que todos lo sepan todo de ti.

La mayoría de los días creo que lo que detesto de verdad es a la gente, pero no quiero llegar tan lejos. No quiero perderme tanto en la oscuridad.

Me gusta mantener mi intimidad. Me gusta disponer de mi propio espacio, tranquilo y ordenado, y detesto que intenten sonsacarme información. Y todo eso va peligrar en cuanto ponga un pie en el rancho familiar. Lo de Vaughn ya era bastante malo: el hermano pequeño, siempre pisándome los talones. Pero ahora está prometido y vive aquí con Billie Black, también conocida como la mujer más odiosa del mundo.

Me alegro por ellos, en serio. Por mucho que admitirlo me haga poner los ojos en blanco, hacen una pareja perfecta. Billie le hace mucho bien a mi hermano pequeño. Pero son tan... unicornios y arcoíris que necesito gafas de sol para estar en su presencia. Y tapones para los oídos, porque no paran de hablar.

Tengo ganas de gritar solo con pensar en la poca paz de la que voy a disfrutar en el Gold Rush Ranch.

Recuerdo cuando cabalgaba por estos senderos con mi padre, cómo nos reíamos, cómo me sonreía y lo mucho que le apasionaban las carreras de caballos. Lo feliz que lo hacía verme montar a caballo...

Y cuando doy la vuelta para dirigirme a la calle que me lleva hasta ahí, pienso en ella.

Eso va a ser más complicado. Debería haber tenido un poco más de autocontrol y no haberle mostrado mis cartas; podría haber mantenido el anonimato sin más, pero cuando vi el rostro que me ha perseguido todas las noches del último año, el que no he sido capaz de olvidar, tan radiante, puro y despreocupado, hice lo de costumbre: meter la pata.

Fue como si echara tinta sobre un papel de un blanco prístino y el líquido negro echara a perder la página sin mácula.

Me he pasado un año entero, desde la carrera, evitándola a toda costa. Le solté la bomba y salí corriendo; muy en mi línea.

Eres un puto idiota.

Agarro el volante con fuerza y rechino los dientes, con la ansiedad desbordando en mi pecho. El letrero del Gold Rush Ranch se mece en sus cadenas frente al camino de entrada, rodeado de árboles bien cuidados. Dejo escapar un resoplido. Esto ya no es solo un rancho: es un referente en el mundo de los caballos de carreras, y ya no se parece en nada a lo que empezaron mis abuelos.

Este lugar tiene tanta historia...

No debería estar en este sitio lleno de recuerdos que me persiguen y de personas que no me entienden. Y que jamás me entenderán, porque no pienso permitírselo.

Pero le prometí a la junta directiva de Gold Rush Resources, la otra empresa familiar, que iba a hacerme cargo de nuestra nueva adquisición en el pueblo vecino hasta que dé beneficios. Aunque en este momento soy incapaz de recordar por qué lo hice.

Me detengo en el camino de entrada circular y miro a mi alrededor. Tengo que reconocérselo a Vaughn: todo está impecable. Los caballos, las vallas y hasta las flores. Hace un año que se ha hecho cargo del rancho y este ha florecido. No quiero reconocer que una parte de mí desea que vuelva a nuestras oficinas en el centro de Vancouver, porque me gusta tenerlo cerca.

Pero ha comenzado una nueva vida aquí, y envidio su capacidad para recuperarse por completo, mientras que yo sigo estancado y viviendo en la

misma rutina de siempre.

Cierro los ojos e inspiro hondo. Me hincó los dedos en el muslo derecho e intento encontrar algo de paz interior. Mi terapeuta me recomendó estas inspiraciones profundas y yo le respondí que me parecía muy *hippie*, la típica basura *New Age*. Ella se limitó a mirarme, inexpresiva, porque me conoce demasiado bien y sabía que iba a intentarlo en secreto y que iba a funcionar. De modo que, haciendo uso de mi clásico mecanismo de defensa, no hemos vuelto a mencionarlo.

—Toc, toc.

—Hola, hermano mayor. ¿Estás echándote una siesta? Sé que estás viejo, pero esto es excesivo.

Si finjo que Billie Black no está aquí, ¿desaparecerá? ¿Se esfumará como si solo fuera un molesto producto de mi imaginación?

Abro los ojos, me vuelvo despacio hacia ella y la fulmino con la mirada. Eso habría hecho que la mayoría de la gente saliera corriendo, pero ella se limita a ampliar su sonrisa.

Está pirada.

Billie suelta una carcajada y se da media vuelta, haciéndome una seña.

—Cuando te recuperes, Vaughn está en su oficina.

Ya estoy arrepintiéndome de haber venido a trabajar al Gold Rush Ranch.

—Tienes cara de querer matar a alguien.

Me dejo caer en una silla frente al escritorio de Vaughn y lo miro con el ceño fruncido.

—Podría hacerlo.

Él enarca una ceja.

—¿Por qué?

—Sabes que no me gusta estar aquí.

—La nueva mina está en Hope. ¿Por qué no has buscado alojamiento ahí?

Me paso la mano por la cara. Vaughn siempre hace demasiadas preguntas. Lo recuerdo siguiéndome a todas partes, bombardeándome con sus dudas, y como le llevo cinco años, no me hacía ninguna gracia tener que explicarle cosas como por qué la letra c suena a veces como una k.

No voy a ser cruel y a decirle que agoté todas las opciones antes de venir aquí. No hay mucho donde elegir en ese pequeño pueblo si hablamos de

alquileres a largo plazo. O vives ahí o no. Y no estaba dispuesto a comprar una casa en ese pueblucho o a compartir espacio con las cucarachas en el Motor Inn solo para cumplir la promesa que le hice a la junta.

—Esto está cerca y tienes un despacho vacío que puedo utilizar. Era lo más práctico.

Eso debería apaciguarlo.

Vaughn sonríe.

—Vamos, admítelo.

Cruzo los brazos sobre el pecho a modo de escudo. El único que llevo ya.

—¿Admitir qué?

—Me has echado de menos.

Su sonrisa arrogante me da ganas de tirarlo al suelo y recordarle quién es el más fuerte, pero me limito a sostenerle la mirada en silencio.

Alza las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Pues has echado de menos a Billie.

Dejo escapar un gemido y alzo la vista hasta el techo.

Adoro mi trabajo. Adoro mi trabajo. Adoro mi trabajo. Va a ser estupendo instalarme en el despacho libre al final del pasillo.

—Tienes razón. Eso no es... ¡Ah, espera! ¡Ya sé! —Por el rabillo del ojo puedo ver cómo se echa hacia delante para apoyarse en los codos y juntar las manos delante de la boca—. Has echado de menos a Violet.

De pronto, mi corazón se acelera y el pulso late en mis oídos como un tambor que resuena por todo mi cuerpo.

¿Cómo coño lo ha adivinado?

Mis años de entrenamiento militar me han preparado para no mostrar ninguna reacción, sienta lo que sienta. Por eso me limito a mirarlo fijamente y con una expresión neutra.

—¿Quién?

Estudia mi rostro con esa mirada cargada de inteligencia y la diversión bailando en esos ojos tan parecidos a los de nuestro padre. Él ha heredado los ojos oscuros y yo, los claros de nuestra madre. Eso sí: los dos hemos salido ganando con la estatura, algo que, probablemente, deberíamos agradecerle al abuelo Dermont.

—Vale. —Se pone en pie de golpe y mis hombros se relajan ante ese cambio de tema tan repentino—. Vamos a instalarte.

Vaughn me guía hasta el aparcamiento y se sube a su llamativo Porsche. Tal

vez haya renunciado a llevar traje todos los días, pero aún no se ha deshecho de esa cosa.

—¿Por qué sigues conduciendo este chisme? Vives en mitad de la nada y rodeado de caminos de gravilla.

—Porque a Billie le molesta. —Me dedica su característica sonrisa juvenil.

Da un portazo y no me queda otra que seguirlo por las carreteras secundarias. Conduce como un psicópata. Para Vaughn todo es juego y diversión: tiene ya treinta y un años y sigue disfrutando al levantar la grava cuando toma una curva.

Me quedo sorprendido cuando llegamos a la casa de campo azul. Esperaba que me relegaran a la casa de huéspedes, no que me instalaran en la principal, la que construyó el abuelo Dermot. En la que creció mi padre.

Mi instinto de huida se pone en alerta una vez más.

Tengo que salir de aquí mientras pueda.

Bajo de mi camioneta negra y me acerco a Vaughn.

—¿Por qué Billie y tú no vivís en la casa principal?

Tantea hasta encontrar un llavero demasiado lleno. Tanta desorganización hace que un músculo palpita en uno de mis párpados.

—A Billie le gusta la casa de huéspedes. Ahí fue donde empezamos y supongo que..., bueno, seguimos ahí y ya está. De todos modos, así tendrás más cuartos que invadir.

Pretende que la pulla sea divertida, pero me pica un poco. Odio que me aparte así.

Cuando desliza la mano por la puerta y la abre, me sorprende lo mucho que ha renovado el espacio desde la última vez que puse un pie en esta casa. Ahora es luminoso y amplio, como los que aparecen en la revista *Country Living*, todo blanco, azul y madera cara vista. Y huele a limpio. Muy limpio. Limpio de una manera que dudo que haya sido cosa de mi hermano pequeño. Me apoyo en la jamba e inspiro el aroma a limón, salpicado con unos toques de lejía.

—¿Has contratado un servicio de limpieza?

—No, Billie insistió en limpiarlo porque ibas a venir —resopla Vaughn.

Enarco una ceja como diciendo «¿La loca de Billie ha hecho esto por mí?», pero, en realidad, siento una punzada en el pecho al pensar que alguien cuyo cariño no me he esforzado demasiado en ganarme se ha molestado en conseguir que me sienta cómodo.

Mi hermano me hace un gesto y entra en la casa con los zapatos puestos.

Rechino los dientes.

—Al parecer, cuando se mudó aquí su casa estaba hecha un desastre, y no piensa dejar que lo olvide. Además, ha estado renovando esta a su ritmo, como un proyecto paralelo. Dice que necesita un nuevo comienzo.

Sé que se refiere a que nuestros abuelos vivieron aquí hasta el día de su muerte. Yo los quería, pero Vaughn tenía una conexión muy especial con el abuelo Dermot. Una por la que casi echó a perder su relación con Billie.

Para él esta casa está ligada a sus momentos con Dermot, pero a mí me invaden dolorosamente los recuerdos de mi padre, mi ídolo, al que vi caer del caballo en mitad de una carrera y no volver a levantarse. Vaughn era demasiado pequeño cuando nuestro padre murió como para que este lugar se lo traiga a la memoria, pero a mí todo el puñetero rancho me recuerda a él.

Me aclaro la garganta y me obligo a abandonar esa línea de pensamiento.

—Ha hecho un buen trabajo.

Los ojos de Vaughn se abren un poco, como si le sorprendiera que haya felicitado a su prometida.

¿Tan malo soy?

—Se lo haré saber —responde con una mirada divertida—. Y, Cole, si alguna vez quieres..., no sé, tomar una cerveza, o algo, dímelo. Estaré encantado. No tienes por qué encerrarte aquí solo.

Le devuelvo la mirada y veo al niño desamparado al que dejé atrás cuando me subí al avión y partí hacia el entrenamiento básico. Nunca he sabido cómo disculparme con él por abandonarlo, y quizá no haga falta, pero creer que debería haberlo hecho consigue que me sienta incómodo cuando estoy con Vaughn. Me gustaría que nuestra relación fuera más cercana, pero eso significaría tratar ciertos temas que prefiero olvidar.

A mi terapeuta deben de estar pitándole los oídos.

Lo que me recuerda... Levanto la muñeca para mirar el reloj.

—Ahora mismo tengo que hacer una llamada, pero quizá en otro momento.

No se me escapa cómo se le hunden los hombros cuando me doy la vuelta hacia la camioneta para coger el equipaje.

¿Tanto te costaba decir que sí a una cerveza?

Él me sigue caminando con arrogancia, con esa sonrisa fácil adornándole otra vez el rostro, y por un momento envidio su capacidad para recuperarse, cómo se sacude la mierda de encima, mientras que a mí se me queda pegada.

—¡Nos vemos! —grita; se pone las gafas y se mete en ese absurdo cochecito.

Le dedico un gruñido y un breve gesto de despedida, plenamente consciente de lo cascarrabias que soy. De lo diferentes que somos.

Cierro la puerta tras de mí y subo las escaleras que llevan al dormitorio principal para deshacer el equipaje. La verdad, me alivia que esté tan impecable como la planta de abajo. Han pintado la habitación en tonos grises suaves y blancos cálidos. Resulta un poco femenina, pero está como nueva. Incluso esbozo una pequeña sonrisa cuando me doy cuenta de que Billie ha abierto la cama y me ha dejado una chocolatina en la almohada. Qué boba es.

Guardo la ropa en la cómoda perfectamente doblada y coloco mis útiles de aseo en el baño tal y como me gusta: en línea y bien organizados. Quizá tengo un cierto TOC con el orden: son hábitos que adquiriré en el Ejército, y nunca he podido deshacerme de ellos.

Cuando suena el teléfono, me dejo caer en la mecedora de roble que hay en una de las esquinas y deslizo el dedo para aceptar la videollamada. El rostro pequeño y arrugado de mi terapeuta llena la pantalla como si estuviera mirando a través de unos binoculares o algo así. Los cristales de sus gafas bifocales son tan gruesos que parecen lentes de aumento sobre sus ojos, y frunce el ceño ante el teléfono como si esta llamada fuera cosa de brujas. Un montón de pulseras de plata tintinean en su muñeca cuando intenta colocar el móvil en distintas posiciones.

—Cole, esto no termina de convencerme. No me veo bien en este chisme desde ningún ángulo —comenta, distraída, atusándose el cabello con una mano pequeña y arrugada.

—Hola, Beatrice —respondo.

No me preocupan lo más mínimo los ángulos de mi terapeuta de setenta y tantos años.

—Llevo dos años tratándote. Estoy harta de decirte que me llames Trixie —protesta, acomodándose en la silla.

Reprimo un escalofrío. No me parece bien llamar «Trixie» a una mujer mayor, y, francamente, disfruto tomándole el pelo.

Esbozo una sonrisa torcida cuando me fijo en la imagen que muestra la pantalla. Su consultorio no se parece en nada al de los demás terapeutas a los que he visitado a lo largo de los años. Recibe a los pacientes en la comodidad de su hogar de principios del siglo xx: hay alfombras persas que cubren los viejos suelos de roble, las plantas crecen en sus macetas por todas partes, en las ventanas cuelgan cristallitos y las obras de arte que ha ido atesorando

después de décadas de viajes internacionales adornan las paredes. Juraría que puedo oler el pachuli a través de la pantalla del teléfono.

Sí, Trixie Bentham es una vieja *hippie* muy peculiar, y no podría ser más diferente a mí o a mi familia. Pero también es la única terapeuta con la que he podido conectar, y sigo acudiendo a ella porque, por muy desinteresado que sea, también sé que necesito terapia. Por eso accedió a llevar a cabo nuestras sesiones por videollamada mientras estoy aquí, jugando a ser un pueblerino.

—¿Quieres que te cuente cómo estoy? ¿Cómo todo lo que me rodea me recuerda a mi padre?

Ella ladea la cabeza y sonríe.

—No lo sé, querido. ¿Es de eso de lo que te gustaría que habláramos?

Ah, el juego de las preguntas retóricas. Uno de mis favoritos. Me limito a mirarla fijamente; nunca funciona, pero lo hago de todos modos.

Pero hoy ella se ríe, una risa seca y cargada de diversión, y se sube las gafas por el puente de la nariz.

—¿Ya te has encontrado con la chica?

—¿Qué chica?

Estoy haciéndome el tonto a propósito.

Ella vuelve a reírse.

—Esa de la que no puedes dejar de hablar.

3

EN EL PASADO, DOS AÑOS ANTES

VIOLET

¿En serio estoy a punto de hacerlo?

Me muerdo el labio inferior y dejo que mi dedo índice vague sobre el ratón. En parte, esta es una idea terrible y podría ser contraproducente de muchísimas maneras. Pero ¿quién soy yo en el gran esquema de las cosas? Una joven de veinticinco años con poco que ofrecer salvo una considerable escasez de experiencias vitales e independencia.

Eso es lo que se consigue cuando una niña crece en una granja, asfixiada por un padre sobreprotector y tres hermanos mayores.

Pero ahora estoy aquí, en la costa oeste de Canadá, con un nuevo trabajo, un nuevo lugar donde vivir y un horizonte de posibilidades ante mí. Ahora lo que necesito es conocerme a mí misma, acumular experiencias y traspasar mis límites.

No estoy segura de por qué pretendo publicar un desnudo en *Clikkit*, un foro *online* con millones de usuarios que aglutinan una amplia gama de intereses, pero parece algo arriesgado y emocionante... y fuera de lugar. Que es justo lo que quiero. Estoy cansada de que me protejan. Quiero sentirme expuesta e incómoda sin que nadie me aparte de un empujón.

Quiero hacer algo estúpido, propio de alguien tan joven como yo. Además, estoy cachonda y sola.

Hago clic y la yema de mi dedo pulsa con fuerza sobre el ratón. Me sonrojo de inmediato. El rubor empieza en los dedos de los pies, sube por mi cuerpo, se acumula entre mis muslos y se desliza por mi pecho antes de inundarme el rostro con su calor.

No puedo creerme lo que acabo de hacer.

La imagen me devuelve la mirada. La he tomado desde arriba, tumbada en la cama. No se me ve la cara y llevo las bragas puestas, así que tampoco es demasiado escandalosa. Sí, estoy mostrando los pechos, pero en Europa la gente va así a la playa, tampoco es para tanto. O, al menos, eso es lo que me digo a mí misma. La cálida y sensual luz de la mañana ilumina mis rasgos. Por lo general, soy demasiado dura con mi aspecto y creo que lo tengo

todo pequeño y poco femenino, pero en esta imagen... En esta imagen parezco sexy.

¡A la mierda! Mira mis tetas, mundo. Mira lo poco que me importa.

Al instante, pienso en borrar la foto. Pero la nueva Violet Eaton no va a ceder ante esa voz en su cabeza, y a mi nuevo *alter ego* en internet, Chica de Púrpura, tampoco le importa una mierda lo que tenga que decir.

Cierro de golpe la tapa del portátil, me calzo las botas de montar y corro escaleras abajo desde mi apartamento sobre los establos del Gold Rush Ranch antes de que pueda cambiar de opinión.

EN LA ACTUALIDAD

Mi lista de verificación mental está a punto de estallar cuando meto lo último que creo que voy a necesitar en mi pequeño Volkswagen Golf. Ese que tiene parches de óxido sobre la rueda y una esquina del asiento mordida, de cuando mi perro pastor favorito era cachorro. Ese en el que metí todas mis pertenencias y el que conduje para alejarme de la casa de mi familia hace dos años, cuando por fin decidí ir por mi cuenta. Habrá quien piense que mi coche es un montón de chatarra, pero yo veo en él la alfombra roja hacia la independencia. Me encanta este pequeño vehículo y todo lo que representa.

Retrocedo para evaluar lo que he metido en el asiento trasero y me aparto un mechón de pelo de la cara. Es el primer gran día de la temporada de carreras y estoy intentando —sin éxito— mantener los nervios a raya. Esta temporada es mi oportunidad; la oportunidad de demostrar que soy una auténtica *jockey*; de demostrar que mis victorias en la Northern Crown el año pasado no se debieron únicamente a la suerte del principiante. Aunque siempre he pensado que este era un trabajo duro pero divertido, hoy se me hace abrumadoramente pesado. Las expectativas me asfixian como un corsé de hierro. Hasta siento como si tuviera que concentrarme para respirar.

Me obligo a hacer un inventario mental de todo lo que he metido en el coche y niego con la cabeza cuando me doy cuenta de lo que he olvidado.

Mierda, mi gorra y mi chaqueta de jockey.

Habría sido genial aparecer en la pista en Vancouver, que está a menos de una hora y media de Ruby Creek, sin mi equipamiento del Gold Rush Ranch, el uniforme negro y dorado que uso en todas las carreras.

Regreso a los establos sacudiendo la cabeza, y voy por el largo pasillo de oficinas hasta la lavandería situada al final. Vivo en un apartamento pequeño

encima de los establos, así que solo puedo lavar aquí la ropa. Crecí en un rancho de los de toda la vida, entre el barro y la nieve, con el heno enredado en mi cabello, y la idea de lavar mis cosas en las mismas máquinas que se usan para las de los caballos, llenas de pelos, no me molesta lo más mínimo.

Casi he llegado a la puerta cuando lo escucho.

—Violet.

Esa voz, con su ronco retumbar amenazante. El hombre al que pertenece. Juraría que mis pies han echado raíces que me mantienen anclada al suelo. El corazón me late con tanta fuerza que creo que se me va a escapar del pecho. Y no puedo culparlo: yo también quiero escapar.

Se suponía que no tenía que estar aquí, que yo ya me habría ido cuando apareciera. Se suponía que ya había salido de mi vida, que lo había dejado atrás. Que lo había olvidado.

Pero no ha sido así. He luchado conmigo misma; he luchado y luchado y... He estado con otros hombres para demostrarme a mí misma que estoy bien, pero una sola palabra de sus labios y me pregunto si de verdad lo estoy. Podría salir corriendo, pero mi nuevo yo no soluciona así las cosas. La nueva Violet no retrocede. O eso es lo que me digo a mí misma, al menos.

Quizá algún día sea cierto.

Así que inspiro profundamente y levanto la cabeza. No pienso permitir que este hombre me haga sentir insignificante o avergonzada. Tenemos un pasado en común, pero los dos somos adultos. Todo va a salir bien.

Me doy media vuelta y regreso a la oficina por la que acabo de pasar y que llevaba años vacía. Me detengo justo en el umbral de la puerta, en parte porque no quiero ir más lejos y en parte porque estoy tambaleándome. Solo me ha hecho falta un vistazo a Cole Harding, sentado tras el escritorio con un traje oscuro y ajustándose los gemelos, para perder toda la bravuconería que había conseguido reunir, y ahora mismo me siento como si me hubiera caído encima un jarro de agua fría. La reacción de mi cuerpo hacia él nunca ha sido normal y esta no ha sido la excepción.

Ese cabello negro como ala de cuervo, los ojos grises, los anchos hombros, el ángulo triste que dibujan sus labios... Cruza los brazos y me muerdo el labio ante esa visión. El modo en que se mueve, tan seguro y calculado, me distrae. Hay tanta fuerza contenida en ese cuerpo... Es el cuerpo de un soldado.

Mi mirada desciende hasta sus bíceps y se queda ahí anclada. Son increíbles. Me pregunto cómo se verán desnudos, abrazándome. Me odio a mí misma por

pensarlo, pero no aparto la vista porque es menos desconcertante que dirigirla a esos ojos conmovedores. Dos pozos plateados, profundos y seductores que esconden tanto dolor y tristeza... Esos ojos suponen un peligro mucho mayor para mí. Y para mi corazón.

—Violet.

Pronuncia mi nombre como si fuera una plegaria, un pensamiento que yo debería poder interpretar, pero no sé nada cuando se trata de Cole Harding. Menos que nada. Salvo que se me eriza el vello de los brazos como si me recorriera una corriente eléctrica y que el estómago se me encoge como si acabara de descender desde la cima de una montaña rusa. Lo que encaja a la perfección, porque mi historia con Cole no ha sido otra cosa que una montaña rusa.

—Todo el mundo me llama Vi. —Detesto el tono demasiado bajo de mi voz. Aborrezco cómo suena mi nombre en sus labios, demasiado formal y demasiado familiar a la vez.

Me recorre con la vista, pero no sonrío. No es una mirada apreciativa, es como si estuviera evaluándome, como si fuera una mancha que quiere limpiar y no está seguro de cómo hacerlo. La vergüenza me retuerce las entrañas, y en mi cabeza aparecen destellos de cómo me habló una vez, de cómo me encendió hasta la médula, pero hago todo lo posible por que desaparezcan. Me he esforzado demasiado en salir adelante como para a tropezar dos veces en la misma piedra.

—Pero yo no soy todo el mundo —dice con tono neutro.

Siseo, tratando de sonar como si no estuviera babeando por él. Intentando no demostrar que me ha dejado sin aliento con esas palabras. La sangre me ruge en los oídos y se acumula en mis mejillas, como siempre. «*Estás preciosa con ese color rosado*», me dijo una vez, y ahora mismo necesito hasta el último resquicio de mi voluntad para no permitir que mi cuerpo y mi mente regresen a ese día.

—¿Qué quieres, Cole?

Le brillan los ojos y se tensa, rechinando los dientes. Como si fuera yo la que ha venido a molestarlo cuando ha sido él quien me ha llamado. Si hubiera mantenido la boca cerrada, ni me habría enterado y habríamos podido evitar todo esto.

—Solo quiero asegurarme de que estamos en el mismo punto, de que vamos a guardar las distancias mientras trabajo aquí y de que puedes mantener las

cosas en un plano... —sus ojos se deslizan por mi cuerpo y vuelven a subir— profesional.

Profesional. Las cosas entre nosotros nunca han sido profesionales. Me vio desnuda, me rompió el corazón y luego volvió a aparecer de la nada con poco más que miradas frías y palabras burlonas. ¿Y ahora espera que «mantengamos las cosas en un plano profesional»? Me recorre una oleada de indignación al ver que se siente con derecho a dictar cómo debo comportarme. Como si no hubiera tenido que soportar ya bastante esa actitud. Está tocando fibra sensible y debería saberlo. Me pasé noches enteras hablándole de mi infancia, de cómo conseguí independizarme. ¿Y ahora va a quedarse ahí tan tranquilo y a hablarme de ese modo? De ninguna manera.

—Te lo voy a poner muy claro, Cole. —En esta ocasión mi voz no flaquea y no le miro los bíceps, sino sus ojos acerados—. Este es mi lugar de trabajo y siempre me comporto de forma profesional. Pero el modo en que te has dirigido a mí no lo ha sido. Así que voy a seguir haciendo exactamente lo que he hecho todo el año pasado y vas a ser tú el que se mantenga fuera de mi camino. ¿Crees que podrás apañártelas?

Se echa un poco hacia atrás y se le ponen los ojos como platos, como si no lo hubiera visto venir. Como si no me hubiera visto venir. Y entonces arremete contra mí. Veo un destello de inseguridad en su rostro: es esa pizca de tristeza la que le arranca las palabras.

—Chica de Púrpura era muy dulce. ¿Qué le ha pasado?

Niego con la cabeza, afligida, porque eso es lo que siento cuando lo miro, cuando pienso en él: aflicción.

—Que la trataste como si fuera un felpudo.

Me tomo solo un instante para ver la desolación en su rostro, la grieta en su armadura, antes de darme la vuelta y marcharme. Es como si me hubieran clavado un puñal en el corazón. Buscadordeoro85 sigue tan perdido como entonces, sigue siendo tan complicado, sigue igual de destrozado. Y no voy a tolerar que la tome conmigo. *«Todos tenemos que tomar nuestras propias decisiones»*, me dijo una vez. Y tenía razón.

Por eso seguí adelante. Por eso desaparecí sin dejar rastro. Por eso ahora es él quien está incómodo, no yo.

Mi mente sabe de sobra qué decisiones tiene que tomar en lo que respecta a Cole Harding.

Pero ¿mi corazón?

Ese no está tan seguro.

4

VIOLET

—Cole se ha mudado hoy.

Me calzo las botas con demasiada fuerza, gruñendo, y luego me dedico a sacarle brillo al taburete con un trapo. Básicamente, intento ignorar a Billie, que me sonrío como si estuviera loca.

—¿No vas a decir nada?

La miro de reojo y me encojo de hombros. La respuesta es «No, no voy a decir nada». En el último año, Billie Black, mi jefa y entrenadora principal en el Gold Rush Ranch, se ha convertido en una de mis mejores amigas y he llegado a conocerla bien. Es como un perro tras un hueso, inteligente e intuitiva, y cualquier cosa que le diga acabará almacenada en la loca cámara de su memoria hasta que la saque de ahí para analizarla y extrapolar datos. Y así sabrá cómo conocí a Cole.

Y yo no podré volver a mirarla a la cara sin ponerme del rojo de un camión de bomberos.

—*No*p —digo, remarcando el sonido de la p; busco en el armario donde guardamos los aparejos y saco el equipamiento negro y amarillo del Gold Rush Ranch.

—Viii —gime—. Me estás matando. Ya ha pasado un año y vi tu cara ese día. ¿Qué te dijo? Venga, dame algún detalle.

El calor asciende por mi pecho. Billie es implacable.

—Bueno... Nos conocimos *online* hace un par de años y charlamos unas cuantas veces.

Se rasca la barbilla con sus largos dedos sin apartar la vista de mí.

—¿Como en el programa de correspondencia con veteranos de guerra?

—Algo así —digo para deshacerme de ella—. Ahora déjame en paz. Tengo que ir a pesarme y necesito alcanzar el estado mental adecuado si quieres que gane.

—Vale, vale. Ven a buscarme cuando acabes. Te prometo que no voy a preguntarte más sobre este tema. —Mueve las cejas y se pone en pie para marcharse—. Nos vemos después de la carrera.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo hasta las oficinas de control, junto al círculo de ganadores de Bell Point Park. El mismo lugar en el que Cole Harding volvió a entrar en mi vida.

Ese día estaba a lomos de DD, abrumada por la victoria en el Denman Derby, cuando se me acercó un hombre que solo podía ser el hermano de Vaughn; recuerdo haber pensado que parecía una siniestra nube de tormenta que se cernía sobre la luminosa y alegre celebración. Recuerdo la forma en que su enorme mano estrechó la mía, su calor, su fuerza, mientras me hacía un gesto con el dedo para que me acercara a él; y recuerdo que me quedé congelada y todos los sonidos a mi alrededor se convirtieron en ruido blanco cuando me agaché y dijo: *«Me alegro de volver verte, Chica de Púrpura. Casi no te reconozco con toda la ropa puesta»*.

Solo con pensar en ello me sonrojo. Y todavía estoy enfadada por la forma en que mancilló uno de los momentos más felices de mi vida. Cómo me lo restregó por la cara al darse cuenta de que tenía la sartén por el mango.

El caso es que Cole Harding sabe perfectamente cómo es mi aspecto y conoce hasta el último centímetro de mi cuerpo, pero yo no tenía ni idea de quién era él hasta ese momento, y esa es la dolorosa cuestión.

Porque resulta que es el jefe de mi jefe, el futuro cuñado de Billie, y acaba de mudarse al único lugar seguro que he conseguido construir en los dos últimos años; un lugar donde puedo comportarme como la versión independiente y exitosa de Violet Eaton sin que nadie me proteja. No soy la misma chica que era hace dos años, cuando respondí a su primer mensaje. Y lo que sucedió entre Cole y yo no va a volver a pasar.

No creo que mi corazón pueda soportarlo. Sin duda, mi orgullo no puede.

Por eso dibujé una sonrisa temblorosa y le dije que se fuera a la mierda antes de volver a sentarme y obligarme a disfrutar de la victoria.

Cuando acepté su solicitud para chatear no esperaba pasar meses charlando con él. Y cuando le hice *ghosting* en todas las salas de chat un año después no esperaba que fuéramos a encontrarnos cara a cara. Querer superar mis limitaciones y vivir un poco la vida de pronto ha llegado mucho más allá de lo que había previsto, y ahora todo ese castillo de naipes está a punto de derrumbarse a mi alrededor porque él está aquí, en el rancho, amenazando ese

refugio que tanto me he esforzado por preservar.

Mantengo la cabeza gacha y me preparo mentalmente para la carrera de esta tarde. Quizá haya conseguido la victoria en la Northern Crown, pero todavía me siento como la chica nueva en la oficina, inexperta y fuera de lugar. Todavía estoy estancada en la misma mentalidad que tenía cuando vivía en la casa de mi familia, bajo la atenta supervisión de un padre autoritario y tres hermanos mayores. Todavía me siento como una niña pequeña que percibe que este no es su sitio.

Después de pesarme, vuelvo al box de DD y me pongo los auriculares. Shania Twain siempre me ayuda a encontrar el estado mental perfecto. Me recuerda a mi infancia.

Antes de convertirme en jinete en el Gold Rush Ranch era una humilde moza de cuadras, una chica que se mudó a la Columbia británica desde su hogar en un pequeño pueblo de Alberta, sin nada que ofrecer salvo ética de trabajo y desesperación por abrirse camino.

Me gustaba ser moza de cuadra, pero siempre he querido ser *jockey*, y tengo la suerte de que mi cuerpo es el adecuado para lograrlo, aunque en ocasiones echo de menos la tranquilidad que me ofrecía trabajar entre bastidores, cuando solo estábamos los caballos y yo.

Por eso sigo viviendo sobre el establo, en mi pequeño apartamento al final de un largo y angosto tramo de escaleras. Me gusta caminar por los establos al amanecer, escuchando el suave murmullo de los caballos al masticar el heno. Me gusta cuidar de ellos. Prefiero el sonido de las cerdas del cepillo sobre su pelaje antes que el rumor de las multitudes y los altavoces cuando cabalgo sobre el lodo para intentar llegar la primera a la meta.

Eso me obliga a buscar otros momentos de tranquilidad, y este ritual previo a la carrera se ha convertido en parte de ello. Billie se asegura de que nadie me moleste, y puedo disponer de unos instantes para estar a solas conmigo misma junto a mi caballo.

Ahora mismo, ese caballo es DD, nuestro pequeño semental negro ganador del campeonato, con sus patas largas y su aguda inteligencia. En cuanto termino de darle los toques finales a su aseo, lo saco a la brillante luz del sol, algo de lo que no disfrutamos demasiado en Vancouver en abril. Esa zona le da un nuevo significado al refrán «En abril, aguas mil». En esta época del año vivimos prácticamente en un charco de agua, así que, aunque hace sol, la pista está mojada.

Cuando los cascos de DD resuenan con fuerza en el camino asfaltado que conduce a las pistas, Billie aparece de la nada. Siempre está preparada y esperándome. Hemos hablado por la mañana temprano de la estrategia que debemos seguir en esta carrera, así que ahora podemos caminar juntas sin más en un silencio amistoso.

Se pone a mi lado, se agacha y coloca las manos detrás de mí, lista para ayudarme.

—Arriba, soldadito.

Frunzo el ceño. Billie tiene un repertorio inacabable de chistes sobre mi tamaño. Donde ella es alta para ser mujer, yo soy bajita; y donde ella es curvilínea, yo soy..., bueno, plana como una tabla.

Pongo los pies en sus manos, que forman un estribo, y ella me aúpa. Me da un apretón en la rodilla y me incita a seguir mi camino. El resto del trayecto hacia la puerta de salida transcurre en un borrón, como de costumbre. Los ponis, los comisarios, los demás jinetes y caballos... Todo se entremezcla.

Me concentro en DD y en cómo voy a llevarnos a la meta de forma segura y rápida. Cuando nuestro poni se acerca, el jinete me hace un gesto amigable. Los jinetes de ponis son completamente distintos a los *jockeys*. Se aseguran de que lleguemos a las puertas sin problemas y actúan como red de seguridad para los caballos nerviosos. Son miembros importantes del equipo.

En las puertas me despide con un «Buena suerte».

DD es un gran semental, fiable, inteligente y con un talento inigualable, pero claustrofóbico, y cuando cierran la puerta detrás de él se convierte en una bola de energía. Es como una goma demasiado tensa, listo para salir disparado fuera del pequeño espacio.

Mi visión se estrecha: todo lo que percibo está entre sus orejas largas y puntiagudas. El resto del mundo se difumina a mi alrededor mientras nos concentramos.

Hasta que escucho una voz que hace que una sensación de vértigo me recorra la columna vertebral.

—Hola, chica nueva.

Ignoro a Patrick Cassel. Es uno de los *jockeys* más cotizados de la zona, y montó a DD en una carrera el año pasado, pero desafió las instrucciones de Billie sobre cómo correr y, bueno, digamos que la cosa no acabó bien. Ahora está en la lista negra del Gold Rush Ranch y, básicamente, todos hacemos como que no existe. Por su parte, él, cuando ve a Billie, se limita a darse media

vuelta y salir corriendo.

Sin embargo, parece que esa táctica de evasión no se aplica a la rubia pequeña y pacífica.

—Cena conmigo después de la carrera y quizá te deje ganar. ¿Qué me dices, princesa?

Reprimo un escalofrío. Patrick es baboso y autoritario, y me hace sentir como si me corrieran hormigas bajo la piel. Según lo que me contó Billie de su encuentro, solo para empezar, también es condescendiente y sexista, y no quiero tener nada que ver con él.

—Estoy convencida de que las princesas solo besan a los sapos en los cuentos de hadas, Patrick —murmuro—, así que voy a pasar.

Antes de que pueda responder, suena la campana, la puerta se abre y DD y yo salimos. La interacción con Patrick desaparece de mi mente a medida que avanzamos por la pista, manteniéndonos en la retaguardia del pelotón durante la primera curva, justo donde le gusta estar al pequeño caballo negro.

Cabalgo agachada sobre su lomo y dejo que sea él quien se encargue: este animal ha nacido para correr, y le encanta. Todo va según lo planeado desde que salimos del box, y ahora ha llegado el momento de avanzar.

Hasta que percibo cómo se acerca un bayo oscuro y, por el rabillo del ojo, veo el equipamiento verde lima de Patrick Cassel. Trato de ignorarlo y de mantenerme concentrada en DD.

El grito de Patrick se hace oír sobre el golpeteo de los cascos.

—¡Es hora de aprender una lección, niña!

Todos mis instintos se ponen en alerta cuando veo que sus manos se mueven un poco para cambiar de dirección. El terror inunda mis venas y, antes de que tenga ocasión de reaccionar, nos intercepta bruscamente y empuja el anca de DD, frenando nuestro avance. Y sobre un suelo resbaladizo, las consecuencias son desastrosas.

Con la cabeza y el cuello agachados y las patas estiradas al galope sobre ese firme húmedo, DD no tiene nada que hacer.

Caemos y, antes de que pueda entender lo que ha pasado, DD y yo estamos tirados en el barro.

—Voy a matarlo. —Billie se pasea a los pies de mi cama de hospital—. En serio, voy a asesinarlo, literalmente.

Sufro demasiado dolor como para reaccionar a su rabia. Tengo la pierna hinchada como el tronco de un árbol y no me darán analgésicos hasta que tengan ocasión de mirar las radiografías y las resonancias magnéticas. Como si necesitara un título en Medicina para confirmar que estoy jodida...

—Tienes que decirle a Vaughn que lo amo y que tenga preparado el dinero para la fianza, porque voy a arrancarle a Patrick sus miserables miembros uno a uno.

Un suspiro entrecortado escapa de mis labios mientras recorro la habitación con la mirada. Las paredes tienen ese característico color menta pálido, un tono que imagino que fabrican solo para pintar las paredes de los sanatorios, y todo lo que llega a mi nariz es ese olor áspero y estéril que impregna todos los hospitales en los que he estado. Y han sido muchos, porque mi hermano Rhett es un desastre con patas, un intrépido príncipe del rodeo. A pesar de que soy un año más joven que él, siempre era yo la que se encargaba de quedarse encerrada en el hospital para cuidarlo mientras lo trataban de una lesión u otra, y así mi padre podía seguir encargándose de llevar la granja para mantenernos a flote a nosotros cuatro.

Por eso odio los hospitales.

Me da igual lo que le haya pasado a Patrick, pero estoy preocupada por DD, que se ha alejado cojeando después de caer sobre mi pierna. Me paso las manos por la cara y me fuerzo a inspirar hondo.

Podría haber sido mucho peor.

—¿Mira ha dicho algo sobre DD?

Mira Thorne es nuestra amiga y la nueva veterinaria, recién contratada. Se encarga de todos los caballos del programa del Gold Rush Ranch, tanto en la pista como en los establos. Billie se muerde el labio con nerviosismo y mete las manos en los bolsillos. Está claro que también está preocupada por nuestro chico.

—Ha dicho que parece estar bien —es su tranquila respuesta—. Me llamará en cuanto sepa algo más.

—Tendrías que haberla acompañado.

Billie pone los ojos en blanco.

—¿Y dejarte sola? Mira puede apañárselas.

Cierro los ojos y me hundo de nuevo en la almohada, que está llena de bultos; es como si quisieran que te sintieras incómodo en el hospital. Tras mis párpados cerrados, toda la temporada pasa ante mis ojos en imágenes fugaces,

la oportunidad de demostrar que valgo para esto en lugar de ser solo la chica que montó uno de los caballos de carreras más excepcionales del mundo y cosechó un gran éxito por casualidad.

Esto es una mierda.

—De acuerdo, señorita Eaton —un hombre de mediana edad, con una bata blanca sobre la elegante camisa y los pantalones de vestir, entra en la habitación—, tengo buenas noticias.

Frunzo el ceño. Hoy no creo que vaya a recibir buenas noticias.

—Las imágenes muestran que no tiene nada... demasiado roto.

Me miro la pierna, que está negra y azul: se ve bastante rota.

—¿Está seguro?

Se ríe de buen humor.

—Muy seguro. Tiene un montón de moratones, un traumatismo en los tejidos blandos de la rodilla y una pequeña fractura en el peroné.

No aparto la mirada de mi pierna, en absoluto convencida de que no me la haya destrozado por completo.

El médico aprovecha mi silencio para seguir hablando, revisando el portafolios que lleva en la mano.

—No necesita cirugía, pero tiene que guardar reposo durante al menos un mes y usar muletas al principio. Al menos hasta que baje la hinchazón. También tiene que evitar las escaleras, y, desde luego, nada de montar.

Suelto un bufido.

Sí, claro, como si fuera a hacerte caso.

—Señorita Eaton, hablo en serio. Sé cómo son los atletas, pero si se fractura más el hueso o si sufre un desgarró en la rodilla, va a necesitar cirugía, y el tiempo de rehabilitación será mucho más largo. Ha tenido suerte, así que no lo estropee.

¿Suerte?

Billie interviene, sin duda porque ha leído mi expresión.

—No hay problema, doctor; yo me encargo de vigilarla.

El hombre apenas mira a Billie: enarca las cejas y ladea la cabeza hacia mí, buscando mi aprobación. Sacudo la mano en el aire con un gesto desdeñoso y me cruzo de brazos. Al fin y al cabo, cuando salga de aquí no va a saber lo que hago.

—Entendido —murmuro; bajo los ojos y suspiro, sintiéndome algo más que un poco juzgada.

—De acuerdo. Voy a traerle unos analgésicos y luego le daremos el alta.

Me obligo a mostrar algo parecido a una sonrisa, demasiado dolorida y cabreada como para hacer nada más. Necesito tomar algo que me alivie el dolor y tumbarme en mi propia cama. El médico da media vuelta y sale de la habitación.

—No te preocupes, Vi: te encontraremos un sitio donde quedarte.

—¿Qué? —Miro a Billie, confundida.

—No vas a subir esas absurdas escaleras que llevan a tu apartamento. Ni mucho menos a bajarlas. —Se estremece—. Ni hablar de eso.

—Vale, mamá. ¿Y dónde voy a quedarme entonces?

Billie se pasa las manos por la cara, y parece estresada, a pesar de que intenta actuar con calma y fingir ante mí que lo tiene todo bajo control.

—Le diré a Vaughn que se quede con su hermano en la casa principal, y tú vendrás a la cabaña.

—¿A la choza del amor? —suelto.

Una enfermera entra con un vaso de papel blanco y me lo tiende.

—¿La choza del amor? —repite Billie, confusa.

Miro las dos pastillas que hay en el vaso, me las meto en la boca y las trago ayudándome de un sorbo del agua que hay en la mesa que está junto a mí. Y casi escupo: el agua de la ciudad sabe fatal.

—Sí. No pienso mudarme a la choza del amor y separaros.

—¿Así es como llamas a nuestra casa? —pregunta, divertida.

No puedo evitar sonreír. Ella y Vaughn viven en su propia burbuja de felicidad.

—Billie, así es como la llama todo el mundo en el rancho.

Deja escapar un suspiro, agotada, y se pasa la mano por el pelo castaño.

—Me encanta, no te voy a engañar. Pero aun así vas a quedarte conmigo. Vaughn sobrevivirá.

—Billie, ni siquiera hay un baño en la planta principal de tu cabaña.

—Mierda. —Se desinfla—. Vale, bueno, entonces... ¿por qué no pasamos a Cole a tu apartamento y te dejamos la casa principal? Solo por unos...

De ninguna manera.

—No. No lo quiero en mi apartamento. Es mi espacio.

—Está bien, Violet, pero, entonces, ¿qué solución propones? ¿Quieres volver a Alberta unas semanas y quedarte con tu padre? O... no sé —su voz suena agitada—, ¿por qué no te mudas a la casa principal con Cole? Ahí hay una

habitación libre y un baño en la planta principal.

Me encantaría tomármelo a broma, pero en la actual coyuntura esa es la mejor solución.

Las buenas noticias no dejan de llegar. Tengo tanta suerte...

5

EN EL PASADO

COLE

Miro la pantalla del teléfono y dejo escapar un gemido. ¿De verdad voy a volver a intentarlo? Es penoso. Soy penoso, joder, porque aunque he decidido no abrirle mi corazón a nadie, no puedo evitar desear algo más.

Y esa foto es tan... ¿etérea? No sé, no puedo apartar la mirada, podría pasar horas contemplándola. Es muy distinta de lo que acecha en mi cabeza; pezones rosa claro sobre una pálida piel impecable. Me imagino pasando la mano por ese cuerpo, trazando un camino desde el ombligo hasta el esternón, para descansar luego sobre su cuello y tocar esos labios suaves y carnosos, que se separarían cuando los acariciara con el pulgar; imagino el suave suspiro que se escaparía de ellos.

Ha pasado demasiado tiempo, viejo pervertido. Te estás poniendo duro solo con imaginarte tocando los labios de una mujer. Los de su cara, nada menos.

Y eso sin tener en cuenta que una chica como ella no va a interesarse por mí ni por lo poco que tengo para ofrecerle.

Pero, qué coño..., ¿por qué no? ¿Qué tengo que perder? Recorro con la mirada mi solitario apartamento en el West End: la tumba de un hombre adulto que ha dejado escapar entre los dedos todas las oportunidades de los últimos años. De una cáscara vacía.

Ni siquiera he intentado mejorar, superar mis traumas o esforzarme más. Lo quería todo: la valla blanca, los dos niños y medio y una esposa que me besara con lengua todas las mañanas al separarnos..., pero no he hecho una mierda para conseguirlo, y ya es demasiado tarde.

Solo somos yo, yo mismo y mis batidos de proteínas. Y mi espeluznante *alter ego* en internet, que bien podría usar ahora mismo.

Toco con el pulgar el icono para mandar un mensaje y escribo rápidamente antes de cambiar de opinión.

Buscadordeoro85: *Quiero hacerte una propuesta.*

Me meto en la ducha para intentar limpiar lo sucio que me siento. Pero no puedo dejar de pensar en esa piel perfecta deslizándose sobre la mía, de imaginarme pasando la lengua por la cara interna de esos muslos, tomándome mi tiempo para saborearla, para sentir cómo se retuerce bajo mi cuerpo. Me agarro el pene, pero finjo que son sus labios suaves los que se abren para envolverme. Ella ahueca las mejillas y su sedoso cabello rubio se mece a un ritmo constante mientras me la chupa, sin apartar la mirada de mí. Joder, me encanta: esos grandes ojos clavados en mí y mi polla en su boca.

Me pregunto de qué color serán esos ojos cuando me derramo contra las frías baldosas.

Por un momento, deseo no estar tan solo.

Pero no voy a permitir que suceda.

EN LA ACTUALIDAD

—Oye, hermano mayor. —Billie aparece de pronto bajo la luz amarillenta del porche, junto a la puerta principal, con las manos en las caderas. Se aparta un mechón de pelo de la cara.

No sé qué está haciendo aquí, pero sí sé que no me gusta.

Son las once de la noche de un sábado. ¿Acaso así es como se divierte la gente en los pueblos pequeños? ¿Invadiendo la intimidad de los demás? Estoy a punto de preguntárselo cuando un par de faros se acercan por el camino de entrada. Vaughn estaciona junto a la camioneta de Billie, y es entonces cuando me doy cuenta de que ella ha dejado la puerta trasera abierta y que una sombra se mueve en el interior. Me echo hacia delante para intentar atisbar algo más.

—¿Hay alguien tumbado en tu asiento trasero? —pregunto.

Ella mira por encima del hombro.

—Pues sí.

Le devuelvo la mirada.

—No me gustas lo suficiente como para ayudarte a enterrar un cadáver.

Billie sonríe y sus dientes relucen en la oscuridad de la noche.

—Vale, pues no vendré a llamar a tu puerta cuando mate a Patrick Cassel.

—¿Patrick? —repito, confuso, cuando Vaughn sube las escaleras. Aborrezco a ese capullo arrogante de Patrick. Si me planteara ayudarla a esconder un cadáver, sería el suyo. Una risa histérica suena en la camioneta y me obliga a dejar esa línea de pensamiento—. Chicos, ¿qué coño pasa?

—Sí que podría matarlo, ¿sabes? —De nuevo esa risa enloquecida que surge desde la oscuridad del asiento trasero.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Vaughn, sin aliento, cuando llega junto a Billie.

—Sí, pero está drogada hasta las cejas —responde Billie sin darle demasiada importancia.

Rechino los dientes: es tan típico de ellos esto de hablar sin aclarar nada...

—Tío —gruño—. Qué. Mierda. Pasa. ¿Eh?

—Patrick Cassel se ha echado encima de Violet y DD esta noche, y ella tiene una pierna hecha polvo.

Cuando consigo procesar las palabras de Billie, me inunda la adrenalina. Si no odiara ya a Patrick Cassel, lo haría ahora. Veo el polvo; oigo los cascos de los caballos; saboreo la bilis en mis labios. Paso los dedos por la pierna, nervioso.

—¿Qué quieres decir con «Se ha echado encima»?

Me rechinan los dientes; mi mente se transporta a otro tiempo, a otro lugar, hasta un chico de diecisiete años que ve cómo su padre participa en una carrera que jamás podrá terminar.

—Se ha puesto delante y se ha echado sobre el anca de DD. El suelo estaba embarrado —suspira Billie. Su voz suena entrecortada, y no me pasa desapercibido el modo en que mi hermano le rodea la cintura.

Me siento como si pudiera ahogarme con mi propia lengua.

—¿Y podrías explicarme lo que significa exactamente «una pierna hecha polvo»?

Vaughn se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos. Eso suele significar que mi tono ha sido demasiado brusco. Trixie siempre me pregunta cómo creo que me perciben los demás, y yo sigo contestándole que no me importa. Ella me ignora y me dice que tengo que fijarme en el lenguaje corporal, y creo que debo tener en cuenta esa mirada con los ojos como platos: a Vaughn no le gusta que le hable así a su prometida.

—Tiene el peroné fracturado y un traumatismo en la rodilla. Es leve, aunque ha quedado un poco magullada. Pero no va a tardar demasiado en recuperarse. Si tiene suerte, un mes.

Inspiro hondo para llevar el aire a mis pulmones, y me fuerzo a dejarlo escapar con calma. Así quizá no me pondré a hiperventilar por el daño que me hacen los recuerdos. Podría haber sido mucho peor. He visto cosas mucho peores. Tenía diecisiete años y estaba aferrado a la barandilla en Bell Point Park cuando perdí a mi padre, a mi ídolo. Lo vi salir disparado a través de las

puertas; lancé vítores y silbé y grité hasta quedarme afónico; vi cómo se acercaba al caballo que iba en cabeza y vi la sonrisa en su rostro. Y luego lo vi caer. Un breve instante y su cuerpo quedó aplastado bajo el de su montura, que se levantó y se alejó al galope, con los ojos desorbitados por el terror.

Miré a mi padre, inmóvil sobre el suelo de tierra, y le rogué que se levantara. Pero no lo hizo.

Sí, esto podría haber sido mucho peor.

—¿Ella está bien? —Intento que mi voz suene fría, distante, pero hasta yo puedo escuchar cómo la impregnan la rabia y un dolor que ha tenido años para encontrarse.

—Sí —responde Billie—, pero se supone que no debe subir escaleras. Lo que significa que no puede quedarse en su apartamento sobre el establo. Íbamos a trasladarla a nuestra cabaña, pero el baño está en el segundo piso, y es un sitio demasiado pequeño para tres personas. —Se calla de golpe, mirándome con esos grandes ojos, como un niño pequeño que está a punto de pedir algo inapropiado.

También soy capaz de interpretar este lenguaje corporal: ya he visto antes esa mirada suplicante, aunque no tengo ni idea de a qué se debe, a menos que quiera cabrearme lo suficiente como para que desee estrangular a Patrick más de lo que ya me apeteció después de su comportamiento el año pasado.

No me queda más remedio que refugiarme en mi expresión neutra, mirando a mi hermano y a su prometida sin tener ni la más remota idea de lo que esperan de mí.

Vaughn deja escapar un gemido, se pasa la mano por el pelo y le escucho murmurar algo sobre lo difíciles que pongo siempre las cosas.

El sentimiento es mutuo, hermanito.

—¿Violet puede quedarse aquí contigo? Hay un dormitorio de sobra y el baño está en la planta principal. Solo serán unas cuantas semanas.

Tienen que estar de coña.

Aprieto los puños con la esperanza de que, si me ven lo bastante cabreado, se echarán atrás y encontrarán otra solución. Mi pecho sube y baja con cada jadeo, y los nervios me recorren el cuerpo de arriba abajo. Los dos siguen mirándome expectantes, como cachorritos.

Y a nadie le gustan los tipos que tratan mal a los cachorritos.

En la camioneta, Violet se echa a reír con tanta fuerza que parece que vaya a ahogarse. Hasta le cuesta hablar, y puedo oír los jadeos entre las carcajadas.

Siempre me he preguntado cómo sonaría su risa; un año charlando con ella y otro obligándome a olvidar sus delicados rasgos... y no me había imaginado los aullidos de hiena que está emitiendo ahora mismo.

—¡Os dije que no iba a aceptar, chicos! —dice—. Mirad la cara que pone. — Otro ataque de risa—. Lo conozco, sabía que no iba a funcionar.

Vale, se acabó. Lo último que necesito es que el Señor y la Señora Bocazas se enteren de mi vida privada. Y la mejor forma de lograrlo es...

A la mierda con todo.

Me pongo de pie antes de poder reconsiderar lo que voy a hacer. Paso entre Billie y Vaughn y llego hasta la camioneta. Violet está recostada en el asiento trasero, con los pies apuntando en mi dirección y la espalda apoyada en la puerta opuesta. Lleva una férula en la pierna y se acomoda sobre un montón de mantas de caballo enrolladas. Tiene las pupilas dilatadas y las lágrimas de la risa corren por sus mejillas embarradas.

—Anda, pero si es el Hombre Gamba.

Abro la puerta de la camioneta con un gruñido.

—Cierra el pico, Violet.

Ella echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, como si poner a voz en grito nuestra historia fuera lo más divertido del mundo. *Un clásico de la comedia, vamos.* Rechino los dientes con la mandíbula en tensión. Solo puedo pensar en alejarla de los oídos indiscretos, así que me agacho y la agarro por la cintura, muy consciente de cómo mis manos la rodean casi por completo cuando la llevo hacia mí.

Cuando paso el brazo bajo sus rodillas, se estremece.

—¿Estás bien? —digo en voz lo bastante baja como para que solo ella pueda oírme. Debería haber tenido más cuidado.

—Me duele un poco. —Clava en mí sus ojos vidriosos, enormes, desenfocados y preciosos. Se me encoge en corazón al mirarla, al contemplar a esa chica a la que no he sido capaz de olvidar.

Me da igual lo que diga Billie: soy yo quien va a matar a Patrick Cassel. Me muevo muy despacio, menos nervioso y más preocupado, y paso el otro brazo bajo la estrecha espalda de Violet. Parece tan pequeña y frágil en mis brazos... Han sido tantas las veces que creía que la conocía, y no era así...

Apoya la cabeza en mi hombro como si estuviera borracha.

—¡No tan fuerte! —Me da un puñetazo en el bíceps con su manita diminuta—. ¡Mira qué brazos!

Parpadeo lentamente y me esfuerzo por mantener la calma mientras cargo con su cuerpo inerte hasta el porche delantero. Alguien tan pequeño no debería pesar tanto. Me inundan los recuerdos de cuando tuve que cargar con otros cuerpos inertes, los de mis camaradas, bajo el manto de la oscuridad; recuerdo su peso, el calor asfixiante. Lucho contra la oleada de miedo que me recorre la columna vertebral.

Inhalo profundamente el aire denso y húmedo para volver al presente.

—¿Qué demonios le han recetado?

Billie saca un pequeño frasco naranja del bolsillo trasero y me lo tiende.

—No sé, pero a lo mejor deberían haberle dado la dosis para niños.

Me limito a dejar escapar un gruñido. Ya lo miraré más tarde.

—Yo me encargo —rezongo; los aparto de un empujón y entro en el viejo caserón sujetando a Violet con firmeza contra mi pecho.

—¡Qué romántico! —Violet se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

En el pasado, Violet era una de las pocas personas con las que me gustaba charlar, pero esa mujer no está aquí ahora mismo, y la que hay en su lugar está drogada hasta las cejas.

—Violet, ¿estás bien? —Billie parece preocupada, pero le cierro la puerta en las narices de una patada para que deje el tema.

—¡¿Ves lo grosero que es?! —grita Violet a través de la puerta cerrada—. Con todas las veces que te has quejado de lo capullo que es y...

Es el turno de Billie para callarla.

—Mañana por la mañana te traeré tus cosas, Vi —responde Billie—. Si me necesitas, llámame.

Un músculo se tensa en mi mejilla. *Cierra la boca, «hermana».*

—¡No te preocupes por mí, B! Ya te lo he dicho: lo conozco.

Me invade una profunda sensación de temor al ver cómo mi intimidad se desvanece. Una parte de mi vida que siempre estuvo destinada a mantenerse en las sombras va a dormir en el piso de abajo y a cotillear con la prometida de mi hermano. Que haya estado suspirando durante los dos últimos años por ella, por una chica a la que, en realidad, nunca llegué a conocer, no tiene nada que ver en esto.

No va a salir nada bueno de esta proximidad forzada.

Llevo a Violet al dormitorio de invitados, lamentándome por mi mala suerte, sintiendo cómo mi bien organizado universo se me escapa entre los dedos como arena. Y solo llevo veinticuatro horas en Ruby Creek.

Este lugar hizo caer a mi padre y ahora también me hará caer a mí.

La habitación está a oscuras, pero la cama de invitados ya está hecha, como si hubiera estado esperándola. Como si el universo se estuviera burlando de mí.

Me agacho y dejo a Violet sobre la cama con suavidad, intentando no hacerle daño. Es aún más hermosa de lo que recordaba, suave, femenina, y me serena sin siquiera pretenderlo. Conocer a Violet fue como encontrar una cura que ni siquiera sabía que necesitaba.

—¿Por qué me miras? —pregunta en voz baja, tumbada en la cama. Su voz ya no es tan histérica.

—No te estoy mirando —protesto a la defensiva, sin ningunas ganas de hablar.

Cojo una almohada del cabecero y la coloco debajo de su rodilla para que esté más cómoda. Cuando me echo hacia delante para abrir las sábanas, miro furtivamente su rostro. Es algo que llevo evitando desde que la vi en la pista, pero ahora parece que no puedo apartar la mirada de ella. Es como si su mera imagen me hubiera provocado un cortocircuito en el cerebro y abriera la puerta a que yo la contemplara boquiabierto, como si fuera un neandertal aturdido.

Espero que esos enormes ojos azules me devuelvan la mirada, pero las largas pestañas proyectan sombras sobre sus altos pómulos, su boca en forma de corazón está entreabierta y el aire escapa de sus labios en una respiración tranquila y superficial.

Está fuera de combate.

Lo que quiere decir que ahora sí puedo mirarla con atención, así que recorro cada línea, cada ángulo, cada inspiración. Mi vista se adapta con rapidez a la luz tenue que se filtra desde la sala de estar, y sé que no va a pillarme.

¿Su respiración es demasiado ligera? ¿Demasiado lenta?

Me acerco a ella para escuchar, un poco inquieto por el efecto que le han hecho los analgésicos. Otra cosa más por la que preocuparme. *Justo lo que me hacía falta.*

Salgo de la habitación sacudiendo la cabeza. ¿Cómo me he metido en esto? Debería encontrar a alguien para que se encargue de la nueva empresa y regresar a la ciudad. A la mierda con todo. Soy un hombre de treinta y seis años que casi no puede cuidar de sí mismo, y lo último que necesito es tener que cuidar de esta mujer. Me hace tanta falta como un disparo en la cabeza.

Voy a la cocina, abro el grifo de un manotazo y el agua sale disparada. Me estiro para coger un vaso del armario que hay sobre el fregadero. El agua de aquí huele fatal, pero Vaughn me ha asegurado que es potable. Dijo algo sobre los productos químicos que le añaden a la de la ciudad, pero, aun así, lo primero que voy a hacer mañana es comprar agua embotellada.

Cuando voy a volver a la habitación, veo que el teléfono se enciende sobre la isla, y las llamadas perdidas de Vaughn y Billie llenan la pantalla. Han debido de llamar mientras hacía ejercicio, antes de que todo se fuera a la mierda. Miro tanto el teléfono durante el día por cuestiones de trabajo que prefiero dejarlo en silencio por las noches para que nadie me moleste.

Hasta ahora.

Al parecer, si en Ruby Creek alguien no contesta al teléfono, te presentas en su puerta.

Cojo el móvil y reviso las notificaciones. La más reciente es un mensaje de Vaughn.

***Vaughn:** Billie está muy preocupada por Violet. Vamos a buscar otra solución. Ten paciencia por esta noche y cuida bien de ella.*

Pongo los ojos en blanco. Cualquiera diría que Violet está en su lecho de muerte, o algo así. ¿Tanta preocupación es normal entre adultos?

***Cole:** Dile a Billie que Violet es una adulta perfectamente capaz de valerse por sí misma. Estoy seguro de que podrá cuidarse solita cuando se le pase el colicón.*

No voy a dignificar con una respuesta esa insinuación suya de que la cuide. ¿Es que cree que no soy capaz? No tengo ni idea de cuándo Vaughn se ha vuelto tan calzonazos.

Dejo caer el teléfono sobre la isla e intento esas inspiraciones profundas en las que tanto me insiste Trixie. Regreso a la habitación de invitados con el vaso de agua para Violet.

Lo dejo en la mesita de noche y mi mirada vuelve a recorrer su cuerpo dormido. Me embebo de ella, debatiendo para mis adentros cómo debería sentirme con respecto a toda esta situación.

Una parte de mí quiere tumbarse a su lado, abrazarla, acariciarle el pelo y contemplarla toda la noche, aliviar la tensión en mis entrañas y asegurarme de que está bien. Pero la otra parte sabe que a ella no le haría ninguna gracia, que estaría pasándome de la raya, y más teniendo en cuenta cómo acabaron las

cosas entre nosotros.

Así que salgo de la habitación, dejo la puerta entreabierto y me siento en el suelo, recostado contra la pared de enfrente.

Un rato nada más, me digo a mí mismo, sacudiendo la cabeza. Y me acomodo para vigilarla.

En el fondo, sé que me estoy engañando, que no voy a poder subir las escaleras y dejarla sola esta noche. Pero llevo años mintiéndome a mí mismo y a todos los que me rodean.

¿Por qué voy a parar de hacerlo ahora?

6

EN EL PASADO

VIOLET

¡La leche! Tengo un montón de mensajes. Navego por ellos, sonrojándome a medida que avanzo, y me alegro de haberme prometido a mí misma que no iba a responderle a nadie. Solo estoy aquí para mirar.

«Hola, cariño», «Oye, cariño», «Me gustaría chupar...», «No te pongas nerviosa...». Quién iba a decir que había tantos perversos en este mundo. Ni siquiera puedo leerlos todos. Son demasiados.

He pasado el día dejándome el culo en el rancho e intentando olvidar que he colgado en internet una foto mía desnuda, titulada «(25F), Nueva y nerviosa». Al terminar, he subido a mi pequeño apartamento, me he preparado unos macarrones y he fingido que mi portátil no estaba ahí. Incluso he visto un episodio de *Gilmore Girls* en el que apenas he podido concentrarme antes de rendirme por fin y abrir el navegador.

Este foro tiene decenas de miles de suscriptores, y no alcanzo a comprender cómo cuarenta y siete de ellos han conseguido encontrarme y han decidido mandarme un mensaje. Me retuerzo las manos al imaginar lo que estos hombres han estado haciendo mientras miraban mi foto. Esta ha sido una mala idea; una muy mala idea.

La notificación de mi cuadragésimo octavo mensaje aparece en la esquina superior derecha de la pantalla, y hago clic en ella por pura curiosidad morbosa.

Buscadordeoro85: *Quiero hacerte una propuesta.*

Me muerdo el labio. Este mensaje no se parece a los demás. ¿Qué va a pasar por contestar solo a uno? No puede ser tan malo, ¿no?

Además, soy demasiado curiosa como para ignorar una sugerencia directa como esa. ¿Cuál será esa propuesta? Flexiono los dedos y los pongo sobre el teclado, deseando responder. Al fin y al cabo, si dice algo terrible, no estoy obligada a contestarle. Mierda. Allá voy.

Chica_de_Púrpura: Ah, ¿sí?

Los tres puntos parpadean en la pantalla, lo que significa que está escribiendo. Muevo la rodilla arriba y abajo y me doy un golpe contra el fondo de madera de la mesa, que es demasiado pequeña. *¿Está escribiendo un testamento o qué...?*

Buscadordeoro85: Busco a alguien a quien pagarle para que me envíe fotos exclusivas (como la que has publicado) o con quien conectar por videollamada. Te pagaré dos mil dólares americanos cada quince días por hablar dos o tres veces por semana unos veinte o treinta minutos y te daré unas instrucciones que deberás seguir, siempre dentro de lo razonable, por supuesto. Eso sí: me mantendré en el más estricto anonimato. Tómame tu tiempo para pensarlo, no hay prisa. Tu foto es preciosa.

Me echo hacia atrás. Pero qué coño... Qué proposición tan rara y aséptica. Aunque cuatro mil dólares más al mes suenan de maravilla, no voy a hacerlo, de ninguna manera. No es que me crea por encima de esto, es que no quiero echar a perder mi objetivo de vivir libre del control de los demás. No quiero seguir las instrucciones de nadie. Aunque sigo intentando hacer la conversión a dólares canadienses mentalmente.

Chica_de_Púrpura: ¿Por qué?

Me ruborizo. Debería decir que no directamente, pero estoy intrigada y tengo un montón de preguntas.

Buscadordeoro85: ¿Por qué qué?

Chica_de_Púrpura: No sé. ¿Por qué yo? ¿Por qué quieres hacer esto? ¿Cuál es el objetivo?

Buscadordeoro85: ¿Siempre haces tantas preguntas?

Vale, parece que he puesto el dedo en la llaga. A mí tampoco me gustaría que me interrogaran sobre mis preferencias sexuales.

Chica_de_Púrpura: Creo que sí. Y no es que vaya a hacerlo: solo siento curiosidad.

Buscadordeoro85: ¿Por qué has publicado la foto si tan nerviosa te pone?

Pienso en dejarlo ahí. No le debo ninguna explicación a este tío, pero es fácil ser atrevida y directa con alguien a quien no he visto en mi vida.

Chica_de_Púrpura: Porque quería sentirme nerviosa, hacer algo fuera de mi zona de confort. He estado viviendo en una burbuja y me ha parecido una buena forma de

estallarla.

Buscadordeoro85: *En mi caso, hago esto porque les tengo mucho cariño a mi burbuja y a mi intimidad. Trabajo demasiado y no tengo tiempo para salir. Además, me gusta que todo se haga de una determinada manera, y esto me lo garantiza. Hasta ahora me ha funcionado. Te he elegido a ti porque me ha gustado la foto. Pareces natural y auténtica, y eso es lo que me va.*

Me ruborizo con el cumplido. Es un completo desconocido, pero sus palabras me llegan de un modo que me hace sentir lánguida y pegajosa.

Hace demasiado tiempo que no te acuestas con nadie, Vi.

Chica_de_Púrpura: *Bueno, pues gracias por haber pensado en mí.*

Buscadordeoro85: *¿Vas a considerar mi propuesta?*

Chica_de_Púrpura: *Probablemente no.*

No vuelve a responder después de eso.

EN LA ACTUALIDAD

Intento abrir los ojos, pero me pesan tanto los párpados que no sé si merece la pena. Me esfuerzo un poco más, pero no hay forma: pesan demasiado. Me rindo, suspiro y me doy la vuelta.

Siento un latigazo de dolor que me recorre desde los dedos de los pies hasta la punta de las orejas. Soy como una gran bola de dolor. Ahora sí que se me abren los ojos, y dejo escapar un jadeo.

Ay, mierda.

Opto por quedarme justo donde estoy, tumbada boca arriba.

Vuelvo a cerrar los ojos y me concentro en respirar por la nariz. Si no me muevo, no me duele. Sería la solución perfecta de no ser porque así me asaltan los recuerdos: Patrick Cassel. El barro. DD. *Ay, Dios, DD.*

El torrente de imágenes no se detiene: la caída, mi pierna, el hospital, el trayecto de regreso a... Abro los ojos de golpe y miro a mi alrededor.

—No me jodas.

Cole Harding.

Dejo escapar un gemido, me tapo la cara con las sábanas y me asaltan un montón de escenas confusas; muero un poco por dentro cuando llego a una en la que le hablo sin tapujos de sus bíceps. ¿Cómo voy a enfrentarme a él

después de eso? Nos iba genial fingiendo que el otro no existía. Era el plan perfecto, una estrategia que llevaba funcionando más de un año, y yo tenía la esperanza de que siguiéramos así aunque él se mudara aquí. Ese era mi plan. Me gusta tener un plan.

Pero ahora se ha ido a la mierda porque estoy durmiendo en su casa y he tenido que decirle adiós a la temporada.

Esto es una pesadilla.

Sacudo la cabeza, agobiada por mis desgracias, y chasco la lengua para ver si así consigo que la saliva acabe con esa sensación seca y algodonesa. Necesito beber y lavarme los dientes. Miro hacia la mesilla de noche y veo un vaso de agua. Me hace tanta falta que decido que merece la pena intentarlo: a pesar de que me siento como si todo mi cuerpo fuera un enorme moratón, me muevo y me incorporo para apoyarme en el cabecero. El dolor, palpitante, me deja sin aliento; me rodea por entero.

Pero mis esfuerzos se ven recompensados en cuanto me llevo el vaso a los labios y pruebo la primera gota de agua. Sin riesgo no hay ganancia. Pero, en serio, ¿dónde están los analgésicos?

Quiero quedarme aquí escondida. No quiero ver a Cole, con su estúpido —y precioso— ceño fruncido y esos grandes bíceps que me provocan sensaciones extrañas en la boca del estómago. No es justo: estoy hecha polvo, pero debo enfrentarme al hombre al que he estado evitando durante un año.

La vida es dura, pero el dolor que me recorre todo el cuerpo es aún peor.

Las ganas de tomar un analgésico superan con creces el deseo de quedarme todo el día en el dormitorio para evitar a Cole, así que saco las piernas de la cama, jadeando por el esfuerzo, y me dirijo a la sala, cojeando por culpa de la férula y estremeciéndome con cada paso.

Cojeo hasta la isla de la cocina esperando encontrarme el bote de pastillas en alguna parte. Todo es tan aséptico que parece que no viva nadie en este lugar: no hay siquiera una cartera y unas llaves tiradas o un vaso de agua olvidado en la encimera. Pienso que a lo mejor se ha ido y mi corazón da un brinco de alegría ante esa perspectiva. Eso sería perfecto; así podría tener un berrinche en toda regla por no poder montar en un mes por culpa...

—¿Qué haces levantada?

La fría voz de Cole cae sobre mí como un jarro de agua fría. Es impactante y desagradable, y me deja sin aliento. Así que me quedo congelada, sin ninguna intención de darme la vuelta y mirarlo porque sé lo que voy a ver... y

aborrezco lo mucho que me gusta.

Concéntrate en su falta de personalidad y todo irá bien. No seas cría.

Me giro con rigidez, despacio, manteniendo una mano sobre la isla en busca de apoyo. Necesito algo a lo que aferrarme si voy a mirarlo a esos ojos inteligentes del color del granito: un mosaico de grises y plateados. Su mirada me recorre de arriba abajo como si estuviera tomando medidas para meterme en una caja y enviarme lejos.

—Necesito los analgésicos.

Resopla y se cruza de brazos. Está en la entrada, con la puerta principal abierta y el sol brillando a su espalda. Los rayos que envuelven su colosal cuerpo hacen que su silueta resplandezca. Me recuerda a un eclipse solar: sé que no debo mirarlo directamente porque es peligroso.

Parpadeo y aparto la vista para recuperar el control; intento concentrarme en el dolor de la pierna, que en su presencia se ha reducido a un latido sordo porque mi cuerpo se está enfocando en los demás sentimientos que me provoca: vergüenza, tristeza, añoranza. Detesto que todavía tenga ese poder sobre mí, así que me concentro en el dolor; quiero volver a experimentarlo y usarlo como escudo. Quiero sentirme mejor, pero no por mirar a Cole Harding.

Esta es la prueba viviente de que este tío es una droga a la que me cuesta resistirme. Pero ya he conseguido desengancharme una vez y ahora soy más fuerte. Tengo una vida diferente en la que él no tiene cabida. Sería demasiado complicado.

Incluso más que antes.

Me yergo y alzo la barbilla.

—¿Dónde están, Cole?

—En el armario que hay encima de la nevera.

Me doy media vuelta para alejarme de él cojeando. Me encantaría llevar otra cosa que no fueran unos pantalones de chándal enormes con la palabra «VANCOUVER» en el trasero y una camiseta demasiado grande con una orca dibujada en el pecho. Me llevaron en ambulancia al hospital, y tenía la ropa empapada de barro, así que este precioso atuendo es el que Billie compró en la tienda de regalos.

Al menos está limpio.

Miro primero la nevera y después el armario que hay encima. ¿Ha puesto a propósito los analgésicos en un lugar al que no llego?

—No llego —digo entre dientes, sin mirarlo.

Me estoy viniendo abajo y los nervios se entremezclan con el temor. *Y vamos a pasar un mes entero así... O más.* Ahora que me han dado la oportunidad, lo único que quiero es competir en las carreras, probarme a mí misma, ganar, no tomarme un mes de vacaciones para vivir bajo el mismo techo que Cole Harding.

—Lo sé —dice, sin el más mínimo rastro de humor en su tono.

Idiota.

Me vuelvo hacia él y abro los ojos de par en par, mordiéndome los labios hasta hacerme daño. Detesto hacer el payaso de esta manera.

—Cógelos. Ya.

Está apoyado contra el marco de la puerta, con aire despreocupado, pero mirándome con frialdad, aunque ahora sus ojos están enfocados en mis labios. No tiene pinta de ir a ayudarme, y eso es todavía más irritante. Los hombres tienen la mala costumbre de hacerme sentir impotente, y es la peor sensación del mundo. No sé si es porque soy pequeña, o callada, pero me cabrea. Mi padre y mis hermanos me trataban así continuamente, sin darse ni cuenta de que poner a la hermanita pequeña en un pedestal era una auténtica mierda patriarcal; aunque sus intenciones eran buenas, no me estaban haciendo ningún favor, y, en última instancia, eso fue lo que me decidió a independizarme. Pero Cole... Él solo lo hace porque es un imbécil que pretende ganar algún absurdo juego de poder, y lo aborrezco con todo mi ser. Y no voy a consentirlo.

—No sé cómo Vaughn ha salido tan caballeroso y tú has salido... así —digo, abarcándolo por entero con un gesto desdeñoso. Le brillan los ojos y un músculo le palpita en la mandíbula—. Ya los cojo yo.

Cojeo hasta la mesa; voy a coger una silla, a llevarla hasta los armarios y a ponerme de pie sobre ella para alcanzar la medicina.

Pero me detiene antes de que llegue.

—Para, Violet.

Me vuelvo para ver cómo atraviesa la casa con pasos firmes, rodea la isla y se detiene a mi lado. Debe de medir más de metro ochenta y cinco. Así cualquiera llega al armario...

Coge el pequeño frasco naranja de las pastillas, que está rodeado de lo que parece ser un montón de vitaminas y suplementos alimenticios; estiro el cuello para intentar averiguar qué son esos botes leyendo las etiquetas.

—¿Por qué no te tomas un par de píldoras de la felicidad, ya que estás? —
suelto.

Se vuelve hacia mí lentamente. Muy lentamente. Y deja el bote de analgésicos sobre la encimera de madera. Espero que lo deje con un golpe, pero sus movimientos son controlados y silenciosos, lo que resulta un poco desconcertante, la verdad.

Aunque haber pasado un año charlando con él a través del chat no significa que conozca sus gestos, al contrario: sé muy poco sobre él. Nunca fue muy comunicativo y, después de cerrar para siempre la sesión de chat, me di cuenta de que solo había estado jugando con una cría solitaria que necesitaba a alguien con quien hablar. Y con quien tener un orgasmo. *Por una vez.*

—Si vas a vivir aquí, a lo mejor debería comprar unas cuantas.

Espera... ¿Está bromeando? La verdad, no tengo ni idea. Estudio su rostro buscando algún rastro de humor, pero no encuentro ninguno. Lo que sí veo es una fina cicatriz blanca que le atraviesa la espesa ceja derecha y le llega hasta la línea del pelo. Nunca la había visto antes porque nunca había tenido la oportunidad de admirarlo de cerca. Y sí, lo estoy admirando porque es alucinante: el típico hombre diseñado al milímetro para que disfruten las mujeres. Es fuerte y duro, masculino hasta la médula, y tiene toda la pinta de poder manejar a una mujer a su antojo. Ese pensamiento hace que se me dispare el pulso.

—Lo siento. Ya sé que... Nosotros... —Me cuesta encontrar las palabras y me sonrojo. Miro hacia otro lado, a través de la ventana delantera, hacia las verdes colinas, e inspiro hondo. No puedo vivir así todo un mes. Sin más, no puedo—. Comprendo que no quieras vivir conmigo. Encontraré otro sitio donde quedarme.

Se da la vuelta y coge un vaso.

—Siéntate.

Me encantaría decirle que se vaya al cuerno, pero eso de sentarse suena de maravilla y decido que esta no es la batalla que quiero luchar. O, al menos, no quiero hacerlo hoy, que lo único que deseo es un vaso de agua y que cese un poco el dolor.

Me muevo con cuidado alrededor de la isla; se supone que debería usar muletas, pero no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo con lo que me duelen las costillas y los hombros. Me subo por fin al sencillo taburete de madera y veo cómo abre el grifo y llena el vaso.

Intento no mirarle el culo, pero fracaso miserablemente. No tiene pinta de usar pantalones de chándal, pero es lo que lleva puesto y le sientan muy bien. Son estrechos en los tobillos y se ciñen a la cintura. Cuando se vuelve hacia mí, frunzo los labios y me echo el pelo sobre el hombro para peinármelo con los dedos.

—Toma.

Levanta el vaso, y juro que lo olisquea antes de deslizarlo sobre la isla en mi dirección. Su mano es tan enorme que el vaso desaparece en su interior como si fuera la tacita de un niño.

Cuando lo suelta, lo cojo con cuidado para no rozarle los dedos y luego miro el frasco de las pastillas. Las instrucciones dicen que pueden tomarse dos pastillas cada seis horas.

—Creo que empezaré con una —mascullo.

—Buena idea.

Parpadeo y busco su mirada. *Capullo*. Ahora quiero tomarme dos solo para no darle la satisfacción de hacer lo que dice.

Giro la tapa con brusquedad y la tiro sobre la isla.

—¿Quién te ha pedido tu opinión?

Dejo caer una pastilla en la palma de la mano y me la echo a la boca.

—Nadie. Ya sé que solo te interesan mis bíceps —dice Cole, inexpresivo, y me quedo helada.

El sabor amargo de la pastilla que se disuelve en mi lengua me inunda la boca cuando le devuelvo la mirada.

Me recorre una oleada de vergüenza y me obligo a tragar un sorbo de agua.

—Lo siento —murmuro, y miro a todas partes salvo en su dirección.

—¿Qué sientes?

Se apoya sobre la encimera y me fulmina con la mirada. Es desconcertante.

Y no pienso permitir que se dé cuenta, así que me yergo en mi asiento y pongo las manos sobre la isla de madera.

—Lo de anoche. No estaba en mi mejor momento. Es solo que... no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

Una sonrisa adorna su rostro y su mirada pasa de un frío desinterés a algo más; me recorre con la vista de la cabeza a los pies, dejando un rastro de calor a su paso.

—No es eso lo que recordaba.

Me aferro al vaso de agua fría.

No entres al trapo. Eres una adulta. Déjalo estar.

—Lo que tú digas. —Le echo una mirada y me pongo de pie, intentando no hacer ninguna mueca y mantener la voz lo más tranquila posible—. Me perderás de vista antes de que te des cuenta.

Y luego me doy media vuelta y cojeo de regreso a la seguridad de la habitación de invitados. Prefiero deprimirme en privado.

7

EN EL PASADO

COLE

Oigo el teléfono, pero hago la última serie de levantamiento de pesas antes de cogerlo.

«CHICA_DE_PÚRPURA TE HA ENVIADO UN MENSAJE».

¿Acaso ha cambiado de opinión? Lo más probable es que no, y no puedo culparla por ello. Cada vez que envío un mensaje como ese me siento sucio. Sé que parezco un perverso, y lo detesto. Y también sé que hay un montón de babosos en internet, aunque preferiría pensar que no soy uno de ellos. Este tipo de acuerdos me funcionan: me garantizan intimidad y me proporcionan la compañía que anhelo.

O algo así.

Deslizo la notificación para abrirla.

Chica_de_Púrpura: ¿A cuántas chicas les has propuesto lo mismo?

Mira que es preguntona...

Buscadordeoro85: A unas cuantas.

Chica_de_Púrpura: Y eso son... ¿tres?

Buscadordeoro85: Más o menos.

En la pantalla parpadean los tres puntos que indican que está escribiendo, y luego aparece su mensaje.

Chica_de_Púrpura: Supongo que no fue tu amena conversación lo que las hizo aceptar.

No puedo evitar una carcajada. No se equivoca conmigo: nadie podría acusarme de ser un gran conversador.

Buscadordeoro85: No, aceptaron porque les ofrecí los mejores orgasmos de su vida mientras las miraba.

Los puntos parpadean y se detienen. Parpadean; se detienen. Pasan unos segundos hasta que vuelven a parpadear.

Chica_de_Púrpura: Ah.

Buscadordeoro85: Sí. Ah. ¿Sigues sin interesarte?

Chica_de_Púrpura: ¿Tener orgasmos por internet? No, no me hace falta. Puedo encargarme muy bien yo sola.

Se me escapa un gemido al pensar en la piel pálida y sedosa que aparecía en la foto, en las bonitas bragas rosas que escondían su coño. Al pensar en sus dedos deslizándose bajo ese triángulo de encaje.

Controlo mis nervios. Es como si esta mujer no tuviera ni idea de lo sexy que es, y eso hace que me guste aún más. Chica de Púrpura es toda una tentación y ni siquiera se da cuenta.

EN LA ACTUALIDAD

Me coloco los auriculares con gesto rabioso. Ya he terminado con la tabla de ejercicios diaria, pero voy a seguir. Clavo el pulgar en el cuádriceps y lo deslizo hacia abajo para calmar el dolor. El ejercicio es la única forma que tengo de controlar las emociones que me están asfixiando. Trixie me diría que les pusiera nombre, pero en las Fuerzas Especiales no me enseñaron precisamente a hablar de mis sentimientos.

Como no tengo un gimnasio cerca, corro; hago flexiones; hago abdominales. Y si pudiera encontrar unos ladrillos o algo así, haría pesas. La grava cruje bajo mis pies cuando llego a la carretera secundaria; el aire huele fresco y tan poco familiar como las rocas lodosas del río que atraviesa la propiedad. La nieve todavía no se ha derretido en la cima de las Cascades, aunque ya estamos en abril.

Intento convencerme de que echo de menos el olor de los tubos de escape y el sonido de los cláxones a todo volumen a los que me enfrento cuando voy al centro, pero creo que me estoy engañando a mí mismo. No lo sé. Lo que sí sé es que moverse es un regalo, que nos ofrece una libertad que no podemos dar por sentada. Nuestros cuerpos, sin importar su forma o su tamaño, son como

caballos de batalla que hacen cosas increíbles por nosotros. O cosas sencillas, de las que ni siquiera somos conscientes hasta que ya no podemos hacerlas.

Y por eso también sé que Violet se siente atrapada por culpa de la lesión. Quizá ni siquiera se haya dado cuenta todavía, pero yo sí. Y en lugar de demostrar un poco de inteligencia y comprensión, me he comportado como..., bueno, como yo mismo.

Después de que se haya ido hecha una furia, he ido a buscar un taburete al cobertizo para que pueda alcanzar el armario, aunque soy consciente de que el daño ya está hecho, de que ha pensado que había dejado ahí las pastillas a propósito, así que no es difícil imaginar que ahora mismo estoy en su lista negra.

Muevo los brazos y corro más rápido, devorando los kilómetros, empapado en sudor, como si así pudiera huir de mí mismo.

¿Cómo podría compensar a Violet por lo que le hice? Sé que no le debo nada, pero la verdad es que es lo más parecido a una amiga que he tenido desde que puedo recordar. Hilary y yo nunca fuimos amigos en realidad. Solo éramos esos follamigos que tienen los niños ricos. Y luego yo me convertí en un soldado que estaba preparándose para el despliegue, y entonces nos prometimos.

Pero cuando regresé para quedarme... nos convertimos en veneno.

Y me cociné a fuego lento en ese veneno durante años.

Resoplo y doy la vuelta a la esquina, hacia otro camino inidentificable.

Buen intento, viejo, pero todavía estás molesto y saturado.

Violet no se merece que yo le eche encima mis mierdas. No tiene la culpa de nada, y hacerle la vida un poco más fácil después de haber herido sus sentimientos no va a matarme. Porque sí, sé que le hice daño, aunque esa no fue mi intención. No podía ofrecerle nada más, no podía darle lo que quería. No era lo bastante valiente como para desnudarme cara a cara, mucho menos en un chat de vídeo. Esa noche, cuando me dijo que me encargara de todo, que le dijera lo que tenía que hacer, me puse muy caliente. Condenadamente caliente. Más que nunca, quizá porque habíamos llegado a conocernos bien, y la confianza que depositó en mí significaba algo; en ese momento sentí por Violet algo en lo que no me atreví a adentrarme.

Pero solo fue eso: un breve instante. Al menos, para mí. Y lo menos que puedo hacer ahora es no portarme como un capullo con ella, aunque, en realidad, no ha sido a propósito; es que siempre termino comportándome de

ese modo, lo quiera o no. Por lo general, no me rebajo a preocuparme por lo que los demás piensan de mí, pero no me voy a morir por intentar ser útil. Seguro que Trixie estaría de acuerdo.

Respiro con dificultad y, aunque odie admitirlo, debo reconocer que mi cuerpo se ha agotado con el primer entrenamiento. El sol de media mañana calienta más de lo que esperaba, así que me detengo, entrelazo las manos detrás de la cabeza para estirar un poco los músculos y me doy la vuelta despacio, contemplando la cuneta repleta de árboles. Las hojas en esta época del año lucen un verde vivo, como si fueran de neón, frescas y nuevas antes de crecer y vestirse con un tono más oscuro.

Suspiro y obligo a mi cuerpo a ponerse en movimiento. El poder de la mente sobre la materia. No importa el cansancio. Así que sigo, forzándome a correr de regreso, aunque preferiría caminar.

Mientras avanzo, la cara de Violet aparece en mi mente. Cómo se ha comportado al darse cuenta de que no llegaba al armario; el rubor en sus mejillas; el modo en que sus grandes ojos azules relampagueaban. Los absurdos pantalones de chándal se han ajustado a su cintura y una parte malvada de mí quería reírse porque parecía una diminuta Campanilla de las que va pisando fuerte. Pero otra parte se ha estremecido porque mi intención no había sido molestarla. Ni siquiera lo había pensado: me limité a guardar las pastillas en su sitio, con las vitaminas y los suplementos alimenticios porque no me apetecía tener la encimera llena de botes.

Corro más rápido, hasta que me arden los pulmones y los cuádriceps.

Hasta que dejo la mente en blanco.

No necesito más mierda en mi vida.

En cuanto entro por la puerta, veo a Violet sentada en el mismo taburete de antes y frunciéndome el ceño. Mueve los labios, pero la música que llega a través de los auriculares está tan alta que no oigo ni una palabra. Y es estupendo, la verdad. Tengo que apuntarme este truco.

Me quito los auriculares y levanto una mano para detener la diatriba que está soltando. Una gota de sudor resbala entre mis omóplatos.

—¿Qué decías? —pregunto con calma.

Hace un puchero y relaja los hombros con un suspiro. Destila puro nerviosismo.

—No hay café.

—Lo sé —digo; me quito los zapatos y los dejo en la estantería antes de entrar para servirme un vaso de agua—. El café es una muleta que engaña a tu cuerpo para convencerlo de que tienes energía suficiente.

Se agarra a la encimera con tanta fuerza que se le ponen blancos los nudillos.

—Quiero que me engañen. No. Necesito que me engañen. —Se baja del taburete con cautela—. Voy a subir a mi apartamento para buscar café. Y tengo que averiguar dónde puedo quedarme —despotrica—, porque de entre todas las cosas malas que conlleva vivir contigo, que no tengas café es lo peor.

Suspiro, me pongo las manos en las caderas y miro al techo.

—Violet...

—Una muleta... ¿Es algún juego de palabras estúpido sobre mi pierna destrozada? —continúa, y se aleja un poco, cojeando.

—Violet.

De espaldas a mí, intenta meter el pie en una chancleta murmurando algo que se parece sospechosamente a «*Mira que es creído, el gilipollas*».

Así que opto por lo único que creo que va a llamar su atención.

—Bonitos pantalones de chándal.

Se da la vuelta tan rápido que cualquiera diría que no tiene la pierna rota.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Violet —la freno—. Vamos a tomar un café. Tengo que ir a comprar, de todos modos.

Parpadea y me mira, debatiéndose entre la ira y la incredulidad. Cuando baja la barbilla en un breve asentimiento, me acerco, cojo las llaves del gancho y la guio a la puerta principal.

—¿Quieres las muletas?

Llega a las escaleras con torpeza, con la pierna en la que lleva la férula estirada, y se apoya en la barandilla para ayudarse a bajar.

—No —rezonga—. ¿También me vas a echar un sermón por eso?

—No. —Correteo escaleras abajo, voy hacia mi camioneta negra y la dejo atrás—. Eres una adulta y se supone que conoces bien tu cuerpo.

Abro la puerta del copiloto y espero.

Violet me mira con suspicacia y camina hacia mí, claramente dolorida.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con tono acusador.

—Te aguanto la puerta.

Casi pongo los ojos en blanco. *Siempre pregunta demasiado.*

Deja escapar un gruñido y se acerca a la camioneta, evaluando cómo va a subir. Y no pienso ofrecerle mi ayuda si no la pide. Me lo ha dejado muy claro, y, si algo aprendí de ella el año que pasamos chateando, es que es muy terca. No le di casi nada y ella siguió insistiendo, volviendo a por más hasta que al final cedí un poco. No fui capaz de desanimarla.

Así que voy sobre aviso. Cuando ella se sube a la camioneta de forma más bien poco elegante, acabo mirando su trasero redondo con el «VANCOUVER» impreso en él. Me pican los dedos por las ganas de echarle una mano. Me incomoda ver lo que le cuesta.

Cuando por fin consigue sentarse, cierro la puerta, rodeo la camioneta, me acomodo en el asiento del conductor y enciendo el motor, a ver si acabamos con esto de una vez. Cuando enfilo el camino de entrada, me doy cuenta de cómo se aferra al puto tirador, como si ni siquiera confiara en mí lo suficiente como para llevarla por un camino de grava.

Me molesta que piense así de mí, cuando estoy convencido de que en algún momento nos llevábamos bastante bien.

Al llegar a la carretera principal me animo a mirarla de nuevo, pero ella gira la cabeza para contemplar los campos verdes que pasan a toda velocidad al otro lado de la ventanilla cuando acelero. Su melena tiene un cierto tono plateado: es como una cascada que se derrama por su espalda, iluminada por el sol. Está manchado de barro por la caída, pero no creo que sea buena idea mencionarlo cuando ya nos movemos por terreno pantanoso.

Además, me gusta. Violet acaba de salir con ropa comprada en el hospital, sin maquillaje y con el pelo manchado de barro porque quería un café. No se ha pasado horas arreglándose para mostrarse en público y, aun así, está preciosa. Es femenina, elegante, casi élfica.

Recuerdo haber pensado lo mismo de su cabello cuando me envió una foto con mierda de pájaro en la cabeza. «*¿Hoy voy a tener suerte!*», había dicho.

El recuerdo hace que se me crispe un músculo en la mejilla. En ese momento me hizo reír, y luego me provocó una punzada en el pecho. No soy capaz de recordar la última vez que sonreí de ese modo. Tenía mierda de pájaro en el pelo, literalmente, y lo único que hacía era reírse y comentar la buena suerte que iba a darle.

Yo solo puedo soñar con esa actitud de ver el vaso medio lleno, y no tengo por qué tirarle ese vaso. Esa habría sido una jugada estúpida. Y no quiero ser estúpido: quiero ser mejor.

—No tienes por qué mudarte —rompo el silencio de forma abrupta y mantengo la vista fija en el parabrisas, como si hubiera algo interesantísimo ahí fuera, en medio del campo. Alerta de *spoiler*: no lo hay.

Siento su mirada clavada en mí, atravesándome como la aguja de una pistola de tatuaje, a pesar de que estoy haciendo todo lo posible para no volverme hacia ella. Es una sensación punzante y aguda, seguida de un calor que fluye bajo la superficie.

—No quieres que me quede.

Dejo escapar un sonoro suspiro y me aferro al volante de cuero. Lo que no quiero es todo lo que me despierta. No quiero tener que mirarla todos los días y desear tocarla, o que ella me toque, porque es una auténtica tortura querer algo que no vas a permitirte tener.

—Eso no es verdad.

Ladea la cabeza y me mira.

—Es una situación extraña e incómoda. Y estás enfadado. Lo entiendo.

No hace falta que responda. Los dos sabemos que está en lo cierto, y que «extraño e incómodo» ni siquiera se aproximan a definirlo. La mujer a la que le pedí de forma anónima en internet que me enviara desnudos se convirtió en mi amiga por correspondencia, aunque nunca pretendí tal cosa; después me hizo *ghosting* y ahora trabaja para mi hermano en el rancho familiar.

Raro de cojones, eso es lo que es.

¿Estoy enfadado? Sí, conmigo mismo.

—Me mantendré apartada de tu camino. Es que, salvo volver a casa, no tengo ningún otro sitio a dónde ir. Te prometo que ni siquiera sabrás que estoy ahí.

Me permito dudarle mucho, pero, en el fondo, tampoco quiero que se vaya. Es un alivio no estar solo todo el tiempo.

—Bueno.

—Bueno —suspira ella, y se relaja en el asiento de cuero, con una pequeña sonrisa en sus labios bien formados.

Pero el silencio no dura demasiado. Nuestra frágil tregua le ha allanado el camino a su lado inquisitivo.

—¿Por qué «Buscadordeoro85»?

Trato de actuar con indiferencia porque no creo estar preparado aún para hablar de eso, de lo que ocurrió entre nosotros. Es muy..., bueno, todavía me duele recordarlo, así que me hago el tonto, rezando para que lo deje pasar.

—¿Eh? —mascullo, distraído, cuando giramos hacia la calle principal de Ruby Creek.

Se llama, literalmente, calle principal, Main Street, pero es una callecita triste de un lugar que parece estar congelado en el tiempo. Hay un bar, una cafetería, una tienda de suministros/licores/material de ferretería, un banco y un puñado de tiendas más que se apiñan a cada lado de la calle. Lejos de aquí se puede encontrar de todo, pero esto es Ruby Creek. No ha cambiado nada desde que yo era un crío, y es raro.

—Tu *nick*. —Por el rabillo del ojo compruebo que sigue mirándome—. ¿Por qué lo elegiste?

¿Por qué el límite de velocidad es tan bajo? Quiero acabar de una vez con esto.

—Porque dirijo una empresa minera y nos dedicamos a buscar oro. Y porque nací en 1985.

—Ah. —Se da unos golpecitos con el dedo en los labios; un mechón suelto de cabello platino descansa sobre su mejilla sonrosada.

—¿A qué viene ese «Ah»?

—No sé, es como si necesitaras dinero, o algo así. Ya sabes, como la canción de Kanye. Es gracioso.

Intento con todas mis fuerzas no sonreír, y obligo a mi boca a formar una línea recta. Por alguna extraña razón, ese nombre me hizo gracia cuando creé la cuenta. Ahora solo me recuerda a ella.

—¿Y qué hay de ti? ¿Por qué elegiste ese nombre? —pregunto, sin querer pronunciar el nombre en cuestión en voz alta.

Se sonroja y mira hacia las tiendas por las que vamos pasando.

—El púrpura siempre ha sido mi color.

Solo resisto mirarla un instante antes de que toda la sangre se precipite entre mis piernas, pero cuando devuelvo la vista a la carretera, ese rubor se queda clavado en mi mente. Recuerdo cómo se sonrojó por mí hace tiempo y pienso que le habría encajado mejor «Chica de Rosa».

Dios mío. Tengo que salir de esta camioneta.

Encontrar aparcamiento es fácil, así que estaciono en ángulo frente al Country Grind, la cafetería local. Violet abre la puerta y sale antes de que pueda llegar junto a ella. Gime, y jadea cuando sus pies tocan el suelo. Me estremezco.

Terca de cojones.

Me acerco y le sostengo la puerta en lugar de levantarla y cargar con ella.

Pasa cojeando a mi lado con una ceja enarcada.

—Te pones muy mono cuando eres caballeroso.

¿Mono? Jamás me habían llamado semejante cosa. Distante; gruñón; espeluznante, incluso. Niego con la cabeza y la sigo al interior.

—¡Hola, Macy! —dice Violet.

—¡Cariño! —responde la curvilínea pelirroja que está tras el mostrador—. ¿Qué te ha pasado?

—Ah, esto... —Violet se muerde el labio inferior y me mira—. Una pequeña rotura. No es grave. Dentro de nada estaré de vuelta en el ruedo.

—Ay, cielo... —suspira la mujer de mediana edad—. Voy a traerte una galleta y un café. Eso te ayudará. ¿Y tú qué quieres, corazón?

Esos apodos cariñosos son de lo más molesto. Por suerte, Violet acude en mi rescate. O tal vez intenta rescatar a Macy de mí. ¿Quién sabe?

—Pasa de él. No cree en el café.

Macy se lleva la mano al pecho fingiendo estar horrorizada y en *shock*. Me mira de arriba abajo con una expresión tan apreciativa que me hace sentir incómodo. Se pone una mano junto a la boca y se agacha hacia Violet con un gesto cómplice.

—Con un tío como este podría pasar por alto ese defecto.

Violet suelta una risita y, de inmediato, sus mejillas de porcelana vuelven a sonrojarse; me mira con nerviosismo, a todas luces tan incómoda como yo, aunque me limito a aparentar que estoy aburrido, como si me preguntara si ya han acabado. Detesto que la gente me mire demasiado, por eso Vaughn es la cara visible de la empresa minera familiar.

—Ya veo: eres tan duro de pelar como las almendras de mis tartas. —Macy se ríe y se aleja para preparar el pedido de Violet.

Me cruzo de brazos y estudio la decoración rústica del local. Una mujer mayor que está sentada leyendo el periódico me sonríe.

—Buenos días. —El contorno de sus ojos se llena de arruguitas cuando me saluda.

Sigo con mi escrutinio, y estoy a punto de admitir a regañadientes que el lugar tiene un cierto encanto cuando siento un pinchazo en las costillas. Bajo la vista y encuentro a Violet mirándome fijamente.

—Acaba de darte los buenos días —me regaña con un susurro.

Me agacho hacia ella.

—Lo sé.

—Pero la has ignorado...

—No la conozco.

No me gusta la cháchara intrascendente. Ni los desconocidos. Ni que la gente de estos pueblos pequeños no se ocupe de sus propios asuntos. Si no doy pie a que se comporten así, mi estancia en este lugar va a ser menos irritante. Me he comportado de forma inaccesible antes, y no es muy difícil conseguirlo si ofendes al número suficiente de personas.

La mandíbula de Violet se descuelga como si acabara de decir algo impactante.

—Eres más educado que eso, Cole Harding. Llevas toda la mañana sosteniéndome las puertas.

—¿Me estás echando la bronca?

Se cruza de brazos y enarca una ceja, desafiante. Esos brazos esbeltos quedan justo bajo sus pechos, y para no fijarme en cómo el gesto los levanta me concentro en el barro que tiene en el pelo.

Su cuerpo todavía me obsesiona.

—¿Tengo que hacerlo?

Ella asiente.

Maldigo para mis adentros, pero por fuera muestro una sonrisa que debe de ser igualita a la de un perro enseñando los dientes y me vuelvo hacia la mujer del periódico.

—Buenos días —digo, pronunciando con claridad, antes de volverme de nuevo hacia Violet, que me mira con un brillo divertido en los ojos.

Frunce los labios como si estuviera conteniendo una carcajada y, por fin, me dedica una sonrisa enorme y cegadora. Una auténtica sonrisa.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Solo puedo pensar que no consigo recordar la última vez que alguien me miró así.

8

EN EL PASADO

VIOLET

Ayer dejó de responder en cuanto rechacé su oferta de... de hacer lo que sea su rollo. ¿Darme órdenes mientras mira cómo me masturbo?

Es de lo más raro.

Entonces, ¿por qué estás apretando los muslos solo con pensarlo?

¿Cómo sabe siquiera que va a encontrarme atractiva? ¿O yo a él? ¿Por qué alguien querría hacer semejante cosa con un desconocido? ¿De verdad es un genio del orgasmo?

Cojo el teléfono, decidida a llegar al fondo de todo esto.

Chica_de_Púrpura: ¿Por qué iba alguien a aceptar ese acuerdo?

Lanzo el teléfono sobre la cama y me visto, preguntándome por qué estoy tan obsesionada con entender este rollo cuando ni me va ni me viene. Tampoco es que vaya a hacerlo...

Buscadordeoro85: Has estado pensando en mí, ¿eh?

Chica_de_Púrpura: ¿Qué pasa si soy la típica mujer gamba?

Buscadordeoro85: ¿Mujer gamba?

Cuando el teléfono vuelve a sonar, prácticamente me lanzo sobre la cama para cogerlo. Pongo los ojos en blanco. ¿Quién no conoce esa expresión?

Chica_de_Púrpura: Por eso de que se aprovecha todo menos la cabeza. Te ha gustado la foto, pero ¿qué pasa si mi cara es horrible?

Buscadordeoro85: No tienes que mostrarme la cara.

Chica_de_Púrpura: Vale, Señor Literal. ¿Y qué pasa si eres tú el hombre gamba? A lo mejor a mí me importan las caras. No sé si me gustaría enseñarle todo a través de internet a alguien sin nombre y sin rostro.

Buscadordeoro85: ¿Estás segura de eso?

Al imaginarme haciendo lo que me pide, una oleada de excitación me recorre por entero hasta instalarse en mi pelvis; al imaginar cómo me toco ante la cámara; al imaginar el sonido de su voz. Siento un escalofrío, y dejo los pulgares bailando sobre la pantalla del teléfono. No estoy segura, pero no pienso reconocerlo. Lo que sí estoy es cachonda. Eso es todo.

Chica_de_Púrpura: Sí.

Los tres puntos parpadean en la pantalla y, de pronto, aparece una foto. Un *selfie*.

Buscadordeoro85: Está bien. ¿Y ahora?

Paso los dedos por la foto, contemplando parte de una nuca bien rasurada y de una mandíbula cuadrada. Lleva un sombrero que oculta la parte superior de su rostro y deja en sombras todo lo que hay sobre su nariz recta y afilada. Ni siquiera puedo ver el color de sus ojos por mucho que la amplíe. Está tan oscura que parece que la ha sacado en un sótano.

Probablemente en el mismo en el que esconde los cadáveres.

Reduzco de nuevo la foto y mi mirada se queda clavada en su boca, casi demasiado bien formada y demasiado bonita para lo duros que son sus rasgos. Su labio superior tiene esa forma de arco perfecta y, mientras dejo caer los dedos me doy cuenta de que su boca no es lo único bonito, porque no lleva camisa. Sus hombros son anchos y redondeados, y puedo ver la forma de su bíceps porque sostiene el teléfono con el brazo extendido. La imagen se corta justo bajo el pecho, pero me permite ver el vello que lo salpica y la línea entre los pectorales.

Se me seca la boca. Buscadordeoro85 está muy cachas. Y me siento incómoda de repente. Nerviosa. Y me salgo por la tangente como hacía cuando mis hermanos me preguntaban por mis novios.

Chica_de_Púrpura: Hasta un hombre gamba está guapo con sombrero.

Buscadordeoro85: ¿Acabas de decir que estoy guapo?

Salgo de la aplicación a toda prisa y me guardo el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Esa no es una pregunta a la que quiera responder.

—Venga, escúpelo. —Billie se echa hacia delante con una mirada traviesa—. ¿Cómo es vivir con la bestia?

Billie y Vaughn viven en una casita en el otro extremo de la propiedad que es el epítome de lo acogedor. Espacios abiertos, madera cara vista y un gran salón tipo *loft*. Es pequeño y sencillo, pero les encanta y les cuadra a la perfección. Además, tienen un corral junto a la entrada para que DD esté cerca de ellos. El caballo está bien: la caída lo asustó y estuvo bastante nervioso, pero ya se encuentra bien, gracias a Dios. Billie dice que no va a correr hasta que esté preparado, así que tendremos que recuperar el tiempo perdido aunque eso signifique participar en más carreras. Mientras tanto, disfruta del tiempo libre y entrena con Billie, su jinete favorita.

No puedo comparar mi relación con DD con la que tiene con ella. Bastante suerte tengo con que me deje pasear con él de vez en cuando... y con que Billie sea demasiado alta para ser *jockey*.

Lleva toda la semana dándome la lata para que venga a visitarla. Nada más llegar me ha llenado la primera copa de vino, y ahora vamos por la tercera. La razón por la que me he dejado convencer es que hoy es viernes y estoy harta de leer las tórridas novelas románticas que dejó en mi porche delantero. Y esto es lo que he conseguido a cambio.

—Bruja cotilla —murmuro, poniendo los ojos en blanco. Ella se limita a reírse—. ¿Eso me convierte en la Bella?

—No sé. ¿Vas a librar una batalla de bolas de nieve y a enamorarte de la gran Bestia?

Se ríe como si fuera la cosa más absurda del mundo y me esfuerzo por no reaccionar. Si me hubiera preguntado hace un año, habría suspirado como una adolescente enamorada y habría seguido soñando con conocer a Buscadordeoro85 en persona.

Niveles de sonrojo aumentando exponencialmente.

Llegué tan lejos únicamente porque estaba convencida de que era especial para él, y no solo una mujer cualquiera a la que conoció en internet, así que es fácil imaginar mi sorpresa cuando me recordó que eso era justo lo que yo significaba para él. Ese recuerdo se me clava en el corazón mucho más de lo que me gustaría admitir: me hizo daño, y yo fui la única culpable. Le pedí más de lo que podía darme.

Niego con la cabeza y tomo un sorbo del vino tinto que me ha servido Billie. Con un poco de suerte, así podré ocultar mis sentimientos encontrados detrás

de la gran campana de cristal.

—Apenas lo he visto en toda la semana. Trabaja muchas horas. Y yo no tengo nada que hacer, así que no me molesto en levantarme temprano.

—Eso no es cierto. Hace unos días viniste a pasar el rato conmigo en el establo.

—Sentada en una silla y con la pierna apoyada en un balde. Y tuve que ver cómo todos se divertían mientras yo me quedaba al margen y de mal humor.

Es el turno de Billie para poner los ojos en blanco.

—Míralo de esta forma: ya llevas una cuarta parte de tu período de reposo. ¡No está nada mal!

Está acurrucada frente a mí en una esquina del enorme sofá, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, cómoda y despreocupada..., y la miro mal. He estado intentando mostrar mi mejor cara y mantener una actitud positiva, pero debo reconocer que me estoy viniendo abajo. Estoy aburrida. Estoy triste. Y un poco resentida. Enfadada, quizá. Se suponía que esta temporada iba a ser la oportunidad para ponerme a prueba a mí misma.

—¿Estás bien, Vi? —Billie frunce el ceño.

Dejo escapar el aliento en un sonoro suspiro.

—Sí.

No se deja convencer.

—¿Qué pasa?

No quiero que Billie se ponga nerviosa ni que se preocupe por mí, y es tan mamá gallinita que sé que eso es justo lo que va a pasar.

—Nada —respondo con una sonrisa falsa.

Me mira, dubitativa. Odio cuando se comporta así, como si pudiera leerme la mente.

—¿Ha pasado algo con Cole?

Resoplo y bajo la vista, paseando el índice por el borde de la copa de vino.

—Violet —protesta—. ¿Alguna vez vas a contarme qué ha pasado entre vosotros? Estoy intentando comportarme como una adulta, pero me está matando la curiosidad. Ser adulta es muy difícil.

Enarco una ceja, escéptica.

—Yo te veo bien.

Deja escapar un gruñido y mira las vigas de madera del techo. Frunzo los labios, barajando mis opciones. Podría hablarle sobre Cole o sobre mi tristeza y decepción profundas, lo que haría que me pusiera a llorar. Por una vez, va a

ser mejor hablar de Cole.

Bebo un gran sorbo de vino: coraje líquido.

—Está bien. A ver... Cole y yo nos conocimos por internet.

Ella se echa hacia delante como una niña pequeña que se prepara para escuchar una historia alrededor de la hoguera de un campamento.

—En un... mmm... Ay, Dios. Decirlo en voz alta es más difícil de lo que pensaba.

—¿Una página web de citas? —sugiere.

La idea de Cole en una página de citas me arranca una carcajada.

—No, más bien en... ¿un foro?

—Vale... —dice, confusa, y me arden las mejillas.

Es mejor soltarlo de golpe y acabar de una vez.

—Un foro donde la gente publica desnudos —digo a toda prisa, y vuelvo a esconderme detrás de la copa.

Enarca las cejas.

—¿Cole publicó fotos desnudo en internet? Si no fuera mi futuro cuñado, sería digno de verse.

—No, fui yo.

Billie se atraganta con el vino y abre esos ojos felinos de par en par. Se pone la mano sobre el pecho y jadea.

—¿Tú? —Asiento—. ¿La dulce y pequeña Vi?

Me pongo roja como un tomate. De pies a cabeza. Escucho un clic, pero no puedo apartar la mirada de Billie.

—¿Publicaste fotos tuyas desnuda en internet?

Y como tengo la peor suerte de la galaxia, en ese momento Vaughn entra como un vendaval por la puerta principal.

Nos mira a Billie y a mí, con una expresión forzadamente neutra, y alza las manos.

—No estoy aquí.

—¡Solo fue una foto! ¡Una vez! —anuncio, intentando explicarme.

Que gente a la que conozco y respeto haya descubierto esto sobre mí me hace sentir fatal. Billie es una cosa, pero ¿Vaughn? *Puaj*.

—No he escuchado nada —replica con un tono demasiado alegre, ya dirigiéndose escaleras arriba—. E incluso si lo hubiera escuchado, estoy a favor de que las mujeres disfruten de su sexualidad.

Dejo caer la cabeza contra el respaldo del lujoso sofá y suelto un gemido.

Ojalá me tragarán los cojines. Ojalá desapareciera dentro del relleno de plumón para no tener que volver a ver a nadie.

—Lo siento —dice Billie con un estremecimiento—. Ha ido a casa de Hank a resolver algunos asuntos. Creí que estaría fuera más tiempo.

Cierro los ojos e intento convencerme de que puedo retroceder cinco minutos en el tiempo, cuando mi dignidad todavía estaba intacta.

Billie me da unas palmaditas en la rodilla.

—No te preocupes, estrella del porno, tu secreto está a salvo conmigo.

De mis labios escapa un sonido estrangulado. Y aún me niego a mirarla.

—Vamos, Vi —ríe—. ¿Quieres que te cuente algunas historias sexuales para que estemos empatadas? Porque Vaughn puede...

—No, por favor. —Levanto una mano para frenarla.

—Vale, entonces deja de portarte como una cría y cuéntame el resto. Publicaste esa foto. ¿Qué pasó luego?

Oigo cómo alguien abre la ducha en el piso superior y supongo que durante unos minutos estoy a salvo de quedar en evidencia.

—Se puso en contacto conmigo.

Decido que, aunque no le debo nada a Cole, no voy a traicionar su confianza contándole a Billie los detalles de ese primer mensaje. Esa oferta de pago nunca me pareció deshonrosa. Solo fue lo que consideraba un intercambio justo por un producto. Algo bastante aséptico, a decir verdad, como si con ello se sintiera más a gusto con lo que me estaba pidiendo. Y cuanto más lo conocía, más cuenta me daba de que había sido justo eso, además de una manera de mantener las distancias que tanto le gustan. Algo que yo había echado a perder.

—Y terminamos hablando. —Ella mueve las cejas—. Como amigos. —Deja caer los hombros, decepcionada—. Durante un año.

—¿Qué dices? ¿Un año? —Asiento—. ¿Y de qué demonios hablabais?

Me paso la mano por el pelo. ¿De qué hablamos? Pues sobre todo hablé yo, preguntando, monologando, pero él siempre respondía, y cuando me daba la impresión de que se aburría o de que ya estaba cansado de estar conmigo, me iba. Y al día siguiente aparecía un mensaje suyo, como si ya hubiera alcanzado el umbral en el que podía volver a comunicarse. A veces veíamos una película juntos y escribíamos sobre ella. Nos hacíamos compañía en el más puro sentido de la palabra.

—De todo y de nada —digo, porque es la verdad—. Hablábamos sobre

libros, televisión, actualidad, sobre nuestras familias... Pero solo en general: jamás compartíamos detalles ni nada que pudiera delatar nuestras identidades. Siempre nos mantuvimos en el más estricto anonimato.

—Entonces, vosotros nunca... —Levanta la mano y la balancea con un movimiento que no deja lugar a dudas.

Me muerdo el labio y contemplo la noche oscura y lluviosa a través de la ventana.

—Una vez.

—Una vez —repite Billie; agarra la copa de vino con las dos manos, se sienta con las piernas cruzadas y asiente, como si le estuviera contando la historia más fascinante del mundo.

Me armo de valor para terminar con esta parte cuanto antes.

—Sí, una vez. Fue algo unilateral y llevó al final de nuestro... De lo que fuera lo que teníamos.

Estoy tan acalorada que creo que podría freírse un huevo en mis mejillas.

—¿Qué quieres decir con «unilateral»?

Los nervios me atenazan las entrañas. Esta parte todavía me incomoda, por mucho que haya intentado superarla. La vergüenza es difícil de superar.

—Quiero decir que una noche las cosas se descontrolaron. Acabé desnuda ante la cámara porque pensé que confiaba lo suficiente en él después de un año chateando. Tuve el mejor orgasmo de mi vida y después Cole se negó a ser correspondido. Se dejó el pantalón negro puesto todo el tiempo y dijo que jamás participaría en eso. Con todo lo que me había dicho, pensé... —Niego con la cabeza y suelto una risita triste—. Pensé que era diferente. Y no. Así que eliminé la aplicación y no volví a hablar con él hasta el Denman Derby del año pasado, cuando descubrió quién era yo.

—¡Ay, joder! —se oye desde el piso de arriba.

—¡Vaughn Harding! —grita Billie hacia el dormitorio del desván, y yo busco dónde cavar un hoyo para enterrarme dentro—. ¿Nos estabas espiando?

—¡No! —responde con tono firme—. Solo me he dado un golpe en el dedo del pie.

—¡Espero que te haya dolido!

Dejo escapar un gemido y me paso la mano por la cara.

—Vale, ha llegado la hora de irme.

Dejo la copa de vino sobre la mesa de centro y tomo impulso para levantarme: ya me he acostumbrado a caminar con la férula, y tengo que salir

de aquí cuanto antes.

—Vi —dice Billie con una risita entrecortada—. No te preocupes, no va a decir nada.

Sé que tiene razón: Vaughn es un buen tipo, un tío noble. Pero eso no significa que me haga gracia que esté al tanto de mi vida sexual. De la vida sexual de su hermano.

Santo Dios...

Cole. Debería hablarle de este problemilla insignificante, por si acaso. Ya puedo ver su expresión, el modo en que tensará la mandíbula y se cruzará de brazos.

Cojeo hasta la puerta con Billie detrás de mí.

—Deja que te lleve a casa.

He venido aquí después de pasar toda la tarde en el establo, así que no tengo otra forma de regresar.

—No, has bebido. Iré andando.

Me cuelgo el bolso del hombro y meto el pie bueno en la bota de lluvia mientras Billie mantiene abierta la puerta.

—Pues deja que te lleve Vaughn.

—¡Ja! —ladro—. Creo que paso. Necesito un par de días antes de poder mirarlo a la cara de nuevo, gracias.

—¿Seguro? —Se muerde el labio inferior, nerviosa—. Está lloviendo mucho.

Metó la mano en el bolso y saco un pequeño paraguas.

—Voy preparada. Y no está tan lejos.

Billie no parece convencida, pero tampoco me detiene, y se lo agradezco. No me gusta que me mimen o que me traten como si fuera de porcelana solo porque tengo una pierna rota. Mis hermanos no habrían tardado en subirse otra vez a un toro con una pequeña fractura como esta, y aquí estoy yo, lloriqueando como una princesita en apuros.

Salgo a la noche oscura y húmeda y suspiro. Las gotas de lluvia golpetean en mi paraguas con un sonido metálico. El olor a tierra húmeda impregna el ambiente; es un olor agradable, como a brotes nuevos.

Es la noche perfecta para dar un paseo, despejar la mente y refrescar las mejillas.

Venir andando ha sido una mala idea. La fuerte lluvia de abril ha acabado con

todo el encanto de la noche.

Me duele la pierna, tengo frío y este paraguítas de mierda tiene goteras. Si no hubiera sido tan cobarde, habría dejado que me llevara Vaughn. Lo que para él habría sido un trayecto de cinco minutos para mí es una caminata de unos veinte. Quizá más, dada mi cojera. Y no estoy ni a mitad de camino.

—Hijo de puta —murmuro; la estúpida férula ni siquiera es impermeable, así que se me está empapando el calcetín. Y tengo frío. Rara vez digo tacos, pero de vez en cuando la ocasión lo merece. Y esta es una de esas ocasiones. Esta noche es una de esas ocasiones. Bueno, en realidad, toda la semana lo ha sido.

Siento la quemazón de las lágrimas bajo los párpados y me hormiguea el puente de la nariz. No soy una llorona y la cosa no es para tanto, pero en este momento todo se me hace demasiado cuesta arriba, todo es más de lo que puedo soportar. Mi carrera, mi pierna, mi vida personal... A veces, ser un adulto independiente es agotador.

Me detengo y miro hacia arriba, hacia el cielo, intentando inspirar hondo, pero me puede la frustración y termino gritando a la nada.

—¡A la mierda mi puta vida!

Y en una coordinación perfecta, unos faros aparecen en la carretera y me iluminan como si fuera una actriz de Broadway, como si el universo estuviera esperando para presenciar mi caída o para que el coche me salpique cuando pase. Pero cuando la camioneta se acerca y reduce la velocidad, no tardo en reconocerla. La ventanilla se baja y un fuerte antebrazo sale de ella para indicarme que me mueva.

—¡Entra! —grita Cole.

En otras circunstancias me negaría, pero ahora mismo solo me siento aliviada y me importa un pimiento quién está a punto de rescatarme siempre y cuando lo haga.

Se estira sobre los asientos para abrir la puerta antes de que llegue. Es un gesto sencillo, pero podría abrazarlo por ello. Cierro el paraguas y me subo a la enorme camioneta, maldiciendo lo alta que es, pero adorándola porque está seca y calentita.

No digo nada mientras cierro la puerta y me abrocho el cinturón. Sé que Cole me está mirando y puedo sentir cómo emana de él pura ira en oleadas, como cuando te sientas demasiado cerca de un calefactor. Pero no me importa. Me dejo caer contra el respaldo y suspiro. Estoy exhausta.

—¿Intentas fastidiarte más la pierna? —Su voz es seca y pone de manifiesto

su pasado militar. Suena autoritaria, y me gusta. Ha sido más una demanda que una pregunta, y me recuerda la noche en la que fuimos demasiado lejos.

—Gracias por recogerme —respondo sin más, y al instante me siento un poco tonta.

Supongo que se debe al vino, al frío y a la montaña rusa emocional por la que he pasado. Y también supongo que Billie está detrás de este rescate, algo por lo que ya la haré pagar.

Gruñe y sigue conduciendo. Noto cómo se mueve a mi lado y lo miro de reojo para ver qué hace. Una mano enorme se acerca a mi lado del salpicadero y veo cómo flexiona el antebrazo musculoso al pulsar el botón del climatizador del asiento. ¿Le preocupa que tenga frío? Sigo el movimiento de los dedos con la mirada cuando gira el mando al máximo, admirando las venas que adornan el dorso de su mano.

Todo en Cole es masculino hasta la médula, y mi cuerpo reacciona sin poder evitarlo a pesar de que mi mente me pide a gritos que lo ignore. Su cuerpo, sus facciones, su voz... Dios, esa voz. Profunda y ronca. Causaría conmoción como teleoperador de sexo telefónico si tal cosa todavía existiera. Y si alguna vez se molestara en pronunciar más de cuatro palabras seguidas.

Cuando chateábamos ya era difícil arrancarle las palabras, pero ¿en la vida real? Necesitas un sacacorchos. Es prácticamente imposible hacerlo hablar.

Y por eso ni me molesto en intentar mantener una charla intrascendente. Paso.

Cierro los ojos y disfruto del calor que emana de las rejillas de calefacción. Si no piensa dirigirme la palabra, no voy a tomarme la molestia de comentarle lo que ha salido a la luz en casa de Billie y Vaughn. ¿Quieres mi confianza? Gánatela.

Cuando por fin reduce la velocidad de la camioneta y se detiene, abro un ojo y lo miro. Me está observando. No demuestra ninguna emoción, pero me observa de todos modos.

—Quieta ahí —ordena con su voz de mandón.

Estoy demasiado cansada para discutir y veo con los ojos entrecerrados cómo baja de la camioneta. Quizá esté mosqueada, pero no lo bastante como para no ver cómo los vaqueros envuelven su trasero y sus muslos. Es un tío enorme con un montón de músculos. Podría aplastarme si quisiera.

Rodea la parte delantera de la camioneta y abre la puerta del copiloto.

—Vas a dejar que te ayude a salir —anuncia, y un escalofrío me recorre la

espalda.

Me giro en su dirección sin levantar la cabeza del reposacabezas y arqueo una ceja a modo de respuesta. Aunque no ha hecho ninguna pregunta.

Se cruza de brazos y me mira. Parece el segurata de una discoteca a punto de negarme la entrada. Suelto una risita nerviosa ante esa imagen, pero Cole no me imita. Sigue mirándome, con los labios formando una fina línea, y esa mirada me calienta la piel y amenaza con prenderme en llamas como una cerilla.

Puf... Tengo que dejar de beber vino. *Y tampoco me vendría mal un orgasmo.*

—Está bien —susurro en voz muy baja y temblorosa.

Me duele un montón la pierna. No tanto como el fin de semana pasado, pero caminar este rato no ha sido buena idea. Así que me muevo las piernas y las dejo colgando del asiento. Parezco una cría pequeña intentando salir de ahí.

—¿Por qué tu camioneta tiene que ser tan grande?

Me ignora y da un paso.

—¿Por qué tienes que hacer tantas preguntas?

—¿Este tamaño intenta compensar algo?

Ha sido culpa del vino. Las mejillas me arden por culpa de mi audacia y veo cómo tensa la mandíbula.

Espero que me deje caer al suelo, pero gruñe y me alza en brazos. Uno está bajo mis rodillas y el otro justo bajo la tira de mi sujetador.

—Oh —suspiro—. Vale.

Recorre la distancia que nos separa de la casa con grandes zancadas, como si estuviera impaciente por soltarme. Siento sus bíceps contra el lateral de mi pecho, y bajo la luz dorada del porche puedo admirar sus brazos fuertes y duros.

No me extraña que ya haya hablado de ellos.

En lugar de dejarme caer sobre el porche, se agacha un poco y saca la mano de debajo de mis rodillas para girar el pomo de la puerta. Sé que no peso mucho, pero es que ni se inmuta. Abre la puerta de una patada y me lleva dentro. Miro su rostro, las líneas cortantes de su pómulos, la frente despejada, la barba incipiente en su mandíbula.

—¿De qué es la cicatriz que tienes en la ceja?

Me mira como si fuera una niña irritante.

—De cuando estuve en el extranjero —responde.

Sé que eso quiere decir que se la hizo cuando estaba en el Ejército. Y algo

más debe de haber si esa es toda la explicación que piensa darme. Me siento fatal por haber preguntado. No es asunto mío, y me siento como si acabara de traspasar un límite.

—Te queda bien. Me gusta —digo para suavizar un poco las cosas.

Pero por la forma en que me mira, por cómo esos ojos grises se clavan en mí, creo que ha sido una tontería intentarlo siquiera. Su pecho cincelado sube y baja de forma mucho más evidente y su aliento cálido me acaricia el cuello; no aparta la vista de mí.

Y, de pronto, me deja con suavidad en el sofá y se marcha a toda prisa, como si fuera a contagiarle algo.

9

EN EL PASADO

COLE

Me he despertado con un mensaje de Chica de Púrpura que decía «Buenos días, Hombre Gamba», y me he reído. Por primera vez en mucho tiempo, me he reído. La risa ha sonado extraña en mis labios, y he mirado a mi alrededor como si alguien pudiera verme.

Pero estoy solo. Siempre estoy solo, y parece que esa va a ser mi vida. Creo que era lo que quería al principio, pero ahora ya no estoy tan seguro. Soy lo bastante inteligente como para saber lo que la gente dice de mí: el ermitaño que dirige la empresa familiar y que es un completo idiota.

Esa pose me sale de forma natural, pero creo que estoy harto de ella. Harto de mi propia compañía. Harto de hacer la misma mierda todos los días.

Le contesto. No soy gracioso ni ocurrente y no sé qué decir, así que me limito a soltar lo primero que se me pasa por la cabeza.

Buscadordeoro85: Quítate la ropa.

Chica_de_Púrpura: Tú primero.

Ni de coña. Me pongo nervioso solo de pensarlo. No digo nada, pero un par de horas más tarde vuelvo a mirar el chat y en esta ocasión sí respondo.

Buscadordeoro85: De ninguna manera.

Chica_de_Púrpura: Creo que nos hemos acostumbrado a charlar. Podríamos ser amigos por correspondencia.

Amigos por correspondencia. Eso era lo último que tenía en mente cuando le envié el primer mensaje. ¿Pero cuántos años tiene esta chica?

Buscadordeoro85: No.

Chica_de_Púrpura: Vamos. Me siento sola. Y está claro que tú también. Seamos

amigos.

Buscadordeoro85: ¿Por qué piensas que me siento solo?

Chica_de_Púrpura: ¿De verdad tengo que contestar a eso?

Touché, chica de internet. Y no, por favor, no me restriegues lo patético que soy.

—¿Tener una amiga por correspondencia me hace ser más o menos patético? —me pregunto a viva voz, y me rasco el mentón mientras miro la pantalla.

Le preguntaría, pero eso supondría admitir que creo que soy patético, y no pienso ir por ahí. *Frena. Reconduce.* Eso es lo que tengo que hacer.

Buscadordeoro85: A lo mejor solo soy un fanático del control.

Chica_de_Púrpura: A lo mejor eres las dos cosas.

Resoplo. *Touché* de nuevo, chica de internet, *Tou-ché*.

EN LA ACTUALIDAD

Me estoy hartando de sacar a Violet de mi camioneta. Es como si no tuviera el más mínimo instinto de supervivencia. Al menos, esta vez no va flácida en mis brazos.

Abro el congelador y saco una de mis bolsas de hielo con movimientos nerviosos. Ya estaba irritado cuando, después de una larga semana trabajando con el desastre que es la nueva inversión de la empresa, he entrado en casa y he visto su mierda tirada por todas partes: vasos de agua abandonados por toda la casa, los zapatos tirados junto a la puerta principal, los platos apilados en el fregadero y una sudadera sobre el respaldo de una silla.

Se supone que, como yo soy el soltero, debo ser el desordenado, pero en lugar de eso tengo viviendo bajo mi techo a una veinteañera, a una *jockey* ahora mundialmente famosa que no es capaz de dejar las cosas en su sitio. Así que me he puesto a fregotear de mal humor los desgastados suelos de madera. No es precisamente como me habría gustado pasar un viernes por la noche, pero tampoco sé qué más podría hacer en Ruby Creek.

Con la bolsa de hielo en la mano, cojo una botella de agua de la nevera y me acerco a Violet.

—Toma.

Le ofrezco el agua y me arrojo junto al sofá.

Desabrocho las tiras de velcro de la férula; ella estruja la botella y me mira con curiosidad.

—¿Qué haces?

—Ponerte hielo en la pierna para que puedas volver a montar a caballo algún día.

Me asalta una punzada de ansiedad con solo pensar en ello, pero intento ignorarla. Esta es su historia, no la mía.

—¿Sabías que las botellas de plástico son malas para el medio ambiente?

Ay, Dios. De verdad que no para de preguntar. No respondo, y, quién sabe por qué, lo toma como una señal para seguir hablando.

—No se descomponen y terminan en el mar.

Pongo los ojos en blanco. ¿Es que no ha probado el agua del grifo?

—¿Por qué has intentado llegar a casa caminando con la pierna así? Deberías tenerla en reposo.

Algo ha pasado, lo sé. Sentir cuándo algo iba mal fue mi trabajo durante años.

Violet está despotricando sobre las botellas de plástico y Billie se ha comportado de forma extraña cuando me ha llamado por teléfono: a pesar de las risitas forzadas parecía presa del pánico cuando ha dejado caer que Violet podía necesitar ayuda. He llegado a escuchar las palabras no pronunciadas, la tensión.

Ella frunce los labios, nerviosa, y sus límpidos ojos azules se abren de par en par. Y parecen más brillantes junto al rosa que florece en sus mejillas.

—¿Por qué te ruborizas?

—¿Quién hace demasiadas preguntas ahora? —responde, fingiendo valentía. La delata el temblor en su voz. Esta mujer es un libro abierto y su cara de póquer, un desastre.

—Violet —la regaño; retiro la férula para comprobar cómo tiene el tobillo bajo el dobladillo de las mallas. Está hinchado. Rechino los dientes.

Deja escapar un sonoro suspiro entrecortado.

—Bueno, solo quería salir de ahí —dice en voz demasiado baja—. He metido la pata.

—¿Por qué?

Aparta la vista. El olor de su crema corporal de vainilla inunda el aire. Le sujeto el talón con delicadeza y le pongo la bolsa de hielo sobre la pierna hinchada. Sisea y vuelve a prestarme atención, que es lo que buscaba.

—Yo solo... —Le tiembla la voz y se pasa los dedos por los mechones dorados. Siempre lo hace cuando está nerviosa—. Solo me sentía..., no sé, decepcionada. Y aburrida. Agobiada por cómo van las cosas ahora mismo. No quería hablar de eso.

Hace una pausa; me siento sobre los talones y me pongo las manos sobre los muslos para escucharla, intentando no tocarla más. Puedo ver en sus ojos el brillo de las lágrimas no derramadas y me doy cuenta de que ya ha estado llorando antes. Y que ahora está a punto de volver a hacerlo.

—Y en lugar de eso, les he hablado de nosotros —dice a toda prisa, y me mira, suplicante—. Lo siento. Lo siento mucho. —No muevo ni un músculo. Me he quedado congelado en el sitio—. Te juro que no les he contado ningún detalle, solo cosas generales.

—¿«Les»?

Se estremece ante mi tono agresivo y al instante me odio a mí mismo por ello.

—En la práctica solo se lo he contado a Billie. No sabía que Vaughn estaba escuchando.

Se me eriza la piel por la vergüenza. Es como la sensación de tener un insecto ascendiendo por la columna y no poder alcanzarlo. Me duele la pierna, como suele pasar en estas situaciones. Esto no tenía que suceder. Se suponía que mi vida sexual estaba perfectamente compartimentada en internet, donde nadie podía verme. Se suponía que Violet iba a mantenerse fuera de la vida real. Se suponía que nunca iba a presentarse de nuevo como uno de los pilares del rancho familiar.

El pánico me inunda las venas al ver que los muros que he levantado para protegerme se desmoronan. Esa diminuta grieta en una esquina dará lugar a más preguntas. Y cuando caiga el primer ladrillo, los demás lo seguirán, empujados por esas preguntas que no quiero responder.

Estoy jodido. Lo último que me hacía falta era que todos lo supieran, y soy incapaz de gestionarlo. Me levanto sin decir ni una palabra y me voy.

Ya he tenido suficiente mierda para un solo día.

El teléfono permanece en silencio durante varios latidos, y luego resuena una carcajada seca y enloquecida.

—¿Esa mujer está viviendo contigo? —pregunta Trixie entre risas.

Me doy un cabezazo contra las barras de latón del cabecero de la cama. Este lugar es una puta casa de muñecas.

—No te pago para que te rías de mí, Beatrice.

Le pago porque la necesito. Ha sido la primera a la que he llamado cuando me he despertado después de un sueño irregular de mierda. Un sueño repleto de imágenes en las que mis más oscuros y profundos secretos salían a la luz. Un sueño en el que aparecía el cuerpo desnudo de Violet frente a mí. Un sueño que no puedo permitirme y que no me merezco.

—¿Y les contó a tu hermano y a tu futura cuñada cómo os conocisteis? — Quizá no se esté riendo ya, pero la diversión en su voz es evidente.

—Sí —rezongo.

—¿Y ella te lo confesó después?

—Sí.

—Bueno, no podrás decir que no es sincera.

—Creo que habría preferido una cierta falta de sinceridad en este caso.

—Uy, no, no necesitas más mentiras en tu vida.

Miro a través del gran ventanal hacia el vasto campo que lleva al establo.

—Déjame en paz.

Percibo un movimiento en la periferia de mi visión, salto de la cama, doy unos cuantos brincos hasta la ventana y me agarro a la moldura del techo.

¿Por qué diablos hay un caballo en mi jardín?

—Tengo que irme. Te llamaré más tarde. —Cuelgo, no sin antes escuchar a Trixie decir algo sobre que no está a mi entera disposición.

Me visto con la misma camiseta de ayer, bajo las escaleras y salgo por la puerta principal, directamente al corral que ha estado gloriosamente vacío hasta ahora. Miro el flacucho caballo marrón que hay dentro y luego veo el papel enrollado y metido en un anillo de cabestro que cuelga de un gancho.

Lo saco, confundido y molesto.

«Hola, Vi:

Sé que no es así como esperabas que fuera esta temporada. Y también sé que estos contratiempos son tan frustrantes como lo es Pipsqueak. ¿La recuerdas de hace un par de años? Es una potra prematura que ha tenido muchos altibajos. Ahora tiene dos años y es una luchadora. Pequeña pero poderosa, como tú.

Sé que no puedes montar a caballo aún, pero eso no significa que no puedas trabajar. Me gustaría descubrir lo que esta potra tiene que ofrecer. ¿Podrías hacerme el favor de trabajar con ella?

Besos.

Billie».

No. De ninguna manera voy a vivir con Violet y con un caballo. Admito que ha sido un gesto muy considerado por parte de Billie y no puedo culparla por ello, pero ¿para mí? Ni de broma. Doy media vuelta y regreso a la casa con la nota en la mano.

La puerta se cierra tras de mí.

—¡Violet, levántate!

Mi voz suena más aguda de lo que pretendía, pero ahora mismo mi vida está fuera de control y estoy entrando en pánico. Tengo que solucionar esto ya.

Oigo un pequeño chillido al otro lado de la puerta, seguido de un golpe, y de inmediato me siento como un imbécil por no haber mantenido la calma. Cuando se abre la puerta, ella ya está vestida y sacándose un auricular de la oreja.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Le muestro la nota como si pudiera explicar por sí sola todo lo que va mal y Violet tiende una delicada mano para cogerla. Abre los ojos de par en par hasta que reconoce la caligrafía y las emociones se reflejan con claridad en su rostro. Es tan expresiva que podría contar una historia sin decir ni una palabra.

Las lágrimas empañan sus iris del color del cielo, que ahora, a medida que se oscurecen por la emoción, se acercan más al índigo. Parpadea con rapidez, como si así pudiera enjugar esas lágrimas de sus largas pestañas. Una de las comisuras de esa boca suya, con su perfecta forma de corazón, se curva hacia arriba, y, luego, muy despacio, la otra comisura la imita: es una sonrisa muy pequeña, pero la reacción que me provoca no lo es.

Me siento como un niño pequeño que acaba de caerse del columpio y se queda sin respiración; hasta podría jurar que he oído el ruido sordo de mis huesos al chocar con el suelo. Se me ha cortado el aliento y no sé cómo volver a respirar.

Pero Violet ni siquiera me mira y no ve mis esfuerzos. Cojea hacia la ventana delantera y pone una mano sobre el cristal como una niña en el zoo, como si nunca hubiera visto un caballo. Contemplo su cuerpo desde atrás: su trasero redondeado, la esbelta cintura, la delicada curva del cuello bajo el moño suelto con el que se ha recogido el pelo...

—¿Dónde está el problema? —pregunta en voz baja, con un profundo suspiro, sin mirarme.

Lleva una camiseta de tirantes y puedo ver cómo sus hombros tensos se relajan muy despacio, como si fuera liberándose de la tensión poco a poco, dejándola ir en un flujo cálido y lento.

Y de pronto, lo sé.

Sé que ya no quiero que se deshaga del caballo. Después de asistir a la reacción de su cuerpo, ¿cómo podría? No soy tan cruel; o no a propósito, al menos. Salta a la vista lo que siente Violet ahora mismo, especialmente para alguien que se ha pasado toda su vida adulta analizando gente y situaciones. Si supiera de algo que pudiera relajarme tanto como la posibilidad de entrenar a ese caballo marrón ha relajado a Violet, lo haría sin dudarlo.

Y me habría cabreado con cualquiera que se hubiera interpuesto en mi camino.

En cambio, solo puedo cabrearme conmigo mismo por estar atrapado en esta rutina, algo que jamás le desearía a Violet, porque no importa lo que piense: los días que pasé chateando con ella fueron los mejores de mi vida.

Me mira por encima del hombro con los grandes ojos azules cargados de emoción y las mejillas sonrosadas. Está tan llena de vida que creo que podría extender una mano, hacerme con esa energía, embotellarla y bebérmela. O tan solo conservarla, saber que es mía, que puedo consumirla cuando quiera. Esa vivacidad no se paga con dinero: es algo que se lleva en los huesos, en el alma. Violet irradia una luz tan dorada y brillante como la del sol.

¿Qué no daría un hombre como yo por algo así?

—No hay ningún problema —respondo—. Pero a mí no me lées. Ese trabajo es cosa tuya.

Violet ladea la cabeza de forma casi imperceptible.

—¿Quién sabe, Cole? Podrías cambiar de opinión.

Me cruzo de brazos y me yergo para dejarle claro que hablo en serio. Aunque tengo la sensación de que Violet no se deja intimidar por mí ni la mitad de lo que creía. Es más dura de lo que parece. Mucho más resistente.

—No me gustan los caballos —digo, mirándola con seriedad; e intento alejar de mi mente el recuerdo de cuando mi padre encontró la muerte bajo sus cascos.

Se echa un poco hacia atrás, como si acabara de abofetearla, y esboza una leve sonrisa.

—Ya lo veremos.

Me mira como si yo fuera el proyecto y no el caballo flaco del potrero, y de

pronto parece mucho más astuta de lo que debería ser una mujer de su edad.
Estoy vestido para correr, así que eso es lo que hago.
Doy media vuelta y corro.

10

EN EL PASADO

VIOLET

Creo que mi malhumorado colega por correspondencia, Buscadordeoro85, se ha convertido en uno de mis pocos amigos. Hemos hablado todos los días durante meses, y me he acostumbrado a ello. Incluso me atrevería a decir que lo espero con ansias. Algunas veces soy yo quien le envía un mensaje para desearle buenos días o cualquier otra bobada, y otras es él quien me escribe primero.

Como hoy.

Buscadordeoro85: Hola.

Sonríó al ver la única palabra del mensaje. No le gusta mucho hablar, eso me ha quedado claro, pero siempre está ahí, siempre responde. Si le molestara, dejaría de contestar. Creo que necesita esto tanto como yo.

Ese aire tranquilo y gruñón forma parte de su encanto, y supongo que le importo lo suficiente como para mantener el contacto, así que también le respondo siempre. Si no, lo único que haría sería trabajar en el Gold Rush Ranch de sol a sol. Ser la chica nueva en el rancho significa que no tengo influencia ni contactos, lo que me convierte en una trabajadora solitaria. Y conste que me gusta: nadie me mima ni me saca las castañas del fuego.

Chica_de_Púrpura: Buenos días, Hombre Gamba. ¿Qué tal has dormido?

Buscadordeoro85: Como siempre.

Sé lo que eso significa: que no ha dormido bien. Me ha contado que se despierta a menudo, y también que es un veterano de guerra, así que asumo que ambas cosas están relacionadas. No le he preguntado porque me ha dado la impresión de que no quiere que lo haga, y no es difícil darse cuenta de que Buscadordeoro85 es un hombre muy reservado. Al que le gusta mi... ¿compañía? ¿Lo que tenemos puede llamarse «compañía»? No sé... Le

gusta que yo sea de fiar, aunque no esté dispuesto a contarme sus secretos más oscuros. Y está bien, no hace falta que lo haga.

Eso no impide que yo le cuente cosas sobre mí. Creo que también le gusta.

Chica_de_Púrpura: Yo he dormido como un bebé. Trabajo fuera todo el día, así que cuando vuelvo a mi apartamento estoy agotada.

Buscadordeoro85: No me acuerdo de lo que es dormir una noche entera.

Me estremezco. Habla igual que mi hermano cuando volvió de Afganistán.

Chica_de_Púrpura: Tengo un hermano que también lo pasó fatal. Sufría narcolepsia.

Buscadordeoro85: ¿Y cómo lo solucionó?

Frunzo los labios ante esa pregunta porque no sé la respuesta.

Chica_de_Púrpura: No estoy segura de que lo haya solucionado.

Buscadordeoro85: Gracias por reafirmarme.

Ay, Dios. Tengo que cambiar de tema.

Chica_de_Púrpura: ¿Has probado a masturbarte antes de dormir? A mí me ayuda.

Los tres puntos parpadean y se detienen.

Buscadordeoro85: ¿Estás ofreciéndote a echarme una mano?

—Ja.

Mi carcajada resuena en la tranquilidad de la habitación.

Chica_de_Púrpura: Te llevas puntos por el intento, pero eso no va a pasar jamás.

Es una broma habitual entre nosotros, pero cuanto más nos conocemos y más cómoda me siento con él, más me pregunto qué tendría de malo.

EN LA ACTUALIDAD

No tengo ni idea de adónde se ha ido Cole, y me da igual. Solo puedo pensar en la potrilla baya que está comiendo heno en silencio frente a la puerta. Es pequeña, sí, pero su constitución es la ideal. Billie tiene muy buen ojo para los

caballos y sin duda también se ha dado cuenta de eso.

Cojeo hasta la puerta principal y me siento en el banco de madera de la entrada para meter el pie dentro de la bota de goma que me quité cuando Cole me llevó en brazos.

Otra vez.

Pero en esta ocasión lo recuerdo a la perfección: cómo me sujetaba en sus brazos fuertes pero suaves; cómo sentía sus abdominales contra mis costillas al estrecharme contra él; su aire dominante mientras me llevaba a través de la lluvia sin esfuerzo.

Cada milímetro en que su cuerpo rozaba el mío era una provocación.

Lo deseaba antes de saber cómo era. Lo deseaba incluso cuando sabía que no iba a corresponderme, cuando solo era un avatar en la pantalla. *Estúpida*. Y he llegado a asumirlo, a superarlo desde el día en que me prometí no volver a mirar nuestro chat. No he vuelto siquiera a iniciar sesión: eliminé la aplicación sin más. ¿Dejó algún mensaje ahí esperando a que lo abriera? ¿Se preguntó por qué me había ido? ¿O asumió sin más que mi silencio era una despedida? Nunca lo sabré porque nunca voy a molestarme en descubrirlo.

Atravesé la fase-de-obsesión-con-un-*crush*-de-internet y la dejé atrás. Superé mis límites, probé algo nuevo y ya, eso fue todo.

Ahora estoy en una nueva etapa de mi vida: soy más vieja, más sabia, más independiente.

Salgo hacia el establo riéndome de mí misma, porque vivir con ese hombre y dormirme pensando en las duras líneas de su cuerpo no son precisamente pruebas de sabiduría o de independencia.

Lo estás haciendo genial, Violet.

—Eh, chica guapa —arrullo a la yegua, acercándome a la valla.

Pipsqueak levanta la cabeza sin sobresaltarse y mueve las orejas hacia mí con una expresión alegre vistiéndome sus rasgos delicados. Mi llegada no la ha perturbado lo más mínimo; de hecho, cuando me acerco lo suficiente, se olvida por completo del heno y se acerca a la valla para llamar mi atención. Eso no es nada raro en un caballo que ha debido de estar rodeado de gente que lo tocaba a todas horas por culpa de su mala salud.

Tan pronto como llego a la puerta, apoya la cabeza en el listón superior y me empuja como si estuviera exigiendo un abrazo. Su cálido y húmedo aliento acaricia el vello de mis antebrazos cuando acurruca la cabeza en ellos.

Dejo escapar una risa alegre. Es como si la potra pensara que es un

cachorrillo. Le acaricio la testuz, justo donde tiene la mancha blanca con forma de estrella, y ella parpadea feliz.

Adoro a esta yegua, y ni siquiera me importa si corre bien o no. Lo único que me importa es que su contacto es terapéutico, y, cuando esté segura de que no voy a llorar, voy a darle las gracias a Billie desde el fondo de mi corazón por darse cuenta de que esto era justo lo que necesitaba: terapia con caballos.

Al fin y al cabo, Billie siempre está parloteando sobre que DD es su terapeuta. Pipsqueak podría ser la mía.

—¿Qué me dices, Pip? —pregunto, restregando la mejilla por su mandíbula como si fuera un gato.

¿Qué más da? Cuando te gustan los caballos, te gustan y punto.

El olor, el polvo, el roce de su pelaje desarreglado no me molestan en absoluto; al contrario, me consuelan.

Me emociono al pensar en su cambio de imagen y, cuando miro más allá de la puerta, veo la caja de aseo rosa que ha dejado ahí Billie, y que contiene todos los cepillos y aerosoles que podría necesitar. Hay incluso aceite para los cascos. ¿Billie ha cargado la caravana para traerla o ha venido caminando? Me da igual.

—¿Estás lista para ir al *spa*, cariño?

Pipsqueak resopla y sacude la rebelde crin negra. Supongo que eso es lo más cercano a un asentimiento que puede ofrecerme, así que agarro el asa de la caja y entro en el potrero. No me molesto en ponerle el cabestro: si quiere apartarse, que lo haga; estamos empezando a conocernos, y no quiero presionarla. Le paso un cepillo de goma grande por el cuello; lo muevo en círculos y veo cómo salen la suciedad y el pelo muerto a medida que voy avanzando hasta el anca. Cuando llego a la cruz, suspira y cierra los ojos, disfrutando del masaje. Me dejo llevar por el ritmo de los movimientos circulares con los que recorro su cuerpo.

Para cuando alcanzo el otro lado, está tan relajada que ha doblado una de las patas, que descansa laxa en el suelo. Adora que la cepille y yo adoro cepillarla. Estoy flotando en una nube de relax y felicidad absolutos, ajena a todo lo que me rodea.

Por eso doy un respingo cuando escucho un coche que se detiene cerca de mí. Me vuelvo para ver la vieja camioneta azul, la que Dermot le dio a Hank y que todavía funciona. Me calienta el corazón que este siga siendo un rancho familiar, que el legado de Dermot y Ada los haya mantenido a todos unidos, incluso cuando las cosas iban mal.

—¡Hola, Vi! —exclama al salir con cierta dificultad—. ¿Te gusta tu regalo?

Cuando esboza su sonrisa contagiosa las arrugas se concentran alrededor de sus brillantes ojos verdes. Hank es sabio, amable y reconfortante, y he le he cogido muchísimo cariño en estos dos años que hemos pasado trabajando juntos. Ha sido el padre sustituto de Billie desde que era una adolescente, pero creo que también ha asumido ese papel con todos los demás que trabajamos en el rancho.

—No es que me guste, es que la adoro. —Sonrío con tantas ganas que me duelen las mejillas.

Mete la mano en la camioneta y saca un ramo de tulípanes rosados que me tiende por encima de la cerca.

—Siento no haber estado más pendiente de ti desde el accidente. Los demás me han mantenido informado, pero no quería agobiarte.

Cojo las flores, me las llevo a la nariz e inhalo ese olor a hierba fresca matizado con un toque de miel. Pip me imita y pasa los ollares por los suaves pétalos con curiosidad.

—Gracias por las flores. Y no te preocupes. La verdad es que no he sido una buena compañía.

Hank no profundiza en el tema. Se ríe y extiende una de sus fuertes manos para acariciar a la potranca.

—Es una monada, ¿verdad? Muy curiosa. Me gusta mucho.

Suspiro, feliz, y me vuelvo en su dirección.

—A mí también. Creo que vamos a llevarnos estupendamente.

Hank asiente y se acoda en la cerca. Mira hacia la casa azul con un aire de tristeza dibujado en su rostro.

—¿Qué tal con Cole?

¿Qué tal con Cole? Pues básicamente nos comunicamos con gruñidos y miradas e intentamos ignorar lo incómodos que nos sentimos. Y yo intento no mirarlo como si fuera una bebida fría en un día caluroso. Vamos, que la convivencia es una tortura. Así que me limito a darle una respuesta poco comprometida.

—No es Pippy.

Hank echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que retumba en su pecho.

—No, está claro que no lo es. Me recuerda a Dermot. Es la clase de hombre que haría cualquier cosa por aquellos a quienes quiere, pero que no se abre con

facilidad. Es severo, silencioso. Sensible.

¿Sensible? No me hagas reír. Si vamos a buscar palabras que empiecen por ese, prefiero «seco», pero me enseñaron que no hablara si no tenía nada bueno que decir. Y eso es lo que hago. No digo nada y me limito a dedicarle a Hank una sonrisita.

Pero, por cómo me mira, sé que no se ha dejado engañar.

Señala hacia la casa con un gesto de la cabeza.

—¿Sabes que su padre creció en esa casa?

Sabía que su padre había muerto en un accidente en las carreras, pero no mucho más.

—No lo sabía, no.

Hank asiente.

—Debe de ser difícil para él estar aquí, aunque no vaya a admitirlo jamás. Me apena lo de tu pierna, pero me alegro de que así no esté solo. No puedo evitar preocuparme por todos vosotros, chicos. —Se ríe de buen humor—. Quizá no haya tenido hijos propios, pero me siento como si vosotros lo fuerais.

Se me encoge el corazón al pensar en los fantasmas que persiguen a Cole, y me pican los ojos al pensar en que podría ser tan sensible como dice Hank. A lo mejor he estado malinterpretándolo todo este tiempo. Parpadeo y cambio de tema para evitar darle vueltas al rompecabezas que es Cole Harding.

—¿Nunca has querido tener hijos?

—Me habría encantado tener hijos. —Sonríe con tristeza—. Pero no pudo ser.

—Menos mal que estamos todos aquí para cubrir el puesto, entonces. —Le guiña un ojo intentando aligerar el ambiente.

Hank me da un rápido apretón en el hombro.

—Soy muy afortunado por teneros. Pero no te molesto más. Solo quería pasar a dejarte las flores y a ver tu carita sonriente. Si me necesitas, llámame. Y cuida del chico, ¿quieres?

Sonrío y pongo los ojos en blanco. El «chico» puede cuidarse solito.

—Gracias por las flores, Hank. —Salgo cojeando por la puerta, lo rodeo con los brazos y lo estrecho contra mí un instante—. No dejes de venir a verme, ¿vale?

—Vale —dice.

Me dedica su característico guiño y una sonrisa, y se sube a la vieja camioneta. Me despido de él con la mano, entro en la casa para poner las

flores en un jarrón con agua y las dejo sobre la encimera: son muy bonitas y animan un poco la cocina. Salgo de nuevo para seguir cepillando a Pippy.

Más que oír a Cole cuando vuelve, lo presiento, como si lo anunciara la llegada de un frente de bajas presiones. Miro en su dirección antes de que pueda darme cuenta de que no es buena idea: lleva la camiseta empapada en sudor y pegada al cuerpo de una forma casi erótica, y las mejillas sonrosadas lo hacen parecer más joven de lo que ahora sé que es. Hace demasiado calor para correr con pantalones de chándal largos, pero eso no es asunto mío. No soy su madre. Algo por lo que doy gracias, teniendo en cuenta el resto de los pensamientos que me inundan al verlo.

Me muerdo el labio inferior e intento distraerme. Nuestras miradas se cruzan un momento y vuelvo a cepillar a Pipsqueak, esta vez con un cepillo de cerdas suaves para limpiar toda la suciedad y la caspa. Cole no me dirige la palabra, pero no me importa. Aún debe de estar cabreado conmigo por ser una bocazas, y no lo culpo. Traicioné la poca confianza que le debía. Y me siento mal, pero no sé cómo solucionarlo.

Decido atender a lo que sí puedo arreglar y me concentro en la pequeña potranca andrajosa que tengo delante. Voy a limpiarla lo mejor que pueda. Me duele el brazo por lo mucho que me ha costado ponerle el aceite en los cascos, pero cuando termino está... mejor.

Retrocedo y pongo los brazos en jarras para admirar el resultado. Quizá aún no esté reluciente, pero la he aligerado del pelo muerto del invierno y estoy segura de que brillará como el bronce cuando se alimente mejor. Los cuatro calcetines ahora son blancos en lugar de grises y los cascos brillan con el aceite que les he aplicado. Va a ser un largo proceso —al fin y al cabo, acaban de sacarla del banquillo—, pero tengo esperanzas y me siento lo bastante satisfecha.

Y por primera vez en esta semana, no me dejo llevar por la autocompasión.

Estoy sentada en un fardo de heno frente a Pipsqueak cuando escucho que la puerta se cierra detrás de mí. He pasado todo el día fuera, y eso que el tiempo no acompañaba: el cielo está cuajado de nubes densas y el olor a lluvia impregna tanto el ambiente que siento la piel húmeda. No me importa: sigue siendo uno de los mejores días de mi vida.

La cabeza de Pipsqueak se vuelve hacia el ruido y me giro para ver a Cole

vestido con unos pantalones de chándal limpios y una camiseta. En mi mente aparece de pronto la imagen de hace un rato, cuando estaba todo sudoroso, y me sonrojo de golpe.

¿Tienes pensado dejar de reaccionar así en algún momento?

—¿A dónde vas? —pregunto, para intentar entablar conversación.

No soy tonta: sé que estuvo a punto de decirme que no quería tener un caballo aquí, y no sé qué lo ha hecho cambiar de opinión, pero doy gracias por que haya sido así.

Parece tenso cuando baja las escaleras y, cuando oye mi pregunta, se detiene, se vuelve hacia mí y su boca se contrae en... No estoy segura.

Quizá sea una sonrisa.

—A correr.

—¿Otra vez?

Sé que correr es bueno para la salud, pero hasta cierto punto. Nunca ha sido mi rollo, y dos carreras al día me parecen excesivas.

—Sí. ¿Pasa algo?

Vale, ya estamos otra vez de mal humor. Está claro que necesita las píldoras de la felicidad con las que lo piqué hace días.

—No —vacilo, midiendo las palabras—. Solo pensaba... Bueno, es que estoy de buen humor. ¿Te apetece tomar una copa?

Su cuerpo entero gira en mi dirección y nos señala a ambos con la mano.

—¿Tú y yo? —pregunta, como si fuera la perspectiva más espantosa del mundo.

—¿Tan mala soy? —replico con una carcajada.

Cole se estremece visiblemente. Al parecer, todavía no está preparado para reírse conmigo.

—No sé... —Se pone las manos en las estrechas caderas, suspira y mira a su alrededor como si estuviera buscando una vía de escape.

—Venga, sé que estás mayor, pero te prometo que te traeré de regreso antes de la hora de dormir —lo pincho, porque si alguien necesita que lo pinchen, debe de ser él. Me recuerda a mi hermano mayor: demasiado serio para su propio bien—. Antes de la hora de cenar, incluso. Son... —Saco el teléfono para ver la hora—. Son las cuatro. Es la hora feliz. —Él se limita a mirarme—. Y eso significa que tienes que ser feliz. —Intento reprimir una sonrisa ante mi propio chiste malo, pero fracaso miserablemente.

—Violet.

—¿Sí? —Bato las pestañas en un gesto exagerado de inocencia.

—¿Llamarme viejo y gruñón es tu idea de hacerme feliz?

Vale, es inmune a las bromas, por lo que parece.

—Venga, quiero tomar una copa y ver gente. Estoy cansada de estar encerrada en el rancho, se me está cayendo la casa encima. Si no vienes, me voy yo sola.

—Ah, ¿sí? ¿Y vas a conducir con esa enorme férula en el pie derecho?

—No. —Sonríe con picardía—. Me iré andando.

Cole suelta un gemido y mira al cielo como si esperara que fueran a aparecer los extraterrestres para abducirlo y sacarlo de esta conversación. Está claro que, si quisieran un ejemplar macho magnífico, lo elegirían a él.

—Dame cinco minutos.

—¿Para qué?

—Para ponerme algo más adecuado.

Suelto una carcajada.

—Cole, ¿has estado alguna vez en el Neighbor's Pub?

—No —dice, frunciendo el ceño.

—Vale, pues no hace falta que te cambies. El ambiente es... informal.

Gruñe y entra en la casa para volver a salir unos segundos más tarde con las llaves en la mano. El trayecto por las carreteras rurales es tranquilo, no hay tanta tensión como en las últimas semanas. Casi podría decir que estamos sumidos en un silencio amistoso, al menos por mi parte. Sí, tenemos una incómoda historia en común, pero estamos intentando superarla. Además, solo voy a vivir en esa casa un par de semanas más. En cuanto me quiten la férula, me iré y podremos volver a fingir que el otro no existe.

—Gira aquí. —Señalo hacia donde se encuentra el antiguo *pub*, con su aire rústico y personal, justo como a mí me gusta.

Estoy tan emocionada que doy botecitos en el asiento cuando veo la ventana pintada de oscuro, el gran letrero con luces intermitentes sobre las pesadas puertas de roble y el patio de estacionamiento iluminado por lámparas de exterior colgadas sobre las mesas de pícnic.

—¿Es este? —pregunta Cole, escéptico, mirando hacia el edificio.

No he salido del rancho desde hace una eternidad, y está claro que él no comparte mi entusiasmo. Y no lo entiendo. ¿Es que no se aburre? Porque eso es justo lo que significa para mí salir a correr dos veces al día: estar aburridísimo.

—¿Tienes miedo? —Agarro el tirador y abro la puerta. Su cabeza gira al momento en dirección a ese sonido.

—No te bajes —rezonga. Sale de un salto y rodea la camioneta con unas pocas zancadas.

Es tan grande y autoritario que me dominan los nervios cuando se acerca. Se comporta con ese típico aire de agente de la ley, como si yo acabara de meterme en un lío. Aprieto los muslos ante la idea de meterme en un lío con Cole. No estaría mal...

Eres patética, Violet.

—¿A qué viene esa cara? —pregunta.

Está de pie frente a mí y sostiene la puerta abierta con la mano en la parte superior. La camiseta se ciñe en torno a las líneas redondeadas de sus bíceps. Como tardo demasiado en responder, la tensión aumenta y sus dedos se aferran a la puerta con más fuerza. Esos bíceps se tensan bajo mi mirada.

Sus ojos se abren de par en par y luego vuelven a entrecerrarse en su rostro tormentoso. Las líneas afiladas de sus pómulos. La mandíbula cuadrada cubierta de una barba que me rozaría...

—Violet.

Doy un respingo.

—Sí. ¡Sí! A nada. Vamos.

Miro hacia la parte trasera de la camioneta con las mejillas ardiendo por el túnel a la dimensión desconocida en el que acabo de meterme. Eso me pasa por dejar que mi cerebro vaya por su cuenta. Qué mala idea.

Ni siquiera pregunta esta vez. Sus enormes manos se deslizan por mis costillas y me rodean la cintura. Doy gracias a los dioses porque llevo un jersey suelto de punto que oculta la carne de gallina que salpica mis brazos. Aunque es casi agresivo, la suavidad con la que me toca nunca dejará de sorprenderme. No creo haberme imaginado el cuidado con el que me sacó de la camioneta la noche que Billie me llevo a su casa, o cómo me abrazó y me preguntó en voz baja si estaba bien.

—Hueles a caballo —gruñe. Me deja con suavidad en el suelo y aparta las manos a toda prisa. Esa reacción al tocarme no encaja con el recuerdo en el que acabo de perderme—. Vamos.

Contemplo cómo los músculos de su ancha espalda se mueven bajo la camiseta ajustada cuando camina con rigidez hacia la puerta principal del *pub*.

Está claro que necesita una copa.

11

EN EL PASADO

COLE

Buscadordeoro85: ¿Vives con tu familia?

Niego con la cabeza: hasta aquí ha llegado mi lamentable intento de iniciar una conversación. Llevamos hablando varios meses, y soy consciente de que ella ha cargado con el peso de la charla. La verdad, no tengo ni idea de por qué sigue aquí.

No le doy casi nada, pero ella lo intenta una y otra vez. La mayoría de la gente tiene amigos porque disfrutan de su compañía, pero yo tengo esta amiga porque soy consciente de que se merece algo mejor, y eso me recuerda lo patético que soy. Soy un puto masoquista y ni siquiera puedo parar.

Cuanto más alegre y dulce es ella, más me siento como una mierda. Pero no puedo apartarme. Vivo en la oscuridad y ella es el rayo de luz que me ilumina. Soy un puto codicioso.

Chica_de_Púrpura: No. Me mudé para alejarme de ellos.

No quiero entrometerme, pero eso ha sonado fatal, así que me decanto por la ambigüedad.

Buscadordeoro85: Uf.

Chica_de_Púrpura: Ja, ja. Eso ha sonado mal. A ver, adoro a mi padre y a mis hermanos, y ellos a mí, solo que... un poco demasiado. Son demasiado protectores. ¿Y en un pueblo pequeño? Ni te cuento. No podía dar un paso en falso o siquiera llegar tarde. Y conseguir una cita era horrible: se entrometían continuamente, incluso cuando ya tenía edad suficiente como para valerme solita. Así que tuve que marcharme. Nuevo comienzo. Nueva yo. Mostrarme desnuda en internet fue un gran paso para mí, por estúpido que suene. Si llegaran a enterarse, PONDRÍAN EL GRITO EN EL CIELO. Pero aun así lo hice. Una vez. Fue suficiente.

Buscadordeoro85: Demostraste que podías hacerlo.

Chica_de_Púrpura: Algo así.

Buscadordeoro85: ¿Y qué hay de tu madre?

Se toma unos minutos para responder, aunque sé que ha visto el mensaje.

Chica_de_Púrpura: Murió al tenerme.

Es por eso que no suelo intentar mantener una conversación. ¿Qué coño se supone que debo responder a eso? Mis pulgares se detienen sobre la pantalla del teléfono y se me acelera el corazón, que late con fuerza contra mis costillas. Sé muy bien lo que se siente al morir uno de tus padres, pero me conformo con lo más patético que se me ocurre.

Buscadordeoro85: Lo siento.

Chica_de_Púrpura: No, no lo sientas. La gente se siente incómoda cuando lo digo, pero la verdad es que no puedo echar de menos lo que nunca he tenido. Tuve una buena infancia y me sentí muy querida. Y sigue siendo así.

Es tan comunicativa y sincera que de pronto siento la necesidad de hablarle de mi padre, de ese día. De cómo todo fue cuesta abajo desde que ocurrió. Sería genial poder sacarme eso del pecho, soltar todo lo que se ha enquistado, lo que se me ha quedado clavado, como cuando quieres tragar una pastilla y se te queda atascada en la garganta.

Pero no voy a hacerlo.

Nadie quiere oír hablar de esas mierdas, y yo no quiero asustarla.

EN LA ACTUALIDAD

Este lugar es aterrador. Y mira que he visto cosas aterradoras, pero el Neighbor's Pub está muy cerca de encabezar la lista. ¿Quién pone alfombras en un *pub*? Miro mis pies cuando entramos en el oscuro local porque juraría que puedo sentir cómo se quedan pegados a la alfombra con cada paso que doy. Miro por encima de mi hombro para asegurarme de que Violet no se ha quedado pegada del todo al suelo.

En lugar del ceño fruncido que esperaba encontrarme, una pequeña sonrisa adorna sus labios mientras mira a su alrededor. Con el cabello plateado recogido en lo que parece un nido de pájaros y su pequeño cuerpo envuelto por un jersey de color crema demasiado grande, es demasiado deslumbrante para este basurero. Aunque, a juzgar por la expresión de su rostro, ella no

piensa lo mismo.

—¿Dónde quieres sentarte? —pregunto, mirando las mesas de madera oscura con recelo.

—Sigue adelante. Hay una mesa en la parte de atrás, junto a la chimenea.

Damos unos cuantos pasos y aparece ante nosotros una mesita pequeña y redonda, con dos sillas de madera que no hacen juego y una lámpara de cristal emplomado verde y marrón de muy mal gusto que cuelga sobre ella.

Suelto una carcajada incrédula.

—A Trixie le encantaría este sitio.

—¿Quién es Trixie? —pregunta Violet, deteniéndose junto a mí.

—Mi terapeuta —suelto antes de poder pensar en lo que digo. *Joder*. ¿Desde cuándo soy tan comunicativo? ¿Qué más se me va a escapar delante de Violet? Me siento cómodo con ella, y eso puede acabar mal.

—Bonito nombre. Me gusta —dice alegremente: se adelanta y coge la silla que mira hacia la puerta principal.

¿Eso es todo? ¿Sin preguntas ni interrogatorios? Esperaba que me juzgara por ir a terapia, pero se ha limitado a hacer un comentario despreocupado y a sentarse. Justo en la silla que yo habría elegido. Ahora mismo tengo bastante controlado el trastorno de estrés postraumático, y lo que no me deja dormir por las noches es la imagen de un bulto sobre la pista y el repiqueteo de los cascos de los caballos. Me llevó años de arduo trabajo que el tiempo que pasé destinado en zona de guerra no volviera de pronto para atormentarme, pero todavía sigo estudiando el entorno, buscando rutas de escape o evaluando posibles amenazas, y detesto estar de espaldas a la sala, el peligro que eso podría suponer para mí... o para Violet. Sé que ya no estoy en Irak, pero estas cosas se te quedan grabadas. El entrenamiento no te abandona jamás. Nunca vuelves a ser solo un civil.

Tomo asiento, tenso. Me siento fatal, pero no quiero revelar más de lo que ya debo de estar mostrando.

—¿Qué tal, cariño? —Me sobresalto cuando alguien deja caer dos cartas plastificadas en la mesa, entre Violet y yo.

La camarera me sonrío y me reclino en la silla, aferrado a los reposabrazos.

—Tomaré un agua.

Violet me dedica una sonrisa distante: una regañina silenciosa por lo que ella debe de considerar un comportamiento inapropiado. No necesito ni quiero que me regañen, y por eso prefiero estar solo. Tengo que dar menos

explicaciones y cumplir menos expectativas.

Su mirada se ilumina cuando se dirige a la camarera.

—Yo quiero una Guinness, por favor. —Me mira un instante antes de agregar—: Y gracias por no hacer caso a los malos modales de mi amigo.

—Eso está hecho. —La camarera se marcha a toda prisa y miro por encima del hombro para ver cómo regresa a la barra y pide las bebidas.

—¿Una Guinness? —le pregunto a Violet. Esperaba que pidiera un margarita, o cualquier otra cosa que llevara una sombrillita, pero no una espesa cerveza negra.

—Sí. —En su mirada baila un brillo divertido—. ¿No es lo que esperabas?

Miro por encima del hombro una vez más.

—No —respondo, distraído.

—Crecí en un rancho con un padre soltero y tres hermanos mayores. Cuando tuve edad para beber, el whisky y la cerveza eran las únicas opciones disponibles en casa.

Mis labios dibujan una diminuta sonrisa de medio lado.

—No te pega beber whisky.

Violet sonríe con timidez.

—Te sorprenderías...

Miro una vez más hacia la barra para asegurarme de que la camarera no va a volver a tomarme por sorpresa. El pulso me late tan fuerte en la muñeca que hasta puedo verlo.

—¿Quieres que cambiemos de asientos? —dice Violet, acodándose en la mesa.

Ha preguntado tan bajo que casi no la he oído.

—¿Qué?

Echa hacia atrás la silla y se pone de pie.

—Vamos a cambiar de sitio.

Quiero decirle que no hace falta, pero la verdad es que la perspectiva me tranquiliza. Violet sigue plantada a mi lado, mirando hacia abajo, y agita la mano como si me estuviera echando de la silla. Así que no hago preguntas y me permito aceptar cómo me siento en lugar de flagelarme por ello. Trixie estaría orgullosa de mí.

—¿Mejor? —pregunta cuando ambos nos hemos acomodado en nuestro sitio.

Aparto la mirada como si no fuera gran cosa, pero lo es. Nadie se había dado

cuenta de algo así antes, de lo mal que me adapto a la vida civil; de cómo evito pisar la basura que hay tirada en la calle, solo por si acaso; de mi negativa a permitir que otro conduzca. Solía pensar que no tenía trastorno de estrés postraumático, que solo se trataba de que en el ejército me entrenaron para ser cauteloso en grado sumo, pero Trixie me quitó esa idea de la cabeza.

—Sí. —Evito mirarla porque me siento un poco... ¿vulnerable?

—Mi hermano es veterano, ¿sabes?

—¿En serio? No tenía ni idea.

Ella me guiña un ojo con un aire juguetón que no encaja con su tono de voz.

—Nunca me lo preguntaste.

Ha puesto el dedo en la llaga con ese comentario. Tiene razón: no le pregunté casi nada sobre su vida personal en todo el año que pasamos chateando. Al principio porque no me importaba, y después porque sabía que, si preguntaba, me importaría. Aunque me importaba de todos modos. No dejaba de decirme a mí mismo que la gente no se enamora por internet, que lo que sienten no es real. Pero mirándola ahora estoy seguro de que lo que siento es muy real. Y es una idea la hostia de aterradora.

—¿Sabes que Billie te llama «G. I. Joe»? —suelta, intentando llenar el silencio.

No puedo evitar reírme. Una carcajada baja y profunda me retumba en el pecho, y es una sensación cálida y desconocida. A Billie le encanta hacer el payaso, y sus desvaríos empiezan a parecerme entrañables.

—Puedo imaginármela perfectamente diciendo algo así.

Violet se ríe con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué? —digo.

—Tú... ¡Acabas de reírte! Creo que nunca te había oído reír.

Sacudo la cabeza y me echo un poco hacia delante.

—A veces me río.

Violet se cruza de brazos y se apoya en la mesita.

—¿Y no te duele?

Frunzo los labios, porque no quiero darle la satisfacción de hacerme reír otra vez. Aunque lo que debería hacer es agradecerle que haya dejado la charla sobre los veteranos, que me haya ofrecido un clavo ardiendo al que agarrarme y no se haya comportado como la Inquisición española indagando en mi pasado.

Pero no le doy las gracias. Me limito a negar con la cabeza.

—Toma un trago —dice con los ojos brillantes.

—La cerveza engorda.

Violet suelta un fuerte resoplido muy impropio de una dama. No tenía ni idea de que alguien tan pequeño y delicado pudiera hacer un ruido tan vulgar. El rubor asciende hasta su rostro, se tapa la boca con las palmas de las manos y estalla en risas.

La miro intentando fingir indiferencia, pero la verdad es que su risa es contagiosa. Y es tan hermosa que duele mirarla.

—Creo que tus abdominales sobrevivirán para luchar otro día.

Cuando se da cuenta de lo que ha dicho, se lleva las manos a la boca otra vez y se le ponen los ojos como platos. Parece mortificada.

Y no puedo evitarlo. Me río. Una auténtica carcajada que se me escapa como si fuera un animal salvaje que ha estado demasiado tiempo enjaulado; como un caballo de carreras al salir disparado por la puerta.

Su rostro pasa de la vergüenza al puro júbilo, y su mirada me calienta por dentro como una chispa que prende sobre la hierba seca y se convierte en llamas que abrasan la tierra árida. Un incendio forestal rápido y fuera de control. Y eso es peligroso.

La camarera regresa por fin. Cualquiera diría que el local estaba lleno y ella ha tenido que ir a buscar el agua al mismísimo Ruby Creek. Le tiende la cerveza negra cargada de espuma a Violet, que enarca una ceja en mi dirección.

—Yo... —Puaj. ¿En serio voy a meterme en esto?—. Ponme otra a mí.

Mañana haré el doble de ejercicio.

Casi no siento la mano de la camarera en mi hombro. El contacto físico no solicitado es algo que suele molestarme, pero en este momento, mirando a la mujer que está frente a mí, apenas me doy cuenta.

—Ahora mismo, cariño —le escucho decir vagamente.

Violet frunce los labios con tanta fuerza que deben de dolerle. Aunque no parece que sienta dolor, lo que parece es que va a estallar en carcajadas de un momento a otro. Tiene el mismo aspecto que el día en que ganó el Denman Derby: feliz. Y por una vez no quiero echarlo a perder; no quiero revolcarme en mi propia mierda. Solo quiero disfrutar. Pero no demasiado.

—¿Qué? El agua de este pueblo es tóxica. ¿Es que no la has olido? —digo; Violet se muerde el labio inferior y sacude la cabeza—. Y solo voy a tomar una —insisto. Ella asiente—. ¡¿Qué?!

—Una mujer podría tirarte las bragas a la cara y ni aun así lo pillarías, ¿verdad?

Me echo hacia atrás. ¿Por qué iba una mujer a querer tirarme las bragas a la cara?

Ella se lleva la cerveza a los labios, sonriendo con complicidad sobre su cima de espuma cremosa.

—La camarera. Le gustas. ¿No te has dado cuenta?

Miro por encima de la cabeza de Violet y, sí, la chica no me quita ojo mientras el camarero deja la Guinness en su bandeja. No me he dado cuenta porque llevo dos años obsesionado con la misma mujer.

Enderezo los hombros y me siento más recto, incómodo.

—No creo —digo. Las miradas, incluso las apreciativas, me agobian. Me aterroriza pensar que alguien puede mirarme con atención y descubrir todo lo que escondo.

«*No eres la mitad de hombre que eras cuando te fuiste*», me dijo Hilary esa noche, y esa frase se me quedó grabada y fue la causante de que decidiera ocultarme.

Y no doy crédito cuando la chica me deja la cerveza, me guiña un ojo y me da un golpecito en la mano antes de marcharse.

—A las mujeres nunca les gusto —protesto, clavando la vista en la alfombra.

Violet se recuesta en la silla con el ceño fruncido.

—A ella sí.

—Qué va. Soy demasiado viejo.

—No lo eres —resopla.

Levanto la mirada por fin y me encojo de hombros.

—Soy al menos diez años mayor que ella.

—Eres diez años mayor que yo.

—¿Y? —Doy un sorbo a la malteada cerveza negra y suspiro. Está la leche de buena. Ni me acuerdo de la última vez que disfruté de una cerveza sin preocuparme por cuidar mi cuerpo.

—Connmigo no te importó...

Me quedo congelado y dejo la pinta sobre la mesa. No tengo demasiada experiencia con los sentimientos de las mujeres, pero sé reconocer un campo de minas cuando lo tengo delante.

—Eso fue...

Ella me interrumpe con un gesto de la mano.

—No importa. ¿Cómo va el trabajo?

Trabajo. Puedo hablar de trabajo.

—Es una mierda. Hemos comprado una empresa llena de putos idiotas.

—Siempre positivo, ¿eh? —se burla—. Y, por cierto, dices aún más tacos que Billie.

Apoya el pie sano sobre la silla, con la rodilla doblada. La mayoría de la gente no se muestra tan relajada en mi presencia.

Dejo escapar un gemido, me rasco la barba y doy un largo trago a la cerveza.

—En el ejército se dicen un montón de tacos, Violet. Por eso Vaughn es la cara radiante y feliz de la empresa familiar. —Giro el vaso entre mis manos—. Y sobre la nueva empresa... Está patas arriba. Las cuentas son un desastre; la seguridad es terrorífica de cojones; nadie sabe lo que hace... Está claro por qué nos la vendieron a precio de saldo.

Ella se encoge de hombros.

—Estoy segura de que lo arreglarás.

Un músculo se crispa en mi mejilla.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No sé. No me pareces de los que se rinden.

Mi mente se acelera intentando descifrar lo que ha querido decir con esa frase. ¿Hasta dónde sabe? Quizá vio los últimos mensajes que le dejé, los que intenté borrar pero la dichosa aplicación no me lo permitió; los que envié cuando me di cuenta de que no iba a volver, que yo la había jodido a lo grande. Quise enfadarme con Chica de Púrpura por hacerme *ghosting*, pero la verdad es que no podía culparla.

Yo también me habría abandonado.

Me aclaro la garganta. No tengo ninguna intención de bajar por esa madriguera de conejo durante lo que de otro modo habría sido una charla de lo más agradable. Y tampoco quiero pensar en el ramo que había sobre la encimera de la cocina, que le habrá llevado cualquier imbécil que ha querido portarse bien con ella, no como yo, que lo único que he hecho ha sido actuar como un gruñón insoportable. La verdad es que no tengo ni idea de cómo tratar a Violet, de cómo gestionar las emociones que me despierta; no sé cómo evitar ponerme duro ni que mi lado posesivo salga a relucir.

Así que vuelvo al tema del trabajo: el mejor —aparte de hablar del tiempo— para bajar una erección.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué planes tiene nuestra *jockey* favorita?

A modo de respuesta, Violet mira a su alrededor, y me pregunto si quizá no

me ha escuchado. Creo que la música *country* no está tan alta.

—No lo sé. —Se lame el labio inferior y por fin me mira. Todo su cuerpo se estremece con el suspiro que sale de sus labios—. Estoy bastante enfadada, ¿sabes? La temporada pasada fue un sueño hecho realidad; como si me hubiera dado de bruces con la oportunidad de mi vida. Billie. DD. Hank. Todo fue... perfecto.

Asiento. Recuerdo un momento en que mi vida era igual: la familia perfecta, la novia perfecta —según todos los demás—, mi futuro grabado en piedra y pavimentado en oro. Y luego mi padre murió y todo se fue a la mierda. Me rendí.

—Pero sigo pensando que tengo que ponerme a prueba. —Se señala la pierna—. Está claro que a los demás *jockeys* no les gusto. Me hice con esas victorias, pero no me las gané. Y quiero ganármelas. No quiero que me conduzcan hacia la cima del éxito en palmitas. Toda mi vida me han tratado así, y ahora lo que quiero es pelear y salir reforzada de la lucha. Quiero demostrar que puedo superar esto y seguir siendo la mejor. Por mí, porque necesito saber que puedo hacerlo. Hasta este momento mi éxito ha sido... —su rostro se contrae y sus ojos se pierden en la distancia mientras busca la palabra— incompleto. Y ahora voy a quedarme atrás, voy a perder la forma física y horas en el ruedo.

Se le hunden los hombros y mira la cerveza como si quisiera ahogarse en ella.

—Puedo ayudarte a hacer ejercicio.

Levanta la cabeza de golpe.

—¿En serio?

—Claro. —Es una oferta que no debería haber hecho, pero no puedo soportar que se deprima así por un gilipollas como Patrick Cassel—. Hay un montón de cosas que puedes hacer sin necesidad de usar la pierna.

Parpadea en mi dirección, incrédula, como si pensara que soy una especie de visión. La verdad es que yo tampoco termino de creérmelo.

—Vale —suspira.

—Patrick va a pagar por lo que ha hecho.

Violet pone los ojos en blanco.

—Eso es lo que dice Billie. Ahora mismo lo están investigando, pero ¿qué más da? Él sigue cabalgando y yo estoy aquí, haciendo... —sacude una mano encima de la mesa— esto.

Mis labios dibujan una sonrisa, que cada vez me sale de forma más natural. Doy un par de golpecitos en la mesa con los dedos, me reclino con la pinta en la mano y me encojo de hombros.

—Esto no está tan mal.

Cuando salimos del *pub*, ha oscurecido y llueve a cántaros.

—Espera aquí —le digo a Violet; me encojo y corro hacia la camioneta.

No hace falta que nos empapemos los dos. Entro de un salto, giro la llave y escucho el rugido del motor. Conduzco hacia la puerta principal para recoger a Violet, que parece confundida.

Se incorpora con torpeza y se limpia una gota de lluvia de la punta de la nariz.

—No tenías por qué hacerlo.

Me encojo de hombros cuando nos alejamos del *pub*.

—Lo sé.

Pero estoy de buen humor y quería hacerlo. Me ha sorprendido lo bien que lo he pasado esta noche. Incluso he comido alitas de pollo en ese establecimiento más que cuestionable. A lo mejor me sientan fatal, pero debo admitir que sabían bastante bien. Ya hacía mucho que no salía a tomar una copa. Casi nadie me llama para quedar, pero también es verdad que no acepto ninguna invitación.

De vez en cuando quedo con mi madre para tomar un café, pero siempre me parece que lo hace para tranquilizar su conciencia culpable y no para pasar el rato conmigo. Aunque quedo con ella de todos modos. A Vaughn no paraba de concertarle citas con las mujeres perfectas del club de campo y a mí me tocaba pasar un rato incómodo tomando café con ella. Desde mi punto de vista, me llevé la mejor parte.

Cuando mi padre murió, ella perdió el norte y se ahogó en el fondo de una copa de martini durante algún tiempo, o al menos eso me contaron. Está claro que no se ha perdonado a sí misma, y yo no estaba ahí para apoyarla. Tan pronto como pude, llevé a mi novia al altar porque me parecía que era lo correcto, y después me alisté en el Ejército para escapar de toda esa situación de mierda. Durante doce años me mantuve a salvo e ileso, hasta el último mes de mi último servicio.

Y pasé de vivir anestesiado a la nada. Encefalograma plano. Pero esta noche

me he sentido como si mi corazón hubiera vuelto a latir, como no fuera una causa perdida.

—Gracias —murmura Violet—. Ha sido divertido.

—Sí que lo ha sido.

Esboza una sonrisa tímida y su mirada se pierde en la distancia. Me pregunto a quién más le dedica esas sonrisas cuando yo no estoy y, de pronto, siento unos celos irracionales que me obligan a soltar lo que estoy pensando.

—Bonitas flores las que te han traído hoy...

Lamento esas palabras en cuanto escapan de mis labios. Que alguien le regale flores no es asunto mío. Y no tengo ningún derecho a ponerme celoso. Pero mentiría si dijera que pensar en eso no me ha estado incordiando toda la noche.

Frunce los labios como si intentara impedir que su sonrisa se amplíe.

—Sí, Hank es un amor.

—¿Hank? —Vale, ahora sí que he quedado como un pirado. Un viejo amigo de la familia le lleva flores y yo me porto como un imbécil posesivo.

—Mmm —responde sin más. Pero puedo escuchar la diversión en su voz. Como si hubiera interpretado mi comentario a la perfección.

Me aferro al volante y nos envuelve un silencio incómodo. En ese diminuto y lúgubre *pub* la conversación ha fluido sin problemas, rodeados por el murmullo de los clientes habituales en la hora feliz y de la música que manaba de unos altavoces baratos. Pero ahora, en la camioneta, se palpa la tensión de las palabras no pronunciadas. Este escenario es demasiado íntimo. Demasiado oscuro. Demasiado.

Asiento y me mantengo en silencio mientras viajamos por las oscuras carreteras secundarias de regreso al rancho. Cuando aparco junto a la casa, miro a Violet con intención y ella pone los ojos en blanco, pero no intenta bajar de la camioneta sin mi ayuda.

Cierro la puerta de golpe y me recibe desde el corral el relincho de la yegua marrón, que ahora mismo parece una rata mojada. Una rata mojada y feliz, con las orejas hacia delante.

Lo ignoro y rodeo a toda prisa la parte delantera de la camioneta para abrir la puerta del copiloto y sacar a Violet antes de empaparme por completo. La lluvia repiquetea sobre mis hombros cuando la miro en la oscuridad de la cabina. Las gotas agujonean mi piel y ella me mira de reojo, dubitativa, como si no quisiera enfrentarse a mí.

Sus ojos azules se oscurecen bajo esa luz tan escasa hasta volverse de un tono índigo, y el brillo de su cabello parece más dorado. Se pasa la lengua por la comisura de sus labios bien formados y yo sigo el movimiento con avidez.

Nos quedamos en el limbo: ella en el calor seco de la camioneta, y yo fuera, bajo la lluvia, embebiéndome de su imagen, sediento, como si fuera agua fresca tras atravesar un desierto.

Todo mi cuerpo late al ritmo de mi corazón cuando ella se gira despacio hacia mí, con una mano en el tirador y otra en el borde del asiento, y levanta la férula con cuidado. Paso una mano sobre la pierna lesionada y deslizo la palma bajo su rodilla para acercarla, y ella se estremece como si tuviera frío. Vuelvo a enfocar la mirada en su cara.

—¿Tienes...?

—Gracias —me interrumpe—. Gracias por esta noche. Sé que no te gusto, pero me lo he pasado muy bien contigo.

Inspiro hondo y mi pecho se llena de autodesprecio. Mis rodillas chocan con la camioneta y ella envuelve los esbeltos muslos alrededor de mi cintura. Hundo los dedos en sus corvas.

—¿Por qué crees que no me gustas?

Violet se concentra en el caballo para esquivar mi mirada.

—Yo... Yo... —tartamudea. El aire escapa con brusquedad de sus pulmones, a través de esa boca en forma de corazón que no deja de distraerme—. ¿Porque te hice *ghosting*? ¿Porque me he metido en tu casa y en tu vida? No soy tonta, sé que estoy invadiendo tu intimidad y que eso no te gusta. Sé que yo no te gusto. Soy una molestia. Y, ¿sabes?, ahí está la cuestión. No debería importarme. Pero me importa.

No sé si reír o llorar ante lo absurdo de la situación. ¿Cree que no me gusta? Si supiera lo que se me pasa por la cabeza cuando me acerco a ella...

12

EN EL PASADO

VIOLET

Chica_de_Púrpura: ¿Gatos o perros?

Esa es una de las preguntas a las que he recurrido para mantener a Buscadordeoro85 en línea. No soy capaz de descifrarlo: algunos días es hablador y otros se muestra silencioso y reservado. En esas ocasiones lo dejo tranquilo y a la mañana siguiente me despierto con un mensaje suyo.

Pero esta noche me he ventilado una botella de vino yo solita y quiero hablar con alguien. El caos se ha apoderado del rancho y acaban de contratar a una nueva entrenadora que es increíble. He intentado ser guay, pero estoy segura de que le he parecido callada y rara.

Pero estoy emocionada porque así mis días van a ser mucho menos solitarios.

El teléfono suena y lo miro.

Buscadordeoro85: Conejitos.

Me arden las mejillas. De vez en cuando dice algo que suena sexual, algo que me hace apretar los muslos y desear que fuéramos algo más que avatares. Me pregunto cómo suena su voz, cómo son sus gestos, si tiene acento o de qué color son sus ojos. Y si también hace esto con otras mujeres.

Esa idea me hace sentir una incómoda punzada en el pecho.

Paso un montón de tiempo imaginándome la apariencia de Buscadordeoro85, intentando descifrar el puzle que es con las pocas piezas que me ofrece. Pero sobre todo me imagino sus músculos.

Todos los hombres con los que he estado eran larguiruchos y juveniles, pero, teniendo en cuenta la foto que me mandó, ese no es su caso. He tenido novios agradables. He disfrutado de agradables sesiones de sexo.

Pero estoy harta de lo agradable. Lo que quiero de verdad es alguien que me trate con

rudeza; quiero tachar de mi lista lo de sentirme consumida por la lujuria.

Chica_de_Púrpura: Vaya. Nunca lo habría adivinado. ¿Y cuántos conejitos tienes?

Buscadordeoro85: Uno. Soy hombre de un solo conejito.

Chica_de_Púrpura: ¿En serio? ¿Y cómo se llama?

Buscadordeoro85: No estoy seguro. Pero le queda genial el púrpura.

Chica_de_Púrpura: Vale, perdona, vamos a dejar las insinuaciones. ¿Intentas decirme que soy la única mujer con la que chateas así?

Buscadordeoro85: Sí.

Chica_de_Púrpura: ¿Por qué?

Buscadordeoro85: Porque hablar contigo ocupa todo mi tiempo libre.

Leo esa frase una y otra vez. Si fuera otra persona, me sonaría dulce, pero viniendo de él..., bueno, no puedo evitar sonreír y ahogar la risa con un trago de vino. Le gusto a Buscadordeoro85.

EN LA ACTUALIDAD

Se echa más hacia mí; los goterones de lluvia caen por su masculino rostro y desliza sus ojos grises rodeados de espesas pestañas hasta mi boca. Parece enfadado, como si todo su cuerpo estuviera en tensión. Es como un depredador al acecho, listo para atacar. Pero jamás le he tenido miedo, y no voy a empezar ahora.

Sigo divagando para llenar el silencio.

—No te preocupes. Ya lo he hablado también con Billie. No tengo por qué gustarle a todo el mundo, no pasa nada.

Me muevo para que pueda alzarme en brazos como ya lo ha hecho antes, como él quiere. Pero me levanta más la pierna y me lleva hacia él, y no me resisto: somos como dos polos opuestos de un imán que no pueden evitar atraerse.

Apenas puedo rodearle la cintura con los muslos. Cuando estoy a punto de perder el equilibrio —o de desmayarme, no estoy segura—, suelto el tirador y la palma de mi mano aterriza en el medio de su pecho firme.

Alza una mano, me agarra la barbilla y la acaricia con el pulgar. La mirada de esos ojos grises me mantiene congelada en mi sitio. Está tan cerca que puedo sentir su aliento rozándome el cuello. Su colonia me envuelve como un manto reconfortante: especias, canela y calidez.

—No eres una molestia —dice en voz ronca, baja, como un gruñido—. Y si hay alguien a quien no le gustes, es idiota. ¿Entendido?

Asiento, asfixiada por su cercanía, por sus palabras, por su presencia abrumadora y el modo en que me agarra el muslo.

Me aferro a la tela de su camiseta para que no se aleje. Quiero sentirlo más cerca. Incluso después de lo que pasó.

Alzo la cara hacia él y veo cómo las sombras juegan con sus rasgos. La luz de los faros resalta todos los ángulos y las líneas de su rostro; tensa la mandíbula y sigue ahí, congelado, sin moverse, sin apartar los ojos de mí. Pero algo ha cambiado en esa mirada. No sé qué ha sido, pero algo es diferente, quizás un reflejo del deseo que muestran mis propios ojos. Porque sería idiota si no reconociera que deseo a Cole Harding. Llevo años deseándolo, incluso antes de saber cómo era su apariencia, cuando solo era un avatar sin rostro que le ofrecía su compañía a una mujer solitaria. El amigo que necesitaba para encontrar mi lugar en el mundo. La mano que me dio el empujón que me hacía falta para valerme por mí misma.

—Vale... —Parpadeo una sola vez porque no quiero dejar de contemplarlo, y me alegro de haber abierto los ojos a tiempo para ver cómo su mirada pétrea se derrite como lava cuando aparta el pulgar de mi barbilla y lo pasa por mi labio inferior con un gesto posesivo.

El sonido que retumba en su pecho es como una corriente eléctrica que recorre mi cuerpo: se me pone la piel de gallina y soy consciente de cada milímetro de mi piel. Envalentonada por su caricia, levanto mi propia mano y la paso por la cicatriz que recorre su frente. Dibujo el contorno desigual y él inspira hondo al sentir cómo paseo los dedos por esa línea, deleitándome con la sensación de su piel bajo los dedos, de sus manos sobre mi cuerpo. Le rodeo la cintura con una pierna y nuestros cuerpos se alinean de forma casi perfecta. La lluvia repiquetea a nuestro alrededor y nos hemos congelado en el tiempo dentro de nuestra pequeña burbuja de curiosidad.

Porque justo eso es lo que veo en su rostro ahora mismo.

Me crezco, lo agarro de la camiseta y tiro de él hacia mí; quiero sentir su dureza contra mis finos pantalones. Suspiro, y él gime y pasa el pulgar otra vez

por mi labio.

Dios, cómo me gusta.

Levanto la pierna buena y también le rodeo la cintura con ella. Quiero sentirlo más cerca; nuestros alientos se entremezclan silenciosos en el aire frío y húmedo. Sus ojos me devoran y la confusión se apodera de su rostro. Ni siquiera quiero pensar en la expresión del mío cuando me levanta más la pierna y se empuja contra el vértice de mis muslos. Parpadeo como si estuviera borracha. Pura lujuria.

Deslizo la otra pierna por la parte posterior de la suya, y me restriego contra él, que se balancea entre mis muslos. Pero al cabo de un instante se queda congelado y da un brusco paso atrás, con el brazo extendido, jadeante; el vapor de su aliento flota en el aire nocturno.

Quiero abalanzarme de nuevo hacia él, rogarle que siga. Pero sé que Cole no es la clase de hombre que se doblega. Es complicado y sigue sus propias reglas, unas que no quebranta jamás.

—Lo siento. —Su voz se quiebra cuando se aparta con suavidad y deja caer las manos temblorosas a sus costados.

¿Lo siento?

Las llamas que habíamos encendido se apagan y me quedo paralizada. Ya he vivido esto antes. Es tan típico de él... Tan típico de mí dejarme llevar por lo que me provoca, ver algo donde no lo hay...

Mis mejillas se tiñen de un rojo brillante y ni siquiera puedo mirarlo. Agradezco en silencio la oscuridad de la noche y me vuelvo hacia el corral de Pipsqueak. Y la potra relincha como si supiera que debe interrumpir este momento. Es un sonido prolongado, fuerte y estridente, como una alarma que nos hace saltar a ambos.

—¿Puedo llevarme tu camioneta?

Cole niega la cabeza como intentando despejarse y seguir el ritmo de la conversación.

—¿Para qué?

—Tengo que ir corriendo al establo y coger una manta para la lluvia. Se está empapando sin ella. Y ni siquiera tiene dónde refugiarse.

Retrocede rápidamente, aumentando la distancia entre nosotros, y mira a la pequeña potra.

—Los caballos han sobrevivido siglos sin impermeables.

Me siento frustrada y avergonzada por lo que acaba de pasar entre nosotros

y tengo que alejarme de él cuanto antes.

—¿Puedes echarme una puta mano en lugar de decirme lo que tengo que hacer?

Es su turno de mirarme con los ojos como platos. La palabra con pe siempre funciona. Cuando no dices muchos tacos, soltar uno solo impacta.

Me tiende las llaves, mortificado y bastante sorprendido. *Bien*. Las cojo y me alejo hacia el otro lado de la camioneta; Cole se queda inmóvil detrás de mí.

—Conduce con cuidado, por favor. —Su voz suena ronca y su tono, suplicante.

Resoplo y voy hasta la puerta del conductor. Las piernas me funcionan, pero la cabeza me da vueltas. Me siento como esa noche en la casa de Billie: solo quiero largarme. Y mi nuevo caballo necesita una manta. Arranco la camioneta y salgo por el camino de entrada; apenas le echo un vistazo a Cole cuando paso por donde está aún, como una estatua bajo la lluvia. Parece confuso, pero no me importa lo más mínimo: necesito mi puto espacio.

—Bang. Bang. Bang.

Abro los ojos y miro el reloj. Son las diez de la mañana y fuera hace sol. No suelo dormir tanto, pero ayer pasé bastante tiempo escondida en el rancho para intentar controlarme, y después regresé a casa y pasé el rato con Pipsqueak, que ahora está al tanto de algunos de mis más profundos y oscuros secretos, como que todavía tengo a Cole grabado a fuego en la piel.

En cuanto encontré una manta para la lluvia lo bastante pequeña, conduje de regreso a casa, con el pie izquierdo como lo tengo. Aunque me las apañé bastante bien en ese recorrido corto y lento, no es algo que me apetezca convertir en un hábito.

Me quedé sentada encima de la cerca con Pippy al lado, bajo la lluvia, hasta que me calé hasta los huesos y me cogió el frío. La potra apoyó la cabeza en mi regazo como el perro que obviamente cree que es y dejó que le trenzara las crines. Fue la mejor compañía que podía desear mientras lidiaba con lo que fuera que pasó entre Cole y yo anoche, bajo la lluvia.

Estaba convencida de que no le gustaba y de que la atracción que siento por él era unilateral, pero el bulto duro como una roca en sus pantalones contaba una historia muy distinta. Soy incapaz de encajar al hombre frío y distante que conozco con el que me mostró anoche. No tiene ningún sentido; las

carcajadas, el modo en que las sonrisas se dibujaban con renuencia en la comisura de sus labios; cómo sus manos estrecharon mi cuerpo; cómo me derretí en sus brazos.

—Bang. Bang. Bang.

Al final, soy consciente del sonido. ¿Es la puerta? Me levanto de la cama y me pongo la férula en la pierna. Creo que ya no la necesito: el dolor ha desaparecido, así como la hinchazón, y solo quedan los restos amarillentos de los moratones. Descuelgo la bata de la puerta y paso por la sala de estar hacia la entrada, con la esperanza de no encontrarme a Cole por el camino.

Cuando abro un poco —porque no voy vestida como para abrir del todo—, me encuentro con Billie, de pie en el porche delantero y con las manos cubriendo sus ojos como si llevara anteojeras.

—¿Qué haces?

—Abre la puerta, estrella del porno.

—Puf —resoplo, y echo la cabeza hacia atrás—. Solo fue una foto. ¡Una vez! Empuja la puerta y entra, frenética, y casi tropieza en el proceso.

—Joder, déjame entrar. ¡Y cierra la puerta!

—¿Qué pasa? —pregunto, confusa.

—Estoy intentando no mirar a mi futuro cuñado. Tendrías que poner un letrero de neón en el camino de entrada si va a pasearse por ahí sin camisa. O usar señales de humo.

—Espera, ¿qué? —Es mi turno de tropezar al pasar junto a ella cuando vuelvo a la puerta.

Mierda. No estaba bromeando. Trago saliva y se me seca la boca.

Cole está junto al corral de Pipsqueak, descargando madera y montando caballetes, gloriosamente desnudo de cintura para arriba. Su cuerpo brilla bajo la luz del sol. Hoy no llueve, pero el día es cálido, húmedo y bochornoso, y al parecer Cole es el típico cachas que luce los músculos al sol. Y aunque todavía estoy muy confundida por lo de anoche, no pienso quejarme.

—¿Y por qué no se pone unos pantalones cortos y termina de alegrarme el día? Tengo entendido que un vaso de agua va de maravilla para refrescarse...

Miro por encima del hombro y veo a Billie apoyada contra la puerta.

—Pensaba que no querías mirar.

—Estoy comprometida con el amor de mi vida, no muerta.

Me río. Eso ha sido muy propio de Billie. Dejamos atrás la deliciosa obra de arte que trabaja en el jardín delantero y volvemos al interior de la casa.

—¿Qué crees que está haciendo? —pregunta, mirando por la ventana delantera.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo a la cocina.

—Eres una perversa.

—Lo sé. —Se acerca a la isla moviendo las cejas y se pone a hacer café como si esta también fuera su casa—. Ve a vestirte mientras preparo el café. No sé qué clase de comuna nudista de adictos al sexo por internet os habéis montado aquí, pero no quiero tener nada que ver con eso.

Me miro.

—Llevo una bata.

—¿Y debajo? —pregunta; pone en marcha el molinillo de café, y eso me interrumpe de forma muy efectiva.

Vale, ahí le ha dado. Doy media vuelta y me dirijo a mi dormitorio. Me pongo unos pantalones cortos y una camiseta tan vieja y desgastada que casi es transparente. El atuendo perfecto para un domingo perezoso, porque todo lo que tengo pensado hacer hoy es mimar a Pipsqueak y practicar algunos ejercicios sencillos con ella.

Para cuando me he cepillado los dientes y me he recogido el pelo en un moño, Billie ya tiene una taza de café lista para mí en la encimera.

—Bueno. —Me siento en un taburete y rodeo con las manos la vieja taza de arcilla—. ¿Para qué has venido? Aparte de para dar golpes en mi puerta y, por supuesto, para no mirar en absoluto al hermano de tu prometido.

Antes de que pueda responder, la puerta principal se abre de nuevo.

—¿Podemos tomar el café en el porche delantero?

Mira, nuestra veterinaria y el otro miembro de nuestro club de mujeres, entra como si fuera la dueña del lugar.

—Solo hemos venido para hacerle una visita a nuestra estrell...

—Billie —adviento, abriendo los ojos de par en par ante el apodo que ha estado a punto de soltar.

Tampoco es que me importe contárselo a Mira. De hecho, habría sido una opción mejor en la que depositar mi confianza. Es tranquila, serena y casi imposible de descifrar. Me llevó bastante tiempo darme cuenta de lo agradable que era. Con Mira es difícil saberlo, porque jamás muestra sus cartas. Así que, sí, debería habérselo contado a ella.

—Ay, Vi, deberías ver las fotos que le estoy mandando a Vaughn.

Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro dramático.

—¡Billie!

Mira, con su cabello negro brillante y sus despiertos ojos almendrados, y con una sonrisa en los labios, enarca una ceja y se sirve una taza de café antes de cambiar radicalmente de tema.

—¿Qué tal Pipsqueak, Vi?

Suspiro. Estoy convencida de que me salen corazoncitos de los ojos.

—Es genial. La mejor. Y justo lo que necesitaba. —Miro a Billie y añado—: Gracias.

Posa la mano en mi hombro y me da un apretón firme.

—Ni lo menciones.

Billie siempre da la impresión de ser una bromista despreocupada, pero hay que ser muy tonto para no ver lo enorme que es su corazón. Sabía muy bien lo que hacía cuando me trajo a la potra.

—Vendré a verla un par de veces cuando la pongas en marcha. Asegúrate de que está bien, sin dolor ni problemas respiratorios.

Asiento y le doy un sorbo al café. Mira vuelve junto a la ventana delantera.

—Ven a las carreras esta noche. Tienes que salir y relacionarte con humanos, no solo con el *cyborg* con el que vives.

—No es tan malo —espeto, un poco más a la defensiva de lo que pretendía.

Billie retrocede un paso y las comisuras de sus labios se elevan un poco.

—Vale —murmura—. Eso está bien, porque vas a tener que dar una vueltecita con él hoy. Mira y yo nos vamos a la primera carrera cuando salgamos de aquí.

Miro hacia mi taza de café, intentando ocultar el rubor que se extiende por mis mejillas. Odio la facilidad con la que me sonrojo, es demasiado evidente. No puedo ni mentir porque me pongo colorada como una adolescente en un abrir y cerrar de ojos.

Mira ladea la cabeza sin apartar la vista de la ventana.

—Creo que está construyendo un refugio para tu caballo.

—¡¿Qué?! Ni de broma —exclamo.

Y no quiero mirar, porque, si tiene razón, Cole Harding me dejará más confundida de lo que ya estoy.

Billie corretea junto a Mira para mirar por la ventana también. Parecen dos viejas cotillas contemplando al tío cachas de la piscina.

—Sí. Está en el corral. Vi, ven a ver.

Se me bloquean todas las articulaciones y soy incapaz de encontrarle sentido

a todo esto. Cole odia a los caballos. No haría eso por Pipsqueak. Si ni siquiera fue capaz de entender por qué anoche quería buscarle una manta... ¿Por qué iba a ir a por madera y a pasar su tiempo libre construyéndole un refugio?

—Ay, nos ha pillado.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Mira; pero ninguna de las dos se aparta. No tienen vergüenza.

—¿Que cómo lo sé? —Billie señala la ventana—. Porque nos está frunciendo el ceño.

—Ah, vale. Es que no lo estaba mirando a la cara. —Mira lo saluda con la mano, como si todo esto fuera perfectamente normal.

—Chicas —protesto—. Es hora de irse. ¡Fuera!

Voy hasta la puerta principal y la abro.

Ellas no discuten: Billie se ríe y Mira me guiña un ojo con complicidad.

Cabronas.

Me tienen calada.

—¿Te veo esta noche? —pregunta Billie, dándome un abrazo de oso.

—Sí, sí, allí estaré —contesto.

Salen en fila, como niñas pequeñas pilladas en falta.

Billie mantiene la cabeza agachada cuando va hacia su camioneta, pero Mira le da un repaso minucioso a Cole con la mirada y se vuelve para sonreírme por encima del hombro y mostrarme los pulgares hacia arriba.

Pongo los ojos en blanco... y me sonrojo.

Cuando se van, por fin le echo un vistazo a Cole desde el porche delantero. Mi corazón se salta un latido cuando lo veo agacharse entre los postes con un taladro en la mano. Es como estar viendo una película porno de obreros de la construcción. Y que Pipsqueak lo siga tan feliz es solo la guinda del pastel. Cuando se detiene para revisar el taladro, la pequeña potra pasa el cuello por su costado y lo olfatea.

Él le rasca distraídamente bajo la quijada y yo casi implosiono. ¿Hay algo mejor que un tío bueno con un caballo? Cole camina hacia los tablones y la potra lo sigue, mirándolo como si pudiera aprender a construir un refugio si se concentra lo suficiente.

—¿Qué haces, chica? —murmura; se agacha y no puedo reprimir el sonido estrangulado que sale de mi garganta.

Que no ha debido de ser muy disimulado porque Pipsqueak lo escucha y alza la cabeza en mi dirección con un relincho ensordecedor. *Pequeña traidora.* Ese

saludo tan característico me ha dejado en evidencia. Cole se levanta y me mira por encima de su hombro musculoso con esos ojazos grises.

—¡Hola! —exclamo, un poco demasiado alto. No tengo ni idea de cómo debería comportarme. Mis relaciones han sido bastante raras a lo largo de los años, y más desde que dejé a mi autoritario padre y a mis hermanos, pero nada parecido a lo que quiera que sea esto. Lo que quiera que fuera lo de anoche. Una simple mirada de ese hombre podría hacerme estallar en llamas.

—¿Qué hay? —dice, cauteloso.

Mi primer impulso es salir corriendo y esconderme dentro de la casa, pero no es así como actúa mi nuevo yo; no es así como un adulto gestionaría esta situación.

Finge hasta que lo consigas.

Me obligo a caminar hacia él y me obligo aún más a evitar que mi mirada deambule por su cuerpo. *A ver, ¿en serio?* El tío es puro músculo, así que es difícil no mirarlo. Supongo que eso es lo que se consigue cuando te ejercitas varias veces al día.

Cuando llego a la valla, me acodo sobre ella.

—¿Qué haces?

Con una mano en la cadera, levanta el taladro hacia mí como si acabara de hacerle la pregunta más obvia del mundo.

—Estoy construyendo un refugio.

Frunzo el ceño cuando le escucho confirmar lo que Billie ha supuesto.

—Pensé que odiabas a los caballos.

—No odio a los caballos.

Pippy resopla y pestañea hacia él. Otra que ha caído rendida a los encantos de Cole.

—Bueno, dijiste que no te gustaban los caballos.

—Sí. —Me da la espalda con un gruñido y se agacha para alinear dos tablas —. Pero me gustas tú.

Y luego sigue trabajando en silencio mientras que yo me quedo ahí, mirándolo estupefacta.

13

EN EL PASADO

VIOLET

Buscadordeoro85: ¿Un rancho de ganado en toda regla? ¿Eres vaquera?

Estoy tumbada en la cama, charlando con él, como siempre. Acabo de decirle al Hombre Gamba que crecí en un rancho de los de toda la vida de Dios, y parece horrorizado.

Chica_de_Púrpura: Vaqueros, cuerdas y rodeo, nene.

Buscadordeoro85: ¿Y qué hay de los látigos?

Chica_de_Púrpura: Soy más la clase de mujer de espuelas y chaparreras.

Buscadordeoro85: Dios... Deberías tener cuidado con lo que dices.

Reprimo una sonrisa. Si él puede decir cosas sugerentes, no veo por qué yo no voy a hacer lo mismo.

Chica_de_Púrpura: ¿Por qué?

Buscadordeoro85: Porque tengo una imaginación muy vívida.

Me muerdo el labio y medito mi próximo movimiento. Está de buen humor, e incluso diría que coquetea conmigo, y eso me acelera un poco el corazón.

Dejo escapar una risita y miro al techo. *Qué triste, Violet.* Tengo esa sensación de vértigo que solo aparece cuando estás pillándote por alguien. Y estoy así por un desconocido en internet... Soy demasiado mayor para esto. Y tengo más sentido común.

Chica_de_Púrpura: Háblame de eso.

Ay, Dios. No debería haberlo dicho. Me pongo de rodillas y miro la pantalla del teléfono como si estuviera esperando recibir buenas noticias cuando, en realidad, lo único que veo

son tres puntos parpadeando en la pantalla mientras él escribe. Me pregunto si estará tumbado en la cama haciendo lo mismo que yo.

Buscadordeoro85: Enciende la cámara y te lo cuento en detalle.

Madre mía. Mi dedo se cierne sobre el pequeño icono de la cámara de vídeo. ¿Cómo será dejar de lado la precaución y hacerle caso?

¿Podría gestionarlo? Ni idea.

Chica_de_Púrpura: Ni de broma, Hombre Gamba.

La respuesta parece firme, pero en realidad me siento tentada, confundida. Cachonda. En lugar de ceder, cojo mi juguete favorito de la mesilla de noche y finjo que he aceptado.

EN LA ACTUALIDAD

Contemplo el amplio palco del propietario en el Bell Point Park. Yo era una granjera de Alberta que se convirtió en moza de cuadra que después se convirtió en *jockey*, y este no es el tipo de ambiente en el que suelo moverme. Por lo general, estoy en los establos, cubierta de estiércol de caballo y sudor. Y, para ser sincera, creo que lo prefiero.

Me he puesto mi mejor vestido y aun así me siento fuera de lugar. Llevo unas bailarinas, la férula y un bonito vestido de flores que es perfecto para un día caluroso, pero no para cómo sopla el aire acondicionado en esta sala.

—Toma. —Cole se acerca a mi lado, junto a los grandes ventanales, y me tiende una bebida que lleva una sombrillita. No me pierdo el modo en que reprime una sonrisa.

¿Ahora bromeamos? Cole Harding me confunde: es frío y nervioso; cálido y práctico; amable y bromista. ¿Cuántas versiones hay de él? ¿Y por qué me gustan todas?

—Salud —digo con una sonrisa; cojo la copa y brindo con su vaso de agua.

No tengo ni idea de en qué punto estamos. Me he pasado toda la tarde entrenando al sol con Pipsqueak, haciendo que levante las patas, arrojándole cepillos sobre la espalda para que se acostumbre a ver algo por el rabillo del ojo y así no se sobresalte cuando por fin pase la pierna sobre ella para montarla. Creo que ya ha llegado el momento de ir a buscar los arreos y probar la silla y la brida, porque esa yegua es imperturbable: para ella todo es

como un juego, y nada la sobresalta. Ni siquiera se molestó cuando Cole se pasó el día montando y martillando su flamante refugio.

De hecho, se acercó varias veces a él para ver cómo iba el trabajo y para darle un pequeño mordisco en el codo. Y yo fingí no darme cuenta de cómo él deslizaba su ancha mano con suavidad sobre la testuz.

Y una mierda no le gustan los caballos.

No conozco a nadie que juzgue mejor el carácter que un caballo, y Pipsqueak ni se acercaría a él si presintiera algo negativo. Creo que le gusta más que yo, por mucho que deteste admitirlo.

O quizá es que él la necesita más que yo.

Ese pensamiento me encoge el corazón.

—¿Sueles ver la carrera desde aquí arriba? —pregunto para entablar conversación y así llenar el incómodo silencio.

Le echo un vistazo furtivo: su nuez sube y baja en su garganta cuando abre la boca para responder, sin mirarme siquiera.

—No.

Y entonces una mano con una manicura perfecta se desliza sobre el hombro de la chaqueta de su traje, y a su espalda suena la voz suave y femenina de una mujer que se ha acercado demasiado a él como para ser una simple conocida.

Es pequeña, como yo, pero ahí termina el parecido. Está cubierta de joyas caras y sus bien pintados labios rojos hacen juego con su elegante peinado.

—Cole, cuánto tiempo sin verte.

Cole se interpone entre las dos con ademán protector para apartarme de la conversación.

—Hilary...

He aprendido mucho de cómo se comporta el Cole feliz y relajado en las últimas semanas, así que puedo adivinar por el modo en que reacciona —los hombros hacia atrás, el cuello tenso, la barbilla alzada en un gesto orgulloso— que cualquier rastro de humor ha desaparecido al instante en presencia de esta mujer.

Y eso no es todo: tiene los nudillos blancos alrededor del vaso y la otra mano apretada en un puño a su costado. Quizá sus señales no sean tan evidentes como mi cara en llamas o mis ojos fuera de las órbitas, pero sé que Cole necesita que lo rescaten. Está luchando con todas sus fuerzas y, de pronto, me siento muy protectora.

Dejo la copa en la mesa que hay junto a nosotros y rodeo su ancho cuerpo;

deslizo la mano por su puño y entrelazo los dedos con los suyos en tensión. Hilary parece irritada, pero la mano de Cole se relaja y puedo oír el suspiro de alivio que escapa de sus labios.

—Hola, soy Violet.

Me tiende la mano cortésmente, con una sonrisa falsa plasmada en el rostro.

—Violet. No había oído hablar de ti. Es un nombre precioso. Yo soy Hilary.

Reprimo un resoplido. He pasado el tiempo suficiente con las antiguas novias de mis hermanos como para saber que un gesto es falso cuando lo veo y para reconocer el veneno cuando lo escucho en una voz. Hilary no me ha engañado con esa muestra de educación. Y por cómo Cole tensa los dedos alrededor de los míos, está claro que tampoco lo ha engañado a él.

Respondo a su risita falsa y burlona con una de mi propia cosecha.

—Qué gracia, porque yo sí he oído hablar mucho de ti.

No es verdad, pero la conjetura funciona.

Su rostro se vacía de expresión y mira hacia Cole como si buscara una señal para quedarse, pero no encuentra ninguna.

—Bueno, ha sido agradable verte de nuevo después de tanto tiempo.

Apoya la mano en el bíceps de Cole y quiero arrancársela. Unos celos candentes trepan como náuseas por mi garganta y me inunda el autodesprecio al instante. No tengo absolutamente ningún derecho sobre este hombre, pero aquí estoy, marcando territorio cuando alguien le toca el brazo con una familiaridad que envidia.

Patético.

Él asiente con gesto hosco y ella se da media vuelta y atraviesa la sala. Ambos miramos, tomados de la mano, cómo se va; se me revuelve el estómago con una profunda sensación de temor.

—Necesito aire fresco —grazno; miro hacia la puerta y salgo corriendo. O lo más cerca que puedo estar de correr con esta maldita férula. Estoy más que preparada para librarme de ella y volver a mi vida, a mi trabajo; a mi paz mental. Esta pausa está alterándome el cerebro.

Suspiro de alivio cuando aparecen ante mi vista las escaleras que salen de este edificio dejado de la mano de Dios. Necesito perderme ahí abajo, con el polvo, los ruidos y los apostadores que están bebiendo cerveza. Mi sitio no está en ese palco.

Doy la vuelta a la esquina y veo otras escaleras, pero no alcanzo a divisar la salida a lo lejos.

—Me alegro de encontrarte por aquí. —Patrick Cassel alarga las palabras con una sonrisa estúpida y engreída en el rostro.

Me quedo helada, pero levanto la barbilla y sigo caminando; la mejor forma de tratar a un niño que intenta llamar la atención es ignorarlo.

—Qué lástima lo de la escayola...

—Mmm —digo, manteniendo la vista fija en la puerta, en los pálidos rayos de sol que se derraman en el rellano, como un faro que me muestra por dónde puedo escapar tanto de Cole como de Patrick.

El brazo de Patrick sale disparado frente a mí y se agarra a la barandilla para bloquearme el paso.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Aparta el brazo, Patrick.

Miro ese rostro bien cuidado, esos labios demasiado finos que se vuelven aún más desagradables por el gesto sarcástico.

—La mayoría de las chicas nuevas harían cualquier cosa por llamar mi atención. Y por progresar también...

Me guiña un ojo y se me pone la carne de gallina. Soy muy consciente de toda la mierda que hay entre bambalinas: el sexo, las drogas. El drama. Y eso es, en parte, por lo que prefiero esconderme en Ruby Creek Ranch. No quiero estar todos los días en las pistas echándoles el lazo a los entrenadores. Me gusta mi burbuja.

—Aparta. El. Brazo.

—Podemos divertirnos un poco. Y así te dejaría más sitio la próxima vez que te adelante en una carrera.

Se me hace un nudo en la garganta. Una cosa es sospechar que me interceptó a propósito y otra muy distinta, escuchar la confirmación de sus labios.

Una voz amenazadora detrás de mí frena el curso de mis pensamientos.

—Nadie quiere follar contigo, Patrick. Ahora aparta el brazo antes de que te lo arranque.

Miro por encima del hombro y veo a Cole de pie en lo alto de las escaleras como un tenebroso ángel vengador. Lo he visto de mal humor antes, pero ahora parece, sin más, letal. Todos estos años han dibujado ese cuerpo firme que ahora se cierne sobre nosotros. Está relajado, demasiado relajado, como si esa fuera su actitud natural. Y Patrick, como el idiota que es, no se ha dado cuenta del peligro.

Se ríe.

—El hermano mayor de los Harding. Encantado de verte, amigo.

Ni siquiera me molesto en mirar hacia Patrick, sobre todo porque no puedo apartar la vista de Cole: da la impresión de querer arrancarle los miembros uno a uno, y esa perspectiva me resulta alarmantemente excitante. Sé que se conocen por los negocios familiares; Cole hizo que montara a DD en su carrera de debut, y salió mal. También sé que Cole no considera a Patrick un amigo.

—No somos amigos —rezonga Cole—. Eres un baboso hijo de puta al que me encantaría enseñarle una lección. Si te dolió el episodio con el látigo, no sabes lo que te espera. Lo que puedo hacerte.

Patrick, al que sin duda le falla el instinto de supervivencia, le hace un gesto de burla.

—Lo dudo mucho. No estarás preocupado de verdad por esta niñata del rancho, ¿verdad? Solo intentaba enseñarle cómo van las cosas por aquí. Hay atajos para abrirse camino, y Violet tiene que aprenderlos.

—Tócala y te mato. —El tono de Cole es gélido.

Patrick se limita a sonreír ante la amenaza. Da un paso en mi dirección y me pone la mano en el hombro, como si yo fuera demasiado estúpida para entender lo que implica, como si fuera de lo más normal hablar de mí como si yo no estuviera delante. Como si tocar a una mujer sin su permiso estuviera bien.

Por el rabillo del ojo veo que Cole se pone en marcha, pero no antes de que me atraviere una oleada de ira incontrolable. Me he perdido la temporada de carreras gracias a este saco de mierda, y no puedo dominarme. Lo hago a Patrick exactamente lo mismo que les hacía a los idiotas de mis hermanos cuando me incordiaban: le doy un rodillazo entre las piernas.

Y luego doy un paso atrás para ver cómo se dobla de dolor.

—Se lo merecía —dice Cole detrás de mí, sorprendido.

Posa la mano en mi hombro, pero me encojo bajo su contacto. Ahora mismo no quiero que nadie me toque. Estoy enfadada y asustada: acabo de librarme por los pelos de lo que podría haber sido una experiencia aterradora.

—¿Estás bien?

Me llevo una mano temblorosa al pecho: el corazón me palpita acelerado contra las costillas mientras lucho por recuperar el aliento.

—Deja que te ayude —dice con voz suave.

Pero no quiero que se acerque. No quiero que nadie me proteja, y menos él, porque eso me hace sentir algo que no debería. Y también quiero alejarme lo más rápido posible de Patrick.

—Estoy bien.

Rodeo a Patrick, que no deja de gemir, y voy hacia el rellano, desesperada por llegar a la puerta y marcharme de ahí como sea.

Lo peor es que, en el fondo, quiero que Cole me siga.

14

EN EL PASADO

COLE

Me estoy encariñando demasiado con la Chica de Púrpura, y no lo entiendo. Solo es una amiga por internet, pero me muero por sus mensajes.

Algunas noches chateamos hasta que me quedo dormido con el teléfono en las manos. Me despierto aferrado al móvil como si fuera un puto salvavidas. Tal vez lo sea. Tal vez lo sea ella.

Y quizá por eso reviso nuestro chat a primera hora de la mañana con la esperanza de que me haya escrito. Incluso un *emoji* de ella es suficiente para empezar bien el día.

Si masturbarme con chicas en internet me hacía sentir patético, ¿en qué me convierte encariñarme de una? Ahora solo conservo esa foto suya, y ya debería de estar cansado de masturbarme con ella.

Pero no lo estoy.

Además, me imagino cómo sería conocerla en la vida real. Cómo sería abrazarla, susurrarle mis más profundos y oscuros secretos al oído. Cómo sería sentir sus brazos a mi alrededor mientras me deslizo dentro de ella.

Esto ha ido más allá de querer follar con ella —como quiera que se llame por internet—. He llegado lo bastante lejos como para preguntarme si está saliendo con alguien en la vida real. Patético de cojones. Y claro que tiene a alguien. Es dulce y hermosa; ¿quién en su sano juicio no querría salir con ella? Pero eso no impide que le envíe un mensaje para preguntarle:

Buscadordeoro85: ¿Hay algún hombre afortunado en tu vida ahora mismo?

Tarda mucho en responder. Es mediodía, así que estará trabajando, como se supone que debería estar haciendo yo, pero, en cambio, aquí estoy: obsesionado con una mujer a la que he conocido por internet. Me siento tan inquieto que me desahogo con mis subordinados como si fuera un completo imbécil, un niño incapaz de controlar sus emociones.

Cuando unas horas más tarde por fin suena el teléfono, suspiro hondamente. Me dejo caer en la silla de cuero de la oficina, saco el móvil del bolsillo del traje y me reclino en el asiento.

Chica_de_Púrpura: Solo uno.

Frunzo el ceño y tenso los antebrazos. Lo sabía.

Buscadordeoro85: ¿Sabe algo de mí?

Chica_de_Púrpura: No lo sé. ¿Lo sabe?

Me echo hacia atrás y me devano los sesos intentando descifrar lo que acaba de insinuar. Y se me hincha el pecho por una mujer a la que no conozco y que nunca voy a conocer.

¿Estaba hablando de mí?

EN LA ACTUALIDAD

No tengo ni la menor idea a de adónde ha ido Violet. Lo único que sé es que he recibido un mensaje en el que decía que regresaba al rancho, pero no ha llegado todavía. Y aquí estoy, sentado en el escalón del porche, bebiendo otra copa de whisky escocés y con la yegua marrón mirándome como si le debiera algo: comida, atención... ¿Quién sabe? Es desconcertante.

Es increíble que deje que un puto caballo me haga sentir mal.

Como si no me sintiera ya bastante mal sin necesidad de eso.

He querido seguir a Violet cuando se ha largado a toda prisa, hasta que he visto que se dirigía a las pistas, no a los establos. Entonces me he acojonado.

Las pistas me provocan sentimientos encontrados: ahí están mis mejores y mis peores recuerdos. Por un lado, crecí ahí; mi padre era un *jockey* conocido y exitoso en Bell Point Park, y pasamos mucho tiempo juntos en ese lugar. Por otro, lo vi morir en esa pista.

Trixie sugirió que asistiera a las carreras desde el palco a modo de terapia de exposición. Es la solución perfecta: desde ahí veo la pista a lo lejos, pero no escucho el sonido de los cascos, el ruido de los altavoces ni ninguno de los demás factores desencadenantes que me transportan a ese día. No importa lo que pasó en la guerra: ese día representó un punto de inflexión.

Sé que Violet no quiere que nadie la proteja, pero, maldita sea, quería hacerlo. Quería hacer papilla a Patrick y luego llevar a Violet lo más lejos

posible de él. Esa mano de Patrick en su hombro me ha hecho ver todo rojo.

Niego con la cabeza.

Casi he perdido el control. Casi me he convertido en el soldado que no he sido en los seis últimos años.

Precisamente por eso, Violet es una debilidad que no puedo permitirme. He trabajado muy duro para evitar mis arrebatos y mis días malos, esos en los que ni siquiera puedo reunir las fuerzas necesarias para sonreír. En contra de lo que me dictaba el instinto, e incluso aunque sé que no soy más que un desastre en todo lo que tiene que ver con Violet, quería ayudarla, quería ir detrás de ella y allanarle el camino. Lo que habría sido una idea terrible.

Colossalmente estúpida.

Y justo lo que ella no desea.

Quiero llamar a Trixie, pero es demasiado tarde. Escondo la cabeza entre las manos.

Buen trabajo, Harding, me digo.

La yegua relincha desde el otro lado del camino de entrada y mueve la cabeza hacia mí con un lento parpadeo de sus espesas pestañas. No puedo evitar reírme. Es incansable y no va a rendirse. Dejo el vaso en el porche y voy a hacia la valla donde me está esperando la yegua.

Es imposible que no te guste. Alza las orejas cuando me acerco y levanta un poco más la cabeza, emocionada. Apostaría a que, si tuviera el tipo adecuado de cola, estaría meneándola.

—Hola, chica —susurro; paso la mano por su cuello y siento su cálido aliento acariciándome el vientre.

Es el primer caballo que toco desde que murió mi padre. No me apetece reconocerlo, pero la verdad es que me siento bien. Es casi terapéutico. Cuando su pelaje me cosquillea en los dedos, me pregunto si eso era lo que sentía mi padre cuando estaba vivo.

El relincho emocionado que me dedica cada vez que llego a casa me hace sonreír, y la forma en que me siguió cuando trabajaba aquí me hizo sentir..., no sé, digno de atención.

Como si pudiera ser merecedor de afecto.

Voy a la entrada del corral, donde hay una pila de pacas cuadradas de heno debajo de una lona azul, y ella me sigue. Levanto una esquina de la lona, saco un puñado de la parte superior e inhalo el olor a hierba y polvo mientras voy hacia el comedero.

Me he llenado de heno el traje, pero no me importa. Las cosas materiales llevan años sin importarme una mierda. Supongo que por eso vivo en un pequeño y anticuado apartamento en un edificio de cuatro pisos situado en el West End, en Vancouver. Es un lugar tranquilo para descansar por la noche y revisar mi agenda. Mis días de seguir el estilo de vida de clase alta que prefiere mi madre se esfumaron al mismo tiempo que mi compromiso con Hilary.

Estoy apoyado en la valla, escuchando el alegre masticar del caballo y perdido en los recuerdos cuando unas luces se apagan en el camino de entrada. Reconozco la camioneta de Billie, pero está demasiado oscuro como para ver el interior.

Violet baja de un salto y aterriza a la pata coja. Está claro que ya no quiere que la ayude después de que nos enrolláramos anoche.

Me estremezco ante el recuerdo: al parecer he pasado de los treinta y seis años a los dieciséis. Lo siguiente que haré será pedirle que me deje meter solo la puntita.

Lo que sería una idea terrible, porque, como le dije, me gusta, aunque no debería. Me gusta como algo más que una amiga, a pesar de que eso es todo lo que podemos ser. Llevo años sin tocar a una mujer, y ni hablar de que una me toque a mí. No he dejado que nadie se acerque lo suficiente, pero ahora me parece insoportable, después de dos semanas viviendo bajo el mismo techo que Violet. Así de patético soy.

—Hola —dice con timidez, acercándose a mí—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy dándole de comer al caballo.

Ladea la cabeza de forma casi imperceptible.

—Le he dado de comer antes de que nos fuéramos.

Los grandes globos negros que la yegua tiene por ojos se vuelven hacia mí como si supiera que soy un imbécil por darle más comida. Luego vuelve a masticar y a rebuscar en el heno. Parece feliz, así que qué más da.

Me limito a dejar escapar un gruñido y mantengo la vista clavada en la pequeña yegua, esperando que Violet se vaya. Pero ella se acerca a la valla, a un poste de distancia, y se acoda en ella. Puedo sentir su mirada inquisitiva sobre mi cuerpo, como unas manos que lo recorrieran con suavidad.

No quiero volverme a mirarla. No quiero ver ese cabello de un rubio pálido brillando a la luz de la luna ni esos grandes ojos clavados en mí, repletos de preguntas sin respuesta. No quiero pensar en las manos de Patrick sobre ella, en cómo la ha acorralado, en las cosas que le ha dicho. Se merecía la forma en

que le retorcí el brazo y la amenaza que le susurré al oído antes de marcharme. Se merecía algo mucho peor que eso.

¿Y Violet? Se merece a un hombre mejor que yo. Más sincero que yo. Más disponible que yo.

Pero cuanto más tiempo paso a su lado, menos me importa y más la deseo.

—¿Estás seguro de que no te gustan los caballos? —dice con tono divertido. Resoplo sin apartar la vista de la potra marrón—. ¿Ni siquiera un poquito?

Levanta el pulgar y el índice, un poco separados. Me tiemblan los labios y la tensión desaparece de mis hombros.

—Vale, si tuviera que gustarme un caballo, sería este.

—¡Ja! Lo sabía.

Niego con la cabeza. Ya parece lo bastante complacida consigo misma, y no debería darle más munición, así que me aclaro la garganta y cambio de tema.

—¿Estás bien? No sabía adónde habías ido.

La sonrisa victoriosa desaparece de su rostro, y es su turno para esquivar mi mirada.

—Solo necesitaba distanciarme un poco. —Suelta una risa sardónica—. No sé si te has dado cuenta, pero el palco no es mi sitio.

—¿Qué? ¿Por qué no? —pregunto, verdaderamente confuso.

Pone los ojos en blanco, sin apartar la vista de la yegua.

—Me has visto. Soy otra clase de persona, Cole. No soy Hilary, y tampoco quiero serlo.

—Joder, demos gracias por ello —murmuro, bajando la vista hasta mis brazos, que descansan sobre la valla. Nos quedamos quietos en silencio, con todo lo que queda por decir flotando entre nosotros—. Estuve comprometido con Hilary. Cuando era más joven.

Violet se tensa y vuelve todo su cuerpo hacia mí, muy despacio. No dice nada, así que lo tomo como una invitación a seguir hablando.

—Salíamos juntos cuando estábamos en secundaria. Nuestras familias frecuentaban los mismos círculos. Fue... fácil. Era lógico. Y luego mi padre murió y ya nada tuvo lógica.

Me arriesgo a mirar a Violet, que permanece inmóvil, como si yo fuera un animal salvaje que pudiera asustarse si hace el mínimo movimiento o dice cualquier cosa.

Y esa actitud funciona, porque sigo hablando casi sin darme cuenta.

—Le propuse matrimonio y ella aceptó. Todo el mundo era feliz. Y luego

me alisté y ya nadie era feliz, pero me daba igual. Necesitaba vivir en otro lugar durante un tiempo, así que me fui. Nos escribíamos y nos veíamos cuando volvía de permiso, pero..., bueno, digamos que la distancia no hizo que los sentimientos se hicieran más fuertes. Así que me reenganché en el ejército. Y luego volví a reengancharme. Y seguí postergando la boda. Siempre me he preguntado si inconscientemente sabía que era una mala idea, que ella estaba más enamorada de la idea que tenía de mí que de mi auténtico yo.

Me interrumpo, pensativo: otra vieja herida que todavía duele. Aprieto la palma de la mano contra la hendidura de mi muslo: hace tiempo que descubrí que eso ayuda a mitigar la sensación de ardor.

—En cualquier caso, cuando volví para quedarme, ya no era el flamante marido perfecto que ella esperaba, así que se acabó.

—¿Fue porque volviste con trastorno de estrés postraumático? —Una profunda ira quiebra la voz de Violet.

—¿Y quién no? —bufo—. Pero no, ya lidiaba con él antes de alistarme. Supongo que es lo que consigues cuando ves morir a tu padre de adolescente. O eso dice mi terapeuta. Así que supongo que estoy el doble de jodido de lo normal.

Frunce los labios como si estuviera buscando las palabras precisas, pero se conforma con acercarse más a mí y apoyar los brazos junto a los míos.

Su antebrazo es diminuto al lado del mío. Me da un codazo con suavidad.

—Todos estamos un poco jodidos a nuestro modo —dice, sin una pizca de lástima en su tono. —Asiento. Tiene razón—. Quiero decir, está claro que estás mucho más jodido que yo, pero...

Enarco una ceja en su dirección y la pequeña sonrisa que baila en su rostro hace que la imite con una de mi propia cosecha.

—Está bien, Chica de Púrpura.

—¿Alguna vez vas a dejar de restregármelo? —gime dramáticamente, y deja caer la cabeza hacia delante.

—Probablemente no —rio entre dientes.

—¿Sabes que me he pasado el último año aterrorizada por si se lo contabas a alguien o me dejabas en evidencia de alguna manera? Incluso llegué a pensar que podías hacer que me despidieran.

—¿Qué te hizo pensar eso? —Cualquier rastro de humor que pudiera haber albergado se esfuma de mi mente. Me incorporo—. Soy yo el que debería estar avergonzado.

Ella esquiva mi mirada.

—Parecías muy enfadado cuando te acercaste a mí ese día, en el derby. —Se pasa la lengua por el labio inferior—. Eras..., no sé, ¿el jefe de mi jefe? Y no sabía qué iba a suponer eso. Aún no lo sé.

Me recorre una oleada de irritación, pero no hacia ella, sino hacia mí mismo.

—Violet, mírame. —Ella me mira bajo la franja oscura de sus pestañas—. No, levanta la cabeza y mírame.

Obedece al instante; el depravado que hay en mí se excita y mis recuerdos me transportan a esa noche en la que hizo todo lo que le pedí, incluso cuando eso la hacía sonrojarse. Siento un tirón en la polla y me reprendo para mis adentros.

Estás muy jodido, colega.

Ella levanta la cabeza y echa los hombros hacia atrás con fingida bravuconería, pero soy muy consciente de que se siente vulnerable: lo lleva escrito en la cara.

—Lamento haberte hecho sentirte así, pero tienes que saber que nunca, jamás, se lo diré a nadie. Esto quedará entre nosotros. Bueno, y al parecer, también entre Billie y Vaughn. —Ella se estremece visiblemente—. No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado conmigo mismo.

—¿Por qué? —pregunta; su rostro muestra pura confusión.

—Ni siquiera sé cómo responder a esa pregunta. Es como si hubiera estado furioso durante mucho tiempo y por nada en particular. Definitivamente, por tu culpa no.

¿Me hizo daño cuando desapareció de nuestros chats? Más de lo que habría imaginado, pero ¿podía culparla por ello? No. Desearme era como elegir un frasco de veneno para calmar la sed: una forma lenta y dolorosa de sumergirse en la oscuridad. Soy mercancía dañada, y por eso me gusta mantener las relaciones a una distancia segura y bien compartimentadas. Algo que Violet sufrió durante un año.

Me paso una mano por el pelo y miro hacia otro lado, sin saber qué más decir. Lo único que sé es que estoy cansado de mentir, de ocultar la verdad o de mostrarme como alguien que no soy. Estoy harto de lastimar a mis seres queridos o a aquellos que intentan acercarse tanto como se lo permito, a los que no se escabullen cuando les gruño y les refunfuño.

Da un paso para acercarse y ladea la cabeza para captar mi atención, como si buscara una conexión que preferiría fingir que no tenemos porque todo es

menos intenso de ese modo.

—¿Por qué estás enfadado contigo mismo?

Su tono es suave, y su mano se desliza hasta alcanzar la mía. Sus delicados dedos me rodean la muñeca, como si estuviera tomándome el pulso que ahora late bajo las yemas de sus dedos, que se acelera cada vez que se acerca o me toca. Es la única mujer que me ha tocado de ese modo desde... desde hace demasiado puto tiempo. La única a la que le he permitido acercarse lo suficiente como para intentarlo.

Y tal vez sea eso: que ella, de algún modo, ha abierto brechas en mi armadura lo bastante grandes como para deslizarse en mi interior y alumbrar todos mis rincones oscuros. O puede que solo sea el puto whisky escocés. El caso es que decido aquí y ahora que merece la verdad, incluso si decirla en voz alta me hace sentir náuseas.

—Porque ahuyenté a la única amiga de verdad que he tenido en... — Resoplo—. Bueno, quizá a la única que he tenido.

Su pulgar dibuja círculos tranquilizadores en el dorso de mi mano. Se muestra serena, como el mar lamiendo la orilla con suavidad, con un ritmo uniforme y perpetuo, y no puedo evitar querer adentrarme en esas aguas poco profundas y dejarme mecer por ellas.

Violet me calma; aunque sea, probablemente, la mujer más inconsciente del mundo.

—¿Quién era? —Me mira con los ojos muy abiertos y conmocionados, escaneando mi rostro en busca de más información.

Me río. Esa pregunta me sirve para decirlo en voz alta.

—Eras tú, Violet.

—¿Yo? —Deja de mover el pulgar y sus pulmones se vacían con un grito estrangulado.

—Oye, lo siento. —Alzo la mano para apartar un mechón de cabello dorado pálido que ha caído sobre su mejilla.

—¿Lo sientes?

—¿Estás intentando restregármelo? —protesto.

—¡No! —Se lleva la mano al pecho, en estado de *shock*—. Tú... ¿me considerabas una amiga?

Sus ojos relucen en la oscuridad de la noche. Bajo la luz de la luna todo parece más azul oscuro que negro, profundo y brillante, como el río que corre débilmente tras el rancho. El resplandor de esa luna resalta sus rasgos de la

forma más seductora posible. Debería decirle que es mucho más que eso. Que era lo que me daba una razón para levantarme por las mañanas. Mi faro. Mi rayo de sol.

Paso el pulgar por su pómulo, contemplando cómo la luz juega con la aspereza de mi mano y la sedosidad de su piel. Con ese contraste entre los dos: oscuro y claro, áspero y suave, grande y pequeño.

Las cosas que me gustaría hacerle... Niego con la cabeza, regañándome en silencio por recorrer ese camino.

Es joven, impulsiva, brillante, con toda la vida por delante.

Yo soy todo lo contrario.

Me agacho hacia ella, acunándole la barbilla con la mano, y deposito un beso suave junto a su boca.

—Aún te considero así.

Inspira hondo cuando me quedo ahí; quiero tragarme ese sonido y saborear sus labios. Reclamarlos. Quiero que nunca vuelva a besar a otro hombre. Pero eso no es lógico. No es realista.

Conozco bien la realidad de la vida, y la realidad con Violet es que, por mucho que la desee, no sé si podré abrirme lo suficiente como para correr ese riesgo. Y menos teniendo en cuenta lo que hace para ganarse la vida. He trabajado demasiado en mi salud mental como para someterme a esa agonía: enamorarme ya sería bastante malo; enamorarme de una *jockey* es imposible.

Me incorporo en la cama, jadeante, con las mantas enredadas alrededor de mis piernas como si hubiera estado pataleando. O tal vez corriendo. Para huir de mi pasado, probablemente.

El sudor empapa la espalda de mi camiseta, y puedo sentir la tensión en los pulmones y el ardor en mi pierna. Me dejo caer sobre la cama y me paso las manos por la cara, rascándome la barba incipiente. Así sé que todo esto es real, dónde estoy, que estoy a salvo. Llevaba mucho tiempo sin tener una pesadilla como esta, que me lleva de vuelta al extranjero. Hubo días malos y días espantosos, pero hubo uno por encima de todos.

Recuerdo cómo el sol se ensañaba con mi uniforme oscuro, cómo sudaba bajo el peso de mi equipo; cómo jadeaba en busca de aliento, pero solo conseguía meter en los pulmones aire ardiente y granos de arena que me rebozaban la lengua, me raspaban la garganta y me taponaban las fosas nasales.

Era una mierda, pero no tanto como sacar a rastras el cuerpo de tu amigo del foco de las explosiones. No tanto como comprobar su pulso y gritarle que se despierte.

Eso fue mucho peor. Eso es lo que ha hecho que ahora mismo me tiemblen las manos.

Es la culpa del superviviente: ¿por qué él y no yo? *¿Por qué el y no yo?* Si me hubieran dado un centavo por cada vez que me he hecho esa pregunta, habría podido acabar con el hambre en el mundo.

Unos golpecitos suaves en la puerta me arrancan de las garras del recuerdo.

—¿Cole? —pregunta Violet, con voz baja e insegura. *¿Qué está haciendo aquí?*
—. ¿Estás bien?

—Sí. —Se me quiebra la voz y me aclaro la garganta porque no quiero sonar tan mal como me siento—. ¿Por qué?

—¿Puedo entrar?

El corazón me late con fuerza en el pecho como si quisiera silenciar a mi mente. *«Las reglas». «Está oscuro. Y silencioso». «Se está acercando demasiado».* Y gana mi corazón.

—Sí, claro.

Me tapo con las sábanas y me echo encima el edredón para usarlo como una protección adicional.

Miro su forma cuando abre la puerta, una tenue silueta del cuerpo que me ha consumido durante los dos últimos años.

—Te he oído gritar —susurra.

Suspiro y cedo un poco, aunque odio compartir esa parte de mí. Esa parte hecha añicos. Por eso me gusta estar solo: no necesito darle explicaciones a nadie sobre mis mierdas cuando estoy solo.

—Lo siento. No quería despertarte.

—No pasa nada —susurra, adentrándose en la habitación con pasitos pequeños—. ¿Estás bien?

Una risa triste escapa de mis labios.

—Probablemente no —digo, porque es la verdad. Unos días son buenos; otros... no. Ahora mismo tengo más días buenos que malos. Solitarios, sí, pero lo bastante buenos. Ahora, ¿estoy bien? Lo dudo.

Ella no insiste. No llega el bombardeo de preguntas e indagaciones.

—¿Quieres que me quede contigo? —dice sin más.

Y antes de que mi cerebro pueda procesar la pregunta, mi corazón se

apodera de mis cuerdas vocales y me obliga a pronunciar un seco «Sí».

No duda un segundo: se acerca hacia mí y gatea sobre el colchón para acomodarse sobre las sábanas a poca distancia. Siento su proximidad como el tirón de un sedal, como si se hubiera quedado enredada y no pudiera librarme de ella. Podría luchar, debatirme, pero está enganchada a mí y ni siquiera estoy seguro de querer soltarla nunca más. No estoy seguro de querer esconderme más de ella.

No estoy seguro de nada.

Solo sé que cuando me estrecha la mano le devuelvo el apretón. Y que cuando me despierto por la mañana, después de una de las mejores noches de sueño de mi vida, lamento que ya se haya ido.

15

EN EL PASADO

VIOLET

Buscadordeoro85: ¿Qué estás haciendo?

Subo los escalones de mi apartamento sobre el granero, sonriendo.

Ha sido una semana agotadora. DD ha tenido un cólico después de una mala carrera y Billie y Vaughn están comportándose de un modo muy raro cuando están juntos. Me siento como una niña cuyos padres están divorciándose y tengo que andar de puntillas alrededor de ellos, así que es un alivio estar por fin en mi refugio para pasar la noche.

Chica_de_Púrpura: Estoy llegando a casa.

Buscadordeoro85: Trabajas demasiado. Tu jefe debe de ser un capullo.

Entro por la puerta soltando una risilla.

Chica_de_Púrpura: Mis jefes son geniales. Pero ahora mismo estoy derrotada.

Me quito la ropa sudorosa y cubierta de polvo. La gente cree que las carreras de caballos son muy glamurosas porque piensan en sombreros enormes y *mint juleps*, pero no en vaqueros cubiertos de serrín ni en suciedad debajo de las uñas.

Buscadordeoro85: ¿Quieres que te ayude a relajarte?

Voy desnuda hacia la ducha, negando con la cabeza.

Chica_de_Púrpura: No, gracias. Ahora mismo me está esperando una ducha caliente. Vuelvo enseguida.

La respuesta aparece tan rápido que no tengo ni tiempo de dejar el teléfono.

Buscadordeoro85: ¿Intentas decirme que ahora mismo estás desnuda?

Mis labios dibujan una sonrisa. Pobre Hombre Gamba con su mente unidireccional...

Chica_de_Púrpura: Sí.

Buscadordeoro85: Mierda. Déjame verte.

Ignoro ese último mensaje y me meto en la ducha; mi mente vuelve a él y a su oferta, algo que cada vez ocurre más a menudo; algo que se está volviendo más y más tentador por culpa de la total abstinencia sexual que practico en el rancho.

Me recorro el cuerpo con las manos resbaladizas por el jabón y me permito imaginar que son las del hombre con el que he hablado todos los días durante casi un año. La primera persona a la que saludo por la mañana y la última de la que me despido antes de acostarme. Eso tiene que significar algo, y quizá no lo conozca en persona, pero confío en él. Una vocecita dentro de mi cabeza grita «¡Ingenua!», pero cuando una de mis manos se desliza sobre mi pecho y otra desciende para perderse entre mis piernas, me envalentono.

Y cuando salgo de la ducha cojo el teléfono y me saco una foto antes de que pueda cambiar de opinión.

EN LA ACTUALIDAD

Voy a matar a Cole Harding.

—¡Una más! —ladra, como si estuviéramos en el ejército.

Definitivamente, voy a matarlo en cuanto dejen de temblarme los brazos. Y en cuanto deje de soñar despierta con sus labios cerca de los míos, con el roce de su barba contra mi mejilla, con su cuerpo perfecto al cernirse sobre mí esa noche, hace una semana.

Ha pasado una semana desde que Cole Harding me dijo que me consideraba su amiga y me besó en la mejilla, y me dejó hecha un manojo de nervios. Una semana desde que me metí en su cama y lo agarré de la mano como si tuviera todo el derecho del mundo. Cada roce, cada mirada, cada palabra amable se reproducen a cámara lenta en mi mente una y otra vez. No tiene ninguna gracia lo lejos que ha llegado todo esto.

Antes las cosas eran incómodas porque había una conversación pendiente entre nosotros, y ahora son incómodas porque no puedo dejar de pensar en acostarme con él, y no ayuda que esté siendo conmigo amable, agradable y... normal. Sigue siendo un tío callado, pero al menos no se queja tanto e incluso me ha preparado la cena casi todas las noches de esta semana, como si quisiera

cuidarme. Dijo que estaba harto de verme comer macarrones con queso, que soy una atleta y que tengo que cuidarme.

Y por eso estoy aquí, en el salón, sobre una colchoneta de yoga, haciendo ejercicio con él.

Montar a caballo es fácil, pero esto no. Esto es una tortura. De hecho, es una doble tortura, porque está claro que me agota físicamente, pero estar tan cerca de él también me agota emocionalmente. Tengo los nervios de punta, y cada vez que me pone la mano encima para corregir mi postura, se me pone la carne de gallina, se me acelera la respiración y mis estúpidas mejillas se pintan de rosa.

Es como si todo mi cuerpo estuviera a punto de desfallecer por culpa de ese soldado huraño que ahora mismo me está tocando las caderas con la punta de los dedos.

—Mantén la espalda recta o te harás daño.

Hago una última flexión y me dejo caer al suelo como una ballena varada que se ha dejado morir. Y entre volver a moverme o la muerte, elijo la muerte. ¿Después de una semana entera entrenando con Cole Harding, el Supersoldado? Elijo. La Muerte.

Su risa profunda resuena encima de mí.

—Vamos, no es para tanto.

—Ha sido un placer conocerte —jadeo desde el suelo.

Vuelve a reírse; posa la mano sobre mi espalda y la masajea arriba y abajo hasta coger el tirante de mi top.

—¿Te duele?

—Si no me muevo, no.

—Qué dramática eres —protesta.

Su mano se pone en marcha de nuevo y los dedos masajean mis músculos doloridos.

—Ay, Dios, sí... —murmuro.

Reposo la barbilla en los antebrazos y cierro los ojos. Tener sus manos sobre mi cuerpo siempre es genial, pero ¿esto? Esto es el paraíso.

Deja escapar un gruñido, pero no deja de masajearme. Sus dedos parecen saber exactamente dónde tienen que detenerse y en qué punto insistir.

—¿Dónde te duele? —Su voz ronca hace que me recorra un escalofrío.

—Por todas partes.

—Violet...

Me agarra del codo y hace que me dé la vuelta para quedar tumbada boca arriba, lo que me obliga a mirarlo cuando se arrodilla junto a mí. El modo en que la camiseta se ciñe a sus hombros y sus bíceps debería ser ilegal; la nuez sube y baja en su garganta cuando traga; su mirada está clavada en mí como si fuera a devorarme.

¿Me estoy imaginando esa mirada? ¿Esa respiración jadeante?

—¿Dónde te duele? —repite.

Paralizada por la visión de él arrodillado junto a mí, destilando puro poder masculino, me lamo los labios y siento un tirón en mi centro.

Qué no daría por ver a Cole Harding moviéndose sobre mí con esa mirada en su rostro.

—El cuello y los hombros —respondo; intento sonar tranquila, pero fracaso miserablemente.

Se cierne sobre mí y su gran anchura proyecta sombras sobre mi cuerpo. Desliza las manos por mis clavículas y me masajea los hombros, clavándome los dedos con tanta fuerza que duele, aunque ese dolor se convierte en una quemazón que no tarda en volverse un calor abrasador.

Cierro los ojos porque no puedo mirarlo más. No puedo seguir viendo esa expresión en su rostro. Pero aún puedo olerlo: ese ligero aroma a clavo que se entremezcla con mi sudor y mi desodorante con olor a talco. Su aliento es una caricia fresca en mi esternón, y de pronto siento los pantalones de yoga y la camiseta sin mangas demasiado ceñidos, como si intentaran estrangularme, robarme todo el aire.

Trato de no concentrarme en la caricia de sus manos sobre mi piel desnuda, en el aleteo de sus dedos, en lo abrumadora que es la cercanía de su cuerpo, pero no lo consigo. Ni siquiera funciona cerrar los ojos, porque lo siento en todas partes, asfixiándome, agobiándome, como si me ahogara en él.

No puedo respirar si está cerca.

—¡Vale, es suficiente! —Me incorporo sobre los codos, respirando con dificultad—. No puedo seguir con esto.

Miro mi cuerpo y veo cómo los pezones se marcan a través de la tela del top deportivo sin relleno.

Él sigue la dirección de mi mirada y sus ojos grises se oscurecen cuando aterrizan en mis pechos y luego vuelven hacia mis labios, haciendo que me los humedezca en un gesto nervioso. Las palabras se me atorán en la garganta cuando miro al hombre con el que he fantaseado durante dos años y que ahora

mismo me contempla como si él hubiera tenido la misma fantasía.

—Violet.

—¿Sí? —Mi voz suena débil y entrecortada.

Cole se agacha más, inspirando profundamente, y su boca se aproxima a mi cuerpo.

—Dime que no quieres que te toque.

Mi corazón se salta un latido. Se detiene. Lo miro a esos ojos llenos de incertidumbre y anhelo. Parece torturado. Herido.

Busco una señal en su rostro que me indique qué debo responder. Una pista, una idea, algo..., pero su entrenamiento militar hace que no encuentre nada, así que opto por la verdad.

—Miento fatal.

Un jadeo estrangulado escapa de sus labios y su cabeza desciende sobre mi cuerpo. Me recorre el esternón con la punta de la lengua y siento esa caricia directamente entre mis piernas. Veo borroso y me da vueltas la cabeza, y caigo de espaldas sobre la colchoneta.

¿Esto está pasando de verdad?

Cole me devora con destreza, como si estuviera muerto de hambre. Sus labios se deslizan por mi clavícula, sus dientes me arañan la piel, que después acaricia con la lengua.

—Dime que pare. —Su voz se desliza por mi cuerpo, dejándome la carne de gallina a su paso.

Suelto un gemido y enredo los dedos en su espeso cabello para evitar que se aleje. Quiero que siga, que no se detenga nunca.

—Cole...

Paso una mano temblorosa por su cuello, lo agarro del hombro de la camiseta y tiro de él.

Mueve la mano hacia arriba para ahuecar en ella mi nuca, y su pulgar me oprime el cuello con suavidad, sosteniéndome como si fuera su prerrogativa hacerlo. Su cuerpo se cierne sobre el mío, su boca se mueve hacia la mano que me agarra del cuello y me da un mordisquito en la oreja. Levanto la espalda del suelo y me arqueo hacia él; mis pezones rozan su duro pecho. Daría cualquier cosa para que todo su cuerpo estuviera sobre el mío y poder sentir su longitud.

—Dímelo —me susurra al oído.

—No te pares —es mi suplicante respuesta.

Desliza los dientes por la línea de mi mandíbula y sus labios se aproximan a

los míos. No puedo apartar la vista de ellos: quiero verlo todo y grabármelo en la memoria.

—¿Qué me estás haciendo?

Puedo sentir su aliento con olor a menta en mis labios. Quiero saborearlo.

Es absurdo que lo pregunte cuando no ha habido un solo momento en los dos últimos años en que no haya pensado en él; en que no me picaran los dedos por iniciar sesión en el chat, por preguntarle cualquier cosa o por rogarle que me llevara a otro orgasmo de esos que te vuelan la cabeza.

He echado mucho de menos a Cole, y soñaba con esto, con sus labios sobre mí, con sus manos vagando por mi cuerpo, convirtiéndolo en arcilla bajo su contacto.

—Tenemos que parar.

Abro los ojos de golpe cuando su boca se aparta de la mía para intentar entender esas palabras sin sentido. Estamos a milímetros de distancia. Tan cerca y tan lejos...

Se detiene y se sienta sobre los talones, jadeando. Se pasa por la cara las manos temblorosas por el esfuerzo de contenerse.

—Vale —resoplo—. ¿Por qué?

—Porque no hago estas cosas.

Por mi respiración, cualquiera diría que acabo de correr una maratón.

—¿No haces qué?

—Contacto físico. Relaciones. Cosas así.

Frunzo el ceño.

—¿Nunca? ¿Ni una vez?

—No desde hace mucho tiempo. Años. —Se pone de pie y la enormidad de su confesión me golpea como una bola de demolición.

¿Años?

—No desde...

No hace falta que termine la frase. Quiere decir desde Hilary. Los celos se me atascan en la garganta; unos celos tristes y patéticos; una emoción absurda y sin sentido.

—Lo siento —añade, y se da media vuelta para ir hacia la cocina con el cuerpo en tensión.

Me quedo sobre la colchoneta, intentando recobrarme y descifrar qué demonios acaba de pasar. No parecía lo bastante obsesionado con Hilary como para suspirar por ella hasta ese punto. De hecho, me pareció que no le

gustaba ni un poquito. Pero...

¿Años?

¿Qué diablos se me está escapando?

Por fin me han quitado la férula. Las radiografías han mostrado que ya estaba recuperada, y lo primero que he hecho después de recibir el alta ha sido ir a casa de Billie para montar a DD.

Quería galopar, sentir el viento en las mejillas y la camisa ondeando a mi espalda mientras me agachaba sobre el lomo de un caballo; escuchar el sonido de sus cascos y de sus fuertes patas debajo de mí como un tamborileo que tengo clavado en la mente porque es el ritmo que me ha guiado desde que era una niña.

Me he portado muy bien y he seguido las normas: me he mantenido alejada de los caballos, aunque no era eso lo que quería. Dios sabe que la mayoría de los jinetes no lo habrían hecho. Y si Billie y Cole no hubieran estado detrás de mí, probablemente yo tampoco habría obedecido.

Así que he salido a dar un paseo por la pista de entrenamiento y ahora no puedo dejar de sonreír. Y tampoco quiero dejar de montar: me subiría a todos los caballos del establo y me pasaría la noche cabalgando si pudiera. ¿A quién le importa que Cole Harding me haya lamido el pecho cuando hay tantos caballos para montar? ¿A quién le importa el roce de su barba o el sonido entrecortado de su respiración? ¿A quién le importa que mis manos vagaran por mi cuerpo en la ducha mientras lo recordaba?

A mí no.

Ahora sí que tengo una buena razón para evitarlo. Por fin puedo regresar a mi apartamento. ¡Puedo montar de nuevo! Mi primera carrera es dentro de un par de días, y voy a poder encarrilar mi trayectoria y dejar de obsesionarme por un hombre demasiado complicado para tratar con él.

No es mi proyecto. Pipsqueak sí. Y estoy decidida a seguir trabajando con ella. Conduzco hasta la casa de campo en mi viejo Volkswagen Golf, libre del peso sobre mis hombros por primera vez en semanas. Como si supiera exactamente hacia dónde dirigirme, porque eso es lo que significan para mí los caballos: un propósito. Nunca hay una línea de meta definitiva, nunca hay nada inmejorable, siempre hay algo más. Después de cada hito que alcanzo, solo quiero seguir progresando hasta el siguiente: el próximo caballo, la próxima

victoria. Todo eso me consume.

Cuando salgo del coche, la dulce Pippy me saluda con un relincho. Saco mi silla de montar favorita del asiento trasero y voy hasta la valla, donde la dejo un instante para descansar.

—Hola, mi niña —murmuro.

Ella trotó hacia mí, y su delicada cabecita se balancea con cada paso cargado de entusiasmo.

En cuanto está lo bastante cerca, le rodeo la cabeza con las manos y le doy un beso sobre los ollares. Sus bellos se acercan a mi cuello, y en la mayoría de los caballos eso podría significar un rápido mordisco, pero con ella no. Con ella es más un tierno beso.

—Eres un poco rara, ¿lo sabías?

Le paso la mano por el cuello y le rasco bajo las crines. Estira el cuello y mueve la cabeza: está claro que disfruta de la caricia.

—Es justo ahí, ¿eh?

Me hace gracia lo expresiva que es, y, cuando retrocedo para mirarla, no puedo evitar darme cuenta de lo mucho que ha cambiado en apenas unas semanas. Ha mudado el pelaje y, como sospechaba, está adquiriendo ese brillo bronceado típico de su color. Le he peinado las crines en una línea recta hasta el cuello y lleva puestas sus primeras herraduras. El herrero la dejó fascinada y se mostró imperturbable ante el humo y los ruidos.

No tengo claro si no es muy lista o es que puede con todo. Quizá nunca vaya a ser tan competitiva como se espera de un caballo de carreras ni vaya a tener esa seguridad y fortaleza, pero solo el tiempo lo dirá.

Quizá es más inteligente de lo que creo; quizá es un genio del mal. Al fin y al cabo, se ha ganado a Cole. No sé a qué se dedicaba en Operaciones especiales y quizá piense que lo lleva bien, pero lo he estado observando y creo que ha perdido la práctica: no se me ha escapado que todas las mañanas le deja un poco de heno antes de ponerse a hacer una especie de ejercicio de patio carcelario con neumáticos y ladrillos.

Sé que lleva una bolsa de zanahorias en la camioneta y que le da una todos los días después del trabajo, así que no es de extrañar que la yegua corra a la puerta cuando él llega. Incluso he llegado a espiarlo a altas horas de la noche y he visto cómo se apoya en la valla y le acaricia las crines, sosteniendo para ella un cubo lleno del alimento rico en Omega 3 que le he estado dando.

En resumen: el hombre que juró y perjuró que no le gustaban los caballos, y

que dijo que no quería tener nada que ver con Pippy, la alimenta tres veces al día. Y no puedo evitar encontrarlo entrañable por mucho que me esfuerce. Dios, hace que se me encoja el corazón y que mi centro palpite. Esa pequeña potra baya lo ha ablandado, y mentiría si dijera que no estoy celosa.

Desde el entrenamiento, las cosas han sido bastante incómodas: educadas, pero tensas, lindando con la tristeza. Ha cambiado el modo en que me mira, en que me habla...

Niego con la cabeza. Nunca se me ha ido la olla por un hombre. ¿Por un caballo? Sí, claro, pero ¿por un hombre? No, y no voy a empezar ahora. Y menos con uno tan difícil de llevar.

Cojo la silla y miro a Pippy.

—¿Qué me dices, Pippy? ¿Estás lista para tu primera carrera?

Juraría que ella asiente a modo de respuesta, y pongo los ojos en blanco mientras le coloco los arreos. Es el caballo más fácil de manejar que he tenido, incluso contando los caballos jóvenes con los que trabajé en Chesnut Springs, en el rancho de mi familia, cuando era niña.

Le ciño la cincha y ella se queda tan feliz en su sitio. Y ni siquiera está atada; muchos caballos se irían, pero ella no.

He pasado los últimos días recostándome sobre su lomo, con el estómago sobre la silla de montar para poder bajar con facilidad si las cosas se tuercen, pero ella ni se ha inmutado. Creo que incluso se le cierran los ojos cuando me quedo ahí un poco más de tiempo del habitual solo para ver cómo responde.

Pues, al parecer, su respuesta es quedarse dormida.

Y ahora estoy colocándole el bocado, otra cosa que tampoco la perturba en absoluto, lista para montar a una yegua de apenas dos años por primera vez, con la pierna recién curada y sin nadie que me ayude. En el fondo de mi mente sé que no es la mejor idea que he tenido, pero me siento bien, dispuesta a disfrutar de mi momento de libertad.

El sol se está poniendo, los pájaros cantan y la fresca brisa que viene del río es refrescante tras un día caluroso. Y me doy cuenta de que soy feliz. Más feliz de lo que he sido en mucho tiempo. Estoy a la distancia perfecta de mi padre y de mis hermanos, a los que adoro, pero que me estaban asfixiando; tengo el trabajo con el que siempre he soñado; tengo a mis amigos, independencia y un cuerpo funcional, algo que no volveré a dar por sentado jamás: solo el hecho de poder caminar descalza es un regalo, una bendición.

Encajo la bota en el estribo que cuelga del costado de Pippy, y empujo hacia

abajo dos veces para asegurarme de que está lista. Y después muy muy despacio me echo sobre ella y paso la pierna sobre su lomo para sentarme en la silla de cuero. Sus orejas se mueven hacia un lado, como las de un burrito, y se tensa un poco cuando me acomodo.

Pero la tensión solo dura un breve instante: gira la cabeza y mordisqueea las puntas de mis botas de cuero, mostrando su personalidad dócil y sumisa, como si ya estuviera acostumbrada a que la monten.

Incluso cuando se escucha el crujido de la grava en el camino de entrada, no se sobresalta ni se asusta. Mueve la cabeza en dirección al sonido y mira con calma cómo la camioneta negra de Cole se detiene frente a la casa.

Sale del coche; va vestido con traje y lleva los dos botones superiores de la camisa desabrochados: está tan atractivo que no puedo evitar admirarlo. Ojalá pudiera diseccionarlo y descifrarlo.

En serio, tengo que volver a mi casa.

Pipsqueak suelta un relincho fuerte y estridente, y luego va hacia una esquina del corral como si no le importara lo más mínimo que yo esté montada sobre su lomo. Está encantada de ver al enorme cascarrabias que se acerca a nosotras.

—Hola, preciosa —murmura al llegar a la valla, y pasa una enorme mano por su testuz.

Sé que está hablando con Pipsqueak, pero eso no impide que me dé un vuelco el estómago. Es como el típico padre que nunca quiso tener al perro que después se convirtió en su mejor amigo. Como si Pipsqueak supiera que no la quería y se hubiera esforzado para ganarse su cariño y demostrarle que estaba equivocado; para romper la muralla que ha levantado a su alrededor.

Y ha funcionado.

Cole me mira con los ojos brillantes y el asombro pintado en su rostro.

—Esto es nuevo. —Me recorre el cuerpo con la mirada, y se detiene un momento en mi pierna derecha, que señala con la barbilla a modo de pregunta.

—Me la han quitado hoy.

—Y ya estás montada a caballo. —Es una afirmación, no una pregunta, y su voz suena fría.

—Sí. «Ya no hay fractura» significa que ya no hay fractura.

—¿Es la primera vez que la montas?

—Sí.

Sus hombros se tensan.

—¿Sola?

—Sí —digo, y no me gusta nada a dónde se dirige esta conversación.

—¿Es lo mejor que se te ha ocurrido?

Tenía que hacerlo, claro. Tenía que decirme lo que hacer después de haber tenido cuidado y haber sido paciente durante todo un mes. ¿Acaso se supone que tengo que seguir actuando como si estuviera lesionada cuando ya no lo estoy?

—Sí, lo es. Y no necesito tu aprobación para montarme en un caballo que está a mi cargo.

Una de las orejas de Pip se mueve en mi dirección como si percibiera la tensión en mi voz, y luego da un paso hacia Cole, pasa la cabeza por encima de la valla y lo empuja.

—Violet...

Me recorre una oleada de agitación cuando escucho cómo pronuncia mi nombre como si fuera una cría. *Violet*. Como si esa simple palabra que suelta con el ceño fruncido quisiera decir algo por sí sola.

—No, no. Nada de «Violet». No necesito tu permiso. Este fin de semana tengo una carrera, y voy a participar. Tengo un padre y tres hermanos sobreprotectores, y no me hace ninguna falta otro. Y lo sabes. Así que, o te subes al carro, o te apartas de mi camino.

Cole sacude la cabeza y se da media vuelta, tenso, para alejarse. Odio que no diga nada. Odio no poder provocarle ninguna reacción cuando él no hace más que provocármelas a mí.

16

EN EL PASADO

COLE

Parpadeo ante la pantalla de mi teléfono como si así pudiera cambiar lo que veo.

Un ojo rodeado de largas pestañas mirando directamente hacia la cámara, como me miraría si estuviera de rodillas a mis pies. El cabello rubio mojado y pegado a sus pequeñas tetas, redondas y perfectas. El valle entre sus pechos salpicado de gotas de agua.

Me imagino una de esas gotas deslizándose por su cuerpo hacia su vientre, hasta llegar al montículo entre sus piernas. Me imagino cómo queda atrapado en ese vello pálido antes de alcanzar su clítoris.

Mierda. ¿Qué se supone que debo hacer? Esa mujer me ha mantenido durante un año en la *friend zone* y ahora me envía el desnudo más sexy que he visto en mi vida: recién salida de la ducha, mojada y lista para mí. Se ha sacado esa foto para mí, sin mediar ningún pago. Solo porque ha querido. Y, de algún modo, eso lo hace todo distinto.

Buscadordeoro85: ¿Eso es una invitación?

Chica_de_Púrpura: Sí.

Joder. Se me pone la polla dura y el pulso retumba en mis oídos. Miro a mi alrededor como si alguien fuera a saltar de su escondite para gritarme que estoy en un programa de cámara oculta, o algo así. Todo esto es la hostia de increíble.

Pero ella no me ha enviado esa foto para que yo me comportara como una tímida florecilla. Es hora de jugar.

Buscadordeoro85: De acuerdo. Pues apoya el teléfono en algún sitio, cambia a vídeo y arrodíllate sobre la cama.

La conversación se detiene un minuto y me ajusto los pantalones, preguntándome si ha cambiado de opinión. Tal vez va a echarse atrás. Y está bien, será lo que ella quiera, pero, joder, espero que desee hacerlo, porque, desde luego, yo sí. Quiero verla de verdad, en lugar

de imaginarla mientras estoy tumbado con la polla en la mano.

Su rostro llena la pantalla y siento como si me exprimieran todo el aire de los pulmones y me dejaran sobre el suelo, jadeante. Es increíble. Fascinante. Etérea: los ojos enormes, las mejillas redondeadas y la barbilla afilada.

—Hola, Hombre Gamba.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios y las mejillas se pintan con un precioso tono rosa. Me encanta. Es auténtica. Es valiente.

Es guapísima, joder... La clase de belleza que hace que te des la vuelta para mirarla; la clase de belleza que te pasarías horas estudiando. No sé pintar, pero de pronto me muero de ganas de plasmar su rostro.

Su boca es un capullo de rosa, inolvidable. Es como una muñeca de porcelana.

Sí, y vas a destrozarla.

Aparto esos pensamientos intrusivos. No, no voy a hacerlo. Puedo comportarme como un caballero. Ya me gustaba mucho antes de saber que iba a conseguir que el corazón dejara de latir en mi pecho. Primero hemos sido amigos.

Está bien...

Conecto el micrófono, pero no acepto la solicitud de la aplicación para acceder a la cámara. Eso no va a pasar. No solo porque yo sea demasiado conocido, sino también porque detesto la idea de abrirme de nuevo, de que me ridiculicen y me hagan de menos. Nunca volveré a pasar por eso: me hizo tocar fondo y ya llevo demasiado peso a mis espaldas como para volver a hundirme.

—Joder, eres preciosa —digo, y aborrezco lo grave y emotiva que suena mi voz.

Ella aparta la mirada y murmura un suave «*Gracias*». Tiene las piernas muy juntas y los brazos cruzados sobre su torso a modo de escudo.

—¿Te sientes incómoda?

Pone los ojos en blanco y suelta una risita nerviosa antes de volverse hacia la cámara y atraparme en esa mirada cristalina como el agua del Trópico.

—Claro que sí. Nunca había hecho algo así.

¿Soy un idiota por querer darme puñetazos en el pecho por eso? Probablemente. Pero me da igual. No ha hecho esto antes con nadie, pero va a hacerlo conmigo. Mi triste y lamentable autoestima se aferra a esa idea con todas sus fuerzas.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

Se le pone la piel de gallina en los antebrazos y se acaricia los bíceps como si eso la serenara.

—Enciende la cámara.

Frunce los labios y su expresión me dice que ya sabe que voy a negarme a esa petición.

Me sacude una abrumadora sensación de vergüenza por no poder decir que sí, porque es lo único que quiere. Pero no puedo. Mi voz se quiebra cuando lo admito.

—No puedo.

Después de un momento asiente, deja caer los brazos y su cuerpo queda desnudo ante mí.

—Bueno. Ya lo hablaremos. Me prometiste el mejor orgasmo de mi vida.

Mi polla se tensa de nuevo cuando veo cómo su boca dibuja la primera o de la palabra «Orgasmo». Me la saco de los pantalones, la agarro con fuerza y me masturbo, fingiendo que es su mano suave en lugar de la mía.

—¿Tienes algún juguete que te guste?

La lengua se desliza entre sus labios y su voz suena entrecortada al responder.

—Sí.

—Bien. Cógelo, pero no lo uses todavía. Primero quiero ver cómo te follas con los dedos.

Me recorro la férrea longitud con la mano. Estoy seguro de que puede oír cómo lo hago mientras la miro, pero me da igual.

—Dios... —murmura; se acerca a la mesilla de noche intentando no mostrar demasiado. Como si eso fuera a pasar...

—Ahora recuéstate sobre la almohada y abre las piernas.

Se ruboriza con un profundo tono carmesí, pero separa las piernas muy despacio.

Joder. Se me escapa un gruñido y bombeo mi pene con más fuerza; los testículos se me tensan ante esa visión. Jamás había visto a nadie tan perfecto para mí: esos dientes clavados en el labio, el precioso color rosado en sus mejillas y entre sus piernas... Lo único que falta es mi semen entre sus piernas.

Ojalá estuviera ahí para poder tocarla, para mantener sus piernas bien abiertas y pasar mis dedos por su húmeda calidez, para sentir cómo su coño se contrae y se ciñe a mi alrededor. La mera idea me hace jadear e intento no estallar. Tengo que ir más despacio.

—Ponte a cuatro patas y déjame ver ese culo prieto. —La contemplo, embelesado. Se la ve tan ansiosa por complacer...—. Bien. Ahora mírame por encima del hombro. Joder, eres increíble —digo, y hablo en serio.

Esos grandes ojos azules, los labios entreabiertos, el cabello que acaricia su mejilla y ese trasero redondo y perfecto son casi más de lo que puedo soportar.

Tengo un montón de planes, de posturas en las que ponerla; voy a darle tanto placer como pueda sin exponerme. Esta noche, voy a ver cada milímetro del firme cuerpecito de la Chica de Púrpura.

Y no me doy cuenta de que nunca podré superarlo.

Violet no está. Tampoco su coche ni sus cosas. Lo sé porque por lo general todo está patas arriba y ahora, misteriosamente, no es así. Incluso he asomado la cabeza a su habitación y está como el día en que me mudé. Lo único que queda de ella es Pipsqueak, que aún relincha lo bastante fuerte como para reventarme los tímpanos cuando me ve.

No poder encontrarla me preocupa. He pasado todo el día en el trabajo maldiciéndome por haberme comportado anoche como un gilipollas prepotente. Pero no pude evitarlo: pensar que podía caerse y lastimarse me ponía los nervios de punta. Sé lo que puede pasar porque lo viví en persona.

Pero esto es peor. Al principio que Violet viviera bajo mi techo me molestaba, más por mantener mi intimidad que por algo de lo que ella tuviera la culpa. Pero a lo largo de este mes me he ido acostumbrando a tenerla cerca. Desde el olor del café que prepara todas las mañanas hasta el suave murmullo de su voz cuando llama a casa cada pocas noches, pasando por el desorden que deja allí por donde va.

Creo que, en realidad, ha empezado a gustarme, he empezado a desearlo y a buscarlo. Pero he sido tan imbécil que ha hecho las maletas y se ha marchado sin decir ni palabra. Otra vez. Tampoco me debe ninguna explicación y ya tiene la pierna curada, así que ¿por qué iba a quedarse? Soy una pésima compañía, lo sé. Cuando la gente me conoce, rara vez se queda a mi lado, y Violet no va a ser la excepción.

No he hecho nada para ganarme su cariño, más bien todo lo contrario: me he portado como un imbécil y le he hecho daño más de una vez sin poder evitarlo. Ese día, en el suelo, me rogó que la tocara, mirándome con sus ojos azules, dulces y seductores; entreabrió esos labios que suplicaban que los besara. Y yo di media vuelta y me largué como el puto cobarde en que me he convertido.

Yo la deseaba y ella me deseaba a mí, pero, de alguna manera, no fui capaz de asumirlo.

¿Marchar a través de territorio enemigo? Ningún problema. ¿Enfrentarte a la mujer en la que no has podido dejar de pensar durante dos años? De ninguna puta manera.

Soy un cobarde.

Los dedos me arden por coger el teléfono, llamar a Trixie y preguntarle qué

debo hacer. Pero sé lo que va a decirme: que deje de portarme como un niño y que hable con ella. Vale, quizá no con esas palabras, pero más o menos. Trixie ya no está dispuesta a dejar pasar mi autodesprecio. Lo sé porque ha empezado a presionarme, a interrumpir mi flujo de consciencia con esas molestas preguntas retóricas que me obligan a reflexionar sobre mí mismo.

Odio esas preguntas. Odio lo hecho mierda que me he quedado después de que Violet se fuera. Y odio haber cogido las llaves para salir y enfrentarme a ella.

Al llegar a los establos, aparco junto a esa trampa mortal que ella llama «coche» —otra cosa más por la que preocuparme con respecto a Violet Eaton—, y salgo de la camioneta. Subo las escaleras hasta su apartamento y llamo con fuerza. Quizá hasta con agresividad.

—¡Ya voy! —dice al otro lado de la puerta.

Miro hacia el horizonte: el ocaso ilumina con su dorado resplandor el rancho, con las vallas blancas y la línea ondulada que dibujan las colinas. Es hermoso.

Niego con la cabeza. Definitivamente, deben de echarle algo raro al agua. *Hermoso*. Casi pongo los ojos en blanco, pero, en cambio, cuando la puerta se abre se me salen de las órbitas al ver a Violet con unos diminutos pantalones cortos de algodón por debajo de la cintura y una camiseta de canalé blanca sin mangas... y sin sujetador.

—¿Has cambiado de opinión...? —Se frena cuando se da cuenta de quién está ahí soy yo y no la persona que esperaba—. Ay. Hola. Creía que era Billie.

—Hola —digo, como si aparecer en su puerta fuera de lo más normal, aunque no puedo apartar la mirada de su cuerpo, justo donde sus pezones se han endurecido bajo la camiseta. Como esa mañana en el suelo del salón, cuando ver cómo resaltaban bajo el sujetador deportivo me llevó al límite; por si no había luchado bastante para mantener la erección a raya cuando hacíamos ejercicio, cada vez que la tocaba para corregir su postura o para ayudarla un poco... He trabajado con otras mujeres cuando estaba en el ejército, y siempre ha sido solo eso: hacer ejercicio, echarle una mano a una compañera soldado.

Pero Violet no es una compañera soldado. Ya no sé ni lo que es, solo sé que ha echado raíces en mi vida y en mi mente.

Ella debe de notar mi mirada, porque baja la vista, suelta un gritito y se esconde detrás de la puerta.

—¿Qué quieres, Cole? —dice, con los ojos entrecerrados.

—Te has ido.

—Sí. Ya tengo bien la pierna, así que...

Suelto lo que de verdad me molesta.

—No me has dicho nada.

Ladea la cabeza, agarrada a la puerta como si sostuviera un escudo.

—No sabía que me hiciera falta tu permiso.

—Y no te hace falta, es solo... —Gimo y me paso una mano por el pelo, buscando las palabras oportunas. ¿Es solo qué? *Que quiero que vuelva*—. Estaba preocupado. No sabía a dónde habías ido o dónde estabas. —Me cruzo de brazos y la miro—. Estaba preocupado. Y has dejado ahí a la yegua.

Su rostro se suaviza y sus me escudriñan, enmarcados por las ondas de un rubio pálido que se derraman sobre sus hombros. La luz dorada del sol del atardecer ha teñido sus iris de un tono más turquesa; son como uno de esos anillos que cambian de color con el estado de ánimo.

—Vale. —Asiente—. Tienes razón. Lo siento, no te he dicho nada, y los amigos no se comportan así.

¿*Amigos*? Después de haberle lamido el pecho, de haber estado a punto de perder el control por completo y de haber estado cerca de follar con ella en el suelo del salón, ¿dice que somos «amigos»?

—¿Quieres ir de excursión mañana?

—¿De excursión?

—Sí, quiero tachar cosas de mi lista. Es hora de volver a coger la vida por los cuernos. Lo primero es la Montaña del bigfoot. A Billie le da demasiado miedo como para venir conmigo.

Enarco una ceja. Me cuesta imaginar a Billie asustada.

—Cree que el bigfoot existe de verdad, ya sabes, por todos esos «avistamientos» —aclarar Violet, dibujando unas comillas en el aire con los dedos.

Reprimo una sonrisa al pensar que por fin tengo algo con lo que incordiar a Billie.

—Iré contigo. Conozco bien la montaña.

—Ah, ¿sí? —Su voz suena animada ante la perspectiva.

—Sí. Sé de un buen sendero y de un mirador. Solía hacer esa ruta cuando estaba poniéndome en forma para el ejército. No creo que nos lleve más de un par de horas.

—¡Vale! —dice alegremente. Parece tan feliz que casi le devuelvo la sonrisa

antes de marcharme.

—Te recogeré cuando salga del trabajo.

Me despido con un gesto por encima del hombro, dividido entre las ganas de quedarme con ella y las de salir corriendo. Yo también me siento feliz, y eso me confunde.

Tal vez, después de todo, no la he espantado.

—Llegas tarde.

—Pfff. —Violet me hace un gesto de saludo cuando sube a la camioneta después de haberme hecho esperar un cuarto de hora. Ni siquiera había terminado de arreglarse cuando he llegado a su casa—. Solo han sido unos minutos.

Me imagino diciéndole eso a un superior durante el entrenamiento militar y me dan escalofríos.

—Si no llegas temprano, llegas tarde.

Y llegar tarde en el ejército puede costar vidas. Pero Violet no vive con el peso de esos recuerdos.

Se pone el cinturón de seguridad y da una palmada en sus muslos desnudos, emocionada, e ignorando por completo mi regañina.

—¡Vamos!

Por supuesto, tenía que volver a ponerse esos putos pantalones cortos y ajustados; esos que no dejan nada a la imaginación, que abrazan cada curva, incluido ese culo prieto y redondo en el que me muero por dejar las huellas de las palmas de mis manos. Aunque seguramente no le gustaría; estoy convencido de que Hilary solo fingía que le gustaba, aunque fingía muy bien. Hasta que dejó de hacerlo, y me echó la verdad a la cara como un arma arrojadiza. Y eso me dejó una herida que jamás sanará. Una herida que veo todas las mañanas cuando me miro en el espejo y todas las noches cuando me voy a la cama.

—¡Estoy superemocionada! —Da un bote en el asiento. Lleva el mismo top deportivo de la otra vez. Esta mujer es un recuerdo con patas—. ¿No vas demasiado tapado?

Tenso los brazos en el volante cuando enfilamos hacia la montaña. *¿Qué?* Aparto la mirada del parabrisas justo a tiempo para ver que se está poniendo roja como un tomate.

—¡Que no digo que te quites la ropa! ¡Es que hace calor! ¡Y vas con esos pantalones! —se esfuerza por corregir lo que implicaba su frase, y no puedo evitar reírme ante su torpeza.

—Puf. —Deja caer la cabeza hacia atrás y se cubre los ojos con el antebrazo —. ¡Siempre que te ríes es de mí!

Me río con más ganas porque es cierto.

—Sí, pero contigo me río más de lo que me he reído en años.

Baja el brazo y mueve la cabeza en mi dirección. Y me mira. Me mira como si pudiera ver a través de mis muros. Todas las barreras de protección que he levantado a mi alrededor se derrumban cuando estoy cerca de Violet, y empiezo a pensar que eso no es tan malo. Tal vez no se sentiría decepcionada si supiera que no estoy entero.

—Ese debe de ser el mejor cumplido que me han hecho jamás —dice con sinceridad.

Gruño, sin saber qué responder. Me ha conmovido tanto que me ha dejado sin palabras, y seguimos así el resto del camino, en un silencio cómodo.

Tras aparcar, cuando pasamos junto al cartel de madera que dice: «AL MIRADOR», seguimos en silencio. Levanto un brazo para ponerla delante de mí en el estrecho camino, y me arrepiento al instante, porque así tengo una vista privilegiada de su trasero con esos pantalones cortos y ajustados, con el pliegue bajo sus nalgas burlándose de mí a cada paso.

He recorrido este camino mil veces, pero nunca con el desafío añadido de una erección brutal.

—Esto es precioso —dice, sin aliento por el esfuerzo de ir cuesta arriba.

—Lo es —respondo, sin aliento por el esfuerzo de no mirar su trasero.

Aunque me he dado cuenta de que hasta sus tobillos me excitan. Toda ella me vuelve loco: la forma en que se flexionan los músculos de las pantorrillas con cada zancada; el modo en que se balancea su coleta mientras camina... He pasado demasiado tiempo pensando en Violet, preguntándome quién era en realidad, qué hacía, si había leído mis mensajes, si había encontrado a alguien con quien chatear o incluso un novio en la vida real. Pero esta obsesión con su cuerpo es nueva para mí.

—¿Falta mucho?

Mira por encima del hombro y algunos cabellos sueltos se pegan a su sien húmeda. Tiene las mejillas sonrosadas, pero no por la vergüenza, sino por la vida misma, por el subidón de una experiencia nueva, de un nuevo lugar.

Violet está muy viva, y, joder, le sienta de maravilla.

Y me hace querer vivir a mí también, dejar de ser un ermitaño, correr riesgos, hacer amigos, incluso dejar un bote de vitaminas fuera de su sitio alguna vez porque... ¿a quién le importa si no todo está siempre en perfecto orden?

La vida es caos, algo que conozco bien. Y no sé cuándo decidí que la solución era dejar de vivir.

Estamos cerca de la cima y apenas puedo reprimir las ganas de ver la cara que pone cuando se encuentre con el mirador sobre el lago.

Pero escucho un fuerte chasquido. Y caigo.

17

EN EL PASADO

VIOLET

Cole no bromeaba cuando dijo que me provocaría el mejor orgasmo de mi vida. Solo me he sentido tan fuera de mi cuerpo cuando estoy a lomos de un caballo, con el viento azotándome la cara con tanta fuerza que casi me duele; cuando todo lo que puedo oír es ese sonido sibilante y el golpeteo de los cascos que resuena por todo mi cuerpo.

Salvo que esta vez era mi corazón lo que golpeaba contra mi pecho y mi sangre la que corría hacia un lugar delicioso. Respondí a todas sus directrices, y sus palabras y su atención me hicieron sentir viva.

¿Puedes enamorarte de alguien a quien no conoces? ¿A quien ni siquiera has visto? Me he pasado el día dándoles vueltas a esas preguntas, porque esta mañana no era más que una maraña de sentimientos entremezclados.

Nos quedamos dormidos charlando. Charlando de verdad. Y su voz... Esa voz... Es tan profunda y dominante... No sé cómo alguien podría negarle nada cuando habla así.

No me perdí el sonido de su respiración jadeante, el roce de la palma de su mano contra la piel sedosa de su pene, el gemido torturado que escapó de sus labios cuando intentaba contenerse con todas sus fuerzas. Podía escuchar cómo se daba placer a sí mismo, pero no podía verlo. Y eso me ponía muy cachonda.

Ni siquiera estábamos en el mismo lugar; ni siquiera podía verlo. Y, sin embargo, la de anoche fue la experiencia sexual más sexy e inolvidable de mi vida.

Y deseo mucho más. Lo deseo.

Subo corriendo las escaleras hasta mi apartamento, convencida de que puedo conseguir que se una a mí en un chat de vídeo. Quiero hacer algo más que escuchar cómo se da placer: quiero verlo.

Chica_de_Púrpura: ¡Tenemos algo que celebrar!

Buscadordeoro85: Ah, ¿sí?

Chica_de_Púrpura: ¡Me han concedido un ascenso enorme en el trabajo! Enorme, enorme..., ENORME DE LA LECHE.

Billie me ha llevado aparte y me ha anunciado que iba a ser la nueva *jockey* del mejor caballo de carreras que he visto en mi vida. Aún no puedo creerlo. Cuando me lo ha dicho, he pensado que bromeaba. De moza a *jockey* es un paso de gigante. Algo inaudito. Vamos a salir esta noche a celebrarlo, pero he pensado que antes podría jugar un rato con Buscadordeoro85.

Buscadordeoro85: ¡Felicidades! Yo también tengo aquí algo enorme para ti. ;)

Sonrío.

Seguro que sí. Parecía un hombre muy grande en esa foto que me envió.

Chica_de_Púrpura: Algo propio de los hombres gamba.

Buscadordeoro85: Eres cruel conmigo.

No puedo reprimir una sonrisa. Hoy está muy juguetón. Quizá hemos dado un paso adelante...

Chica_de_Púrpura: Lo que quiero es ser muy muy buena contigo.

Buscadordeoro85: Ah, ¿sí?

Chica_de_Púrpura: Hagamos otra videollamada.

Buscadordeoro85: Qué avariciosa...

Juraría que puedo oír cómo ríe entre dientes. El sonido que escucho en mi mente hace que me ruborice con el recuerdo de anoche.

Chica_de_Púrpura: Lo soy. Y quiero verte a ti también.

El chat se queda en silencio. Ha pasado de responder al momento a no decir nada. La ansiedad se cuece a fuego lento en mis entrañas.

¿Lo he presionado demasiado?

Chica_de_Púrpura: Por favor...

Buscadordeoro85: Creía que lo habíamos dejado claro.

Vaya, esa no es la respuesta que estaba esperando.

Chica_de_Púrpura: He pensado que podrías..., no sé, cambiar de opinión. Que confiabas en mí lo suficiente como para intentarlo.

Pasan varios minutos otra vez, y me voy a lavar los dientes solo para tener algo que hacer.

Buscadordeoro85: Pues no. Nunca confío en nadie. Eso no va a pasar. Nunca. He sido muy sincero desde el principio de... lo que quiera que sea esto.

No tenemos que estar en el mismo lugar para que yo sienta ese puñetazo en el estómago.

Chica_de_Púrpura: ¿«Lo que quiera que sea esto»? Hemos hablado todos los días durante un año. ¿Cuánto tiempo más necesitas? Yo también te dije que no al principio.

Buscadordeoro85: Todos tenemos que tomar nuestras propias decisiones.

De pronto, me siento avergonzada, profundamente avergonzada. Desde el primer día ha sido inflexible con lo de no mostrarme nada más que esa primera foto. Y, sin embargo, yo me convencí de que podría cambiarlo, de que yo sería la excepción a la regla.

Me doy cuenta de que me he mostrado vulnerable ante un hombre que nunca va a corresponderme, aunque he sido lo bastante ingenua para creer que lo haría. Esa idea cae encima de mí como una avalancha: he comprometido mis valores, mi moral..., joder, puede que hasta mi carrera, todo porque estaba cachonda y obsesionada con un tipo al que he conocido por internet. La bilis me quema la garganta y me amarga la lengua.

Necesito una copa. O dos. O diez.

EN LA ACTUALIDAD

Estoy llegando a la cima de la montaña cuando escucho un ruido y un «¡Joder!» cargado de dolor. Me doy la vuelta y veo a Cole de rodillas, con la cabeza gacha y las manos sobre el camino de tierra.

—¿Estás bien? —Me apresuro a regresar junto a él, preocupada por lo que podría haber derribado a un hombre como Cole Harding.

—Sí —dice con tono seco; me aparta la mano que estaba a punto de posar sobre su hombro—. Sigue hasta el mirador. Estaré ahí dentro de un momento.

Miro hacia atrás, montaña arriba, pero recuerdo que Pipsqueak ha ablandado a Cole por el sencillo sistema de ser implacable en su afecto. He decidido adoptar esa estrategia porque, por lo poco que conozco a Cole Harding, sé que está clamando por un poco de atención, sé que ha levantado un muro a su

alrededor, sé que le han hecho daño, y sé que nadie se ha quedado lo suficiente a su lado como para darse cuenta de que merece la pena. Pippy me ha enseñado mucho.

Por eso me he mudado. Sabía que necesitaba su propio espacio y que él tenía que ver que, incluso sin estar obligados a vivir bajo el mismo techo, yo seguiría estando ahí solo porque quiero pasar el tiempo a su lado. Había planeado invitarlo a esta excursión, y que él viniera a mi puerta solo ha facilitado las cosas.

—No. No voy a dejarte atrás —digo. Porque no voy a hacerlo.

—Violet —sigue sin mirar en mi dirección—, por favor, vete.

Se me acelera el corazón: esto es muy raro.

—¿Te has hecho daño?

—No.

—Vale. Bueno. Pues no voy a irme.

Me mira con tanto dolor en sus helados ojos grises que me dejo caer de rodillas frente a él. Siento cómo los guijarros y la arena se me clavan en las rodillas cuando quedamos cara a cara; veo moverse su nuez y el temblor de su labio inferior cuando espira con fuerza.

—Cole, me estás asustando. ¿Qué pasa?

Frunce los labios y se da la vuelta para sentarse en el medio del camino.

—Es mi pierna.

—De acuerdo. Entonces, te has hecho daño. ¿Dónde? —Me deslizo a su lado para que no pueda seguir dándome la espalda y me siento sobre los talones—. ¿Quieres que le eche un vistazo?

—No, no. —Extiende el brazo hacia mi pecho para impedir que me acerque a sus pies y suspira; un suspiro exhausto que sale de lo más profundo de su ser; un suspiro que se apodera de sus anchos hombros en tensión y los hace caer hacia delante en señal de derrota.

Un suspiro que lo lleva a levantarse la pernera con un gesto brusco, rabioso, para mostrarme la prótesis negra escondida debajo de la ropa. Un calcetín le cubre la rodilla y desaparece en la pierna ortopédica.

Señala bruscamente la prótesis, que parece de alta tecnología.

—Esta es mi pierna.

Asiento, preguntándome cómo he podido pasar esto por alto. Hemos vivido juntos un mes y nunca me había fijado en que tiene una pierna amputada. ¿Qué coño me pasa? ¿Cuánto lleva ocultándolo? Ha tenido que ser difícilísimo.

—Muy bien. ¿Cómo lo solucionamos?

Resopla con desdén.

—No podemos. Debe de ser algo en el pasador de bloqueo. He sentido cómo se soltaba.

No sé qué significa eso, pero supongo que alguien más cercano a él sí.

—Vale, ¿quieres que llame a Vaughn?

—¡No! —exclama—. Él no lo sabe.

Abro mucho los ojos y vuelvo a mirar la prótesis. *¿Su propio hermano no lo sabe?*

—Entonces, ¿quién está al tanto?

—Mi madre. Pero aquí no hay cobertura.

Aparta la mirada para esquivar mis ojos y niega con la cabeza. El dolor y la vergüenza que muestra en este momento casi me destrozan.

Pongo la mano sobre su ancha espalda y siento cómo sus músculos se relajan y se tensan bajo mi contacto cuando lo acaricio en pequeños círculos.

—Dime qué necesitas.

Rechina los dientes y tensa la mandíbula, manteniendo la vista al frente para seguir esquivando mi mirada.

—Tienes que volver y traer el recambio que tengo en casa.

Miro a mi alrededor; la luz se desvanece tras la cima de la montaña.

—Habrá oscurecido para cuando regrese.

Suelta un gruñido, dobla la rodilla y hace que la prótesis caiga sobre la tierra con un ruido sordo.

—No importa. Puedes volver mañana a por mí.

—¿Qué? No pienso dejarte aquí toda la noche.

—Me las he apañado muy bien sin tu ayuda hasta ahora. No hace falta que te pongas tan sensiblera. No será la primera vez que duermo al aire libre, y la montaña del bigfoot es mucho más segura que Irak.

Tiene que estar de broma. De ninguna manera voy a bajar sin él. No dormiría sabiendo que lo he dejado solo en la montaña.

—Sé que puedes cuidarte solito, no es eso lo que me preocupa, pero no voy a dejar atrás a alguien que me importa. Iré por la mañana y te traeré la prótesis de repuesto.

—No.

Me dedica una mirada fiera, pero no me asusta.

Muchas de las piezas que me faltaban del rompecabezas que es Cole Harding acaban de encajar en su lugar. Además, ya me había prometido a mí misma que

iba a estar ahí para él.

—Peor para ti, porque voy a dormir contigo —digo; me pongo de pie y me sacudo el polvo de las manos mirando hacia la espesura del bosque.

—Violet...

Ya estamos otra vez. Sé que lo estoy cabreando, pero, la verdad, me da igual. Quizá enfadarse sea justo lo que necesita: una de esas explosiones que te consumen, pero que también te despejan la mente. Y creo que eso es lo que le hace falta a Cole Harding: una mente más clara.

—Vamos. —Tiendo la mano hacia él—. Soy una granjera, ¿recuerdas? No será la primera vez que duermo al aire libre.

Después de ayudar a Cole a salir del camino, se sienta en un tronco y me dice cómo construir un refugio. Ya sé hacerlo, pero creo que dejar que él dicte cómo levantarlo le dará la sensación de que lo tiene todo bajo control. Y no me importa ceder en esto, teniendo en cuenta que todavía no me mira.

Busco hojas secas, ramas de pino y cualquier cosa que pueda encontrar para construir un refugio seguro en el que pasar la noche. El día ha sido cálido, pero estamos en mayo en Canadá y va a hacer frío esta noche, algo que Cole debe de saber, porque me ha hecho cubrir gran parte del espacio y dejar solo una pequeña abertura para que entremos.

Retrocedo con las manos en las caderas, me aparto un mechón de la cara y admiro mi obra maestra.

El sol se está poniendo y empieza a refrescar. Me recorre un escalofrío ante la perspectiva del frío que va a hacer esta noche.

—Bueno, pues esto es lo mejor que he podido hacer —digo, mirando a Cole con curiosidad.

Todavía está sumido en sus pensamientos, y la versión más alegre de él no aparece por ninguna parte. Está claro que no quería que yo —ni nadie— supiera lo de su pierna. Como si me importara. *Eso es porque estás más interesada en lo que tiene entre las piernas.*

—¿Por qué te ruborizas?

Cabrón.

Me paso las manos por las mejillas.

—No me ruborizo.

Me atrapa en una mirada que asumo que significa que no se ha creído una palabra.

—Vale, pues voy a *chez* Violet. Ya sabes dónde encontrarme cuando estés

listo.

Estoy volviéndome hacia el refugio cuando él arremete contra mí.

—¿Qué? ¿Es que no vas a ofrecerme ayuda para llegar hasta ahí?

Me freno en seco y me doy la vuelta para mirarlo: está sentado con rigidez, intentando parecer fuerte y orgulloso, pero sus palabras han sido inseguras y mezquinas. Podría tomarme esa actitud como algo personal, pero lo conozco lo suficiente como para saber que ese tono no significa nada viniendo de él. De hecho, suelo pensar que quiere decir que está enfadado consigo mismo. Y en este momento no necesita mi compasión: ya se está revolcando bastante en la suya.

—¿Necesitas ayuda? —Pongo los brazos en jarras y ladeo la cabeza de forma inquisitiva—. Porque me sorprende, teniendo en cuenta que eres uno de los hombres más fuertes que conozco y que te has estado moviendo durante años sin la ayuda de nadie. ¿O no?

Parpadea, y su rostro permanece impassible, aunque creo que está sorprendido. Tengo hermanos, y sé cuándo un niño necesita que lo mimen, y este no es el caso.

—Ven volando cuando estés listo —digo, y me voy.

¿El Señor Yo Duermo Fuera, tan grande y fuerte, necesita mi ayuda? Resoplo. Me meto en el cobertizo oscuro y las hojas crujen debajo de mí cuando me siento.

Unos minutos después, oigo cómo Cole se acerca. Se arrodilla frente a la entrada y se desliza a mi lado. El lugar, que parecía amplio antes de que llegara, ahora es claustrofóbico con ese enorme cuerpo ocupando espacio. Ocupando demasiado espacio. Se me acelera el corazón ante su proximidad, al darme cuenta de que no tengo cómo apartarme, cómo esconderme de él, y de que me despierta sentimientos confusos.

—¿En serio me has dicho «Ven volando»?

La luz es tenue en el refugio, pero puedo ver la sombra de una sonrisa en sus bien formados labios.

—Yo... —*Eso ha sonado un poco mal, ¿no?*—. Sí. —Bien podía reconocerlo—. Me ha parecido mejor que «Ven gateando».

La carcajada que suelta es tan fuerte que me sobresalto, como si hubiera surgido de la nada y nos hubiera sorprendido a ambos con su potencia. Me río con incertidumbre y lo miro, escéptica, como si no supiera si puedo reírme de esto. Pero Cole no parece tener tantos reparos. Le tiemblan los hombros y se

ha doblado sobre sí mismo, con las manos sobre lo que sé que son unos abdominales duros como piedras. Se ríe con tantas ganas que se yergue enjugándose una lágrima de los ojos.

—Joder, Violet —dice, jadeante—. Nunca había creído que los chistes de amputados pudieran tener tanta gracia.

—¡Lo siento! —Me tapo la boca con las manos.

—No lo sientas. —Niega con la cabeza, sonriente. Es raro. Nunca me había sonreído así, con auténtica diversión. Tal vez con cierta satisfacción, o con cautela, pero no así. Y es desconcertante. Es... Está para comérselo, con ese cabello oscuro y los ojos brillantes.

—¿Estás bien? —aventuro, porque, la verdad, estoy un poco perturbada.

Se recuesta sobre los codos y mira hacia el techo del refugio.

—¿Si estoy bien? Esa es una pregunta capciosa... —Su voz se va apagando; contemplo el movimiento de su pecho, cómo se mueve su garganta cuando traga, el modo en que se contrae su mejilla... y siento un cosquilleo en mi centro.

Me encienden hasta el más diminuto de sus gestos: ¿ese movimiento en la mejilla que hace aparecer un hoyuelo? Ay, es delicioso. Todo en él es delicioso. Oscuro y frío por fuera, suave y cariñoso por dentro. Demasiado experimentado para una mujer como yo, pero tan tentador...

Me paso la lengua por los labios mientras lo devoro con la mirada. No puedo apartar la vista de él, y no me importa si me pilla.

—Me siento aliviado —dice por fin.

—¿Aliviado?

—Sí. —Levanta el puño y lo deja caer a modo de explicación—. Que lo sepa alguien me ha quitado un peso de encima. Mantenerlo en secreto es agotador.

En serio, ¿no me digas?

—¿Cómo fue?

Suelta un profundo suspiro y se cruza de brazos, como hace siempre cuando no quiere parecer vulnerable.

—Fue casi al final de mi tercer reenganche. Estaba tan cerca... Y ni siquiera es una buena historia. Estábamos fuera del perímetro, no bajo fuego enemigo ni nada por el estilo. Pasamos por un campo de minas y Junior, que estaba conmigo, no salió de esa. Mi pierna se llevó la peor parte de la metralla: se me incrustaron hasta clavos, aunque no me di cuenta de lo mal que estaba. Cogí a

Junior y lo llevé a un lugar seguro. Murió en mis brazos.

Trago saliva. Es peor de lo que esperaba.

—Pero ¿por qué mantenerlo en secreto? A nadie le importaría.

—Mmm... Trixie también me lo ha preguntado. Es por Hilary. A ella le importó.

—Perdona, ¿cómo dices?

—No era fácil convivir conmigo cuando regresé. Tenía un montón de mierda que superar, incluso dejando a un lado la amputación. Y encontrar la prótesis perfecta es un proceso largo: la forma del muñón y todo lo demás influye en la comodidad y en el modo en que se ajusta, y eso sin hablar del cambio en el equilibrio o de los dolores fantasma. Ya nos habíamos distanciado y yo me comportaba como un puto cascarrabias. Y, al parecer, tampoco estaba llevando bien el aspecto físico de mi recuperación.

Un escalofrío desciende por mi columna, como cuando mi hermano dejaba caer esa nieve esponjosa y seca de Alberta por espalda de mi camiseta. Quizá no debería preguntar, pero él ya sabe que soy una fisgona.

—¿Eso qué quiere decir?

—Tú y tus preguntas —resopla, y me mira de reojo como para confirmar que no voy a dejar el tema—. Vale, bueno... Cuando por fin conseguí que mi cuerpo y mi mente se coordinaran lo suficiente como para follar con ella, ya no era lo mismo de antes. Le gustaba que fuera exigente y dominante, pero ya no podía comportarme así, sobre todo porque no tenía el corazón en ello. El caso es que un día perdí el equilibrio y me caí. —Sacude la cabeza, perdido en sus recuerdos—. En el puto suelo. Solo quería quedarme ahí, y decidí que ya había tenido suficiente. Y ella se dedicó a avergonzarme. Más que eso: me destrozó. No la reconocía. Supongo que se sentía... frustrada, y me escupió a la cara algo sobre que era un medio hombre. Y así terminó nuestro compromiso: yo ya no era el partido perfecto, completo y con un fondo fiduciario al que se había aferrado una década antes. Así que se acabó. Fin.

Me imagino a Cole, con lo orgulloso y dominante que es, destrozado, tirado en el suelo. Y luego imagino a esa mujer que había prometido amarlo haciéndolo sentirse cualquier cosa menos amado. Y me enfurezco. Me enfurezco mucho.

—Hilary debe morir, está claro. —Me tapo la boca con la mano de golpe. No pretendía decirlo en voz alta, pero estoy furiosa. Y me siento protectora, como si estuviera dispuesta a subirme a su regazo y a usar mi cuerpo como

escudo para impedir que nadie vuelva a hablarle de esa manera. A hacerle daño de ese modo.

Cole suelta una risa triste, pero no me mira.

—Así que esa es la historia que le has contado a Trixie... Pero ¿cuál es la auténtica razón por la que no se lo has dicho a nadie?

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

No puedo apartar la vista de él, y tengo tantas ganas de tocarlo que reprimirme es una tortura. Me arden las manos por agarrarle el antebrazo y sentir el latido de sus venas bajo las yemas de mis dedos.

—Supongo que no quiero que nadie se compadezca de mí. No quiero que me traten como a un inválido, como si fuera débil. No quiero esas frases, esas miradas... Creo que por eso me ha gustado tu broma sobre lo de gatear.

Me muevo en su dirección para que me mire o, al menos, para que sepa que lo estoy mirando.

—No eres débil, Cole. Te he dicho que eres uno de los hombres más fuertes que conozco, e iba en serio. Me da igual tu pierna. Y si le importa a alguien, que se joda, porque será gilipollas.

Me recorre el rostro con la mirada como si no pudiera decidir dónde centrarse, y, no por primera vez, desearía saber qué está pasando por su preciosa cabeza. Ojalá pudiera diseccionarla y ver qué esconde. Cole es como un libro cerrado, y aunque hoy ha hablado más que nunca, soy codiciosa: quiero más.

Me sorprende el gruñido frustrado que nace de su pecho y la mano que sale disparada para agarrarme de la nuca y tirar de mí hacia él. Su otra mano va a mi mandíbula y me ahueca el rostro con reverencia, mirando mis labios. Como si lo fascinaran, como si fuera una tortura contemplarlos.

No muevo un músculo. No quiero quebrar el frágil momento que lo ata a mí, que ha hecho que comparta conmigo verdades susurradas en la oscuridad. Quiero que me devore, que se quede con un pedazo de mí y lo conserve.

Quiero que me desee tanto como yo a él.

Su olor se entremezcla con el de las ramas de los pinos que nos rodean y me inunda; su pecho se mueve, agitado, y su aliento me calienta las mejillas.

—Hazlo —murmuro, tentándolo—. Por favor —ruego.

Y no me lo niega.

—A la mierda —gruñe con voz ronca, y sus labios descienden sobre los míos con rapidez. Tan fuertes e implacables como él.

Deslizo las manos sobre su pecho y revolotean nerviosas sobre su cuello mientras me besa hasta hacerme perder el sentido. Ni siquiera sé qué hacer con ellas. Tiemblan cuando las paso por su pelo, y mi cuerpo se convierte en arcilla bajo sus manos.

Todo en Cole es masculino y poderoso. Me hace sentir pequeña e inexperta, y cachonda perdida. Le rodeo la cintura con una pierna para estar más cerca de él, y gime en mi boca cuando me acomodo sobre su regazo y siento su longitud de hierro crecer bajo mi trasero.

Su lengua encuentra la comisura de mi boca cuando me saborea, y sus labios se mueven con decisión, ordenándome que los separe para él. Muevo las caderas a modo de respuesta, convencida de que ya he echado a perder las bragas solo por el roce de su mano callosa en mi cuello. La forma en que me sujeta, cómo me consume, es abrumadora.

Me desea. Puedo sentir la prueba contra mi dolorido centro. Me muevo hacia abajo, cabalgándolo con descaro. Adoro la sensación de sus manos sobre mi cuerpo mientras juega con mi boca como un experto. Sus dedos se deslizan bajo mi camiseta y trazan el recorrido de mi columna, dejando un reguero de piel en llamas a su paso.

Nos besamos: una maraña de lenguas, manos y gemidos. Nos exploramos sin prisa. Y suspiro, abrumada por lo bien que me siento al estar con él, por lo poco que me importa todo lo demás cuando estoy sobre su regazo y él me reclama de este modo.

Contoneo las caderas y en mi mente aparece la imagen de nosotros haciendo esto mismo, pero sin ropa.

—Joder, Violet. Voy a reventar los pantalones si sigues montándome así.

Su voz suena temblorosa y me aparto un poco para encontrar esa mirada salvaje, dominada por la lujuria.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir. Deja de disculparte. —Su mirada se pierde en la distancia y vacila; sus dedos, de pronto, revolotean con incertidumbre sobre mi cuerpo—. Esto es... Es...

Quiero detenerlo. No quiero que diga lo que está a punto de decir porque tengo miedo de que se detenga. No creo que mi cuerpo pudiera soportarlo, y mucho menos mi corazón.

—No. Solo... ¿Puedes no echar a perder este momento? Déjalo para mañana. Déjame conservar un recuerdo de lo ardiente que fue.

No quiero que diga que esto es una mala idea, que no deberíamos hacerlo. Ya se alejó una vez después de poner los labios sobre mi cuerpo, y no creo que pueda soportarlo de nuevo. ¿Cuántas veces tiene que rechazarme este hombre para que aprenda la lección?

Esta vez voy a adelantarme. Lo beso una vez más, con fuerza, y me aparto porque sé que no es el momento ni el lugar para presionarlo.

—Está bien. Vamos a dormir.

Me mira en silencio y una profunda arruga aparece en su frente cuando me bajo de su regazo y miro hacia el suelo, intentando no pensar en cuántos bichos debe de haber ahí. Niego con la cabeza: me crie en una granja. Los bichos no me asustan. Me dejo caer en el suelo y siento la tierra y las agujas de pino en mi piel desnuda; me llega el sonido de la respiración trabajosa de Cole desde algún lugar a mis pies.

Después de un rato, se tumba a mi lado. No nos estamos tocando, pero casi. Puedo sentir su calor en la espalda y oler ese aroma a canela y clavo que siempre lo envuelve; pero ya casi no puedo oírlo.

Su respiración se ha vuelto suave y tranquila, y soy hiperconsciente de él, de lo cerca que está. Podría acurrucarme en ese cuerpo enorme y cálido y encajar a la perfección.

Me pierdo en mis pensamientos, recordando todos los mensajes que intercambiamos, todas las noches que me quedé hasta tarde hablando con él. Cómo le daba los buenos días en cuanto cogía el teléfono al día siguiente. Los chistes tontos que compartimos. ¿Cómo fuimos tan compatibles durante tanto tiempo para llegar a esta confusión? Sé que no es precisamente un libro abierto ni la persona más comunicativa del mundo, pero que no diga ni una palabra me está volviendo loca. Pierdo el norte cuando se trata de Cole Harding. ¿Será que en la vida real no estoy a la altura de sus expectativas? Su pene me ha dicho otra cosa, pero a lo mejor tendría esa reacción con cualquier otra mujer. Si no ha tenido contacto físico en años, es más que factible. ¿Se siente tan inseguro por culpa de la pierna que intenta mantener las distancias incluso ahora?

Me recorre un escalofrío al pensar en la sensación de las palmas encallecidas de sus manos arañándome la espalda desnuda. En cómo me gustaría que esa mano me estrechara con fuerza y...

—¿Tienes frío?

Me doy cuenta de que me estoy abrazando y tengo las rodillas bien juntas y,

sí, tengo frío.

—Un poco —reconozco en voz baja.

Sin previo aviso, su brazo se echa sobre mí y me acerca a su cuerpo, arropándome con él. Aún puedo sentir su erección contra mi trasero, pero me obligo a ignorarla, aliviada al sentir cómo me envuelve su calor.

Me estrecha contra él, con la barbilla sobre mi cabeza, el brazo rodeándome las costillas en un gesto posesivo y las piernas entre las mías. Encajamos a la perfección.

—¿Cole?

Deja escapar un sonoro suspiro.

—¿Sí, Violet?

—¿Crees que el bigfoot existe?

No responde. Me acerca más hacia él y me abraza con más fuerza. La sensación de su cuerpo envolviéndome me alivia, me arrulla hasta que caigo en un sueño ligero, aunque todavía soy íntimamente consciente de su cuerpo. Los lugares en los que nos tocamos parecen posibilidades abiertas, y no puedo dejar de pensar en ello. Y creo que esa idea no me va a dejar dormir. Por eso, no me pierdo su suave susurro varios minutos después.

—Lo que iba a decir es que es perfecto.

18

EN EL PASADO

COLE

«*Todos tenemos que tomar nuestras propias decisiones*». Ese puto mensaje no deja de perseguirme. Ha sido una imbecilidad decirle eso a una mujer que me importa. Una mujer que se arriesgó conmigo para... ¿qué? ¿Para que me hiciera una paja?

Niego con la cabeza.

«*Todos tenemos que tomar nuestras propias decisiones*».

No sé, a lo mejor debería seguir mi propio consejo.

No me ha devuelto el mensaje, pero sé que lo ha visto. Eso fue anoche, y esta mañana todavía no ha respondido. No creo que sea una buena señal. Mierda. He echado a perder lo único bueno que había en mi vida, lo único que esperaba con ansias en mis días monótonos y solitarios. Porque ella tenía razón en lo que me dijo meses atrás: estoy solo.

En realidad, creo que la palabra «soledad» no alcanza a definirlo.

Estoy entumecido por propia elección, y hablar con la Chica de Púrpura era lo único que me despertaba, lo único que me hacía sentir algo. Ni siquiera me he atrevido a confesarle lo de la pierna, a exponerme. Estaba demasiado obsesionado intentando mantenerlo en secreto. Ni siquiera sé por qué lo hago, aunque no me atrevo a actuar de otro modo. Tal vez, si lo hubiera sabido, habría aceptado que no quisiera activar la cámara. Tal vez, si hubiera sabido que dirijo una empresa internacional y no puedo permitir que me conozcan como el tipo que se masturba en internet, todo habría sido distinto.

Tal vez lo habría entendido.

A lo mejor dejar que alguien conozca mi secreto sería una buena forma de empezar. Alguien a quien no pueda verle en la cara el asco y la pena cuando se lo diga.

Este juego del escondite con mi pierna es jodido, y lo sé. Nunca he tenido la intención de permitir que llegara tan lejos. Empezó porque quería procesarlo por mi cuenta, pero después, cuando volví de Irak, resultó que tenía demasiado que procesar. Al parecer, ver cómo tus amigos saltan en pedazos por los aires te deja hecho mierda. Y ya no es solo tener que lidiar con la pérdida de una extremidad cuando te has pasado la vida definiéndote por

tus capacidades físicas, es que cuanto más tiempo pasaba sin decírselo a nadie, más me hundía. Cuanto más pensaba en Hilary y en sus crueles palabras, más se convertía en algo que no deseaba compartir con nadie, por mucho que confiara en ellos.

Ocultarlo se volvió parte de mí, tan natural como respirar. Cuando pienso en ello, ni siquiera sé por qué lo hago, pero no puedo parar. Estoy atrapado en mi propia red.

Cojo el teléfono y le envío un mensaje, decidido a arreglar las cosas.

Buscadordeoro85: ¿Cómo estás?

Qué guay, Cole. Tienes el don de la palabra, tío.

Después de unas cuantas horas, todavía no ha respondido al mensaje. Ni siquiera lo ha visto. Me digo a mí mismo que debe de estar atareada: su trabajo le ocupa muchas horas y ni siquiera tiene asegurado librar los fines de semana. Pero a medida que pasa el día sin recibir respuesta, me preocupo. En todo un año, no hemos pasado un día sin al menos saludar o comentar que estábamos ocupados. No porque nos debiéramos ninguna explicación, sino porque nos gustábamos lo suficiente como para hacerlo.

Buscadordeoro85: ¿Todo bien?

Todavía nada. Paso la noche abriendo y cerrando la aplicación, desinstalándola y volviendo a instalarla, esperando que sea un fallo técnico. La tecnología no deja de dar por saco. Debe de ser eso.

Pero cuando me despierto a la mañana siguiente con el teléfono en la mano y todavía sin noticias de la Chica de Púrpura, el temor me oprime el pecho. La he cagado, y no sé cómo arreglarlo. O le ha pasado algo horrible, y ese es un pensamiento al que no puedo enfrentarme. Prefiero sentirme como el idiota que soy antes que imaginar que ha tenido un accidente o algo peor.

Ni siquiera puedo pensarlo.

Solo quiero solucionar las cosas.

Buscadordeoro85: Oye, creo que debes de estar enfadada conmigo. Lo siento, no pretendía hacerte daño. Esa no era mi intención. Yo solo... Es complicado. Es una larga historia. Una que me gustaría contarte si vuelves.

Mi sufrimiento aumenta con cada día que transcurre sin una respuesta. Seguir mandándole mensajes me hace sentir patético, pero no puedo parar. Hablar con la Chica de Púrpura se ha convertido en parte de mí mismo, en un hilo que me ata al hombre que quiero ser; un hilo que estoy decidido a no romper. Voy a seguir adelante incluso si ella no está aquí para participar.

Buscadordeoro85: Creo que voy a seguir escribiéndote aunque nunca vayas a contestar de nuevo. Lo necesito.

Después de todo, se me da genial no enfrentarme a la realidad.

EN LA ACTUALIDAD

He tenido a Violet entre mis brazos toda la noche. No hay que ser un genio para saber que si dice «*Estoy bien*» significa que no lo está en absoluto, pero he seguido abrazándola de todos modos.

Apenas he dormido. Estoy agotado, pero también histérico. Lo jodí todo al besar a Violet anoche. Estaba siendo perfecto, hasta que se asustó y se apartó, y me pidió que no lo echara todo a perder. Como si supiera que siempre lo echo todo a perder.

Luego la abracé y sentí su cálido cuerpo contra el mío, como abrazar un osito de peluche. Aunque jamás he querido follar con un osito de peluche.

Yo también me estaba congelando, pero me daba igual siempre y cuando ella entrara en calor. Se quedó dormida al instante, en silencio, arrullada en el mundo de los sueños; unos pequeños y suaves suspiros escaparon de sus labios y se acurrucó más contra mi pecho.

Y yo me sentía en el paraíso abrazando a alguien que lo sabe todo sobre mí y no me mira con asco. No había estado tan relajado en años. En el medio de un bosque, dentro de un diminuto refugio de mierda, me he sentido más relajado que nunca. Y todo porque Violet estaba entre mis brazos.

Estoy jodido, porque no solo quiero arrancarle la ropa y follar con ella de todas las formas posibles, sino que también quiero prepararle el desayuno después, asegurarme de que tome las vitaminas y de que haga ejercicio. Quiero cuidar su cuerpo cuando termine de profanarlo.

Y lo que es peor: quiero hablar con ella. Quiero soltarlo todo amparado en la oscuridad y el silencio. Mi madre, mi padre, el tiempo que pasé en el extranjero. Todas esas historias que bullen bajo la superficie y amenazan con desbordarse. Cuando se rompió el pasador de la pierna, también lo hizo el dique que contenía todos mis secretos. Todo salió a borbotones, como el agua de una presa, y ahora tengo que pelear para mantenerlo bajo control.

Trixie va a estar asquerosamente complacida.

Miro a Violet, que ronca con suavidad acurrucada contra mi pecho, con una

pierna sobre la mía. La cálida luz de la mañana se filtra a través del techo del refugio e ilumina sus mejillas y su cabello. Las largas pestañas proyectan sombras, y sus labios son de un rosa pálido, del mismo color que sus pezones. Jamás voy a olvidar esas tetas perfectas.

Parece frágil y diminuta, pero si algo he aprendido este último mes sobre Violet es que es muy fuerte. Fuerte de cojones.

Sé que se independizó con la oposición de su familia, que se marchó a vivir sola decidida a ser su única dueña. No me di cuenta de cuánto éxito ha tenido, de cómo se ha hecho a sí misma. La confianza que tiene en sí misma no es escandalosa ni descarada: es sutil, natural. Le sienta tan bien que dirías que es innata. Jamás se comporta de forma ruda o grosera, solo con firmeza.

Cuando nuestros chats ya no le funcionaron, se acabó. Pasé un año desesperado, confiando en que iba a volver a iniciar sesión y a leer mis mensajes. Joder, todavía tengo ese chat abierto en mi ordenador y lo reviso todos los días. Si volviera a entrar en él, sabría que no había terminado con ella, sabría todo lo que no fui capaz de decirle en voz alta.

Admiro eso de ella. Lo envidio. Cuando la vida no fue como yo quería, me convertí en un ermitaño, pero ¿Violet? Ella siguió adelante con una sonrisa. Siempre radiante.

Sus pestañas se mueven antes de que abra los ojos y mire alrededor del refugio. Clava los ojos en mi pecho y puedo sentir cómo giran los engranajes de su mente. Cuando levanta la barbilla para mirarme a la cara, respinga. Está claro que no pensaba que yo estuviera despierto.

—¿Cuánto llevas despierto?

—Un rato —miento—. Es difícil dormir con tus ronquidos.

Se sonroja y se aparta de mí. Quiero acercarla de nuevo, pero no lo hago. No estoy seguro de cómo debo actuar esta mañana.

—¡Yo no ronco! —Parece horrorizada.

—Sí que lo haces. —Se pasa la mano por la cara como si así pudiera borrar el rubor de sus mejillas—. En realidad, ha sido más como... como ronroneos. Como un gatito.

—Ay, Dios.

—Oye, a mí me falta una pierna y tú roncas como un gatito. Todo bien.

Aparta las manos de la cara con tanta rapidez que ni siquiera puedo reaccionar cuando su dedo meñique se clava en mi pecho.

—¡Perder una pierna no es algo de lo que avergonzarse!

Ha pasado de abochornada a molesta en menos de un segundo.

Levanto las manos en señal de rendición y me aparto.

—Es verdad. Lo único vergonzoso ahora mismo es tu aliento.

Aprieta los labios y me mira con los ojos muy abiertos. Se sienta lentamente, protegiéndose la boca con una mano.

—Cole Harding, eres un imbécil —me suelta, y mira hacia abajo—. Dime dónde está la prótesis e iré a buscarla. Me muero de hambre.

—En el cajón inferior izquierdo de la cómoda de mi habitación.

Asiente y se pone en marcha, y bajo la mano para colocarme el pene. La idea de ella en mi dormitorio no me ayuda a controlar mi erección matutina, como tampoco ayuda la vista de su trasero con esos pantalones cortos cuando sale a gatas fuera del refugio.

—Asegúrate de ir cantando o algo cuando bajas. Haz ruido y mantén los ojos bien abiertos hacia el bosque. Por aquí hay osos.

—Por Dios, Cole, ¿quién te has creído que soy? ¿Una chica de ciudad?

Sale meneando el culo y unos minutos después puedo oírla desafinando un tema *country* horrible que dice algo sobre montar a un vaquero.

Vuelvo al mismo tronco en el que me senté anoche. Es un buen tronco y está en la posición perfecta para ver el camino. La maleza detrás de mí es tan espesa que nadie podría acercarse sigilosamente. Estoy muy relajado, sentado aquí, en medio de la nada, sin llevar la prótesis.

Intento no preocuparme por Violet, pero no soy capaz. Sé que puede descender la montaña sin ningún problema, pero no puedo evitar que mi mente vuelva a ella una y otra vez, como lleva haciéndolo dos años.

Aunque estoy despistado, está claro que Violet no tiene entrenamiento militar, así que la oigo llegar a un kilómetro de distancia. Cómo alguien tan pequeño puede hacer tanto ruido al andar es algo que se me escapa por completo.

—¡La tengo!

Violet sacude la prótesis sobre su cabeza como si fuera una bandera, pero sus ademanes son bruscos y su rostro parece alterado. Sí, la he pinchado con lo de los ronquidos y anoche la besé, pero mostraba un lenguaje corporal muy distinto cuando se ha marchado.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando se aproxima a mí.

Reprime un estremecimiento cuando me echa un rápido vistazo antes de bajar la mirada de nuevo.

—Nada. —Se arrodilla, se quita la mochila y abre la cremallera.

—¿Cómo está la yegua marrón? ¿Le has dado de comer? Debía de estar muerta de hambre.

—Por el amor de Dios, Cole, tiene nombre. Puedes dejar de fingir que no te gusta. —Me tiende una chaqueta negra de lana con ademanes nerviosos—. Y claro que le he dado de comer. Es imposible olvidarlo cuando suelta ese relincho estridente cada vez que nos ve.

No puedo reprimir una sonrisa. Sí, el relincho es un poco molesto, pero todas las mañanas espero su saludo, el suave roce de sus bellos en la palma de mi mano cuando le doy una zanahoria y el modo en que pasa su carita polvorienta sobre mi camisa de vestir, como si se riera de mí. No estoy acostumbrado a que alguien se alegre tanto de verme.

—Bueno, vale. Pues gracias por la chaqueta.

—He pensado que tendrías frío. —Violet lleva una chaqueta acolchada del Gold Rush Ranch y parece... incómoda. Nada que ver con cómo actuaba esta mañana, o anoche, cuando se sentó a horcajadas en mi regazo y se acurrucó contra mí. ¿Qué demonios ha pasado?

—Gracias. —Le dedico una mirada especulativa—. ¿Estás segura de que todo va bien?

—¡Sí! —dice, un poco alegre de más, alargando la ese.

No me creo ni una palabra, pero detesto que los demás se entrometan en mi vida, así que cierro la boca.

Me concentro en ajustarme la prótesis de repuesto. No es tan cómoda como la que suelo llevar ni está tan adaptada a mí, así que probablemente me rozará el muñón. No está hecha para caminar.

Miro hacia abajo y me duele la pierna que ni siquiera está ahí. Esos dolores fantasma no son tan malos como antes, pero a veces es como si no asumiera que mi pierna ya no está ahí, y puedo sentir el mismo dolor que cuando saltó por los aires; el dolor de la rehabilitación; el dolor de la pérdida.

Rara vez me molesta ya, pero ponerme una prótesis que sé que va a ser incómoda me lo recuerda.

Sacudo la cabeza y me la pongo de todos modos. No tiene sentido quejarse. Tengo que bajar la montaña como sea. Me subo el calcetín y me ato el zapato antes de mirar a Violet, que me observa con el ceño fruncido.

—¿Tienes alguna pregunta? —bromeo.

Suspira y se encoge de hombros.

—No. Es que no puedo creerlo. No me di ni cuenta. Jamás lo habría dicho: el modo en que caminas, cómo haces ejercicio, la forma... —Mueve la mano arriba y abajo como si quisiera abarcar todo mi cuerpo—. Es que mírate...

Reprimo una sonrisa. Quizá no sepa mucho sobre Violet, pero soy muy consciente de que le gusta mi cuerpo. La pillo mirándome todo el tiempo, incluso cuando intenta ser discreta, y el alivio me recorre el cuerpo como una ráfaga de aire acondicionado en un día caluroso porque aún me mira así, a pesar de que sabe lo que escondo bajo los pantalones. Bueno, una de las cosas que escondo bajo los pantalones. Me siento fatal por haber pensado que iba a mirarme de otro modo, pero es que según mi experiencia iba a ser así. No he tenido ocasión de verlo de otra manera porque estaba demasiado ocupado ocultándoselo a todo el mundo.

—De acuerdo, vámonos de esta montaña.

Me pongo en pie y dejo caer el peso sobre la prótesis para ver cómo va. Es una mierda, pero tendrá que valer.

Violet da media vuelta y echa a andar por el sendero. La sigo, convencido de que mis pasos no son tan firmes con esta prótesis y que cualquiera podría darse cuenta en este momento, pero cuando Violet reduce la velocidad para igualar mi ritmo, no dice nada.

Y ese silencio está bien.

Solo vuelve a hablarme cuando nos detenemos en el rancho.

—Gracias. ¿Nos vemos esta noche en las pistas?

Frunzo el ceño.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche tengo que correr. Por eso debo irme.

¿Por eso estaba tan apagada? ¿Porque estaba concentrada en la carrera de esta noche?

—¿Eso es seguro?

Ha dormido mal y ha tenido que subir y bajar la montaña para echarle un cable a mi culo lisiado. Correr a una velocidad vertiginosa sobre un animal de media tonelada sin estar perfectamente alerta me parece bastante peligroso.

Enarca una de sus bien formadas cejas y se cruza de brazos, y por un momento, con esa pose y esa expresión, me da la impresión de que estoy ante una versión de mí pequeña, rubia y élfica.

—Los amigos cuidan unos de otros, Violet —gruño.

Sé que no quiere que nadie le diga lo que tiene que hacer, pero esto es importante.

Ella se limita a soltar un bufido.

—Sí. Amigos.

Abre la puerta de la camioneta, la cierra de golpe y se despide con un gesto por encima del hombro mientras sube las escaleras a su apartamento.

19

EN EL PASADO

VIOLET

Me duele la cabeza y me siento como si estuviera al borde de la muerte. Apenas puedo moverme. No sé si fue por la cantidad de copas que me tomé con Billie en el Neighbor's anoche o que me siento mal por culpa de mi puñetero amigo de internet.

Se me revuelve el estómago y, una vez más, no sé cuál es la causa.

Estoy muy enfadada conmigo misma. Ni siquiera con él, porque tenía razón: fue muy sincero conmigo acerca de sus límites y sus reglas, pero seguí pensando que yo iba a ser quien pudiera cambiarlo. Sacudo la cabeza y me aprieto los ojos con las palmas de las manos para intentar calmar la jaqueca. Mi hermano mayor, Cade, me dio un montón de consejos sobre relaciones, pero ahora mismo recuerdo uno de lo más pertinente: *«No elijas a un hombre que tenga que cambiar o adaptarse para satisfacer tus necesidades. O te quiere o no te quiere, y si debes convencerlo, no te quiere como te mereces»*.

Detestaba el modo en que mis hermanos se entrometían en mi vida amorosa. Los tres me tenían en un pedestal, supongo que porque pasaron más tiempo con nuestra madre que yo. A ella la perdieron, y no querían perderme a mí también, pero me asfixiaron y terminaron por alejarme. No podía quedarme ahí. Pero en este momento daría cualquier cosa por volver, por recibir un abrazo de mi padre, una colleja de Rhet, una sonrisa de Beau o unos cuantos consejos profundos y poéticos de Cade. Los cuatro son buenos hombres, y creo que no me he dado cuenta hasta ahora.

Sé lo que me dirían esta mañana, y también sé lo que me dijo Billie anoche.

Es hora de seguir adelante. Merezco algo más. Merezco algo mejor.

Elimino la aplicación del teléfono y me siento en el suelo de la ducha, donde el chorro de agua tibia enjuga mis lágrimas silenciosas.

EN LA ACTUALIDAD

Me envuelve el ruido de las pistas mientras preparo a Brite Lite. Es el segundo

año que la monto. Es una yegua de carreras firme, inteligente y con un buen número de victorias en su haber. Pero hoy la hermosa yegua gris está tan inquieta como yo, que me muero de ganas de volver a donde estaba hace un mes. Me coloco los auriculares y me pongo a trabajar para distraerme, tarareando para intentar calmar sus nervios y los míos. Pero en lugar de reproducir la carrera en mi mente, revivo las veinticuatro últimas horas.

El descenso de la montaña y el posterior viaje a casa fueron tranquilos. Extraños. No sabía qué decirle a Cole, pero, de todos modos, estaba tan ocupada reuniendo las piezas en mi cabeza que no podría haber encontrado un tema de conversación intrascendente para llenar el silencio.

Cuando entré en su dormitorio para coger la prótesis, intenté no cotillear, pero no lo conseguí. Soy humana, al fin y al cabo. Y daba igual, porque el lugar estaba escrupulosamente limpio al estilo militar. Todo bien ordenado e impecable. Me pregunté si pulía los suelos con un cepillo de dientes, como hacen en las películas, pero ni siquiera me atreví a comentárselo, porque cuando cerré el cajón de la cómoda en el que guardaba la prótesis de repuesto, moví el ratón que estaba junto al portátil. El portátil que estaba abierto. El portátil que estaba abierto con nuestro chat en pantalla. Los mensajes de hace más de un año estaban ahí, mirándome a los ojos.

Y para demostrar que, de hecho, soy humana, no pude apartar la mirada ni dejar de desplazarme por la pantalla, preguntándome por qué demonios tenía el chat abierto en el ordenador cuando yo no había respondido en un año. Hasta que me di de bruces con la respuesta.

Buscadordeoro85: *¿Cómo estás?*

Buscadordeoro85: *¿Todo bien?*

Buscadordeoro85: *Oye, creo que debes de estar enfadada conmigo. Lo siento, no pretendía hacerte daño. Esa no era mi intención. Yo solo... Es complicado. Es una larga historia. Una que me gustaría contarte si vuelves.*

Buscadordeoro85: *Creo que voy a seguir escribiéndote aunque nunca vayas a contestar de nuevo. Lo necesito.*

Buscadordeoro85: *Hablar contigo ha sido lo más terapéutico que me ha pasado en años. Por favor, responde. Quiero corresponderte. Compartir mis secretos me aterroriza, pero voy a intentarlo.*

Buscadordeoro85: *No creo que vayas a volver, pero, si lo haces, mi oferta sigue en*

pie. Quiero volver a tener un «nosotros» o lo que quiera que sea esto.

Buscadordeoro85: *A veces sueño con conocerte en la vida real, con las cosas que te haría.*

Buscadordeoro85: *Te echo de menos.*

Ha estado enviándome mensajes desde que le hice *ghosting*. Incluso cuando me mudé. Como un diario dedicado a mí. El aliento abandonó mi cuerpo con un silbido sordo y la sangre me palpitaba en los oídos.

Buscadordeoro85: *Esta noche he llevado tu cuerpo inerte a mi casa. Sé que estabas noqueada por los analgésicos, pero de todos modos me he sentido mal. He cargado antes con cuerpos inertes, y no puedo soportar la idea de que el tuyo pudiera ser uno de ellos. Me he quedado dormido en el pasillo escuchando el sonido de tu respiración.*

Buscadordeoro85: *Hoy me has convencido de ir a tomar algo a ese pub de mierda. Ha sido lo más divertido que he hecho en años.*

Buscadordeoro85: *Hoy te has mudado. No esperaba que fuera a hacerme tanto daño.*

Las lágrimas brotan de mis ojos cuando termino de leerlos. Cada mensaje es como un puñal clavado en mi corazón. El hombre más reservado y distante del mundo ha convertido mi corazón en una puta diana con sus palabras, y ni siquiera sé cómo decírselo.

Me he quedado total y absolutamente muda. He pasado un mes encerrada con él, un hombre al que he llegado a pensar que ni siquiera le caía bien, y todo ese tiempo ha estado escribiéndome. Me he flagelado porque desear a Cole Harding iba en contra de toda lógica, porque estaba convencida de que iba a defraudarme y a avergonzarme de nuevo, y él ha estado escribiendo cartas de amor que sabe que jamás veré mientras yo intento ser su amiga.

Cualquiera se habría desmayado. Los mensajes son dulces, tan dulces que me duelen los dientes, pero me confunden: podría habérmelo dicho. Tampoco es que no hayamos hablado de nuestro pasado. Ahora me siento como una niña tonta por este *crush* que he mantenido en secreto, sorteando sus estados de ánimo.

Si hubiera sabido que me echaba de menos, que me deseaba, habría saltado a su regazo mucho antes y lo habría besado.

Desato el cabestro de Brite Lite, que pasa la cabeza por la brida al momento,

y le coloco el bocado con facilidad. Normalmente es muy educada, pero hoy es como si quisiera devorar el bocado. Como si quisiera hacerse con él como vamos a hacernos con la carrera.

Es hora de dejar de pensar en el enorme soldado melancólico y de concentrarme en machacar a Patrick Cassel en esta segunda ronda. Brite Lite también está lista. Juraría que se ha dado cuenta de que esta es una oportunidad para vengarnos, una revancha. Las mujeres tenemos el instinto muy aguzado para esas cosas, especialmente con tipejos como Patrick.

Salimos a la brillante luz del sol, muy diferente a ese día lluvioso de hace poco más de un mes. Las condiciones son perfectas.

Billie aparece de ninguna parte con Mira a su lado.

—¿Va todo bien? ¿Cómo está Brighty? —pregunta, y sus ojos dorados me escudriñan como si supiera que algo está pasando. Nadie lee a la gente mejor que Billie.

Nadie.

—Sí. Estamos listas. —Asiento, con el instinto competitivo que viene con lo de ser la única niña y la menor de cuatro hermanos.

Billie me ayuda a meter el pie en el estribo con la facilidad que nace de la práctica y me da una palmadita en el trasero antes de echar a andar, pero se frena en seco cuando escuchamos una voz suave y con un leve acento.

—Buena suerte hoy, señorita Eaton.

Stefan Dalca. Nuestro gran competidor de la zona de Ruby Creek en el circuito de las carreras de caballos. Todos piensan que no juega limpio, y Billie lo odia a muerte después de que tratara de sobornar a Vaughn para que le vendiera a DD. Lo que habría sido un gran error, y no solo porque el rancho se habría quedado sin su semental ganador, sino también porque Vaughn habría perdido a Billie.

—Dalca, pedazo de...

Me enderezo en la silla, preocupada por si a Billie se le va la olla por culpa de ese genio vivo suyo. Pero Mira se coloca frente a nosotras con su expresión neutra y mira hacia el hombre vestido de traje.

—Stefan, vamos a dar un paseo. —Dobla el dedo y va en dirección opuesta sin siquiera mirar atrás, convencida de que él va a seguirla.

Tengo que reconocerle que ha hecho que ese hombre, habitualmente sereno, parezca un poco conmovido. Se coloca las solapas de la chaqueta del traje y se aclara la garganta antes de dar media vuelta y marcharse.

Billie finge una arcada y yo me echo a reír, porque sé cuánto lo detesta. Pero, dadas las circunstancias, creo que debería tenerle más miedo a Mira. Billie puede ser una bomba de relojería, pero Mira es inteligente, astuta y sagaz. A Billie la ves venir porque arrasa con todo para acabar contigo, pero ¿Mira? Mira te dejaría fuera de combate antes de que pudieras darte cuenta de que está ahí.

Esta noche voy a canalizar mi Mira interior y a apartar a la dulce y tranquila Violet.

Voy a derribar a Patrick Cassel del único modo que sé: en la pista.

Entro en el rancho y aparco justo enfrente del corral de Pipsqueak. No podía dormir porque estaba demasiado emocionada con mi victoria, así que me he calzado un par de sandalias, me he puesto una chaqueta de punto sobre el pijama floreado de pantalón corto y camiseta de tirantes y me he escabullido del apartamento. Todavía está oscuro y hace mucho tiempo que ha pasado mi hora habitual de acostarme. Confiaba en mantener mi llegada en secreto, pero la yegua es como una guardiana que hace sonar la alarma en cuanto me ve.

Pequeña traidora...

—Hola, mi niña. —Salgo del coche con una bolsa repleta de caramelos de menta y voy hacia ella—. Hemos ganado. He hecho que todos muerdan el polvo. Ha sido la leche. —Ella relincha y pasea los belfos por mi bolsillo al percibir el olor a menta. Saco un caramelo y se lo doy. Se le forma una espuma blanca en los belfos al masticarlo—. Me iba a ir a la cama, pero no podía dormir, y he pensado en venir a celebrarlo contigo.

Miro hacia la casa, que está a oscuras, y niego con la cabeza.

Maravilloso, Violet. Finge que no estás aquí para espiar a Cole. Finge que pensar en él y preguntarte dónde está no es lo que te ha mantenido despierta.

Todavía no sé qué voy a hacer con lo que he leído en su portátil, y mucho menos qué decirle. Una parte de mí está enamorada de él y la otra solo quiere que entre en razón de una vez. Está demasiado destrozado y repleto de falsa bravuconería.

Todo el mundo piensa que es frío y sereno, que no tiene sentimientos, y creo que en algún momento yo también llegué a creer lo mismo. Pero ahora todo lo que veo es su tristeza, cómo se encierra en sí mismo, lo solo que está. Antes tenía miedo de que me hiciera daño, pero ahora tengo miedo de ser yo quien

se lo haga. Amarlo es una gran responsabilidad.

—¿Violet?

El sonido profundo y ronco de su voz somnolienta me provoca un escalofrío que trepa por mi columna.

Me giro lentamente para ver su oscura silueta en el porche delantero de la casa azul.

—Hola. —Recorro con la mirada ese tronco perfecto con forma de triángulo y sus fuertes muslos—. ¿Has visto mi carrera?

—No, lo siento. No he podido ir.

La decepción me recorre el pecho. Me habría gustado que estuviera ahí.

—¿Te he despertado?

—Sí, pero ya era hora.

¿Qué? Me acerco al porche y me doy cuenta de que solo lleva unos calzoncillos ajustados y una camiseta.

—¿Has dormido todo el día?

Se pasa una mano por el pelo.

—Sí, estaba bastante cansado.

Me acerco y me agarro a la barandilla del porche.

—Y yo que creía que bromeabas cuando dijiste que mis ronquidos te habían mantenido despierto...

Suelta una risa profunda y suave como la miel que quiero que me pase por todo el cuerpo para luego lamerla.

—No habría sido seguro que durmiéramos los dos. Vigilaba.

—¡Podríamos habernos turnado! —Detesto sentirme impotente, y no me gusta ni un pelo que no se haya molestado en incluirme en la toma de decisiones—. No necesito que me mimes. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Sus ojos grises me inmovilizan, belicosos.

—Sí, no dejas de decirlo, pero, Violet, permitir que te ayude no te hace débil. Solo quiere decir que me importas. Sé que no me necesitas, pero quiero estar ahí para ti. Déjame cuidarte del único modo que puedo.

—¿Es ahora cuando me dices que eso es lo que hacen los amigos?

Veo el movimiento de su garganta cuando traga con esos ojos perspicaces clavados en mí.

—No.

Una palabra. No dice nada más, pero no hace falta. Es una confesión.

Me humedezco el labio inferior con la lengua; su cuerpo se cierne sobre mí, a tan solo unos pasos de distancia. Juraría que el aire entre nosotros sube de temperatura con cada segundo que pasa, como si pudiera sentir su calor desde esta distancia.

—Vi los mensajes —espeto—. En tu portátil.

Parpadea un par de veces, aunque su expresión es ilegible, no muestra emoción alguna, pero cuando se aleja de mí y vuelve cojeando a la casa, me inundan emociones suficientes para los dos. Ya está alejándose. Otra vez.

Y me hierve la sangre. Me siento abandonada, frustrada y agotada. Y entro como un tornado en la casa a la que llamé hogar durante un mes, pisándole los talones cuando va hacia el salón.

—¡Podrías hablar conmigo! —grito, más alto y más fuerte de lo que he gritado en toda mi vida. Me arden las mejillas y al principio me siento un poco mal. Esto no es propio de mí, pero estoy harta de que no mantengamos esa conversación. Me gusta tomarme las cosas con calma, pero esto es excesivo. Cole es demasiado poco comunicativo.

Se da la vuelta, con la mandíbula tensa y las venas de los brazos latiendo con fuerza, bajo la lámpara de pie que arroja una luz tenue en el rincón. Sus manos se convierten en puños y luego se abren.

—¿Qué quieres que te diga?! —me devuelve el grito—. Nunca me abro ante nadie. ¿Crees que para mí todo empezó y terminó con una foto? ¿Crees que fue fácil perderte? ¿No saber si estabas bien? ¿Echarte tanto de menos que sentía un dolor físico? ¡Me destrozaste!

Sus palabras se me clavan en el corazón y se me encoge el pecho, hueco y palpitante, con el peso de su confesión. Me rodeo el cuello con los dedos para detener las náuseas.

Me ha echado de menos. Lo destrocé.

—Tú me destrozaste primero —susurro, pero esa admisión resuena en la silenciosa estancia como un grito.

Su sonrisa rezuma dolor cuando mira hacia el techo.

—No estás destrozada. Eres perfecta. Y yo soy una colcha hecha de retales. Pasé años recogiendo mis jirones, todos los momentos claves de mi vida, toda la angustia, y poco a poco volví a unirlos, pero no soy buen costurero, Violet. —Sus ojos angustiados encuentran los míos y solo quiero abrazarlo, pero sus palabras me dejan clavada en el sitio—: Y ahora los bordes se están deshilachando; me estoy rompiendo por las putas costuras, y tú eres la que

tiene el hilo que puede deshacerlo todo —gime, y se pasa una mano por el cabello ya despeinado—. ¿Es que no lo ves? —Niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos y suplicantes—. Tienes el poder de desmadejarme por completo, y aborrezco sentirme así.

El pulso me late con fuerza en el cuello cuando lo miro fijamente, y trago saliva, ahogada por el peso de la responsabilidad.

—Prometo no desmadejarte, Cole. Tampoco ha sido fácil para mí. Me hiciste daño. Me siento muy vulnerable y tengo que saber qué es lo que hay entre nosotros de una vez por todas.

—No soy bueno con las palabras, pero puedo demostrártelo. —La voz retumba en su pecho, aunque el tono es diferente, y sus ojos me clavan al suelo.

Agarra la espalda de su camiseta y se la quita por la cabeza; engancha los pulgares en la cintura de los bóxers sin apartar de mí ni por un instante esos ojos grises del color del humo.

—¿Qué haces? —jadeo, inmóvil y sin aliento, incapaz de alejar la mirada de su cuerpo bajo la tenue luz.

—Noche de juegos. ¿Necesitas saber qué es lo que hay entre nosotros? Todo.

Me quedo sin respiración cuando se baja los bóxers. De mis labios escapa un suspiro y lo contemplo como una perfecta *voyeur*, atónita. ¿*Esto está pasando de verdad?* Mi mente se queda en blanco cuando lo veo desvestirse delante de mí; es como si estuviera viviendo una experiencia extracorpórea.

Se quita los bóxers y veo cómo su pene se hincha bajo mi mirada, grueso, largo, venoso y cada vez más duro.

—Mirar fijamente es de mala educación, Violet.

Alzo la vista hasta su cara y me muerdo el labio; me late todo el cuerpo y noto la humedad entre mis piernas.

—Lo siento.

Una sonrisa depredadora se abre paso en su rostro.

—No hay por qué.

Y tiene razón. Jamás he sentido menos algo en toda mi vida.

—Dime qué quieres que haga ahora.

—¿Qué?

Siento los latidos de mi corazón por todo el cuerpo y me arden los dedos por las ganas de tocarlo.

—Has leído los mensajes —dice con voz ronca—. Te dije que iba a corresponder. Dime.

Todas las cosas que quiero decirle se me atascan en la garganta. No sé si voy a poder hacerlo. Este hombre, este adonis está frente a mí y su erección dura como una roca apunta en mi dirección.

Soy consciente de que desnudarse ante mí de ese modo, mostrarse así de vulnerable, es el acto definitivo de confianza.

Me humedezco los labios y doy un paso hacia él.

—La mano.

Envuelve los dedos alrededor de la gruesa base de su eje.

—¿La mano qué?

Me cuesta muchísimo llevar la mirada hasta su rostro.

—Pon la mano en tu polla.

Mi audacia me arranca un escalofrío. He fantaseado un montón con Cole en los dos últimos años, pero se me hace raro poner esas fantasías en voz alta.

Doy otro paso para verlo más de cerca. Está muy bien dotado, y ese tamaño encaja a la perfección con el resto de su cuerpo: fuerte, grande y tentador.

—Acaríciate. Quiero ver cómo te acaricias la polla —susurro con voz ronca.

Su mano se desliza sobre la piel sedosa; mira hacia abajo y un mechón de cabello oscuro cae sobre su frente. Está despeinado y completamente a mi merced. Delicioso. Mi corazón y mi centro laten al unísono.

Cuando alza la mirada, encuentra la mía, y sé que estoy perdida. Sus mejillas se muestran sonrosadas; sus ojos, salvajes; su cuerpo, tenso. Y todo lo que deseo es tocarlo y hacer que se sienta bien.

—Cole... —Su nombre escapa de mis labios como una oración.

Me quito la chaqueta y la dejo caer al suelo alrededor de mis pies junto con todas mis inhibiciones.

20

COLE

Se me encoge el pecho cuando la chaqueta cae al suelo. El pequeño pijama de flores deja muy poco a la imaginación y solo quiero arrancárselo y dejarla desnuda junto a mí.

Me siento terriblemente vulnerable y fuera de mi elemento. Ella lo sabe todo de mí, sabe el desastre que soy, y no ha huido.

Se acerca. Cada paso nervioso que da se clava en mi corazón. No me mira como si fuera patético, me mira como si nunca pudiera saciarse de mí. Soy incapaz de recordar la última vez que una mujer me miró así, y está despertando algo en mi interior que no había sentido desde hace mucho tiempo.

Sigo moviendo la mano, acariciándome mientras ella se acerca lentamente, como si pudiera asustarme. Y eso que no sabe lo que puede suceder si se acerca lo suficiente como para que pueda tocarla.

Estoy harto de evitar lo que hay entre nosotros.

—Violet, si no quieres que pierda la cabeza por completo, detente ahí mismo.

—¿Y qué pasa si quiero que la pierdas? —dice en voz baja, con las mejillas sonrosadas.

Me cuesta respirar cuando habla así; es tan sexy sin necesidad de esforzarse, tan inocente...

—No sabes dónde te metes.

—¿No? —dice, ladeando la cabeza—. No sé por qué, como soy pequeña y callada, todo el mundo piensa que soy una mojigata. —Se muerde el labio y me mira de arriba abajo, como si yo fuera su plato favorito—. ¿Te sorprendería saber que llevo dos años imaginando cómo sería follar contigo? Eres mi fantasía favorita, Cole.

—Violet...

No consigo disuadirla y da otro paso.

—Con las manos, con un juguete, con otros ho...

—Violet —rezongo—. No quiero oírlo.

—¿Estás celoso?

Asiento porque es así: imaginarla con otro hombre que no sea yo me hace verlo todo rojo. Doy un fuerte tirón a mi polla.

Está muy cerca, y una sonrisita de complacencia se dibuja en sus labios.

—Bien.

—Pequeña descarada... Todo vale si vas a burlarte de mí de esa manera.

Engancho la mano libre en la cintura elástica de sus diminutos pantalones cortos para acercarla a mí.

Echa la cabeza hacia atrás y me mira con los ojos muy abiertos y llenos de sorpresa; mi polla dura se clava en su vientre.

—Bien —repite.

Se me acelera el corazón. Ni siquiera sé por dónde empezar. Lo quiero todo, cada centímetro de su cuerpo. Quiero borrar a besos todos los malos recuerdos, hacerlos desaparecer y darle otros nuevos y deliciosos. Quiero ver cómo se corre una y otra vez.

Mis dedos encuentran los finos tirantes de su camiseta y los deslizan por sus hombros, primero uno y después el otro. La respiración de Violet se vuelve trabajosa y entrecortada cuando me agacho y le doy un beso en la mejilla.

Dejo un reguero de besos a lo largo de la línea de su mandíbula hasta el lóbulo de su oreja; lo mordisqueo y luego lo chupo para aliviar la quemazón.

—Ponte de rodillas —susurró.

Vuelve la cabeza y me besa en los labios con fuerza. Sus delicadas manos se pierden entre mi pelo y su lengua se desliza entre mis labios. Sabe a pasta de dientes y a bálsamo labial de cereza. Es deliciosa, y apenas puedo esperar a probar lo que hay entre sus muslos.

Se aparta y sus manos recorren mi pecho y mi abdomen mientras se pone de rodillas ante mí. *Joder*. Esa visión de ella mirándome con esos grandes ojos azules es todo lo que he soñado. Mi polla se endurece aún más sin que pueda evitarlo. Me agacho y le bajo la camiseta para dejar sus tetas al aire. Me encanta su aspecto desarreglado y expuesto en el medio del salón.

—Eres preciosa, joder —murmuro.

Mira mi polla palpitante, separa los labios y se echa hacia delante para lamer la gota de líquido preseminal. Y luego me lame como si fuera una puta

piruleta, como si fuera lo mejor que ha probado en su vida, y casi me corro al instante.

Pone una mano en mi muslo y ahueca la otra en la parte posterior de mi rodilla, justo por encima de la prótesis; se mete mi polla en la boca sin apartar la mirada de mi cara ni un solo segundo.

No sé qué he hecho para merecer esto. Ni siquiera estoy seguro de merecerlo. Pero la imagen de Violet de rodillas ante mí se ha grabado en mi memoria para siempre.

Me rodea con la lengua y se le ahuecan las mejillas cuando chupa.

—Dios, Violet...

Le recojo el cabello platino con una mano para que no me impida verla, y con la otra le sujeto la mandíbula y mi pulgar le acaricia la mejilla. Balancea la cabeza ansiosamente, deslizándose sobre mi longitud, tomándome tan profundamente que su nariz choca contra mi vientre. *Pero. Qué. Cojones.*

—Esto se te da de coña.

Ella me lame de nuevo y deposita un casto beso en la punta de la polla. Esta podría ser la mejor mamada de mi vida, pero hay más cosas que quiero hacer.

Le tiro del pelo con suavidad.

—Levántate. Siéntate ahí. —Le señalo el sillón con la cabeza y la agarro del codo para guiarla hasta ahí.

Se sienta con rapidez y me mira como si estuviera metida en un lío, con las manos entre las rodillas y las tetas apretadas entre los brazos.

—¿Ahora vas a ponerte tímida conmigo? —Doy un paso y hago una mueca por el dolor en el muñón. Aunque no me importa en absoluto.

—No —susurra—. Me quitaré los pantalones si te quitas la prótesis. Te está haciendo daño. —Gimo. Ese es un nivel de intimidad para el que no sé si estoy preparado. Y entonces añade—: No llevo bragas.

Y me agacho al instante para quitarme el calcetín y deshacerme de la prótesis.

Me siento expuesto, así desnudo, frente a la mujer más hermosa que he visto. Joven, vivaz, completa.

—Estás para comerte —suelta, y se lame los labios.

Me doy cuenta de que ni siquiera me mira el muñón. Sus ojos se deslizan por mi cuerpo con avidez, como si no fuera capaz de decidir qué parte le gusta más, cargados de lujuria y deseo. Y, de pronto, me importa una mierda la pierna. Si Hilary era el veneno, Violet es el antídoto.

Me arrodillo ante ella, con las manos sobre los apoyabrazos del sillón. Se echa hacia atrás y se baja los pantalones. Cuando se quedan atascados en sus muslos, le echo una mano, saboreando la sensación al deslizarlos sobre su piel, el modo en que se flexionan sus pantorrillas cuando se los quito por los pies. Pongo las manos sobre sus rodillas y le separo las piernas.

Joder, esto es muchísimo mejor en la vida real.

Paso las palmas de las manos por el interior de sus muslos, y le doy un apretón antes de llevar una mano hasta la unión entre sus piernas.

—Ay, Dios —resopla; su mirada vuela hasta mis manos, con los ojos azules oscurecidos por el deseo.

—¿Es esto con lo que has estado fantaseando, Violet? —pregunto, manteniéndola abierta para mí.

—Esto... Esto va mucho más allá.

No puedo evitar reírme.

—Si ni siquiera te he tocado aún...

Sus caderas se contonean y tengo ganas de darme puñetazos en el pecho: está condenadamente ansiosa. Por mí.

Paso el pulgar sobre su entrada, ella gime y lo hago de nuevo con más firmeza, separando sus labios.

—Violet, estás empapada para mí.

—Siempre —susurra, y esa confesión me arranca un gemido.

¿Por qué he tardado tanto en llegar a esto?

Deslizo el pulgar en su interior y suspira, con los ojos cerrados. Parece sentirse tan bien que hundo dos dedos en su calor húmedo y siento cómo se estira a mi alrededor.

Miro cómo se endurecen esos perfectos pezones rosados, cómo se le pone la carne de gallina en los brazos.

—Me pregunto cómo sabe ese coño tan bonito.

Abre los ojos de golpe justo a tiempo para ver cómo me meto esos dos dedos en la boca.

—Joder... —murmura, mirándome embelesada mientras la saboreo.

Y luego la acerco a mí y me sumerjo en su interior.

21

VIOLET

Estoy teniendo una experiencia extracorpórea y muy alejada de mi zona de confort. Cole Harding es lo más sexy que he visto. Ya lo pensé el primer día que se acercó a mí en el círculo de ganadores —mayor, rico, bien parecido—, pero ver su cabello negro y despeinado entre mis piernas es otro nivel.

Es primitivo. Una tortura deliciosa.

El modo en que me rodea las piernas con los brazos, el roce de su barba contra la cara interna de mis muslos. Esa puñetera lengua...

Me siento diminuta y expuesta abierta de este modo ante él, pero no como la última vez. Esta vez está aquí, y la forma oscura y posesiva en que me mira me atenaza las entrañas.

Dejo escapar un sonido que resuena como nunca antes. Un sonido que en otro momento me habría hecho sonrojar, pero ahora mismo estoy más allá de sonrojarme: todo mi cuerpo está en llamas; soy como un enorme rubor. Muevo las caderas hacia su cara y él me devora con más ganas, me lleva más alto. Lengua, dientes, labios: todo en su justa medida. Este hombre es un maestro.

—Cole... —Enredo los dedos en su cabello oscuro y doy un suave tirón.

Se detiene solo el tiempo necesario para dejar unos cuantos besos dulces a lo largo del interior de mi muslo.

—No te pares.

Su risa me recorre la piel como una corriente eléctrica, profunda e íntima. Siempre que comparte una risa conmigo lo siento como algo importante. Él no va dejando escapar risitas como si no significaran nada: para él, son verdaderas muestras de afecto, y me embebo de ellas.

Cuando desliza dos dedos dentro de mí y los dobla en el lugar perfecto, me desmorono.

—¡Cole!

Me tiemblan las piernas que están rodeando su cabeza; los dedos que están hundidos en su cabello laten al ritmo de mi corazón. Me atraviesa una oleada de calor puro y estallo en un orgasmo que me hace arquear la espalda hasta el límite.

Y veo las estrellas.

Pero cuando termina no me siento agotada: estoy hambrienta. Quiero más. Quiero ver a Cole llegar así de alto, quiero verlo deshacerse por mí.

Lo quiero en mi interior.

Clavo los dedos en sus hombros bien tonificados para aferrarme a ellos, pero están húmedos y se me resbalan.

—Ven aquí. Te necesito.

Me mira desde su lugar entre mis piernas, con los labios muy brillantes y los ojos muy abiertos y negros como el carbón.

—Violet, no importa, podemos ir despacio.

Me suelta y desliza las manos por mis muslos, mirando hacia mi coño de nuevo.

Lo agarro de la muñeca y lo acerco a mí; me agacho y capturo sus labios. Gime cuando mis manos le recorren los hombros. Jamás voy a saciarme de esos hombros: anchos, grandes, redondeados.

—Estoy harta de ir despacio. Ya te he deseado bastante tiempo —susurro contra su mejilla.

Deja escapar un gruñido sordo, me agarra y se sienta en el sofá, intercambiando nuestras posiciones: ahora estoy a horcajadas sobre él, como esa noche en el refugio del bosque, salvo que ahora no hay nada entre nosotros y siento su longitud pulsando entre mis piernas. Muevo las caderas para deslizarme sobre él y sentirlo piel con piel.

Mira hacia sus manos, que me estrechan la cintura, y luego su vista se pasea por mi cuerpo.

—Quítate la camiseta. —Su voz es puro calor y ya no hay en ella ni rastro de incertidumbre.

Obedezco al instante sin sentir la más mínima timidez por estar desnuda ante Cole. Ya me he mostrado así antes, aunque en ese momento sabía mucho menos sobre él, sobre la clase de hombre que es. Y es un buen hombre. Sensible, dañado y muy muy bueno.

En el pasado tampoco pude ver cómo me está mirando ahora mismo: con asombro, con lujuria sin disimulos, con avidez.

—No tengo condones. —Aparta la vista al decirlo.

Me levanto sobre las rodillas, sobre su regazo, y siento la cabeza de su polla contra mi muslo.

—No importa, estoy tomando la píldora. Y quiero sentirte dentro de mí.

—Joder, Violet... —Las yemas de sus dedos se estrechan contra mi cintura cuando me levanta para alinearnos—. Voy a ver cómo entra cada centímetro —murmura, y me hace descender sobre él.

Siento cómo me abro, la abrumadora sensación de plenitud mientras me deslizo a lo largo de su polla y sus dedos se clavan en mí con fuerza. Jadeo ante la sensación, al saber que está de verdad dentro de mí.

—Así, nena. Cada centímetro —dice, descarado.

Su voz es ronca y tengo los nervios a flor de piel. Quiero que me desmonte y vuelva a montarme. Miramos hacia abajo, hacia donde se unen nuestros cuerpos sin nada entre nosotros. Solo los dos.

Juntos por fin.

Me agarra la barbilla y me besa con rudeza, con tanta pasión que me deja sin aliento. Me saboreo en sus labios y contoneo las caderas para acompañar el ritmo que marca.

Su lengua se mueve al compás de mi pelvis. Su mano libre me recorre el cuerpo dejando un rastro de calor abrasador. Siento cada centímetro de él, cada rugosidad, mientras mueve las caderas para encontrarse conmigo, empujando su longitud en mi interior con abandono.

Chocamos. Nos derretimos. Sanamos.

No necesito poesía o una disculpa grandiosa porque él no es así. Solo necesito esto. Es amándome así, abriéndose así ante mí para demostrarme lo que siente. La frase *«Los hechos valen más que las palabras»* nunca ha tenido tanto sentido.

Cole Harding no estaría follando así conmigo si no le importara. Me siento como una reina en su regazo; aparta su boca de la mía y la desliza por mi cuello y mis clavículas.

—Eres tan hermosa, joder... —susurra, y captura un pezón en su boca pecaminosa—. Y preciosa. —Alivia el ardor con la lengua, y levanta la mirada hacia mí, conmocionado. Es como si estuviera adorándome en un altar en esta sala en penumbra. Sus manos ascienden temblorosas hasta mis rodillas—. Tan preciosa para mí...

No puedo evitar llevar las manos hasta su rostro ni que mis dedos le

recorran la cicatriz de la frente. Sé que jamás querré dejarlo ir después de esto.

—No me dejes marchar esta vez.

Traga saliva y sus ojos arden, como deben de estar ardiendo los míos. Asiente.

—No lo haré.

—Vale. Pues ahora haz que me corra de nuevo.

Se mueve con fuerza y rapidez en mi interior. Me agarra de las caderas e invade mi cuerpo, dominante. Mis muslos chocan con los suyos cuando me levanta y su longitud entra en mí una y otra vez.

El sudor humedece su pecho y tiene las mejillas sonrosadas.

—Déjame ver cómo te acaricias el clítoris, Violet. Córrete en mi polla.

Extiendo la mano hasta su hombro y me echo hacia atrás. Sus palabras son suficientes para llevarme al límite y solo necesito un par de caricias de mis dedos para llegar al clímax otra vez. El calor se acumula en mis riñones y estallo en un orgasmo.

—¡Cole! —grito; siento el ardor entre mis piernas y se me acalambran los empeines.

Me derrumbo sobre su pecho húmedo y agitado, a su merced, y él empuja un par de veces más, rozando mis puntos más sensibles.

Y tras un poderoso embate, se queda congelado.

Me estrecha entre sus brazos y se aferra a mí como si su vida dependiera de ello, y se derrama en mi interior.

Pecho con pecho.

Corazón con corazón.

Nunca un baño caliente me había sentado mejor; en parte porque me duele todo el cuerpo por culpa del mejor sexo de mi vida y en parte porque estoy sentada frente al hombre más deliciosamente sexy que he conocido. Los brazos de Cole reposan sobre sus muslos y sus manos rodean mis pantorrillas; tiene la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Tengo un montón de preguntas, pero no puedo dejar de admirar su cuerpo. Es una obra de arte, un testimonio de las largas horas dedicadas a la curación, a la adaptación y a la supervivencia. Es la prueba viviente de su fuerza y su resistencia.

Una puñetera delicia.

Recorro con la mirada la pierna que termina justo debajo de la rodilla, con

esa cicatriz de un rojo furioso al final del muñón y la piel fruncida para cerrar ese miembro que no pudieron salvar. Pero, sobre todo, me quedo mirando su enorme polla. De hecho, me cuesta apartar la mirada de ella.

Sí, me estoy volviendo loca y ni siquiera me importa. Parece un muñeco Ken bien dotado y de alguna manera, como por arte de magia, ha estado dentro de mí. De una rata de rancho peleona de un pueblito de vaqueros. De la pequeña y flacucha Violet Eaton.

—¿Estás seguro de que no has practicado sexo desde hace años? —dejo escapar, porque no puedo creer que este hombre maduro, atractivo, rico y exitoso esté interesado en mí o que la haya mantenido dentro de los pantalones tantos años.

No levanta la vista, pero veo cómo contrae la mejilla y siento cómo su pulgar me acaricia la pantorrilla.

—Sabía que tenías preguntas. Casi he podido escuchar cómo giraban los engranajes de tu cerebro.

—A ver, es que... Venga... Mírate. ¿De verdad intentas decirme que no te has acostado con nadie desde...? —Ag. Ni siquiera puedo decir su nombre. Estoy celosa, y es patético—. ¿Desde quien leches fuera ella?

Los hombros le tiemblan con una risa silenciosa, pero no abre los ojos.

—Al principio tuve algunos encuentros ocasionales con extrañas, en los que no tenía que quitarme la ropa de todo, solo hacer que se incli...

—Vale. Ya lo capto.

Se ríe de nuevo, abre un ojo para mirarme y me pilla mordiéndome el labio con nerviosismo. Sabe que estoy celosa, pero no me lo echa en cara.

—Lo único que aprendí de eso es que no me gusta el sexo ocasional —dice sin más.

—Sí, pero ¿años? Podrías haber tenido a quien hubieses querido.

Deja escapar un gruñido de desacuerdo.

—Tal vez no quiera estar con cualquiera. Creo que me gusta tener una relación. Probablemente por eso me di tanta prisa por comprometerme. Pero ella no me quería: quería la idea que tenía de mí. El estatus. —Suspira y se incorpora—. Tú...

El corazón me da un vuelco en el pecho.

—¿Yo qué?

—Tú permaneciste a mi lado cuando no sabías nada de mí, como si de verdad disfrutaras con mi compañía, y nadie disfruta de ella. Ya no. Eras como

una polilla atraída por una llama, que sabe que en un momento u otro va a quemarse. Eras hermosa e inocente, y fuerte. Me daba pánico dejar que te acercaras, abrirme a ti. Pero nunca tensaste la cuerda. Me hiciste necesitarte sin estridencias. —Se rasca la barba—. Y luego te fuiste, y me dije a mí mismo que tenía razón, que todos acaban por abandonarme. Hasta que el universo decidió tomarme el pelo y te trajo de nuevo a mi vida.

Dejo escapar una risa entrecortada y parpadeo con rapidez, dándole vueltas a sus palabras.

—Supongo que fue así.

—Te limitaste a ser tú misma. No tardaste ni un segundo en volver a por más y me obligaste a salir de mi caparazón. Fuiste implacable, absorbente. Habías visto la oscuridad en mi interior y te importaba una mierda. No te asusta, no me miras como si esto fuera una tragedia. Me miras como si estuviéramos predestinados.

Me arde la garganta y se me empañan los ojos. Lo miro con una sonrisa llorosa porque no estoy segura de poder hablar. Y lo que no digo es que justo eso es lo que me asusta: estamos predestinados.

22

COLE

Por segundo día consecutivo, me despierto con Violet acurrucada contra mi pecho. Está pegada a mi cuerpo como si no pudiera acercarse lo suficiente a mí, y sus pequeñas manos se aferran a mi camiseta blanca para mantenerme a su lado.

Sonrío. Me gusta esta imagen. Me gusta que quiera tenerme cerca. Me gusta despertarme a su lado, con su olor en mis sábanas. Ni siquiera me molestan sus suaves ronquidos. Me parece encantador que alguien tan pequeño y delicado pueda hacer ese ruido.

El sol se filtra a través de la ventana del dormitorio y hace brillar su pálido cabello. Parece un ángel. Tiene entreabiertos esos sensuales labios como pétalos de rosa y no puedo evitar recordar cómo deslizó mi polla entre ellos, cómo se arrodilló ante mí mirándome a los ojos.

Me pongo duro al instante. *Joder*. Jamás podré olvidarlo. Quizá fuera ella la que estaba de rodillas, pero era yo el que rogaba. Tengo ganas de pellizcarme para ver si estoy despierto: una mujer como Violet me desea, y no puedo entenderlo.

Su comentario acerca de que yo podía tener a quien quisiera me hace negar con la cabeza. Soy un hombre de treinta y seis años sin nada que ofrecer además de una empresa heredada y un trastorno de estrés postraumático a causa de un padre muerto y una pierna amputada. Sin hogar, sin amigos, sin hijos. Siempre he querido tener hijos. Pero aquí estoy, sin ninguna de esas cosas en mi horizonte.

Y Violet, con todo eso a su disposición, quiere... ¿Me quiere a mí? No puedo entenderlo. Ni siquiera he intentado ser quien no soy: me he comportado de forma hosca, inalcanzable, y las ocasiones en las que he cedido a sus encantos he terminado rechazándola como si no valiera nada.

Y me doy cuenta de que puede valer un mundo.

Es la luz al final del túnel, el sol que mi oscura existencia necesita con desesperación. No puedo dejar de acariciarle la sien con los labios: está preciosa ahora mismo, rodeada por mis brazos.

—Hola —murmura, acariciándome el pecho.

—Lo siento. No era mi intención despertarte.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Es una forma estupenda de empezar el día.

El corazón me golpea las costillas. *¿Lo dice en serio?*

Le doy un beso en el pelo y acuno la parte posterior de su cabeza, sorprendido incluso de que me deje tocarla. Es preciosa, joder...

—¿Qué hora es? —Ni siquiera saca la cabeza del refugio que forman mis brazos.

Miro hacia la mesilla de noche.

—Las ocho.

—Tengo que irme —gime.

—¿Por qué?

—Tengo que ir a la ciudad. Hoy tengo que montar a algunos de los caballos más jóvenes. Y luego iré con DD a las pistas. ¿Vas a venir a verme?

Su voz suena esperanzada y trago saliva bruscamente. Normalmente, no me vuelven loco las carreras, pero ¿ahora? ¿Después de esto? ¿Tener que ver a Violet a lomos de un caballo, corriendo a velocidad de vértigo en el mismo lugar en el que vi morir a mi padre? No sé si seré capaz, me parece espantoso.

Creo que tengo que llamar a Trixie y soltarle mis mierdas.

—Claro —digo en tono neutro, pasando una mano por su esbelta espalda, que asciende y desciende con su respiración. Es algo reconfortante en este momento, en el que intento no obsesionarme con la idea de que ella puede acabar herida. O algo peor.

Desliza una mano sobre mis costillas y me estrecha contra ella.

—Estaré bien.

—Lo sé —murmuro.

La mentira me sabe amarga. No sé si estará bien. No soy adivino. Son palabras vacías, pero las pronuncio porque sé que es lo que ella quiere escuchar.

El tráfico de la ciudad es insoportable. Supongo que después de más de un

mes viviendo en Ruby Creek me he acostumbrado a llegar a todas partes en cuestión de minutos y sin encontrarme con nadie, y eso es algo que valoro. Prefiero estar aislado antes que el ruido, el caos y esa sensación de vivir en un hormiguero que da el centro de Vancouver. Todos se mueven como hormiguitas obreras descerebradas apresurándose a llegar al trabajo para poder pagar la subida del alquiler o, Dios no lo permita, de la hipoteca. El mercado de la vivienda en esta ciudad es terrorífico.

Podría permitirme comprar una casa si quisiera, pero no lo hago por principios. Una casita en ruinas en un terreno diminuto no debería costar más de un millón de dólares. He visto cómo vive la gente en otros lugares del mundo, y me rechina el exceso de esta ciudad. Es un desperdicio.

Quizá por ello ha llegado a gustarme la vida en el campo y los vecinos de los pueblos pequeños, que viven bien dentro de sus posibilidades. Son gente trabajadora que no intenta aparentar lo que no es. Es otro mundo: un mundo más pequeño, más tranquilo y más auténtico, en el que la gente trabaja para disfrutar de lo que tienen en lugar de trabajar para comprar algo con lo que impresionar a sus amigos.

Tienen una mentalidad muy diferente, una con la que podría comulgar más de lo que imaginaba en un principio.

Como el tráfico en esta puta tarde de domingo no avanza, decido que también podría coger el toro por los cuernos y llamar a Trixie, algo que he estado evitando, porque, la verdad, no sé cómo va a reaccionar ante todo lo que ha ocurrido.

¿Habré salido por fin del pozo? ¿Esto ha ido demasiado rápido? Sí ha sido rápido, y ni siquiera hemos hablado de lo que hay entre nosotros. Violet me ha besado dulce y profundamente esta mañana cuando ha salido de mi casa, y luego ha cogido su coche y se ha ido.

Sus únicas palabras han sido «*Hasta luego*», y he perdido tanto la práctica en cuestión de mujeres que no sé lo que ha querido decir.

Anoche, en esa bañera, le conté más cosas de las que jamás le he contado a nadie, excepto a Trixie, y ella no escapó corriendo. ¿Dónde nos deja eso? Me siento como un adolescente. ¿Podría dejarle una notita como hacía en aquel entonces?

«¿*Quieres ser mi novia? Marca sí o no*».

Resoplo. Pulso en la pantalla del teléfono y escucho el tono de llamada a través del sistema de *bluetooth*.

La voz de Trixie atruena en la cabina de mi camioneta; me estremezco y bajo el volumen.

—Cole, es domingo.

—Me he acostado con alguien. —Eso debería hacerle cambiar de actitud.

Los altavoces permanecen silenciosos unos segundos.

—¿Con alguien de verdad o por internet?

¿Por qué todo el mundo sigue diciendo esas cosas?

—Con alguien de verdad.

Ella deja escapar un largo silbido.

—¿Y cómo ha estado?

—Joder, Trixie, ¿los terapeutas les preguntan eso a sus pacientes?

—¡Ja! No veo por qué no. Si vas a llamarme un domingo como si fuera tu amiga, entonces puedo hacer las mismas preguntas que una.

Dejo escapar un gemido. Trixie es cualquier cosa menos una terapeuta típica y, por supuesto, eso es lo que me gusta de ella en realidad. Y por triste que parezca, también es lo más cercano que tengo a una auténtica amiga. Y eso que le pago...

—Ha sido... abrumador.

—Pero ¿abrumador en el buen sentido?

—Sí —respondo, seco, sintiéndome incómodo a pesar de que he sido yo quien la ha llamado.

—Bueno, ¿y dónde has conocido a esa persona?

—Es Violet.

Casi puedo sentir la sonrisa de Trixie a través del teléfono. Se ha pasado el último año diciéndome que tenía que plantarle cara a la situación y hablar con Violet, decirle algo, cualquier cosa, en lugar de fingir que no existía. Que, incluso, aunque eso no nos llevara a ningún lado, iba a sentirme mejor después de sacármelo de encima.

Pero seguí posponiéndolo, diciéndome que ya lo haría en algún momento. Todo lo que tenía que hacer era conducir hasta el rancho y hablar con ella, pero no, en lugar de eso me escondí en el palco del propietario y la miré con mala cara en todas las carreras en las que corrió. No me había perdido muchas desde que había descubierto quién era. Solo en la que Cassel la derribó, porque estaba ocupado con la mudanza, y ayer, que estaba demasiado dolorido y cansado por la aventura en la montaña. Me sentí mal por no haber estado ahí, como si hubiéramos mantenido una relación en secreto de la ella que no sabía

nada.

Porque era así: le escribía a través del chat, la miraba desde el palco y le pedía noticias a Vaughn, que siempre me miraba con suspicacia cuando me las daba. *Eres patético de cojones, Harding.*

—Me alegro por ti, Cole —dice Trixie, como si no pensara que lo he jodido todo.

—¿Eso es todo? ¿No vas a dejarme ninguna perla de sabiduría? ¿Ningún consejo? ¿No vas a reñirme?

—Mmm..., ¿qué quieres que te diga?

—No sé, algo. Lo que sea. Que es demasiado joven.

A lo mejor soy un perverso.

—¿Es mayor de edad? ¿Fue consentido?

«*Quiero sentirte dentro de mí*», dijo, y Trixie sabe que Violet tiene veintitantos. Solo intenta demostrar algo.

—Sí.

—En ese caso, no veo dónde está el problema —dice sin más.

—Ella es muy vivaz. Y tiene un gran futuro por delante.

—¿Y tú no?

Suelto un gemido. Siempre me hace lo mismo: llevarme a su terreno.

—No me siento como si fuera así.

—Bueno, ¿y le has preguntado a ella? ¿Crees que una mujer a la que me has descrito como inteligente y que tiene un gran futuro se liaría con un peso muerto? ¿Qué diría eso de ella?

Le doy vueltas a su lógica y entiendo lo que quiere decir: si Violet es como la he descrito, entonces, debe de haber encontrado algo en mí que yo no alcanzo a ver.

Ella interpreta mi silencio como una respuesta.

—Supongo que ella ya sabe lo de tu pierna.

—Sí. —Me paso las manos por la cara al recordar cómo sentí que mi mundo se venía abajo en esa montaña. Cómo quise que me tragara la tierra de ese sendero para evitar que ella lo supiera—. Salimos de excursión y la prótesis falló. Lo supo de primera mano —espeto. Detesto lo inútil que me hizo sentir la situación.

—¿Y cómo reaccionó?

Pienso en las bromas que hizo sobre volar y gatear, y suspiro.

—No pareció importarle lo más mínimo.

—Llevo dos años diciéndote que a nadie más que a ti le importa lo de tu pierna.

Me echo a reír al recordar las otras ocasiones en que me ha dicho algo así: *«No eres una figurita de porcelana, deja de actuar como tal»*.

—Supongo que necesitaba pruebas. Y el universo se lo ha currado.

—Sí, tiene una forma divertida de hacer las cosas.

El tráfico se mueve con lentitud hacia Bell Point mientras reflexiono sobre la manera en que el universo ha entretejido a Violet en mi mundo. Lo imprescindible que se ha vuelto.

—Seguro que sí —medito—. Es solo que no quiero frenarla.

—Pero ¿quieres estar con ella? —Trixie suena demasiado optimista. Casi odio confesarme.

—Sí —respondo, porque es cierto. Me he negado a admitirlo, pero es cierto. Quiero que Violet sea mucho más que una amiga, real o por internet. Y, desde luego, quiero que esto sea algo más que una sola noche.

—Entonces, no la frenes. Apóyala. Sé su mayor admirador.

Toda la esperanza que había brotado en mi corazón muerto se marchita. ¿Cómo voy a poder apoyarla si no soy capaz de aceptar que compita en las pistas? ¿Y por qué coño el universo la ha puesto en mi camino cuando no puedo soportar la idea de darle un beso de despedida cuando sale a hacer lo mismo que mató a mi padre?

—Y, Cole —agrega—, habla con ella.

Hablar con ella. Genial.

Estoy en el palco del propietario junto a mi hermano, mirando hacia la pista que está a nuestros pies. Es casi la hora de la carrera, y creo que voy a vomitar. Me cruzo de brazos e intento controlar el pánico que asciende desde mi vientre.

—Tienes pinta de ir a matar a alguien. —Vaughn bebe un sorbo de whisky y me dedica una mirada juguetona. Siempre está de broma. ¿Cómo será mostrarse tan despreocupado? Ojalá lo supiera.

Respondo con un gruñido. No me importa tener pinta de ir a matar a alguien. Eso significa que mi cara de póquer sigue intacta, porque desde luego no quiero que parezca que estoy a punto de desmayarme. O peor, que soy un tonto enamorado. Y lo que es más: no quiero hablar de mi pasado con Violet

ahora que él lo sabe. De hecho, me sorprende mucho que todavía no haya bromeado al respecto.

—Caballeros —escucho a mis espaldas, y me doy la vuelta para encontrarme cara a cara con un hombre al que nunca había visto. Pelo rubio oscuro, nariz torcida, traje caro... Parece un completo imbécil.

—Dalca —dice Vaughn. Su tono frío no se parece en nada al que ha usado para burlarse de mí hace un momento—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ah, así que este es Stefan Dalca, el hombre que intentó estafar a mi hermano pequeño. El jefe de Patrick Cassel, el gilipollas que hizo caer a Violet. Quiero matarlos a los dos.

—Solo quería disculparme por el comportamiento de Patrick Cassel. Lo he despedido.

Vale, ahora quiero matarlo un poco menos. Quizá solo mutilarlo, o romperle otra vez la nariz.

—A quien le debes una disculpa es a la señorita Eaton.

Él vuelve sus ojos de halcón hacia mí: son inteligentes, observadores y repletos de confianza en sí mismo. No me fío un pelo de este tío.

—La buscaré. —Sus labios dibujan una sonrisa astuta que me encantaría borrarle, pero me limito a asentir. Mis días de perder los estribos ya han quedado atrás. Tengo mejores cosas que hacer—. Buena suerte hoy.

Extiende la mano como si fuera a estrechársela.

La miro y luego alzo la vista hasta su rostro. No pienso darle la mano a este tipo: lo único que va a recibir de mí es una expresión desinteresada. Vaughn hace lo mismo.

—De acuerdo, dos huesos duros de roer —sonríe, y se marcha pavoneándose. Entiendo por qué Billie lo detesta. Es extraordinaria juzgando a la gente.

—Genial. Me encanta cuando te muestras así de glacial. Da un miedo de cojones. —Le pega un nuevo trago a su bebida con una gran sonrisa boba en su rostro—. Violet es mucho más valiente que yo.

Y ahí está.

Me vuelvo hacia Vaughn, que parece un niño en la mañana de Navidad esperando a ver mi reacción a su comentario.

—Y Billie es mucho más paciente que yo.

Vaughn suelta una carcajada tan fuerte que le tiemblan los hombros y la gente nos mira.

—Joder, y demos gracias por ello —dice, y mira hacia la pista a su espalda—. ¡Ahí van!

Señala a Violet, que está sentada sobre un caballo oscuro y reluciente, vestida con el equipo negro y dorado, con el pelo color champán recogido en trenzas a su espalda. Me da náuseas verla ahí fuera, pero las controlo. No quiero comportarme así y no quiero que mi hermano pequeño lo vea.

DD hace cabriolas al lado del jinete que los guía por la pista, y me alegro de que haya alguien para escoltarlos de manera segura. Algunos caballos están brincando con nerviosismo, pero no el pequeño semental. Avanza lentamente, seguro de sí mismo, como si fuera consciente de su elegancia. Violet también parece serena: inmóvil y silenciosa, acaricia arriba y abajo con una mano el cuello musculoso del caballo.

No debería estar nervioso por esta carrera. No es gran cosa, solo una clasificatoria, pero lo estoy: tengo el pecho encogido y el corazón amenaza con salirse por la boca.

Me cruzo de brazos cuando entran en los cubiles. Le he escuchado decir a Violet que DD se pone nervioso en ese lugar, y también soy consciente de que los jinetes pueden lesionarse ahí si las cosas salen mal. Aprieto los puños con fuerza bajo mis bíceps: tal vez el dolor me permita concentrarme en algo que no sea la ansiedad.

Suena la campana, las puertas se abren de golpe y los caballos salen en un caos de cascos ruidosos y tierra levantada.

Violet y DD se quedan atrás, como era de esperar. Ese es su juego, su estrategia.

Rechino los dientes cuando hunde los pies en los estribos, en sincronía con el caballo que se estira bajo ella, moviéndose al compás. Es un semental quisquilloso, pero Violet lo deja hacer: acepta sus peculiaridades y las usa a su favor para convertirlas en características ganadoras en lugar de obligarlo a ser el tipo de caballo que no es.

En el primer tramo se mantienen rezagados, pero no demasiado atrás, y tras la primera vuelta cambian de táctica: Violet se agacha, sube más las manos en el cuello del caballo y galopan por el medio de la pista abriéndose camino hasta el pelotón de cabeza.

Justo donde sucedió. El resbalón, la caída, los cascos. Y una forma inmóvil en la tierra mientras el grupo seguía alejándose hacia la línea de meta; un hombre en tierra de nadie.

Han pasado años y esa imagen sigue grabada a fuego en mi mente. Nadie dio la vuelta. En el ejército no dejamos a nadie atrás, ni siquiera a los cadáveres.

Un caballo gris se pone delante de Violet y contengo el aliento. Vaughn se da cuenta, pero no dice nada, solo me mira por el rabillo del ojo. Violet reduce la velocidad, jugando a lo seguro mientras espera su oportunidad. Y cuando ve el camino libre, guía a DD hasta la pista exterior; eso significa que se verán obligados a cubrir más terreno, pero si alguien puede hacer que funcione, es ese equipo, eso lo tengo claro.

Los murmullos resuenan en el palco cuando ella se agacha y acerca más los brazos a DD, que devora la distancia a su paso. No es un caballo grande ni tiene las patas demasiado largas según los estándares de los caballos de carreras, pero esa pequeña bala no permite que nadie lo frene.

Es un auténtico espectáculo.

A medida que se acercan a la línea de meta con todo el carril despejado, el gélido terror que me dominaba se convierte en algo más cálido: excitación. Está a punto de conseguirlo de nuevo, y eso me llena de orgullo.

El trabajo duro, el sudor y la feroz determinación están dando sus frutos. Una pequeña pueblerina con una voluntad inquebrantable y una actitud positiva infalible está haciendo realidad sus sueños. Y la admiro muchísimo por ello.

Vuelan a través de la línea de meta, junto a otro caballo que va a la par. Está tan reñido que no puedo decir quién ha ganado. Pero me da igual, lo único que quiero es ver a Violet. En este momento me doy cuenta de lo mucho que la necesito, de cuánto la deseo. Quiero sentirla y saber que está bien. No había tenido tanta ansiedad desde que me dieron el alta, cuando ni siquiera podía escuchar el portazo de un coche sin dar un brinco.

Te has caído con todo el equipo, tío.

—Creo que ha ganado al límite. Va a decidirse el ganador con la foto *finish* —murmura Vaughn; niega con la cabeza, haciendo sonar las llaves que lleva en el bolsillo.

Al parecer, no soy el único que está al borde de un ataque de nervios, pero él va a quedarse aquí porque Billie no quiere que esté en su espacio cuando trabaja, y eso es algo que respeto. De pronto, me doy cuenta de que no sé qué prefiere Violet. ¿Quiere que esté abajo? ¿Hay alguna posibilidad de que vayamos a ser algo más? No estoy seguro de poder gestionarlo. ¿Qué tal ahora? ¿O después de la carrera? ¿Y si espero hasta esta noche, cuando

volvamos al rancho? ¿O a mañana? ¿La sigo como un cachorrito triste?

Eres la hostia de patético, Cole.

Dejo escapar un gemido; aborrezco lo inseguro que me siento con todo esto. Odio no tener el control, porque es en esos momentos cuando ocurren los accidentes: las misiones salen mal, la gente se hace daño. Los corazones se rompen.

—Tengo que irme —le digo a Vaughn, y me giro antes de que pueda verme la cara, porque a pesar de lo bueno que soy ocultando mis emociones, creo que ahora mismo debo de llevarlas escritas en la cara. No me importan los resultados de la foto *finish*, solo necesito a Violet.

Me abro paso a través de la multitud que abarrota el palco, me dirijo a la salida, bajo las escaleras, salgo por la puerta y me adentro en el bochornoso calor. En lugar de girar hacia las pistas, voy en dirección a los establos.

Voy a encontrarme con Violet porque es lo que me hace sentir bien y, si lo pienso dos veces, dejaré que la incertidumbre me convenza de no hacerlo. Dios sabe que ella se ha expuesto ante mí muchas veces para llegar a conocerme, y como un imbécil obcecado, he cogido mucho más de lo que he dado.

¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me diga que no es buen momento porque está ocupada? Me he enfrentado a peores desastres por una recompensa menor.

Entro en los establos y voy hacia la fila de boxes con el cartel del Gold Rush Ranch. Mira, la veterinaria, está ahí revisando lo que parece una gran caja de herramientas.

—¿Dónde está Violet?

Se vuelve muy despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Perdón?

—He dicho...

—No —me interrumpe—. Sé lo que has dicho, pero te has olvidado de la buena educación.

Tenso la mandíbula. ¿Por qué todas las mujeres en el Gold Rush Ranch son unas impertinentes? ¿Vaughn lo ha convertido en un requisito para el puesto? Ni siquiera Violet tiene los modales apacibles de antes, lo que es bueno. Billie y Mira le han hecho mucho bien. Pero, joder, es agotador que me llamen la atención todo el tiempo. Es como si viviera rodeado de jóvenes Trixies.

Suelto un suspiro dramático y lo intento de nuevo.

—Disculpa, ¿has visto a Violet?

—Sabía que no eras tan malo como dice Billie —canturrea la mujer del cabello negro. *Maldita Billie*—. Supongo que ha ido a pesaje. Sal por ahí y probablemente te encuentres con ella. —Señala el extremo opuesto de un camino oscuro.

—Gracias —me despido, y voy en esa dirección.

Ella me guiña un ojo, como si supiera que lo mío no tiene arreglo. Pero cuando doy la vuelta a la esquina solo puedo pensar en Violet de rodillas, sobre mi regazo, en mi cama...

Es como si hubiera derribado todos mis muros de contención y ahora no pudiera evitar desbordarme, rezumar por todas partes. Cuando salgo a la calle iluminada por el sol, veo a Violet caminando hacia mí con un sencillo vestido azul que combina a la perfección con sus ojos. Lleva el pelo recogido en un moño, y cuando me ve su sonrisa es deslumbrante.

—¡Hola! —grita; mueve los brazos y da un saltito—. ¡Estoy tan contenta de que estés aquí...! ¡Hemos ganado!

Y en ese momento me convierto en un cavernícola.

23

VIOLET

Cuando veo a Cole saliendo de los establos, no puedo reprimir una sonrisa. Al acercarme, miro hacia otro lado: es tan hermoso que duele, como una nube de tormenta oscura y amenazante, y un auténtico mojabragas. Pero lo conozco, y sé que en el fondo es como un cachorro de...

Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando me agarra de la muñeca y me lleva a rastras hacia los establos.

—¿Qué ocurre?

Me lleva por la fila de cobertizos oscuros y luego me mete en un establo vacío. Cuando me vuelvo para mirarlo, es todo ojos acerados y líneas duras. Da un paso adelante y yo retrocedo, no porque tenga miedo, sino más bien porque no confío en mi capacidad para no derretirme bajo esa mirada. No puedo creer que hubiera estado a punto de llamarlo «cachorro». Los pezones me rozan contra el sujetador y aprieto los muslos cuando choco con la pared.

Levanto una mano para frenarlo.

—Cole, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? —murmura—. Lo que pasa es que no puedo dejar de pensar en ti, en esas tetas perfectas, ese coñito prieto y esos labios.

Suelto un gemido y me sonrojo. Quizá anoche se mostrara vulnerable, pero este es el Cole que recuerdo: rudo, obsceno y la leche de sexy. El hombre que podría llevarme al límite, que es exactamente donde quiero estar.

Intento decir algo, pero solo boqueo como pez fuera del agua, como si estuviera fuera de mi elemento.

—¿Hoy llevas bragas? —Su intensa mirada me recorre dejando un rastro de calor a su paso.

Me cubre un rojo vivo de la cabeza a los pies, y miro a nuestro alrededor. El cubículo está más bajo que el callejón, y no hay mantas, solo una alfombra de goma. Me guía hasta la esquina de la pared frontal; no puede vernos nadie a

menos que entre en el box.

Echo los hombros hacia atrás y lo miro a los ojos, negándome a ser la Violet tímida. Me deshice de ella hace mucho tiempo. O, al menos, creo que lo hice.

—Sí.

—Date la vuelta.

—¿Qué? —Se me salen los ojos de las órbitas.

—He dicho que te des la vuelta.

La sangre corre enloquecida por mis venas; suelto un suspiro tembloroso y me vuelvo hacia la pared de madera del establo.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —Se acerca y siento su calor a lo largo de la espalda, su aliento en mi nuca.

—Bien —respondo con sinceridad—, te lo mereces.

Sisea y por fin pone las manos sobre mí, justo en la curva de mi cintura. Me agarra el vestido y lo levanta; el dobladillo me cosquillea en la parte posterior de mis muslos desnudos.

—Debería darte unos azotes por hablarme así. —Gimo y contoneo el trasero para rozarlo contra el duro bulto en sus pantalones—. Eso te gustaría, ¿verdad?

—Sí —suspiro.

Hace un instante estaba en mi elemento: he galopado hacia la línea de meta, he esperado los resultados de una carrera que he ganado y he ido a pesarme. Y al instante siguiente estoy echada hacia delante, restregándome contra el hombre en el que no puedo dejar de pensar, y que va a azotarme por bocazas. Su palma aterriza con rapidez y seguridad sobre mi trasero, y no puedo reprimir el gemido de necesidad que escapa de mis labios. La sensación punzante se convierte en calor, y me encanta.

Hoy está siendo un buen día.

La palma de su mano se apoya entre mis hombros, y me separa los pies con los suyos con perfecta autoridad y completo control sobre sí mismo... y sobre mí.

Un escalofrío me recorre la columna y me someto a la caricia de sus manos, lo que le permite echarme hacia delante. ¿Está bien que yo sea ferozmente independiente salvo cuando esas manos están sobre mí? Porque en este momento lo único que quiero es hacer lo que me dice y dejarme llevar, no esforzarme tanto durante unos minutos. Es adictivo. Liberador.

Mi respiración se convierte en jadeos entrecortados cuando me coloca la

falda sobre la parte baja de la espalda y mete los dedos bajo mis bragas de encaje para deslizarlas hacia abajo y dejarlas a la mitad de mis muslos. Pasa las manos por mi trasero y me da un apretón apreciativo.

—Estás para comerte con ese tono rosa en el trasero, Violet. —Su voz es serena, pero me retumba en los huesos, como si su cuerpo le hablara directamente al mío—. Pero dejaré eso para cuando te lleve a casa, de vuelta a mi cama, donde perteneces.

—Joder... ¡Sí! —Eso es todo lo que acierto a decir antes de perder por completo el control cuando desliza un par de dedos entre mis piernas. Cuando estoy desnuda me siento demasiado flaca y poco femenina, pero cuando Cole me toca soy una mujer muy diferente.

Gime y me estremezco cuando mete un dedo dentro de mí.

—Ya estás mojada. Pervertida. Esto te gusta, ¿eh?

—Eso es lo que tú me provocas —digo con voz ronca, mirándolo por encima del hombro.

Sus ojos se clavan en los míos, oscuros y frenéticos.

—Dime qué quieres.

No tengo ni que pensarlo.

—Más. Siempre más.

Una mano sale disparada para aferrarse con brusquedad a mi barbilla, y sus labios se estampan contra los míos mientras se pelea con su cinturón y su cremallera. Mete la lengua en mi boca sin vacilar: no pide, toma.

Y yo doy.

Siento la cabeza de su polla deslizarse por mi abertura y gimo sobre su boca. Me inunda la avidez, está tardando demasiado, va demasiado lento y lo quiero ya.

Arqueo la espalda y me muevo hacia él, sintiendo cómo se desliza en mi interior, duro y rápido, como el beso: implacable y feroz, eso somos. Dos cuerpos unidos, dos personas que corren una hacia otra sin tener el sentido común de detenerse antes de chocar.

Separamos los labios, me vuelvo hacia la pared y dejo caer la cabeza cuando se estrella contra mí. Una de sus manos se aferra a mi cadera y la otra se desliza sobre mi espalda. Sus dedos callosos ascienden hasta la base del cráneo y se aferra con suavidad a mi cuello para mantenerme en el sitio.

Como si pudiera moverme.

Me gustaría decirle que no hay otro lugar donde desee estar, pero tengo el

cerebro hecho papilla y el cuerpo en llamas, y no consigo encontrar la voz.

Desliza la mano sobre mi estómago, me acerca a él y me empuja hacia la pared, con sus dedos acariciando en círculos el lugar perfecto, llevándome más y más alto mientras yo me balanceo en sus brazos, al borde del precipicio. Tendría que pararme a pensarlo, pero estoy más allá de eso.

Salto por el borde y él me sigue. Lo siento estremecerse y quedarse quieto, cubriendo mi cuerpo con el suyo. Suspiro cuando se relaja sobre mí; sus labios ocupan el lugar de su mano sobre mi nuca y deja caer un reguero de besos por mi columna. Escucho su respiración jadeante junto a mi oído.

—Esto ha sido... —Ni siquiera encuentro las palabras. ¿Inapropiado? ¿Poco profesional? ¿Supersexy?

—Sí —responde, tan jadeante como yo. Se agacha para subirme las bragas y me baja el vestido sobre las piernas desnudas. Sus manos son cálidas y reverentes mientras me arregla, y cuando me da la vuelta hacia él, me besa con dulzura y anhelo.

Cole es un hombre de dicotomías: caliente y frío, rudo y suave, seguro e indeciso. Es polifacético, y en estas semanas que he pasado con él me he dado cuenta de que me gustan todos esos matices. ¿Los adoro? Quizá, pero eso suena como las divagaciones de una chica enamorada que se ha colado por un hombre maduro y rico al que lleva años deseando. Y no quiero ser esa chica, así que no me permito pensar así.

En cambio, le devuelvo el beso poniendo en él todos mis sentimientos: toda el ansia, todo el cariño, toda la aceptación. Quiero que los sienta, que sepa que estoy aquí por él, que lo quiero tal como es.

Cuando sonrío contra mis labios me pregunto si lo he logrado.

—¿Puedo ir a tu casa esta noche cuando termine aquí? —inquiero en voz baja.

Me ofrece una de esas sonrisas suaves tan poco habituales que hacen que se me caigan las bragas, encierra mi cabeza entre sus manos, y me da una de sus típicas respuestas de una sola palabra.

—Sí.

Dejo escapar una risita cuando me envuelve entre sus brazos de acero y me besa con suavidad en la coronilla.

Cole Harding es mucho más romántico de lo que parece.

—Abre la puerta.

Cole me devuelve la mirada con los enormes bíceps cruzados sobre el pecho y las piernas separadas. Esto es lo que me viene a la cabeza cuando Billie lo llama «G. I. Joe»: pantalones verde militar y una camiseta negra que parece a punto de reventar por culpa de sus músculos.

Durante las dos últimas semanas, cuando no estábamos trabajando o en público, hemos estado desnudos. Juntos. Me gusta pensar que estamos recuperando el tiempo perdido.

—¿Estás segura?

Sé que quiere negarse, que se preocupa por mí cuando monto a caballo, y sé que la muerte de su padre todavía lo persigue. No ha tenido que decírmelo de forma explícita para que me haya dado cuenta. Pero no puedes vivir atemorizado por las tragedias inesperadas, y la única forma en que puedo demostrárselo es hacer que pase tiempo conmigo y con «el único caballo que le gusta». Quiero que entienda la diversión y la alegría que montar a caballo puede darle a su vida.

Estoy sentada a lomos de Pipsqueak y él se comporta como si fuera mi guardaespaldas, literalmente. No quiere que la lleve a campo abierto a pesar de que me he pasado las dos últimas semanas ayudándola a acostumbrarse a las pistas. Ahora camina, trota y galopa con la silla. Todavía cuesta un poco dirigirla, pero todo se andará.

Además, la dirección no importa mucho en campo abierto.

—Muy segura. —Le dedico la más seria de mis miradas tratando de infundirle confianza, aunque estoy segura de que solo parezco una niña a punto de hacer una travesura. Y la verdad es que no estoy segura. No se puede estar seguro de nada en esta vida. No puedes saber si morirás al tener a tu cuarto hijo o montando a caballo o al pisar una mina. No hay garantías. Si alguien me hubiera dicho hace dos años que iba a ser la *jockey* del caballo de carreras más popular del mundo, no lo habría creído posible.

Pero aquí estoy. Viviendo la vida a tope, tal como me prometí que haría. Ni mi padre ni mis hermanos han podido detenerme, y tampoco va a conseguirlo Cole. Quiero que estemos juntos a largo plazo, y necesito su apoyo.

No parece muy convencido, pero mantiene la puerta abierta para que pueda llevar a Pippy al camino de entrada. Las colinas cerca del rancho se muestran en toda su exuberancia en esta época del año. Me encanta correr en las pistas, pero galopar en campo abierto me lleva a mis orígenes, me devuelve a los

alrededores de Alberta, donde crecí pastoreando con los ponis por las montañas. La Columbia Británica es hermosa, pero a veces echo de menos las praderas, menos domesticadas, más agrestes: tierra llana e inacabable.

Paso junto a él y las orejas de Pippy se sacuden. Levanta el cuello y mira a su alrededor. Es dulce y apacible, pero incluso ella puede sentir el cambio en el ambiente. Y esa es la gran pregunta con respecto a esta potranca: ¿es demasiado tranquila para correr?

—Buena suerte —dice Cole a regañadientes, tensándose al vernos marchar.

Miro por encima del hombro, le guiño un ojo y le lanzo un beso, intentando no fijarme en su rostro ceniciento. Parece enfermo, y si lo miro demasiado, me bajaré de un salto y correré a abrazarlo. Así que me vuelvo hacia el campo frente a mí. Es la hora de descubrir qué esconde esta potrilla.

Cuando llego hasta la hierba, le doy un suave toque en las costillas, instándola a trotar. Mira a uno y otro lado y, cuando se da cuenta de que hemos salido de su refugio, deja escapar un relincho emocionado.

Me recorre un escalofrío. Qué sonido tan espantoso en una yegua tan bonita. Bajamos una pendiente suave y después lo único que hay ante nosotras es el campo de heno recién cortado formando un gran montículo al final, el mismo en el que Billie trabajó con DD. En caso de que no pueda detenerla, mi plan es usar esos montones para reducir la velocidad, como si fueran uno de esos carriles de frenada para camiones.

Muevo las riendas para cortarlas y ajusto los pies en los estribos para estar lo más firme posible sobre la silla antes de dejar que Pippy galope por primera vez. Cuando cambio de postura, tensa el lomo y las ancas, como si supiera lo que está por llegar.

Deslizo una pierna tras la cincha y le doy un pequeño empujón, y ella se pone al trote, aún un poco insegura, como si no supiera lo que espero de ella. No me sorprende lo más mínimo. Es como si no quisiera poner ni un solo casco fuera de su sitio. Me alzo en la silla, me echo sobre su lomo y aflojo los codos, dejando que mis manos floten sobre su cuello. Mueve las orejas hacia atrás, dubitativa, así que le doy un apretón con las piernas y chasco la lengua. Ella se pone al galope al momento, y sonrío.

Pippy es un caballo de carreras.

24

COLE

Violet se estremece entre mis brazos, se restriega contra mí y mi polla se pone en posición de firmes al instante. Pero cierro los ojos con fuerza porque quiero quedarme justo así y saborearlo un rato más.

Mi mente vagabundea hasta ese día en las pistas, cuando le dejé saber que yo era Buscadordeoro85. Habría podido no decir nada y ella nunca habría sabido quién soy, quién era, y ahora no estaríamos aquí, juntos. Esa decisión precipitada ha alterado por completo el curso de mi vida y, por una vez, no voy a quejarme.

Ya llevamos varias semanas durmiendo juntos. No hemos pasado ni una sola noche separados, y tampoco es que haya querido. Cuando Violet está conmigo, sé que está a salvo y, por mucho que odie admitirlo, yo también me siento a salvo con ella, con alguien que conoce todos mis secretos y aun así me quiere, con alguien que se limitó a mirarme como diciendo *«Vale, ¿y a quién le importa?»*.

Mi pierna, el trastorno de estrés postraumático, la ansiedad que me provocan los caballos... Se limita a aceptarlo, como si fuera asunto mío lidiar con esas mierdas, que ella parece encantada de pasar por alto solo Dios sabe por qué. No me lo explico, o quizá es que no quiero encontrarle explicación.

Últimamente he pasado mucho tiempo dándole vueltas en la cabeza a la palabra de cuatro letras. Me he preguntado a menudo si me estaba enamorando de esa mujer hermosa, dulce y divertida con la que hablé durante un año, como si tuviera algo que ofrecerle, como si ella disfrutara de mi compañía. Pero ahora, después de haber pasado casi todas las noches con ella, dentro de ella, es una idea que no puedo sacudirme de encima.

Estoy enamorado de Violet Eaton.

El problema es que admitir que estoy enamorado de Violet significa que mi existencia cuidadosamente planificada está a punto de venirse abajo. He pasado tantos años sintiéndome indigno de ser amado, negándome a la mera

posibilidad del amor, que me resulta extraño pensar que por fin lo he encontrado. Con Violet, nada menos.

Mis caderas se mueven contra su trasero por propia voluntad. Parece que nunca tengo bastante. Cuando ella está cerca, me siento otra vez como un adolescente: insaciable.

—Buenos días. —Su voz es cálida y adormilada cuando se mueve hacia mí, siempre tan ansiosa como yo.

Porque ella sí tiene veintitantos.

Esa diferencia de edad siempre me hace sentir raro, pero es algo que Violet no comparte en absoluto. Me mira como si pudiera bajar la luna para ella; una mirada que me hace sentir incómodo, pero que también me encoge el corazón. He pasado tanto tiempo escondiéndome que tener a alguien que me admire tan abiertamente como lo hace Violet resulta desconcertante.

—Buenos días, preciosa —murmuro, paseando los dientes por su cuello de forma sugerente.

Una lenta sonrisa se abre paso en sus labios. Brilla con la luz dorada de la mañana. Parece un ángel, mi ángel.

—Lo serán si vas a hacer café.

Sí. Ahora tengo café. No entiendo por qué tiene tanta confianza en él, pero la hace feliz, y yo estoy totalmente a favor de que sea feliz.

Me incorporo y deslizo el muñón en la prótesis nueva, encantado de haber recuperado el modo perfecto en que se ajusta, y sintiéndome muy afortunado por poder permitirme una prótesis de última generación. Me gusta que Violet no salte de la cama para hacerse su propio café por culpa de mi pierna. No me mima porque sabe que soy perfectamente capaz de valerme por mí mismo. Le sonrío por encima del hombro y ella se estira como un gato al sol, encantada consigo misma.

Bajo las escaleras de la cocina canturreando, más ligero de lo que me he sentido en años. Pulso el botón de la cafetera y me calzo unas sandalias en la puerta principal para darle de comer a Pippy, la otra mujer de mi vida.

La risa me retumba en el pecho cuando abro la puerta: me está esperando en la esquina más cercana de la valla, con las orejas demasiado largas apuntando hacia mí y las fosas nasales temblando por el estridente saludo tan típico de ella.

Jamás lo habría adivinado, pero esta pequeña potranca me hace sonreír todos los días, algo que no me había pasado en años. Saco un poco de heno de la

paca y lo lanzo por encima de la cerca, pero ella lo ignora por completo hasta que la rasco detrás de las orejas.

—Estás más preocupada por los mimos que por la comida, ¿eh?

Vuelve la cabeza en mi dirección y admiro cómo se ha desarrollado. A los dos años, sus ancas todavía son un poco más altas que su cruz, pero su cuerpo es musculoso y la cubre un pelaje de un bronce brillante. Entre el régimen de alimentación y el aceite que usa Violet, no parece la misma potranca andrajosa que apareció en mi casa hace unos meses.

—Supongo que los dos hemos cambiado mucho, ¿eh, chica guapa?

Ella resopla y agita las pestañas que rodean esos ojos como dos profundos pozos negros. Hasta juraría que me ha mirado con complicidad. Como si dijera: *«Sí, pedazo de idiota. Los dos necesitábamos empezar de nuevo»*.

Niego con la cabeza y vuelvo a entrar para dejarla comer, pero, sobre todo, porque me muero por regresar junto a Violet. Subo las escaleras y voy hasta el dormitorio principal.

—Ya estoy aquí... —digo para anunciarme, pero me freno en seco cuando veo a Violet arrodillada a los pies de la cama, con el cabello dorado sobre sus pechos, como ese día en el videochat. Excepto que hoy me está dedicando esa mirada tan propia de ella, capaz de romperme el corazón, tímida pero anhelante.

—Intentémoslo de nuevo, Hombre Gamba. —Sus dedos se aferran a la colcha que tiene debajo—. Pero esta vez no nos dejemos en la estacada.

Se me seca la boca al instante.

—Violet, no tenemos por qué hacerlo.

—No. —Se humedece los labios—. Necesito que lo hagas. Quiero que reescribas la historia y no me dejes esta vez.

—No podría dejarte aunque quisiera. Joder, soy tan afor...

—No. Solo dime qué tengo que hacer.

Me tenso de pies a cabeza. Esto es muy sexy y ella es demasiado buena para mí. No me la merezco, joder, pero voy a pasar hasta el último día de mi vida intentándolo. Ese pensamiento me da fuerzas, y empiezo como lo hice hace un año.

—Tumbate sobre la almohada y abre las piernas.

Y, al igual que la otra vez, se sonroja y ese rubor le cubre todo el cuerpo.

—Estás preciosa así de rosada —digo; camino hasta que las rodillas chocan con el pie de latón de la cama. Cuando abre las piernas, gimo—. Vas a

matarme.

—Bien —dice con una pequeña sonrisa. Una demostración de su fortaleza.

Quizá sea amable y hable con suavidad, pero Violet no es débil. No puede serlo para soportar a un hombre como yo.

Se recuesta sobre la almohada y admiro su cuerpo extendido ante mí como un bufé que planeo saborear por entero. Mi mirada se detiene en la brillante unión entre sus piernas.

—¿Estás mojada? —Puedo verlo por mí mismo, pero quiero oírsele decir.

Su pecho se mueve cuando jadea.

—Sí —sisea, mirando hacia su cuerpo.

—Claro que lo estás. —La prótesis resuena contra la cama, y mi polla se tensa. No sé si estoy torturándola a ella o a mí mismo—. Esto te encanta, ¿verdad?

Ella solo asiente, con los ojos empañados muy abiertos, como estanques de agua profunda, como el río que puedo escuchar corriendo detrás de la casa.

—¿Por qué no me enseñas cómo te tocas?

Una de sus manos va al instante hacia su coño y la otra se enreda en las sábanas como si su vida dependiera de ello. Me quedo paralizado cuando sus dedos recorren los pliegues, los ojos se le cierran y echa la cabeza hacia atrás con un gemido. La mayoría de los hombres estarían absortos en lo que ocurre entre sus piernas, pero yo miro la forma en que deja expuesto ese cuello elegante y cómo se mueve cuando traga.

—Mete dos dedos, nena.

Suelta un gemido, pero obedece, y no me pierdo el modo en que le tiemblan los muslos cuando lo hace, cómo se curvan los dedos de sus pies. Bombea un par de veces soltando unos putos ruiditos deliciosos.

—Ahora muéstrame lo mojada que estás.

Abre los ojos y se le descuelga la mandíbula. Todavía se sorprende con estas cosas. Ay, cariño...

—Ahora chúpalos —ordeno cuando levanta los dedos para mostrarme la humedad.

—Dios... —murmura, y aparta la mirada con una sonrisita en los labios, como si le encantara esto, pero no acabara de creerse que vaya a hacerlo. Sonríe también, hasta que se mete los dedos en la boca y gime.

Joooder.

Se ríe, y la polla me da un doloroso brinco dentro de los bóxers.

—Esta vez no tienes tu juguete...

—Lo estoy mirando ahora mismo —dice sin aliento. Está húmeda, jadeante y sonrojada. Vivo por esta versión de Violet Eaton, y no puedo esperar ni un minuto más para hundirme en su interior. Voy hasta el borde de la cama y gateo hacia ella; me bajo los bóxers y me deslizo entre sus piernas abiertas antes de que pueda pronunciar palabra.

—No recuerdo esta parte de la última vez —ríe, y ese sonido es música para mis oídos.

Jamás me cansaré de compensarla.

Después de nuestra maratón de sexo matutino, estoy más que preparado para volver a la cama y dormir. No había practicado tanto sexo desde..., bueno, desde nunca, probablemente. Por desgracia, los dos tenemos un empleo remunerado y debemos llegar a nuestros respectivos trabajos.

—¿Te veo esta noche? —pregunta; se pone unos pantalones de montar ceñidos que llevan a mi cabeza a dar vueltas por sitios por los que ya debería de estar cansada de ir.

Nos hemos pasado estas semanas viéndonos a escondidas: trabajamos, follamos y después hablamos hasta que nos quedamos dormidos uno en los brazos del otro. Ha quedado con Billie y Mira alguna vez, pero nunca me ha invitado a ir, aunque sé que Vaughn suele unirse a ellas.

A veces me pregunto si quiere más, pero, en realidad, a quien debería preguntarle es a ella. Debería seguir el consejo de Trixie y mantener una conversación con ella sobre mi ansiedad por la muerte de mi padre, sobre lo profunda que es; sobre los caballos y que ella los monte para ganarse la vida. Pero soy tan patéticamente inseguro que no me he atrevido.

Al menos soy coherente.

—Por supuesto —digo; le aparto el cabello mojado de la cara, le acuno la cabeza justo debajo de la oreja y le doy un beso en la mejilla. Me encanta lo delicada que me parece cuando la tengo entre mis manos. Es preciosa.

Nos arreglamos a toda prisa, en silencio, corriendo otra vez después de haber tenido que ducharnos de nuevo, y cuando cierro la puerta a nuestras espaldas, ella se vuelve hacia mí, me echa los brazos al cuello y me planta un enorme beso. Estoy un poco sorprendido, pero reacciono pegándola a mi cuerpo. Una de mis manos rodea su cintura y la otra se aferra a ese culo

vestido con pantalones ceñidos. Es la despedida matutina con la que siempre he soñado.

Y entonces escuchamos cómo alguien se aclara ruidosamente la garganta. Es Billie.

—¿Sería raro si dijera que eso ha sido muy sexy?

Violet se ríe y le tiemblan los hombros cuando esconde la cabeza bajo mi brazo.

—Lo siento —susurra.

¿Qué?

—¿Sabías que estaba ahí?

Asiente, con la frente apoyada en mi cuerpo, todavía riéndose.

Y yo la acompaño en sus risas, que siempre son contagiosas; me alivia que no se sienta horrorizada porque nos hayan pillado besándonos, y no puedo evitar mostrar diversión.

—¿Crees que se irá si la ignoramos?

Su risa se convierte en un fuerte resoplido.

—No. Fijo que no.

—¡Lo he oído! —grita Billie—. Muy bonito. Y yo que he venido a traerte el estado de cuentas del rancho... —Agita una carpeta sobre su cabeza y la deja en el camino de grava—. Pero no pienso acercarme más a esa casa. Solo Dios sabe lo que habréis hecho ahí.

—Billie... —advierdo, aunque sé que no me hará ni caso. Esa mujer carece de filtros.

Violet se ríe de una forma muy impropia de una dama, estrechándose con más fuerza, como si pudiera esconderse en mi interior si se acercara lo suficiente.

—Lo dejo ahí. —Billie señala hacia abajo, levanta las manos por encima de la cabeza y se aleja muy despacio, como si fuera una situación con rehenes—. Pero, vale, me alegro de que ahora la gente vaya a dejar de llamar a mi casa «la choza del amor». ¡Nos vemos en el rancho, estrella del porno!

Ella sonrío y me guiña un ojo mientras Violet se derrite en mis brazos. Billie parece muy satisfecha consigo misma y, para mi sorpresa, en absoluto molesta. No sé por qué, había pensado que se pusiera protectora o se comportara de forma extraña conmigo o algo así. Esperaba que me echara la bronca por estar con alguien tan joven y normal. Esperaba que, más que cualquier otro, Billie se diera cuenta de que no me merezco a la mujer que tengo entre mis brazos.

Pero solo parece divertida.

Cuando por fin sale por el camino de entrada, Violet suelta un jadeo.

—Lo... Lo siento. —Me mira con las lágrimas de la risa corriendo por su rostro. El mundo al revés: ¿por qué nadie está enfadado?—. No he debido hacerlo.

—A ver si lo he entendido. —Me echo hacia atrás para mirarla con el ceño fruncido—. ¿Me has besado a propósito porque sabías que Billie estaba ahí?

Se pasa las manos por la cara, intentando recuperar el aliento.

—Sí, lo siento... Quería que la gente supiera que estamos juntos, pero no sabía cómo mencionarlo, o preguntarte o decirlo sin más. He visto su camioneta por el rabillo del ojo y me ha parecido la solución más sencilla. Porque estamos juntos, ¿verdad? —Al decir «*Juntos*» me mira con timidez bajo las espesas pestañas.

Parpadeo y escudriño su rostro en busca de alguna señal que me indique que está bromeando. Porque en qué mundo una mujer como esta querría estar con alguien como yo. Niego con la cabeza y doy gracias al cielo por mi buena suerte. La beso con ganas, la estrecho contra mí y le demuestro lo mucho que quiero estar con ella.

—Claro que estamos juntos.

Cuando aparco junto a la casa de campo, cierro los ojos y me dejo caer contra el asiento. El trabajo ha sido una mierda, y era difícil, teniendo en cuenta el buen humor con el que llegué después de la sesión de sexo matutino con Violet y de que me reclamara frente a su amiga.

Creo que no estoy llegando a ningún lado con la nueva adquisición, así que estaré atrapado en Ruby Creek más tiempo del previsto, intentando organizarlo todo y dejarlo en perfecto funcionamiento antes de encontrar a alguien que se haga cargo de la empresa. Se suponía que no me iba a gustar Ruby Creek, que iba a detestarlo, pero no lo detesto ni un poco.

No quiero marcharme porque sé que Violet quiere quedarse, y eso me ataca los nervios. He pasado todo el día pensando en cómo podemos vernos cuando vuelva a la ciudad. Ella podría quedarse conmigo los días que tiene carrera en Bell Point Park, y quizá yo podría venir al rancho los fines de semana.

Pero no me gusta esa opción: quiero a Violet en mi cama todas las noches, donde pueda verla. Quiero estrecharla entre mis brazos y mantenerla a salvo, y

no que pase una hora y media viajando por carretera, haciendo un trabajo peligroso y viviendo sola.

No, no me gusta ni un poco. Y me gusta aún menos pensar que, subconscientemente, puedo estar haciendo que la nueva empresa parezca peor de lo que es solo para poder quedarme aquí. *Soy un puto caso perdido.*

Cuando salgo de la camioneta espero escuchar el relincho de Pippy, algo que normalmente me hace sonreír, aunque hoy eso de sonreír parece fuera de mi alcance. Los músculos no me funcionan como es debido: se me contrae la mejilla, pero nada más. La sonrisa se queda a medias, y hasta esta yegua se merece algo mejor.

Pero, de todos modos, el relincho no llega.

Miro el corral y siento una tristeza profunda y todo lo que deseo es echarme una siesta. A veces, estos estados de ánimo me inundan un par de días; todo se me hace cuesta arriba y me siento débil y deprimido. No he hablado lo suficiente con Trixie para mi propio bien: otra cosa más que debería lamentar.

He estado tan enganchado a Violet las últimas semanas que no he tenido tiempo de autocompadecerme, pero ahora no está aquí y no veo su coche, lo que significa que debe de estar con Pippy en el rancho. En cualquier otro momento me quedaría a esperarla, pero hoy necesito verla. Puedo enfrentarme a las burlas de Billie, a la sonrisa de Vaughn y a la expresión burlona de Hank si eso supone ver a Violet.

Subo de nuevo a la camioneta y enfilo la carretera hacia el rancho. Cuando llego al aparcamiento, es fácil saber quién está ahí solo con ver los coches, y, como me temía, están todos. Hay una razón por la que Vaughn se hizo cargo de ser la cara visible de Gold Rush Resources. En parte por lo guapo que es, pero también porque yo detesto esa mierda. Cuando hay demasiada gente y soy el centro de atención me siento como si fuera un actor en una obra: falso y con un foco enorme y brillante sobre mí que destaca todos mis defectos mientras todos me miran, boquiabiertos y horrorizados. Estoy convencido de que deben de ver a un hombre que ha matado y ha visto morir gente, y que ha heredado la dirección de una empresa multinacional sin tener ninguna experiencia.

Paso por delante de las oficinas porque no quiero encontrarme con Vaughn, y me dirijo por el camino abovedado hacia los establos. Estas instalaciones son excesivas. *Rancho*, bufo.

Un joven con una carretilla llena de serrín sucio me saluda amigablemente

con la cabeza.

—¿Sabes dónde está Violet? —pregunto.

—Supongo que estará en la pista. No hace mucho que he la he visto ir hacia allí con Billie.

—Gracias —mascullo.

No quiero ir a la pista, pero sí quiero ver a Violet.

De vuelta al aire libre, bajo el opresivo manto de oscuras nubes, voy por el camino pavimentado hasta el óvalo de tierra, pasando la yema del pulgar sobre los dientes de las llaves, apretándolas contra la piel suave hasta que me dejan marca.

Cuando el camino desciende tras la arboleda que le da intimidad, veo a Violet sobre Pippy y a Billie a lomos de su semental negro. Están charlando amigablemente, trotando hacia las puertas que hay en el otro extremo de la pista. Vaughn y Hank están en la cabina de observación cubierta, y me dirijo hacia ahí.

Bajo los escalones hasta la plataforma y Hank se vuelve para saludarme con el cronómetro en la mano.

—¡Cole! Me alegro de verte, hijo. ¿Cómo estás?

—Bien. —Intento esbozar una sonrisa, pero sé que el resultado es patético. Hank se merece algo mejor. Ha sido un pilar en esta comunidad desde hace años. Mi abuelo, Dermont, lo contrató y lo puso al cargo de los caballos. No lo conozco tan bien como Vaughn, pero siempre muestra esa aura de calidez paternal que me resulta embarazosa, como la que tanto echo de menos de mi propio padre.

—Hola.

Vaughn me mira como siempre: un poco incómodo, como si estuviera intentando discernir cuál es mi estado de ánimo, y me odio a mí mismo por hacer que mi hermano pequeño se sienta así, como si tuviera que andar pisando huevos a mi alrededor.

Creo que he echado a perder todo el buen ambiente que había cuando he entrado. Señalo hacia la pista.

—¿Qué ocurre?

—Van a probar a la potranca contra otro caballo, a ver cómo lleva la competencia.

—¿Y la mejor opción es un semental? —Mi voz suena acerada, y Vaughn enarca una ceja en mi dirección, aunque en esta ocasión se reserva las burlas

sobre mi «tono militar».

—DD es un semental tranquilo y con mucha experiencia, y con Billie montándolo, es la mejor opción, fijo. Si necesita que se aparte, puede hacerlo. Es así de apacible.

Intento ignorar los nervios que me atenazan el estómago. Debería volver a casa y ahorrarme el estrés que me supone estar aquí, pero siempre he sido un masoquista, así que me quedo y me obligo a enfrentarme a esta situación, porque no quiero comportarme como un auténtico cobarde.

Tendré que aprender a sobrellevarlo si Violet y yo vamos a estar juntos. Billie y ella guían a sus monturas hasta los cubículos de salida. Hoy no hay puertas, solo el carril abierto. Supongo que eso vendrá más adelante.

—¡Preparadas! —grita Hank, y su voz resuena en dirección a las dos jinetes—. ¡Listas! —Pippy hace unas cabriolas como si supiera que algo se avecina y no pudiera esperar—. ¡Ya!

Billie y DD salen volando por la puerta, como tantas veces han practicado, pero Pippy se sobresalta. Los ojos se le salen de las órbitas, dejando ver el blanco y, en lugar de salir corriendo hacia delante, la pequeña potranca se alza sobre sus patas traseras y agita las delanteras en el aire. Veo horrorizado cómo Violet intenta agarrarse al cuello de Pipsqueak y aguantarse sobre ella. Los estribos son demasiado cortos para que pueda usarlos de apoyo.

Todo se mueve a cámara lenta cuando su boca dibuja una línea sombría y una expresión concentrada aparece en su rostro. Sé que Violet no es una novata en las travesuras de un caballo joven, pero eso no impide que el pánico me inunde el pecho.

Y cuando la veo caer del lomo de la potra, echo a correr. Bajo las escaleras, atravieso la hierba y salto la cerca como si pudiera llegar a tiempo para cogerla. Billie me ve, se detiene y por fin mira hacia atrás. Pippy trota hacia mí, alejándose de las puertas, con la confusión reflejándose en su mirada. Levanto la tierra bajo mis pies cuando corro por la pista.

La bilis se me sube a la garganta y me detengo a unos metros de la forma inmóvil de Violet, atrapado en mi peor pesadilla.

No puedo volver a pasar por esto.

No puedo respirar.

Se me nubla la vista y el suelo se mueve bajo mis pies. Me agacho y pongo las manos en las rodillas, dejando caer la cabeza, e intento obligar a mi cuerpo a que vuelva a moverse. Me siento como un coche viejo que necesita un

empujón, una chispa. Estoy demasiado jodido como para ayudarla, incluso aunque esté inmóvil en el suelo.

Pero no puedo hacer que mi cuerpo coopere. Un grito nace en mi garganta y levanto la mano para contenerlo. Si está herida... Si está muerta... No puede ser. Acabo de encontrarla. Acabamos de encontrarnos.

—¡Por el amor de Dios!

Levanto la vista para ver cómo da un puñetazo en la tierra y sus pequeños pies dan patadas en el suelo como si tuviera una rabieta. Y el aire vuelve a mis pulmones. Doy unos pasos más y caigo de rodillas a su lado. Mis dedos se aferran a ella y las lágrimas brotan de mis ojos.

Siento alivio. Un alivio inmenso como nunca había experimentado.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —No puedo parar de preguntarlo. Repito la pregunta una y otra vez, como si hubiera cortocircuitado y entrado en bucle. De pronto, vuelvo al calor seco de Irak y a ese día en la pista, todo a la vez. Me siento de nuevo como si respirara arena. Me rasca la garganta, me oprime los pulmones. Compruebo su pulso con un zumbido en los oídos.

Los ojos de Violet no están apagados ni vacíos: son dos pozos azul claro que reflejan las nubes blancas y algodonosas sobre nosotros. Su expresión cambia de enfadada a preocupada.

—Oye, oye, estoy bien. —Intenta sentarse, pero mi entrenamiento en primeros auxilios se pone en marcha y mis brazos salen disparados para retenerla. *¿Y si tiene una lesión en la columna? ¿O una hemorragia cerebral? Podría estar en shock.* Cuando vi caer a mi padre, no volvió a levantarse.

—Cole, deja que me levante. Estoy bien —dice sin aliento.

Podría tener colapsado un pulmón.

Me dan un empujoncito en el hombro y veo a Pippy detrás de mí, con una mirada tímida y amable reflejada en sus ojos negros. Billie está detrás de ella y también me contempla con tristeza. Ha visto lo jodido que estoy y ahora se compadece de mí. *Fantástico.*

—Tómame un minuto, Violet —dice Billie para que yo no tenga que hacerlo.

Le agradezco infinitamente que ella no me haya puesto en evidencia diciéndome que me relaje. En su lugar, está intentando ayudar, algo que la mayoría de la gente no hace, en especial, con alguien que ha sido tan cascarrabias como yo con Billie.

—¡Basta! —Violet me aparta las manos y se sienta, frustrada—. Si digo que estoy bien, es que estoy bien. No necesito que me trates como si fuera una

figurita de porcelana solo porque soy de ese tamaño.

Me echo hacia atrás y me siento sobre los talones mientras Violet se sacude y se pone de pie. Posa una mano sobre mi hombro con amabilidad y me tiende la otra para ayudarme a que me levante.

—Cole, cariño, me alegro de verte. Pero estoy trabajando. Iré a tu casa cuando acabe. Billie, vamos otra vez.

Su tono no es cruel, solo práctico. No está en estado de *shock*. Aunque podría estarlo a pesar de que parezca estar bien. Me tiemblan las manos y me siento como si estuviera a punto de salir de mi propio cuerpo, como si estuviera entumecido de pies a cabeza.

Salvo mi corazón.

El corazón me duele. Puedo sentir el daño que esto le ha hecho, como un guijarro insignificante que da un golpecito en el parabrisas y de pronto todo el vidrio se astilla sin control. *Destruido*.

Me pongo de pie y asiento, con los ojos fijos en el suelo, y me alejo de las puertas.

—¡Cole! ¡Espera! —Vaughn me llama, pero le hago una seña para que se marche y acelero el paso.

Escapo.

Todos me han visto enloquecer. Me he convertido en lo que tanto intento evitar: el centro de atención. *Todos lo saben*.

Pero no puedo concentrarme en eso ahora mismo. Mi mente bandea entre dos pensamientos.

Necesito estar solo.

No puedo estar con alguien que hace esto para ganarse la vida.

25

VIOLET

—No debes enfadarte con él, Violet. No lo has visto. Estaba... —Billie se interrumpe con una mirada perdida de sus ojos ámbar, que se arrugan en las comisuras—. Creo que se habría sentido mejor si hubieras dedicado un minuto a demostrarle que todo iba bien.

—¿Por qué?

Estamos limpiando los arreos juntas; paso con fuerza la esponja empapada en jabón para sillas de montar por las riendas de Pippy. Me siento agraviada.

—Estaba haciendo mi trabajo y no lo quiero por aquí controlándome y diciéndome lo que tengo que hacer. ¿Te imaginas que yo entrara en su oficina e hiciera lo mismo?

—Lo sé, lo sé. —Billie escurre el agua de la esponja con un profundo suspiro—. Pero, a veces, cuando nos importa alguien, hacemos nuestras sus prioridades. No lo has visto, Violet. Ha salido corriendo. He llegado a pensar que iba a lanzarse de cabeza a la pista. No creo que la intención de Cole sea controlarte, sino mantenerte a salvo: tu seguridad es importante para él. Dale un poco de cancha. La próxima vez, cálmate y cuenta hasta diez antes de saltar.

—No sabía que estabas de parte de Cole —digo, y me arrepiento al instante de lo infantil que ha sonado.

—Y yo no sabía que tenías doce años. —Billie arquea una de sus bien dibujadas ceja hacia mí, reprendiéndome sin necesidad de decir una palabra. Me da un apretón en el hombro y un beso fraternal en la cabeza—. Hasta luego, tía dura.

En cuanto se va, no paro de darle vueltas en la cabeza a la frase sobre las prioridades compartidas, y todavía estoy pensando en ello cuando llego a casa de Cole, consciente de que tenemos que dejar claras algunas cosas. Porque si yo voy a hacer mías sus prioridades, él también debe hacer suyas las mías.

Estoy a punto de abrir la puerta y entrar cuando los nervios me paralizan.

¿He sido demasiado dura con él?, ¿demasiado brusca? Estaba molesta porque me había caído; quería que la experiencia fuera lo mejor posible para Pippy y no ha sido así, y estaba machacándome por ello. Y eso me llevó a machacar a Cole. Si debo fiarme de las caras de Hank y Vaughn, creo que tal vez he sido más dura de lo necesario, aunque fuera sin querer.

Así que, por culpa de esa distancia entre los dos, opto por llamar. No quiero entrometerme.

—Adelante —dice con voz entrecortada y débil.

Giro el pomo y entro en la bonita casa de campo, amplia y sencilla, pintada en tonos blancos y azules. Me recuerda a la cerámica de Delft, como la que mi padre todavía conserva en la vitrina del comedor que mi madre heredó de su familia en los Países Bajos. Recuerdo que cuando era niña sacaba las piezas de ahí y pasaba mis manitas pegajosas por un plato o una taza, inventado historias en mi cabeza sobre las imágenes que tenían pintadas.

Cole está en un rincón, sentado en el cómodo sillón donde hicimos el amor por primera vez, como una sombra oscura y poseída por los nervios. No me he fijado en lo increíblemente guapo que iba hoy: pantalones grises con un poco de brillo y camisa de vestir negra con unos preciosos gemelos de perlas. Tiene los codos apoyados en las rodillas, la cabeza gacha y la mirada fija en la muñeca, donde hace girar uno de sus gemelos.

No se molesta en levantar la vista. Siempre me mira como si yo fuera el sol y él llevara años viviendo bajo tierra, de un modo que me calienta hasta los dedos de los pies. Quiero que siempre me mire así, y esta forma de evitarme me estresa al momento.

—Hola —digo con cautela; me desabrocho las botas de montar y las coloco cuidadosamente sobre el felpudo que hay junto a la puerta.

Le gusta el orden. *¿Ves? Aquí estoy: compartiendo prioridades.*

Responde con un murmullo, pero no cambia de postura.

—Cole, ¿estás bien? —Camino por el suelo de la sala de estar, cubierto con una alfombra persa, y me arrodillo ante él intentando que me mire a los ojos, buscando esa calidez. Acerco las rodillas y tropiezo con sus pies: uno de carne, uno de plástico. Lo agarro por las pantorrillas: una de carne, una de plástico—. Eh, mírame.

Cuando por fin lo hace, el corazón me da un vuelco en el pecho. Parece torturado, devastado. Perdido. Tiene los ojos vidriosos y el cabello, más largo en la parte superior, despeinado sobre su frente. Su rostro se ve más arrugado

que de costumbre y muestra nuestra diferencia de edad, lo distintas que han sido nuestras vidas. Sí, me he enfrentado a algunos retos, pero Cole... es como si lo hubieran abandonado en las montañas a los diecisiete años y se hubiera visto obligado a sobrevivir solo.

Me siento culpable por no haberme dado cuenta de por lo que ha pasado. He estado tan obcecada en quererlo, en demostrárselo, que no he visto lo perdido que está.

¿Todo este tiempo ha estado fingiendo que estaba bien por mí?

Pienso en lo nervioso que se ponía cuando montaba a Pippy en campo abierto, o que nunca ve ninguna carrera a pie de pista, o en que dice que no le gustan los caballos, excepto Pippy, que parece haberlo conquistado por completo, y lo entiendo todo.

Bajo la cabeza y le doy un beso en la rodilla.

—Siento haberte asustado, no era mi intención. ¿Llevas mucho tiempo preocupado por esto?

—Sí —dice, mirando al suelo de nuevo, sin tocarme la espalda. No demuestra ni el más mínimo rastro de tranquilidad.

—Vale. —Le acaricio las pantorrillas arriba y abajo, en una súplica silenciosa para que me mire—. Podemos trabajar en eso, encontrar un equilibrio que nos haga felices a los dos. No quiero que te preocupes así por mí.

—Esto tiene que acabarse.

—¿Qué tiene que acabarse?

—Que hagas que me preocupe por ti.

Me río con tristeza: es un sentimiento agri dulce.

—Dime cómo y lo intentaré.

Siento su hondo suspiro en las yemas de los dedos cuando, por fin, levanta la cabeza y me mira. Es un suspiro de derrota, como el brillo de sus ojos.

—No puedo seguir con esto.

Me echo hacia atrás para alejarme de él, como si me hubiera abofeteado.

—¿Con qué?

—Con esto. —Su voz es la de la versión fría e insensible de él con la que me encontré hace un par de meses. Es su mecanismo de defensa—. Tú y yo. Nosotros. No puedo seguir.

El pulso me late en la garganta e intento seguir el ritmo de la conversación. Me parece una reacción exagerada a una simple caída de un caballo. No ha sido la primera vez y, sin duda, no será la última.

—¿Por qué?

—La equitación, los caballos, las carreras... Es más de lo que puedo gestionar. Cada día, cada fin de semana... Mi padre murió en esa puta pista. Me atrae y me repele a la vez. Te mereces a alguien que pueda estar ahí para ti. Te mereces a alguien que sea tu mayor admirador, y yo no puedo ser esa persona.

Al principio me siento devastada, pero, de repente, me enfurezco.

—¿Me estás diciendo que, si encuentro un nuevo trabajo, estaríamos bien?

—Aparta la mirada y tensa la mandíbula, como si lo avergonzara reconocer que he dado en el clavo.

Quito las manos de sus piernas y las apoyo en la alfombra, inspirando hondo. Me concentro en los hilos del tejido, en la forma en que se mezclan los azules oscuros, los cremas y los blancos, como si nos representaran a él y a mí: luz y oscuridad. Y es como si hubiera arrancado mi hilo y lo hubiera tirado.

—Es decir, que seguiste adelante e incluso me perseguiste, a sabiendas de que el trabajo con el que siempre he soñado y en el que por fin me estoy haciendo un nombre iba a ser un factor clave. —Suelta un gemido y se pasa las manos por el cabello, mesándolo con rabia—. ¿Y ahora tienes el descaro de pedirme que renuncie por ti?

Me mira al instante y sus ojos echan chispas.

—Jamás te pediría que renunciaras por mí.

Me pongo de pie, negando con la cabeza.

—Pedírmelo, dejarlo implícito... ¿Cuál es la diferencia?

—Violet...

—No. —Extiendo las manos para frenarlo—. No. No. No quiero oírlo. Siempre has tenido claros tus límites y ahora necesito trazar los míos. Me he pasado un año entero pensando que podría ser la excepción a tu regla, que tal vez, solo tal vez, iba a ser yo quien te hiciera cambiar de opinión. Y ha sido una estupidez, ¿verdad? —Me río con lágrimas en los ojos; sé que estoy perdiendo el control y voy rápidamente hacia la puerta—. Nunca voy a conseguir que cambies, y ya me has demostrado dos veces que no crees que valga la pena cambiar por mí. Si me engañas dos veces, culpa mía.

—Violet, por favor, tienes que entender que no tiene nada que ver con...

Me doy la vuelta para mirarlo, con las lágrimas deslizándose por mis mejillas.

—Lo entiendo. No soy yo, eres tú. Pero es que no lo eres. Eres mucho mejor de lo que piensas. Cuando te miro veo fortaleza y amor..., pero no puedo

hacer que lo aceptes, eso es cosa tuya. No creo ni por un segundo que no quieras que estemos juntos, pero estás estancado, Cole, y no puedes ver más allá de ese momento terrible de tu vida. Y estás permitiendo que defina toda tu existencia. —Me calzo las botas; odio alejarme de él cuando está claro que me necesita más que nunca—. Cuando estés listo para hacer que otros momentos sean igual de importantes, házmelo saber. No estoy renunciando a ti, pero no voy a esperar para siempre, Cole. Soluciona tus mierdas.

Mantengo la mirada fija en la puerta cuando lo digo, en mi ruta de escape, porque si me vuelvo hacia él ahora mismo, sé que volveré con él.

Que lo abrazaré y lo besaré.

Que lo perdonaré.

Y eso no es lo que nos hace falta a ninguno de los dos ahora mismo.

No he dormido, pero tampoco he llorado. Solo me he pasado la noche tumbada en la cama y pensando en Cole, en sus cicatrices, en sus inseguridades, en sus traumas. Y en mí y en los míos también, en lo enfadada que estoy con él y en cómo me ha partido el corazón.

No quiero que rompamos, pero tiene que ser él quien dé el primer paso. Y si no puede soportar la profesión que he elegido, será porque no estamos destinados a estar juntos. De cualquier forma, no voy a ceder para hacer feliz a otro hombre autoritario en mi vida, y eso no es negociable.

—Esa no es la nueva Violet —murmuro.

Estoy en la sala de descanso mirando el café que me encantaría meterme en vena. Debería hablar con Mira para ver si es posible.

—Hola, nueva Violet —dice Mira al entrar, como si la hubiera invocado, y coge una taza.

Está claro que no sabe lo que ha pasado ayer.

—Qué graciosa —digo, inexpresiva.

—¿Cómo era la vieja Violet? —Revuelve el café con una sonrisa en sus labios carnosos.

—Sumisa. E ingenua —me lamento.

—Tal vez no eres otra Violet. Quizá solo estás madurando. La gente cambia: nuevas metas, nuevas experiencias. Todo eso son los cimientos de una persona, y cambian constantemente.

—¿Eres doctora en Filosofía o en Medicina Veterinaria? —Ella se echa a reír

y le da un sorbo al café—. Estás de muy buen humor. ¿Qué te pasa?

—Siempre estoy de buen humor —dice, sonriente, y su mirada felina asoma por encima del borde de la taza.

—Normalmente no hablas tanto.

—Porque aprendo más escuchando.

—Me das un poco de miedo.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Estoy de buen humor porque vengo de una reunión con Vaughn y con tu novio. Van a construir una clínica en el rancho para que yo pueda trabajar bien. No hay buenas instalaciones en la zona y, al parecer, han decidido expandirse por su cuenta.

Esbozo una auténtica sonrisa. No podría alegrarme más por ella.

—¡Eso es increíble! Felicidades. Pero él no es mi novio.

Resopla y apura el café.

—Tiene tan mala pinta como tú. —Se acerca para mirarme bien—. Peor, la verdad. El pobre hombre lo está llevando fatal. ¿Qué le has hecho?

—¿Qué le he hecho? ¿Por qué todos os ponéis de su parte?

—Nadie se pone de su parte, Violet. Pero tú eres fuerte. Y sí, ese tío llena las camisetas como si se las hubieran pintado encima, y seguro que podría usarme para hacer pesas, pero está sufriendo. Eso estaba claro, incluso antes de que os pelearais. Me gano la vida diagnosticando a animales que no pueden hablar y esto es básicamente lo mismo, confía en mí.

Suelto una risilla y luego la miro fijamente.

—¿Crees que soy fuerte?

—Sí. Y tu luz interior es tan brillante que podrías iluminar el camino de un hombre como él.

26

VIOLET

Estoy tumbada sobre una manta de franela y las estrellas brillan en lo alto. La mayoría de los caballos ya se han metido en sus establos para pasar la noche, pero nosotras aún estamos tiradas junto a los corrales, al lado del más alejado, el que da a los campos. El que solía usar DD.

—¿Así fue como transcurrió tu primera noche en el rancho, Billie?

—Sí. Pásame el vino.

Las dos me tienen atrapada entre ellas. Esta ha sido su manera de obligarme a salir en una noche de chicas. Cuando les he dicho que no estaba de humor para ir al Neighbor's Pub, Billie ha sugerido que viniéramos aquí. Lo que no les he dicho es que no quería ir al *pub* porque me recordaba la noche con Cole, cuando por fin se ablandó un poco y las cosas se salieron de madre en su camioneta. Esa noche, entre las pintas de cerveza y las alitas de pollo con demasiado rebozado, llegamos a una frágil tregua y dimos un paso adelante. Al día siguiente le construyó el refugio a Pippy.

—¿Y vamos a beber de la botella? —pregunta Mira, que está a mi otro lado.

—Uy, sí —responde Billie—. Con vasos no es lo mismo. Es menos terapéutico.

Me río.

—¿Y el pan? No lo has cortado. ¿Acabas de arrancar un trozo?

—Soy así de elegante. —Mira resopla de un modo muy poco femenino y Billie continúa—: Esto es mucho más divertido con vosotras aquí.

—Os quiero, chicas —digo de pronto, balbuciendo un poco.

—Violet, se acabó lo de beber de la botella —dice Billie—. A ver si así te tragas tus sentimientos.

—Parece un plan tan bueno como cualquier otro. —Me pongo las manos detrás de la cabeza y miro el Cinturón de Orión en el cielo nocturno.

Me pregunto si Cole estará sentado fuera mirando lo mismo que yo. Le

gustaba ir con Pippy cuando no podía dormir, pero aún no la he devuelto ahí y me siento mal por ello. Me fui y me llevé al otro ser vivo con el que le gustaba pasar el rato.

—A lo mejor esto te ayuda a tragarlos —dice Mira, sosteniendo ante mí un trozo de pan francés con queso brie. Lo cojo y le doy un bocado—. ¿Has hablado con Cole?

—No —murmuro con la boca llena—. Han pasado tres días y no ha habido llamadas, ni mensajes ni señales de humo desde su casa.

—Bueno, pues vas a tener que encargarte tú.

—No sé qué decirle. Me dijo que no podía soportar que yo fuera *jockey*. ¿Qué coño se supone que debo hacer? ¿Dejarlo? —bufo—. Que lo follen.

Alzo la vista y veo cómo Mira asiente.

—Y debe de ser bastante bueno en eso de follar si estás tan hecha polvo.

En mi mente aparecen imágenes de sus manos sobre mí, de su voz ronca, de su barba entre mis muslos y de mí apoyada en la pared de ese establo para él.

—Ni te lo imaginas...

—Puaj, qué asco —protesta Billie, sentándose para tomar otro trago de vino—. Los dos sois estúpidos. Él tiene miedo de perderte y tú tienes miedo de perderlo a él. Tenéis que superarlo y volver a follar. Así estaréis de mejor humor: él, menos gruñón, y tú, menos *emo*.

No puedo evitar una carcajada. Billie no se anda con rodeos. Es lo que más me gusta de ella.

—Cuando te conocí —dice—, pensé que eras como Drew Barrymore en *Nunca me han besado*: virginal y torpe. Pero has resultado ser una perversa, y, joder, lo respeto muchísimo. Así que pon en marcha a esa chica y haz que Cole deje de esconder la cabeza como los avestruces para que yo no tenga que evitar pasar por las oficinas cuando sé que está ahí.

—Entonces, ¿todo esto va de ti? —Arqueo una ceja y la señalo, vacilante.

—¡Pues claro! ¡Todo va sobre mí!

Las tres nos deshacemos en risas y disfrutamos de ese momento feliz.

Hasta que Mira lo echa a perder.

—Hablando de ególatras: Violet, ¿has hablado con Stefan Dalca?

Me pongo en tensión con la mera mención de su nombre y, de pronto, me siento sobria.

—No. ¿Por qué?

—Dijo que iba a hablar contigo.

—¿De qué?

—No soy yo la que tiene que contártelo.

Mira es como un libro cerrado, y no tiene sentido seguir pinchándola. Billie podría acabar soltándolo todo; ella no.

—Lo he intentado... —digo.

—No sabía que tú y Dalca el capullo erais amigos, Mira. —Billie da otro trago a la botella.

—En serio, Billie, ¿qué pasa contigo y los apodos?

—Por cambiar de tema —dice, y se deja caer de nuevo sobre la manta.

Me siento muy cómoda con estas dos mujeres. Mis compañeras de trabajo se han convertido en mis amigas; en mis mejores amigas. Nunca he vivido algo así antes, y me calienta las entrañas. Como me crie en un rancho sin hermanas y sin mi madre, siempre me he sentido aislada, no lo bastante guay o femenina como para relacionarme con otras mujeres. Pero Billie prácticamente me asaltó y me dijo que éramos amigas, y Mira se unió a nosotras sin más, con calma al principio, tal vez un poco distante, pero siguió ahí sin que nos diéramos cuenta y ahora...

—Aquí estamos. Hermanas del alma.

No había pretendido decirlo en voz alta, pero ninguna de las dos se ríe y sí se acercan más a mí: sus codos tocan los míos, nuestros pies chocan unos con otros.

Durante los últimos días no me he permitido sentir y me he concentrado en el entrenamiento de Pippy. Después de ese primer intento fallido, hemos corrido por la pista sin problemas, y me encantaría llamar a Cole y presumir de ella, de mi proyecto, de la prueba viviente de que no soy solo la rubia con suerte a la que le dieron un caballo ganador. Soy una amazona excepcional, y quiero meterme bajo las sábanas con él y contárselo. Quiero que me envuelva con su aroma y que el vello de su pecho me cosquillee en los labios cuando le cuente cómo me ha ido el día antes de dormirnos juntos.

Lo quiero a mi lado. Lo quiero apoyándome. Aunque no lo necesito. Solo necesito que sea mío. Y aquí, tumbada junto a las dos mujeres más exitosas y fuertes que conozco, decido que voy a asegurarme de que lo sepa. No voy a ser tímida con lo que quiero. No voy a dejar que se aleje tan fácilmente.

Porque Billie tiene razón: lo que más me aterra es perderlo. Y voy a decírselo aunque él no pueda corresponderme.

Voy caminando por el camino de grava con una linterna en la mano. Estoy demasiado borracha para conducir y, una vez más, he subestimado la duración del paseo. A medida que me acerco a la casa, me asaltan las dudas. Y la sobriedad. Quizá no debería hacer esto. No sé si me convierte en valiente o en desesperada.

Por un lado, ¿cuántas veces tengo que decirle a este hombre que lo quiero para que me crea? Por otro, si no se lo digo a las claras, cara a cara, sé que voy a arrepentirme. Si dejo que lo nuestro desaparezca sin luchar por ello, nunca me lo perdonaré.

Aun así, me pesan los pies como si alguien hubiera metido plomo en mis Vans a cuadros rosas y blancos. Podría dar media vuelta: sería fácil, incluso supondría un alivio, pero me propuse hace años correr riesgos, aprovechar las oportunidades, vivir, y eso es lo que estoy haciendo: permanecer fiel a mí misma o, al menos, a la mujer que quiero ser.

Voy hasta la casa y me detengo al pie de los escalones del porche. Es más de medianoche y no hay luces encendidas. *Genial. Voy a despertarlo para obligarlo a tomar una decisión.* Inspiro hondo y miro al cielo. Una plegaria silenciosa para reunir fuerzas.

—Ten cuidado. He oído que el tipo que vive aquí es un auténtico imbécil.

Me sobresalto y doy media vuelta. Recorro con la mirada el patio oscuro hasta que veo su silueta encorvada sentada sobre la barandilla superior del corral vacío de Pippy. En la oscuridad su cabello negro como ala de cuervo casi parece moverse con vida propia sobre sus brillantes ojos grises. Me roba el aliento.

—Solo finge que lo es.

—Lo es.

—No lo es.

Cole se pasa las manos por el pelo. Cualquiera diría que quiere que lo odie tanto como él se odia a sí mismo, pero no voy a hacerlo.

—Eres muy terca —dice, dejando caer los codos sobre las rodillas.

Asiento.

—Sí —respondo, sin saber qué decir a continuación. Solo quiero salir corriendo por el camino de grava, besarlo, abrazarlo, rodearle el cuello con las manos y decirle cómo me siento.

—Lo lamento.

La mirada que me recorre el cuerpo de arriba abajo está cargada de dolor y

ansiedad.

Cedo al impulso de acercarme porque quiero verlo mejor bajo la luz de la luna.

—¿Qué es lo que lamentas?

Solo nos separa un puñado de metros, y me duele todo el cuerpo con la necesidad de tocarlo, pero no me rindo, porque así me costará mucho más alejarme. Soy como una adicta: un chute más y estaré perdida.

Respira con dificultad unos segundos, y veo cómo suben y bajan sus pectorales bajo su típica camiseta negra. Su armario está lleno de ellas con diferentes escotes pero el mismo color, todas perfectamente colocadas en sus perchas.

—Lamento haberte enviado un mensaje hace dos años, haberme sentido intrigado por tus preguntas y haberme quedado cuando estaba claro que no queríamos lo mismo. Lamento haber hablado contigo todos los días, a veces toda la noche. Lamento haber llegado a depender de una mujer a la que no conocía en persona para sentirme bien. Lamento haberte avergonzado para protegerme, el modo en que te hablé el día que ganaste el Denman Derby, y no creo que jamás vaya a perdonármelo. Lamento haberme portado como un capullo gruñón cuando viniste a vivir aquí. Lamento no haber podido resistirme a ti, haberte mentido, no haberte dicho lo que merecías saber. Y lamento no ser lo que te mereces. —Se detiene, jadeando bajo el peso de la larga lista que acaba de recitar, y baja la mirada—. Joder, y lo siento, porque me enamoré de ti en algún momento de ese camino y ahora no sé qué hacer.

Ese día en la pista con DD me desmayé y me caí, pero no fue nada comparado con esto. Me tambaleo, y no creo que sea por el vino que he bebido directamente de la botella.

—¿Me amas? —digo con voz aguda e insegura, que suena como la de una niña incluso a mis propios oídos. Me tiembla la barbilla.

—Sí —reconoce, y también está temblando cuando su mirada encuentra la mía.

—¡Pues soluciona tus mierdas y empieza a amarme! —espeto en una ráfaga de frustración inesperada.

—No es tan fácil. Yo... —gruñe, tenso, y aparta la mirada—. Estoy jodido, Violet, y tengo un montón de trabajo duro por delante. Esas mierdas no van a mejorar solo porque yo quiera.

Si está buscando que me compadezca, no va a conseguirlo. ¿Acaba de

decirme que me ama y sigue evitándome con un tonto? Eso es incluso peor que pensar que no le importo lo suficiente como para hacer que lo nuestro funcione.

—¿Quieres hacerlo? ¿Quieres mejorar? Porque, por lo que he visto, estás estancado.

—Violet...

—No. Lo estás. No me mientas ni pretendas que no es así. Coge al toro por los cuernos de una vez. No quiero que estés mejor. ¿Mejor cómo? Eso no es un objetivo porque no es cuantificable. Elige algo que puedas hacer y hazlo. No me hace falta que estés a pie de pista o que vengas a todas las carreras. No necesito que ames a los caballos, solo necesito que me ames a mí.

Da un respingo, con los ojos grises muy abiertos y vidriosos, y los labios carnosos apretados como si estuviera reteniendo las palabras que no se atreve a pronunciar.

—Sé que te ves a ti mismo como un ser oscuro, pero no lo eres. Eres un remolino de colores de todas las tonalidades, un mosaico. Eres complicado y hermoso, y no voy a renunciar a ti, así que es mejor que tú no renuncies a mí.

Las palabras resuenan entre nosotros como campanadas en un día ventoso. El silencio es tenso y siento el peso de mi conciencia cuando me preparo para darle una fecha límite.

—Pippy va a correr su carrera de debut dentro de dos semanas. Espero que para entonces tengas un plan. O no. Así al menos sabré qué hacer con mi vida.

—¿Me estás dando un ultimátum? —dice, ofendido al máximo, como si nadie tuviera el derecho de decirle lo que tiene que hacer.

Todo el mundo está tan ocupado pisando huevos a su alrededor de su humor de mierda y su personalidad torturada que se olvidan de tratarlo como alguien responsable, capaz de manejar la presión y de sufrir las consecuencias de sus actos.

—Sí —respondo—. Dos semanas son más que suficientes para que decidas si vas a intentarlo o no. Eso es todo. No tienes que estar —levanto las manos para dibujar unas comillas en el aire— «mejor». No tienes que estar curado. No tienes que ser un hombre nuevo. No quiero un hombre distinto. Te quiero con tu rudeza y tu forma de ser tan gruñona. —Doy un paso adelante, dejo caer las manos sobre sus rodillas; siento los músculos debajo de mis palmas y los aprieto para instarlo a que me mire a los ojos de verdad, para que sepa que voy muy en serio, que siento cada palabra hasta la médula de los huesos—. Sé que

todos los demás han permitido que te encierres en ti mismo, que nadie se ha tomado la molestia de estar a tu lado. Todos te han fallado y se ha dado por vencidos con demasiada facilidad. —Niego con la cabeza y las lágrimas brotan de mis ojos por lo injusto de la situación, con más ganas aún de luchar por él —. Te quiero, pero tú también tienes que quererte. No tengo suficiente amor para los dos.

No hay nada más que decir. Cole lo sabe y solo asiente, así que me doy media vuelta y me alejo de él pensando que podría ser la última vez. Regreso a mi apartamento por el camino de grava y me enfrento por fin a esa posibilidad.

Y las lágrimas se derraman de mis ojos.

COLE

Estoy tumbado en el sofá, mirando hacia el techo, donde bailan los pequeños arcoíris que ha formado la luz que atraviesa los prismas de cristal colgados en la ventana. Son sencillos y hermosos. Me recuerdan a la casa de campo, a Violet.

—¿Esto ayuda de verdad o solo es algo que hace la gente en las películas?

—No sé —dice Trixie. Las pulseras que rodean sus muñecas tintinean cuando levanta una mano en un gesto dramático—. Pero sí te digo que no creo haberte visto nunca lo bastante relajado como para tumbarte. Y ni siquiera puedes ver la puerta desde aquí.

—Tal vez ha dejado de importarme.

—¿Eso es lo que estás haciendo? —pregunta con una carcajada seca—. ¿Te has echado a morir? Qué shakesperiano por tu parte. Menos mal que has retomado las sesiones.

Vuelvo la cabeza para mirar a Trixie. A veces me da la impresión de que cree que le pago para que se burle de mí.

—Sabes que no quería decir eso.

Me devuelve la sonrisa y la piel se arruga alrededor de sus labios, narrando años de historias.

—Entonces, por el amor de Dios, explícame lo que querías decir.

—Tengo que averiguar cómo hacer frente a ver a la mujer que amo subirse a un caballo y alejarse de mí. Tengo que encontrar la manera de alegrarme por ella en lugar de estar aterrorizado pensando que no va a volver.

—Bueno, ¿lo habéis hablado? ¿Qué dice Violet?

Le agradezco que no se haya centrado en la palabra con a, pero también me ha venido bien admitirla. Después de hablar con ella anoche, de ver cómo reaccionó, no sé por qué he esperado tanto. La he amado en la distancia y en silencio demasiado tiempo.

Creo que ella también me ama. No me lo dijo, pero puedo sentirlo. ¿Quién esperaría por un desastre como yo si no lo amara?

Creo que podríamos amarnos.

Me hace sentir seguro, consigue que quiera aceptar riesgos, me hace ser mejor. Y si conseguir que alguien sea una mejor versión de sí mismo solo por estar ahí no es amor, no sé lo que es. Y yo también quiero hacer lo mismo por ella.

—Ahí fue donde la cagué —reconozco. Me arriesgo a mirar a Trixie: está ahí sentada y su rostro no revela nada. No parece decepcionada ni se burla de mí. Solo espera—. Se cayó de un caballo cuando yo estaba mirando y me derrumbé. Tuve un ataque como no había sufrido en años. Y después..., tal vez insinué que no podía estar con ella debido a su trabajo.

—¿Y qué respondió? —dice, sin rastro de censura en su tono.

Por alguna razón, esperaba que me riñera por portarme como un imbécil egocéntrico. Siempre espero que la gente vea lo peor de mí.

—En palabras mucho más amables, dijo algo como «Que te jodan, soluciona tus mierdas».

—¡Me gusta esa mujer! —exclama Trixie; se acomoda en su asiento y me mira, pensativa. Siento el peso de la mirada de la vieja bruja sobre mí y casi puedo escuchar cómo giran los engranajes de su cerebro—. Dime, ¿qué te gusta de ella?

—¿Esto qué es? ¿Una lista de pros y contras?

Trixie me mira como si dijera «¿Ya has terminado?».

—Bueno —suspiro, sintiéndome como un idiota por ponerme poético al hablar sobre una mujer en el sofá de mi psiquiatra. Soy un puto cliché con patas—. Sobre todo, me gusta lo motivada que está. Salió a ganarse la vida por su cuenta, a labrarse su propio camino, y ha trabajado duro para conseguirlo, y la admiro por ello. Es tranquila, silenciosa, calmada, pero no es fácil de llevar. No me pone nervioso ni cuando no para de hacer preguntas. Es reflexiva. Sabe que tengo problemas, pero no me trata como si fuera un cachorrito al que han maltratado demasiadas veces. Se limita a rodearme como si yo no fuera un obstáculo. Ella es... Ella es como la luz del sol en mi cara, cálida y brillante. Sé que he estado viviendo en las sombras, ocultándome en un rincón, pero, en lugar de intentar sacarme a rastras, pataleando y gritando, como tantos otros, solo se ha movido un poco para compartir su luz.

Miro los puntitos multicolor que se mueven por el techo desde los prismas.

El patrón se balancea al ritmo de los cristales.

—Ya no quiero vivir en la oscuridad —digo con voz ronca.

Trixie también mira hacia el techo, estirando el cuello adornado con las cuentas de madera de su collar.

—Son bonitos, ¿verdad?

Trago saliva de forma audible para aclararme la garganta antes de hablar.

—Mucho —consigo responder.

—Y resulta muy apropiado, ¿sabes? Esos cristales se llaman atrapasoles —comenta. Parpadeo—. Buen *feng shui*. —Resoplo, pero Trixie me ignora. Sabe que no me gustan esa clase de cosas, pero continúa—: Recogen la luz del sol y la desvían, eliminando la energía negativa. Es una luz positiva, curativa, puro brillo y color.

Sé que es mi turno de hablar, pero estoy demasiado emocionado para hacerlo. Solo dejo escapar un sonido ahogado, comprendiendo lo que quiere decirme sin decirlo en realidad. ¿Qué posibilidades había de enviarle un mensaje a Violet? ¿Qué posibilidades había de que forjáramos una amistad? ¿Qué posibilidades había de que terminara trabajando para mi familia? ¿Qué posibilidades había de que yo viniera aquí y pensara en ella como si fuera el sol mientras miraba un puto atrapasol? Todo lo que ha pasado entre nosotros era improbable y, sin embargo, parece predestinación. Después de todas las cosas malas que me han pasado en la vida, es difícil creer que el universo me ha puesto delante un regalo como Violet una y otra vez, pero son demasiadas coincidencias como para seguir ignorándolo.

—Te enamoraste de la fuerza de esa mujer, de su pasión, de su alegría de vivir. De su luz. ¿Qué pasa si, en lugar de tirarlo todo por la borda, te conviertes en su atrapasol? Coge su luz y amplíala todo lo que puedas. Disfruta de ello, porque es maravilloso que la hayas encontrado —celebra con entusiasmo—. Pero la luz es engañosa: se desliza, es fugaz, viene y va. No podemos poseerla ni retenerla, solo disfrutarla. Y si puedes encontrar una manera de dejarte llevar y disfrutarla, Cole, puedes considerarte afortunado.

Afortunado. Nunca me he considerado afortunado. Mi padre, mi pierna, mi prometida, mi salud mental... El dinero no es nada cuando todo lo que te rodea es una mierda.

—¿Y si le pasa algo? —digo con un hilo de voz.

—¿Y si no le pasa nada y pierdes esa luz para el resto de tu vida?

Una voz en mi cabeza grita más fuerte que todas las demás. Más fuerte que

las dudas, más fuerte que el odio.

Ya no quiero vivir en la oscuridad.

El primer paso que tengo que dar para recuperar mi vida es reavivar la relación con mi hermano pequeño, como me ha confirmado Trixie en nuestra charla de esta mañana. Por eso estoy aquí, sentado en las escaleras de la entrada de su casa, esperando a que regrese, y no tengo ni idea de lo que voy a decirle. «Oye, ¿te apetece sentarte a beber una botella de agua mientras te cuento cómo he estado fingiendo que no era un amputado durante los seis últimos años? Qué guay, ¿verdad? Supernormal, lo sé, gracias».

Suelto un gemido, me cruzo de brazos y le doy una patada a una piedra que hay frente a mí. Me siento frustrado e impaciente, y quiero que todo se arregle de una vez. Ayer.

Quiero a Violet de regreso ya.

¿Cómo he permitido que esto se me fuera tanto de las manos?

Estoy a punto de autoflagelarme cuando la camioneta de Billie se detiene frente a la casa.

Genial. Justo lo que me hacía falta.

—¡Hola, hermano mayor! —saluda cuando se apea. Siempre está de buen humor—. Me alegro de verte.

La miro especulativamente. Creía que Billie estaba enfadada conmigo por lo que ha pasado con Violet, pero se comporta con normalidad: irritante y molesta.

—¿Me llamas así solo para incordiar-me?

Frunce el ceño y se acerca al porche delantero.

—No. Te llamo así porque vamos a ser una familia unida hasta que seamos viejos y estemos canosos y arrugados. Y en algún momento te ablandaré y verás que soy muy simpática.

Su coleta se balancea cuando pasa a mi lado con sus exclusivas botas Blundstone. Entra en la casa de campo sin decir palabra, y me quedo dando vueltas al modo en que asume que vamos a ser una familia para el resto de nuestras vidas, como si fuera un hecho, una verdad ineludible. Ojalá fuera tan optimista en lo que se refiere a la estabilidad. No creo que nada haya sido así en mi caso.

—Toma.

Me sobresalto cuando reaparece, se deja caer a mi derecha en el escalón y me tiende una botella marrón de cerveza fría.

La cojo y paso el pulgar por la condensación que se ha formado en el exterior.

—No bebo demasiado...

—Serías mucho más guay si lo hicieras.

—Estaría mucho más confuso y aturdido de lo que ya estoy estos días —bufo.

Se ríe y da un trago a la cerveza, mirando hacia el corral de DD. El caballo negro está masticando heno y mueve la cola, feliz, como una mascota multimillonaria. Niego con la cabeza.

—La cerveza no es buena para la salud —continúo, intentando explicar mi afirmación y, sobre todo, cambiar de tema.

Se ríe con ganas y me señala por entero con un gesto amplio de su mano.

—Tampoco lo que le estás haciendo a tu tensión arterial.

Suspiro y doy un largo trago a la cerveza. Tiene razón. Billie es así de perspicaz e inteligente. El tipo de inteligencia que no aprendes en la escuela. Recuerdo habérselo dicho a Vaughn cuando casi lo echa todo a perder con ella. Billie distingue el bien del mal, y le dio una buena lección a mi hermano pequeño sobre eso. Me gusta la pareja que hacen.

—Debes de pensar que soy un auténtico imbécil...

—No —dice sin volverse hacia mí. Su mirada pensativa se dirige hacia las colinas que hay más allá del corral; las que llevan al rancho. A Violet—. Creo que haces lo que puedes con la mierda que te ha dado la vida. Como todos.

Vaya. Eso sí que no me lo esperaba. Pero, claro, Billie tiene su propio drama familiar y problemas paternos no resueltos con los que lidiar. Quizá nos parecemos más de lo que pensaba.

—Lo malo es que Violet está fuera de tu alcance —dice, y yo gruño y doy otro sorbo, porque también tiene razón en eso—. Lo bueno es que es un puto ángel y no lo ve de esa manera. —Ladea la cabeza hacia mí y levanta su cerveza en un brindis silencioso—. Así que tienes eso a tu favor.

—Gracias por el voto de confianza, hermana.

Supongo que si ella me llama así, bien puedo devolvérselo.

Curva los labios en una sonrisita satisfecha.

—Lo que tienes que hacer es verlo de otro modo: no se trata de Violet, se trata de que creas que eres digno de ella.

—Sabes que ya le pago a alguien para que me ayude con esas revelaciones, ¿verdad?

—Acepto efectivo y cheques —dice sin perder el ritmo. Me echo a reír sin poder evitarlo. Odio admitirlo, pero Billie es graciosa—. ¿Qué haría que te sintieras digno de ella?

—Esa es la puta pregunta... No lo sé.

—¿Qué te detiene? ¿Esto? —me da un golpecito en la sien—, ¿o esto? —Toca la prótesis.

Vuelvo la cabeza muy despacio para mirarla. Sus brillantes ojos felinos me miran con curiosidad.

—¿Cómo lo has sabido?

—Si te preguntas si Violet me lo ha contado, la respuesta es que no. Pero me gano la vida estudiando a los caballos y a la gente, y creo que veo cosas que los demás no ven: el lenguaje corporal, las pequeñas señales... ¿Un caballo tiene miedo o está incómodo? ¿Cómo puedo diagnosticar el problema? Me paso la vida evaluando, y reconozco que tú lo disimulas bien, pero tu modo de andar es un poco raro y siempre usas pantalones largos y calcetines altos independientemente de la temperatura. Y te masajeas la pierna sin siquiera darte cuenta. Hace tiempo que lo deduje.

—¿Y no has dicho nada?

Arruga la nariz, confusa.

—¿Por qué iba a decir nada? Primero, no me importa, y segundo, no es asunto mío.

—¿Lo sabe Vaughn?

—No. Una vez le dijiste que mi secreto era algo que teníamos que hablar él y yo, y pienso lo mismo sobre esto. Es algo que tenéis que hablar vosotros.

Me hundo un poco.

—¿Crees que me perdonará?

Niega con la cabeza, distraída, mirando a su caballo.

—¿Qué tiene que perdonarte? Es tu hermano pequeño y te quiere.

Me arden los ojos con la simplicidad de esa declaración, como si fuera lo más obvio del mundo, lo más natural. Odio lo mucho que le he fallado a Vaughn.

—¿Y qué hay de Violet?

—Pues la misma pregunta: ¿qué tiene que perdonarte? ¿Planeas romperle el corazón?

Me tenso. La idea de hacerle daño a Violet me sienta como un puñetazo en el estómago. Como la metralla en mi pierna.

—No si puedo evitarlo —me lamento.

—Vale, estupendo. Entonces, ¿a qué estás esperando?

Me doy un golpecito en la sien, como ha hecho ella antes.

—Todo el mundo piensa que estoy jodido por la guerra, pero he trabajado mucho para superarlo y lo tengo bajo control casi por completo. Lo que me atormenta es la imagen de mi padre cayendo al suelo y muriendo en la pista. Es lo que veo cada vez que asisto a una de las carreras de Violet. Es lo que me preocupa cuando monta a caballo. ¿Y si a ella le pasa lo mismo? Esa es la pregunta que me atormenta. Quiero ser su mayor admirador y, al mismo tiempo, no quiero que vuelva a montar. Sé que es una tontería, pero es la verdad. Y tengo que encontrar el modo de superarlo.

Billie hace girar la botella entre sus manos como si me ignorara por completo; permanece en silencio tanto tiempo que incluso llego a dudar seriamente que me haya escuchado parlotear sobre mis sentimientos.

—Vale, pero, entonces, ¿tienes miedo de perder a Violet o de los caballos?

—Yo... —boqueo. Mi primer impulso es decir que por supuesto no les tengo miedo a los caballos. Crecí rodeado de ellos. Pero algo me detiene y me obliga a reflexionar—. Nadie me había preguntado eso antes. —¿Yo? ¿Miedo a los caballos? ¿Mis temores provienen más de no entender lo que hace que de mi miedo a perderla? *Mierda*—. ¿Podrían ser los dos? Solía montar con mi padre y entonces no tenía miedo, pero ya no lo sé.

—Sí, hombre, claro. Puede ser lo que quieras. Y puedes ser lo que quieras excepto el fan número uno de Violet porque esa soy yo y vas a tener que pelear conmigo por el puesto. Y si tú no lo haces, otro tío lo hará. ¿Vale la pena tener que enfrentarte a eso por el improbable riesgo de que muera? ¿Vale la pena perderte lo de la familia y los bebés? Puaj —gime—. Seguro que Violet hace unos bebés preciosos.

Pero. Qué. Cojones... Billie me acaba de lanzar la bomba emocional más devastadora posible. Me arden las mejillas y el corazón me late con fuerza.

Y volvemos a donde empezamos: la tensión arterial por las nubes.

—De ninguna puta manera. Ni de broma. Eso no va a pasar.

Billie sonríe y apoya los codos en el escalón que tiene a su espalda.

—Genial. ¿Estás listo para ponerte en marcha? Porque tengo un plan.

¿Un plan de Billie? Eso me anima y me aterra a partes iguales, y, a medida

que lo pone en voz alta, el terror se convierte en pánico. No estoy seguro de estar a la altura, pero sí de que voy a intentarlo.

Billie se detiene cuando Vaughn aparca su estúpido deportivo.

—¿Va todo bien? ¿Ha muerto alguien? —pregunta cuando sale del coche, preocupado. Supongo que desde su perspectiva es muy raro que Billie y yo estemos tomando una cerveza juntos cuando normalmente somos como el agua y el aceite.

—Todo va genial, salvo que sigues insistiendo en conducir ese coche como un completo gilipollas. Un gilipollas muy sexy, pero... —bromea Billie de inmediato, ganándose una sonrisa astuta y un movimiento de cejas de mi hermano.

Cuando se acerca a nosotros, Billie se pone en pie y me da su botella vacía.

—Tengo que... eh... hablar con Mira sobre la clínica.

Mierda. Se ha ido, así que no me queda más remedio que hablar con Vaughn. Billie se acerca a él, ignorando la mirada suspicaz en su rostro —al parecer, no se ha creído una palabra—, y le da un rápido beso en los labios y una palmada en el trasero antes de dirigirse a su furgoneta. Estos dos están hechos el uno para el otro.

—Hola, tío —dice, acercándose a mí—. ¿Te apetece otra cerveza?

Mi cálculo de calorías se va a ir a la mierda, pero no todos los días tienes una conversación como la que estoy a punto de tener con mi hermano pequeño.

—Claro, ¿por qué no?

28

VIOLET

Es el día de la carrera de debut de Pippy y debería estar emocionada, pero solo estoy cabreada y un poco triste.

Aún no he sabido nada de Cole. Han pasado dos semanas y aún no he sabido nada de él. Billie sigue diciéndome que no tengo de qué preocuparme, y le he preguntado un par de veces si sabe algo que yo ignoro, pero su respuesta siempre es que no.

Por una vez, espero que me mienta.

No tendría que haberle dado un ultimátum. No debería haberlo presionado. No tendría que haberme enamorado de él. Pero aquí estoy, descargando toda esa frustración en el pelaje de Pippy, intentando no contagiarla con mi nerviosismo y fracasando miserablemente. Todo el mundo sabe que estoy de mal humor: Billie, Hank, Mira, Vaughn..., y todos me ignoran. Pero Pippy se ha quedado a mi lado. Es la yegua más feliz y relajada del planeta, eternamente optimista. Supongo que cuando eres prematura como ella, haber sobrevivido es todo un logro, algo de lo que estar orgullosa.

Necesito que me contagie ese optimismo porque ahora mismo me siento como si me rodearan nubarrones de tormenta. Lo bueno es que mis instintos asesinos están a tope: quiero ganar; quiero aplastar a la competencia; quiero demostrarles a todos que no soy una rubia tonta, que soy una mujer que cogió un caballo que nadie creía que pudiera correr y lo convirtió en un ganador.

La respiración de Pippy está muy bien últimamente, su salud es excelente y se muestra imperturbable, pero nunca se sabe lo que va a pasar con un caballo hasta que lo pruebas en la pista, si va a nadar o a hundirse.

Hace un par de años yo me lancé de cabeza y ahora le toca a Pippy hacer lo mismo.

—¿Señorita Eaton?

Doy un brinco y me vuelvo con el ceño fruncido para ver a Stefan Dalca en

la entrada de nuestro box. Una cosa tengo que reconocerle: le ha echado un par al aparecer en los establos del Gold Rush Ranch sabiendo lo que la mayoría de nosotros sentimos hacia él.

—¿Por qué insiste en hablar conmigo antes de una carrera? No es buen momento. ¿O es que no sabe nada de este deporte?

Parpadea, sorprendido por el modo en que he arremetido contra él. La verdad es que yo también estoy un poco sorprendida. ¿Me gusta? No. Pero no suelo comportarme así.

Puto Cole Harding...

—Solo quería venir a ofrecerle mis disculpas.

—¿Usted? —Lo señalo—. ¿Usted quiere disculparse conmigo? —Me señalo a mí misma con el pulgar.

—Por el comportamiento de Patrick Cassel. —Bufo y devuelvo mi atención a Pippy—. No tenía ni idea de cómo se comportaba y ya no está a mi servicio —dice. Cuando me vuelvo hacia él, tensa la mandíbula y clava en mí sus ojos verdes. Su expresión feroz no deja lugar a dudas acerca de su sinceridad—. Su comportamiento fuera y dentro de la pista no es propio de alguien que trabaje para mí y, desde luego, no es propio de ningún hombre con el que desee relacionarme. Siento mucho todas las molestias que le ha causado.

Podría decir algo sarcástico o echarle en cara su sórdida jugada del año pasado, pero parece sincero y arrepentido.

—De acuerdo —resoplo; ciño la cincha alrededor de las costillas de Pippy—. Gracias. Se lo agradezco.

Cuando lo miro, parece sorprendido por mi respuesta, como si esperara que fuera a atacarlo o algo, pero yo no soy así. No me gusta guardar rencor ni tener enemigos. Me gusta llevarme bien con los demás y, si no puedo llevarme bien con Cole, pues al menos me llevaré bien con Stefan. Algo es algo.

—De acuerdo, pues... mucha suerte. —Me tiende la mano y dejo lo que estoy haciendo para estrechársela.

—Muchas gracias. Igualmente.

Le ofrezco una leve sonrisa y se relaja, como si estuviera preocupado de verdad por mi reacción. En una víbora como él, es casi dulce.

Le suelto la mano y me vuelvo hacia Pippy con energías renovadas. Si alguien como Stefan Dalca puede venir a disculparse, quizá Cole también lo haga. Aún no se ha acabado el día. Pero ahora es el momento de apartar de mi mente el drama y a los hombres. Es hora de trabajar, de ponernos manos a la obra.

Es hora de ganar una carrera.

Salimos del establo con todo el equipamiento puesto, y Billie aparece de la nada, como de costumbre, vistiendo uno de los trajes pantalón que siempre se pone en los días de carreras importantes. Me ayuda a montar y me guía al circo que es Bell Point Park un sábado por la tarde. Pippy mira a su alrededor con interés, pero no con miedo o nerviosismo, algo que no es muy normal en el debut de una yegua de dos años.

Otros caballos se encabritan, ansiosos, y echan espumarajos por la boca, pero ella se limita a caminar con paso firme y mirada curiosa. Es como si ya hubiera estado aquí antes y solo hubiera venido para enseñarnos una lección. Y quizá sea así. Aún no estoy segura.

Cuando llegamos a las pistas, Billie me da un apretón en la rodilla.

—A por ellos, tigresa —dice.

El poni se acerca y todo lo demás desaparece de mi vista: el ruido, las distracciones... Lo único que puedo ver es lo que hay entre esas puntiagudas orejas marrones. Mi objetivo está justo delante de mí y todo lo que tengo que hacer es estirar la mano y alcanzarlo. Billie y yo ya hemos hablado de estrategia. El plan es, en esencia, tomármelo con calma y dejar que la potra encuentre su ritmo. Es una simple carrera de entrenamiento y no cuenta para la clasificación, así que no hay ninguna presión..., salvo la que yo me he echado encima.

Después de dar una vuelta, llegamos a la puerta y al fin noto que Pippy se tensa un poco. Arremolina las orejas sobre la cabeza, me echo a reír y la rasco con suavidad.

—Buena chica. Puedes hacerlo. Todos te descartaron pensando que eras demasiado pequeña y débil, pero vamos a demostrarles que estaban equivocados, ¿vale? Vamos a demostrarles lo que puede hacer una actitud positiva.

Y quizá debería aplicarme el cuento: la energía positiva genera energía positiva.

Pippy muestra una actitud ganadora y, cuando se abren las puertas, sonrío. Me lo dice el corazón: Pippy va a ganar la carrera.

Baja la cabeza y corre hacia delante con todas sus fuerzas. No se queda rezagada ni se aparta. No mide a la competencia, más bien, parece dispuesta a pasarles por encima si no se apartan de su camino.

Adiós a la pequeña y dulce yegua. En su lugar hay una luchadora. Vuelve a

agachar la cabeza y acelera. Intento contenerla un poco porque todavía no está en plena forma y no quiero que derroche toda su energía en el primer tramo. Correr a toda máquina de principio a fin no es la mejor idea para nadie... excepto para Pippy, al parecer.

Muerde el bocado y cabalga a través de la primera recta. Me ladeo en la silla para aligerarla de mi peso, pero es como si no lo sintiera: va a toda velocidad y volando al frente de la manada. ¿Y yo? Yo me siento como una niña pequeña a lomos de un poni desbocado. Todo el tiempo que me he pasado dando vueltas, yendo y viniendo, todas las señales que me indicaban que ella podía funcionar bastante bien..., todo se ha esfumado. En las carreras de práctica en el rancho era rápida, sí, pero nada como esto.

Así que solo me queda una opción: luchar con ella o dejarla correr de la forma que le resulte natural; dejar que tome la iniciativa y me muestre lo que necesita.

No me hace falta ni pensarlo.

Hundo los pies en los estribos, me agacho hacia su cuello y le doy rienda suelta. Fluye a través de la curva maravillosamente y no puedo reprimir una sonrisa. Estando a lomos de un caballo, con el viento en la cara, me siento viva. Y viendo que no parece ni un poco cansada, diría que Pippy también. Sale de la última curva y enfila la recta a toda máquina. Vamos volando, literalmente, y me alegro de que sea una carrera corta porque no sé cuánto tiempo podrá seguir así.

Me arriesgo a mirar por encima del hombro y no puedo creer lo que ven mis ojos: los otros caballos están al menos a diez cuerpos de distancia. Sacudo la cabeza, hundo los nudillos en sus crines y me agacho. Que sean once cuerpos.

Recorremos la recta hasta la meta con un ritmo regular. Noto que está cansada, pero, llegados a este punto, nuestra ventaja es tan grande que no importa. No necesito presionarla.

Decir que volamos al cruzar la línea de meta no alcanza a describirnos.

Deslizo los brazos alrededor de su cuello, le doy un beso en las crines y suelto una carcajada. Ha sido la carrera más rara y divertida de mi vida. Pipsqueak es una absoluta chalada.

—Estás loca, ¿lo sabías? —Me siento más erguida para frenarla un poco, rascándole la cruz como sé que le gusta. Me duelen las mejillas por la intensidad de la sonrisa que no puedo borrar de mi rostro.

Por el rabillo del ojo veo a nuestro poni, y me alegro, porque Pippy no

parece muy dispuesta a detenerse. Con suerte, un caballo mayor y más tranquilo podrá serenarla. El jinete se acerca a nosotras y coge las riendas, y, por triste que suene, miro a mi alrededor con la esperanza de ver a Cole en algún lugar, vestido con un buen traje y con ese gesto de cascarrabias en el rostro. Me encanta ese gesto y la voz que lo acompaña.

Me encanta. Debería disfrutar de la victoria, pero en cambio estoy suspirando por el hombre del que me he enamorado como una adolescente tonta.

—Sabía que ganarías —dice el jinete que está a mi lado. Pero es su voz.

Levanto la vista y se me afloja la mandíbula porque Cole Harding está a lomos del robusto cuarto de milla que hay a mi lado y lleva las riendas de Pippy.

Está montando a caballo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —dice, sonriente y muy orgulloso de sí mismo.

Me arden los ojos y se me llenan de lágrimas; tiro de las riendas de Pippy para reducir la velocidad porque quiero que el tiempo se detenga para saltar de nuevo a su regazo.

—Estás aquí.

—Sorpresa. —Su sonrisa solo puede clasificarse de mojabragas, y lo único que puedo hacer es negar con la cabeza—. ¿Pensabas que iba a perdérmelo? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Yo... —La velocidad se reduce a un trote y luego a un paseo hasta que nos detenemos en el medio de la pista mientras los otros caballos se dirigen a toda velocidad hasta la línea de meta—. Sinceramente, no estaba segura.

—¿Y perderme la carrera de mis dos chicas? De ninguna manera.

Mis dos chicas.

—Yo... —boqueo, pero no consigo articular palabra—, ¡han pasado dos semanas!

—Lo sé. Aprender a montar de nuevo en dos semanas con una prótesis me ha ocupado todo el tiempo libre.

Escudriño su cuerpo sobre la enorme silla. Parece cómodo.

—Lo llevas bien —digo con sinceridad—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Billie —ríe, como si su nombre lo explicara todo—. Dijo no sé qué sobre usar a los caballos como terapia. La verdad, creo que ahí hay negocio.

—Estás aquí. En la pista. A lomos de un caballo —digo como una tonta,

incapaz de entender lo que pasa.

Mira a su alrededor como si quisiera embeberse de las vistas, los sonidos y los caballos, y sus labios dibujan una sonrisa melancólica cuando se vuelve hacia mí.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque ya no quiero vivir en la oscuridad.

Se me cierra la garganta. Querría decir algo, pero se me atascan las palabras. Me seco los ojos y miro a nuestro alrededor con timidez. Eso es lo que quería escuchar: que no hace esto solo por mí, sino también por sí mismo.

—Venga, vamos a salir de la pista.

Asiento y él da un suave tirón a las riendas para conducirnos a través de la puerta hacia el círculo de ganadores. Estoy aturdida. Emocionada. En *shock*.

Monta con muchísima naturalidad. Dijo que cabalgaba con su padre, que les gustaba recorrer juntos los senderos y emprender aventuras, y sé que no ha vuelto a montarse en un caballo desde la muerte de su padre.

—¿Qué tal te sientes al montar de nuevo? —murmuro; los cascos de nuestros caballos resuenan al unísono en el camino de cemento al dirigirnos al círculo de ganadores.

La nuez se mueve en su garganta cuando traga y me mira por el rabillo del ojo.

—Creo que es lo que él habría querido.

Asiento ante lo que me parece un avance y miro hacia la multitud que se ha reunido en el círculo de ganadores. No es tan exagerado como cuando corre DD, pero es aún más satisfactorio. Sinceramente, esta podría ser la mejor carrera de la historia.

Cole está a punto de saltar de su caballo, pero no puedo soportarlo más.

—Espera. —Extiendo la mano y lo agarro del codo derecho; él mira en mi dirección—. ¿Esto significa que vas a intentarlo?

Mira a nuestro alrededor con timidez, sabiendo que todos los ojos están clavados en nosotros. Probablemente se preguntan por qué estoy charlando con el jinete de mi poni. Me mira con tanta sinceridad que el corazón se me encoge en el pecho, y acerca una mano a mi mejilla para acariciarme con el pulgar, como siempre hace.

—Sí, Violet. Voy a intentarlo. Más que eso: voy a hacerlo. Porque tú y yo, nosotros, estamos predestinados. Nos hemos encontrado una y otra vez. Si eso

no es una señal, no sé lo que es. —Una enorme lágrima se desliza por mi mejilla. Él la atrapa y me la enjuga—. Te amo, Violet Eaton. Te amaba antes de conocerte, y bien sabe Dios que ahora te amo todavía más.

Más lágrimas se derraman de mis ojos; oigo los murmullos a nuestro alrededor, pero me da igual: no puedo apartar la mirada de sus ojos plateados como la luz de la luna. Él cree que es oscuro, pero yo sé que solo brilla de un modo distinto, como la luna ilumina el mundo por la noche, suave y sutil. No solo brilla, reluce, sobre todo cuando me mira como lo está haciendo ahora.

Y pensar que soy yo quien lo hace brillar me roba el aliento.

—Yo también te amo —susurro, buscando su mirada, deseando tener algo más que decirle.

Se agacha y su boca encuentra la mía.

Y decido mostrarle lo que siento.

Me entrego por completo al beso. Pongo en él el dolor, el anhelo, la admiración, y él lo acepta todo: cada tropezón, cada victoria. Está ahí y sé que siempre va a estar. Me lo dicen sus manos sobre mi piel, su lengua contra la mía como una promesa.

Se aparta y apoya la frente sobre la mía.

—Ve. Saborea la victoria. Ya terminaremos esto más tarde en el box. —Me echo a reír y me sonrojo con el recuerdo. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que tenemos público—. Estoy aquí y no pienso ir a ningún lado.

Le doy un beso rápido, y llevo a Pippy, que parece muy complacida, hacia el círculo de ganadores, donde disfruta de la atención y levanta las orejas para las fotos. Me empapo de todas las sensaciones sabiendo que Cole está ahí.

Y que no va a ir a ningún lado.

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS...

COLE

—Baja. Los. Talones. ¿No hablas mi idioma?

Juro que si Billie no tuviera a mi bebé dormida en sus brazos ahora mismo, saltaría de este maldito caballo y le daría la colleja que está pidiendo a gritos.

—Es la prótesis —digo entre dientes, en lugar de *«Vete a la mierda, es la puta prótesis»*. Me estoy esforzando mucho por no maldecir ahora que hay otra chica en mi vida mucho más impresionable. Vale, solo tiene unos meses, pero si empiezo ahora, no voy a tener que preocuparme de que «joder» sea su primera palabra.

Billie pone los ojos en blanco con un gesto dramático; una de sus manos descansa con suavidad sobre la cabecita calva de Lilah.

—Que te den, florecilla. Si los atletas paralímpicos pueden arreglárselas, también pueden los supersoldados.

Rechino los dientes, pero bajo la pierna mientras troto alrededor del corral, intentando encontrar mi centro de equilibrio y colocar la articulación como quiere Billie. Ya no damos clases diarias de equitación, pero intentamos vernos un par de veces por semana. Billie está ocupada y yo también, pero jamás protesta. Aunque ya haya acabado el día, viene y me echa una mano.

No pienso admitirlo jamás, pero la adoro. En broma, la llamo «hermanita», pero la verdad es que es justo en eso en lo que se ha convertido. Primero me dio una patada en el culo y luego una palmadita en la espalda, y ahora diría que somos amigos. Que somos familia.

—Sí, eso es. Ya lo tienes —dice, acariciando en círculos la cabeza de Lilah.

—No es un perro, Billie.

—Lo sé —dice, mirando al diminuto humano que lleva en un portabebés contra su pecho, y sonrío—. Pero es suavecita como uno.

Me echo a reír y vuelvo a caminar lentamente; me duelen las dos piernas por

el trabajo sin estribos que me ha obligado a hacer. Soy un puto masoquista.

—Creía que no te gustaban los niños.

Entrecierra los ojos y le tapa las orejas a Lilah.

—Shhh. No digas eso. Es la única que me gusta y no quiero herir sus sentimientos.

Es mi turno de poner los ojos en blanco.

—Eres una puta psicópata.

—Cole Harding, dime que no acabas de decir un taco delante de la niña.

Violet se acerca al corral con esos pantalones de montar ajustados que tanto me gustan y una sonrisa burlona en su rostro. A su lado, Vaughn niega con la cabeza. Acaban de dar una rueda de prensa sobre la clínica veterinaria recién terminada, algo en lo que ni Billie ni yo queríamos participar. Cámaras. Gente. Atención. *No, gracias.*

—¿Cómo os ha ido, guapos? —pregunta Billie, yendo hacia ellos—. ¿Quieres recuperar a tu bebé, Vi?

—Si la despiertas y echas a perder mis dos horas de libertad, te mataré —responde, con los ojos brillantes por la diversión y una pizca de desesperación. Bromea, pero solo en parte. Los bebés recién nacidos son maravillosos, pero agotadores.

Violet se quedó embarazada en cuanto volvimos a estar juntos, después de la carrera de debut de Pippy, probablemente en lo que ya se conoce como «el puesto para hacer bebés», lo que me estremece cada vez que alguien lo dice. El momento no era el más idóneo para la carrera profesional de Violet y eso la estresó al instante, pero pudo terminar la temporada con la aquiescencia del médico. Y eso fue algo de lo que me pasé horas hablando en la consulta de Trixie. En terapia no hay línea de meta. Y todo salió bien: Lilah nació en casa en febrero y, un mes después, Violet volvió a montar a caballo. Violet es feliz y eso me hace feliz a mí.

Creo que mi padre habría adorado a Violet y habría estado tan orgulloso de ella como yo.

—Ha sido genial. Vaughn ha nacido para estar frente a una cámara. Tendrías que haberlo visto. Es como si pulsaran un interruptor y se pusiera en marcha, puro encanto y madurez.

—Soy encantador y maduro —sonríe mi hermano, con esa mirada juguetona en sus ojos que tanto me gusta. Me recuerda a cuando éramos niños, un tiempo que ahora puedo recordar con cariño en lugar de con amargura y

añoranza.

—Eeeh. Eres encantador —dice Violet. Frunce los labios y se sonroja por culpa de su propia broma. *Joder*. Espero que nunca deje de sonrojarse. Siempre me la pone dura.

La maternidad la ha cambiado para bien. En cuanto nos enteramos, supe que sería una madre increíble, paciente y amable, pero no pude prever lo fiera que la volvería. Le ha dado agallas y una posesividad que casi es mi razón de ser.

A veces miro a Billie y a Vaughn y me doy cuenta de que Violet y yo nos perdimos la parte divertida y lúdica de nuestra relación, aunque, en realidad, no estoy seguro de que seamos esa clase de pareja.

—¿Dónde está Mira? —pregunta Billie.

—¡Oye! Se supone que debes defenderme —protesta Vaughn.

Ella enarca una ceja y lo mira, inexpresiva. Todos nos reímos, incluso Vaughn.

—La han llamado del rancho Dalca —responde Violet con cautela a la pregunta, como si hubiera podido prever el gruñido que suelta Billie—. Billie, no es por él, sino por los caballos. No querías que ignorara a un caballo que necesita ayuda solo porque pertenece a Dalca, ¿verdad?

Billie suspira y susurra algo al oído de Lilah. Y me doy cuenta de que la tía Billie va a ser todo un desafío cuando Lilah tenga edad para meterse en líos.

—¡Muy madura, Billie! —Vaughn se ríe de su propia broma como un perfecto idiota.

Salto del caballo para besar a mi esposa en la mejilla.

—Hola, Rayo de sol —murmuro contra su piel.

—Hola, Hombre Gamba —responde con una caricia—. Estoy hambrienta.

Sí, se me ha quedado el apodo.

—¿Quieres cenar?

Ella sonríe y sus ojos brillan con picardía.

—No.

Y de pronto quiero que la cena del domingo se acabe de una vez y que Lilah se duerma lo más rápido posible.

Vamos juntos hasta el establo para terminar con los caballos y luego nos dirigimos a casa de Vaughn y Billie. La cena del domingo es una tradición que empezó Billie y se ha convertido en una parte ineludible de nuestra semana.

Sobre todo, porque no volví a la ciudad. Regreso entre semana, pero mi hogar está en el rancho. Me siento unido a la propiedad de un modo que jamás

habría imaginado. Es el legado de la familia, el saber que mis abuelos se conocieron aquí y vivieron aquí, que mi padre nació aquí. Me gusta vivir en este lugar, como si parte de mis sentimientos de pérdida los causara mi desconexión con mi historia y mis raíces. Así que esta pintoresca casa de campo azul es justo donde quiero estar, con todas mis chicas, incluida Pippy, que aún vive en el refugio que construí para ella. Es una velocista campeona en ciernes, y también la mascota de la familia.

Porque ahora somos una familia en el sentido más tradicional del término, como siempre he deseado. Cuando Violet dejó de enloquecer por estar embarazada, me arrodillé y dejé que enloqueciera con la idea de casarse conmigo, pero esa fue una locura feliz. Fuimos de viaje al rancho de su familia, a un auténtico pueblo de vaqueros en las praderas, y nos casamos con toda su familia presente. Pudieron ver a la nueva Violet, a la mariposa que había emergido de su capullo y, a juzgar por la cantidad de granjeros que lloraron durante la ceremonia, diría que los dejó impresionados.

Vaughn viene a mis espaldas y me da un rápido empujón en el hombro.

—Espera, ¿necesitas ayuda para guardar al caballo?

—Capullo. —Niego con la cabeza y me echo a reír.

Nuestra charla sobre mi pierna en el porche delantero esa noche se convirtió en mucho más: en un montón de botellas apiladas en el suelo y en un enorme y vergonzoso dolor de cabeza a la mañana siguiente, pero mereció la pena. Vaughn y yo hablamos sobre lo que sentíamos, algo en lo que estoy mejorando. Nunca me he sentido más unido a mi hermano, y el arrepentimiento por haberme alejado de él se ha ido difuminando poco a poco.

—¿Qué hay para cenar?

—Lasaña. Billie la ha hecho esta mañana y lleva todo el día oliendo así, así que solo voy a ayudarte porque me muero de hambre.

En el sendero, detrás de nosotros, Billie y Violet charlan animadamente y se ríen, alegres. Ese sonido es música para mis oídos. La conversación, las preguntas, la charla incesante ya no me molesta, al contrario, me reconforta. Es el sonido de mi chica cuando es feliz.

—Maravilloso —digo, mirando a mi hermano, que me sonríe alegremente y me da una palmada en la espalda.

—¿Tomamos una cerveza?

Suspiro. ¿Por qué eso precisamente tenía que convertirse en nuestro ritual de

confraternización?

—Vale, de acuerdo —digo, porque no puedo negarme.

Porque también estoy feliz y me siento relajado y ablandado por toda la felicidad que me rodea.

Ato a GD, el viejo castrado que me gusta montar, y le quito los arreos mientras Vaughn lo cepilla a fondo. Sonríó cuando lo veo hablar con el caballo. A nuestro padre le habría encantado vernos así, en su finca, trabajando juntos, continuando su legado. Se me cierra la garganta al pensarlo. Quizá pueda vernos desde donde quiera que esté. Espero que sepa que somos felices.

Violet me dijo una vez algo sobre recoger lo que siembras, sobre luchar y salir reforzado, y eso me hizo ver las cosas de otro modo, le dio un propósito a mi vida y me empujó a fortalecerme, a salir de la oscuridad y la rutina, y entrar en la luz. La vida era amarga y ahora es dulce.

Le doy una palmadita firme a DD y le quito la silla de montar.

—Gracias por aguantarme, viejo —digo, palmeándole el lomo.

Billie encontró un caballo dorado perfecto para un novato como yo, con un corazón de oro a juego y al que en broma hemos llamado Buscadordeoro⁸⁵. Es el poni que guía a Violet en las carreras, y siempre que me lo permite el trabajo, soy yo quien lo monta. Soy el último en desearle buena suerte y el primero en felicitarla. Quizá jamás vaya a ser un buen *jockey*, pero me hace feliz estar en la pista con mi esposa, donde a mi padre le encantaba pasar el tiempo y donde empieza a gustarme estar a mí también. Sobre todo, cuando tengo un asiento en primera fila para ver la expresión de pura alegría en el rostro de Violet cuando cruza la línea de meta.

Gane o pierda, siempre sonrío. Me sonrío a mí. Me ilumina.

Porque ella es mi puto rayo de sol.

NOTA PARA EL LECTOR

Este libro contiene material para adultos que incluye referencias al trastorno de estrés postraumático, a la ansiedad y al acoso sexual. Espero haber tratado estos temas con la delicadeza que merecen.

UN AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Quisiera dejar un agradecimiento especial para Kelsi y Jay, quienes compartieron sus experiencias conmigo con absoluta franqueza. Sé que las experiencias de cada individuo con TEPT, su forma de adaptarse a la vida civil y de vivir como amputado son muchas y muy diferentes, y lo que he reflejado en esta novela representa una pequeña parte de lo que viven en su día a día, pero estas dos personas me dejaron entrar en sus historias personales, y no me habría sentido cómoda escribiendo este libro sin su inestimable apoyo. Me siento muy honrada de que ambos me hayan confiado sus historias.

AGRADECIMIENTOS

Hay muchas piezas implicadas en el proceso de publicación de un libro, y estaré eternamente agradecida por todas las increíbles personas involucradas en el mío. Gracias a todos. Incluso a aquellos a los que he olvidado.

A mi esposo, gracias por tu apoyo incondicional. Tus charlas motivacionales son épicas.

A mi hijo, que siempre me pregunta si estoy trabajando en mis «*cosas de Kelsey Silvers*». Eres mi ser humano favorito.

A mi editora, Paula. Sin ti, este libro no sería lo que es hoy. Tus comentarios no tienen precio y eres la mejor.

Stephanie Rash, gracias por ayudarme en la organización. Y por todos los memes increíbles que publicas. Me haces reír todos los días.

¡Mis lectoras beta! Amy, Amber y Christy: vosotras, señoras, sois increíbles. Gracias por vuestro esfuerzo, vuestra energía y vuestra ayuda.

A los miembros del equipo de marketing. ¡Estoy abrumada por todo vuestro apoyo! Se me empañan los ojos al pensar en todo lo que habéis hecho por mí, y no sé cómo voy a poder agradecéroslo. Os mando un abrazo a todos y cada uno de vosotros.

Sara y Jenn, de Social Butterfly, gracias por compartir vuestra sabiduría y ofrecerme tanto apoyo y orientación. Me ha encantado trabajar con vosotras.

A Casey, gracias por la OTRA hermosa portada.

Shannon y Laetitia, felicidades a las dos por vuestro excepcional ojo para los detalles y por el tiempo que dedicasteis a leer mis palabras. Valoro mucho vuestra ayuda.

Finalmente, gracias a The Golden Girls. Sabéis quiénes sois y que os amo. Este viaje es mucho más divertido porque estáis en él.

GANAR AL LÍMITE

SINOPSIS



He visto cada delicioso milímetro del cuerpo de Violet Eaton, pero ella no tenía ni idea de quién era yo.

Hasta ahora.

Lo que ocurrió entre nosotros *online*, en los chats, se suponía que era anónimo y que debía permanecer en el pasado.

Hasta que dejó de hacerlo.

Este es un mundo muy pequeño, y el pueblo de Ruby Creek lo es aún más. Cuando me he mudado aquí y nos hemos visto obligados a vivir bajo el mismo techo, mi máscara de hombre duro se ha venido

abajo sin remedio.

Con cada rubor de sus mejillas, en cada ocasión en que sus ojos brillan con calidez, cada vez que me suplica que no pare, el muro de hielo que he levantado a mi alrededor se derrite un poco más. Ella me hace desear cosas que no pueden ser. Cosas con las que sueño desde que la vi por primera vez hace dos años. Cosas que no me rezo.

Pero las heridas de mi pasado tienen el poder de destruirnos a los dos. Como exsoldado, debería tener la disciplina necesaria para alejarme, pero cuanto más me abro a Violet, más quiero permanecer a su lado.

Regresé de la guerra como un hombre diferente, pero mis cicatrices eran muy anteriores, y más profundas de lo que nadie podría imaginar. Planeaba que todo siguiera igual y mantener ocultos mis secretos.

Hasta que apareció ella...

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Elsie Silver es una autora canadiense de novelas románticas que adora a los novios de novela y a las heroínas descaradas que los ponen de rodillas. Vive en las afueras de Vancouver, en la Columbia Británica, con su marido, su hijo y tres perros, y lee vorazmente novelas románticas desde mucho antes de lo que se suponía que debía hacerlo. Le encanta cocinar y probar nuevas recetas, viajar y pasar tiempo con su hijo, especialmente al aire libre.

Elsie también disfruta levantándose a las cinco de la madrugada, que es la hora a la que suele escribir. Afirma que en ese momento puede tomar una taza de café caliente y soñar con un mundo ficticio lleno de historias románticas que compartir con sus lectores.

Ganar al límite es la segunda novela de Elsie en Phoebe, después del arrollador éxito conseguido con *Ganar a toda costa* (2023).

elsiesilver.com

IG: [authorelsiesilver](#)

TW: [AuthorElsie](#)

FB: [authorelsiesilver](#)

TT: [authorelsiesilver](#)

*Otros títulos
en
Phoebe romántica*



GANAR A TODA COSTA

ELSIE SILVER



Vaughn Harding es mi nuevo jefe. Tiene negocios familiares en Vancouver, pero también es el propietario de este rancho, en el que cada vez pasa más tiempo.

Disfruto de nuestros combates verbales, pero hace tiempo me autoimpuse alejarme de este tipo de hombres. Estar cerca de Vaughn puede ser un suicidio en mi trayectoria profesional como entrenadora de caballos de carreras. Soy la nueva responsable del rancho y de un caballo con problemas que he prometido convertir en todo un ganador.

Tengo muchos planes, y no voy a permitir que un hombre me distraiga. Por mucha electricidad que haya cuando nos miramos o por mucho que mi cuerpo entre en combustión cuando nos rozamos. Vaughn es un vívido recuerdo

de cada tío que he tenido alrededor: mentes crecía: guapo, rico y privilegiado.

Pero hay cierta tristeza en él a la que me es imposible dar la espalda. Un lado sensible bajo ese cuerpo perfecto. Burlarme de él a ratos es una cosa, ¿pero entregarle mi corazón?

Debería haberlo pensado antes...

Mantener una relación profesional con mis empleados nunca ha sido un problema. Hasta que Billie Black se presenta en mi propiedad.

Billie tiene talento, no sabe mantenerse callada y es jodidamente tentadora. No podemos dejar de rozarnos desde el momento en que nos conocemos. Y aquí es difícil mantener las distancias. Y todavía es más difícil evitar que esa fricción se convierta en fuego.

Billie lo tiene todo, es una mujer inteligente con un cuerpo con el que fantaseo a todas horas, y posiblemente la única mujer que puede salvar mi negocio... y a mí.

Me vuelve loco en todos los sentidos de la palabra. Deseo sus labios, su confianza, su alma... Lo quiero todo.

Pero ¿cuál será el precio que tenga que pagar por ello?

Porque, de repente, no solo quiero que mis caballos ganen carreras: también quiero conquistar a esa chica.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Ganar a toda costa



ESA NOCHE

K. I. LYNN



Esa noche fue sin duda la mejor de mi vida. Una noche mágica con el hombre de mis sueños.

Pero a partir de ahí, todo se torció. Tías semanas de silencio por su parte y una prueba de embarazo positiva, lo único seguro era que estaba a punto de entrar en modo pánico total.

Hasta que llegué a la sala de reuniones de la empresa donde trabajo y me encontré al hombre de mis sueños —y padre de mi futuro hijo— sentado a la cabecera de la mesa.

Resultó que el vicepresidente financiero de la empresa no era un viejo aburrido con el pelo blanco.

Aun así, vivíamos en ciudades diferentes, teníamos un bebé en camino, técnicamente era mi jefe... y entre nosotros se palpaba una intensa atracción que no creo que fuéramos capaces de luchar.

¿Qué podía salir mal?

Definitivamente mi vida se acababa de complicar aún más todavía.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Esa noche



MI GUARDIÁN

SINOPSIS



Soy el mejor en mi trabajo, y prueba de ello es que he sido contratado por personas tan relevantes como presidentes, empresarios, actrices, modelos... Mi éxito me ha llevado a viajar por diferentes partes del mundo y a asegurarme de que nada les suceda a quienes protejo. Siempre he tenido claras mis normas:

Proteger en todo momento al cliente.

No involucrarme sentimentalmente con el cliente.

Sin embargo, nada me había preparado para conocer a Violet Sneathouse, mi nueva protegida, una joven bailarina de ballet de la que me es imposible permanecer alejado. Todo en Violet me vuelve loco, desde su forma de recogerse el pelo y mostrar su cuello hasta su enorme y sensual sonrisa cuando me ve todas las mañanas.

Nunca antes he roto esas normas, pero ahora ya no estoy tan seguro de ello...

Vivo en una jaula de oro. En un principio esto puede no ser un problema a ojos de los demás, pero cuando eres la hija del empresario más famoso y rico del Reino Unido, tu lista de obligaciones es más larga y pesada que la de tus derechos, así que mi vida no era tan perfecta como parecía. Ahora, además, un acosador ha comenzado a seguirme día y noche...

Allí fue donde conocí a Bruno Schoenarts, mi nuevo guardaespaldas. Alto, fuerte y con un par de ojos azules tan fríos como el hielo, supe desde el primer momento que no dejaría que nada me sucediera, a pesar de odiarme con todas sus fuerzas por algún motivo que desconozco.

Sin embargo, cada vez que estamos solos, siento que todo aquello que nos separa nos hace estar más unidos, y no puedo evitar sentir una intensa atracción por ese hombre que vive bajo mi mismo techo.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Mi guardián





Ganar a toda costa

Silver, Elsie

9788419301611

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vaughn Harding es mi nuevo jefe. Tiene negocios familiares en Vancouver, pero también es el propietario de este rancho, en el que cada vez pasa más tiempo. Disfruto de nuestros combates verbales,

pero hace tiempo me autoimpuse alejarme de este tipo de hombres. Estar cerca de Vaughn puede ser un suicidio en mi trayectoria profesional como entrenadora de caballos de carreras. Soy la nueva responsable del rancho y de un caballo con problemas que he prometido convertir en todo un ganador. Tengo muchos planes, y no voy a permitir que un hombre me distraiga. Por mucha electricidad que haya cuando nos miramos o por mucho que mi cuerpo entre en combustión cuando nos rozamos. Vaughn es un vívido recuerdo de cada tío que he tenido alrededor mientras crecía: guapo, rico y privilegiado. Pero hay cierta tristeza en él a la que me es imposible dar la espalda. Un lado sensible bajo ese cuerpo perfecto. Burlarme de él a ratos es una cosa, ¿pero entregarle mi corazón? Debería haberlo pensado antes... Mantener una relación profesional con mis empleados nunca ha sido un problema. Hasta que Billie Black se presenta en mi propiedad. Billie tiene talento, no sabe mantenerse callada, y es jodidamente tentadora. No podemos dejar de retarnos desde el momento en que nos conocemos. Y aquí es difícil mantener las distancias. Y todavía es más difícil evitar que esa fricción se convierta en fuego. Billie lo tiene todo, es una mujer inteligente con un cuerpo con el que fantaseo a todas horas, y posiblemente la única mujer que puede salvar mi negocio..., y a mí. Me vuelve loco en todos los sentidos de la palabra. Deseo sus labios, su confianza, su alma... Lo quiero todo. Pero ¿cuál será el precio que tenga que pagar por ello? Porque, de repente, no solo quiero que mis caballos ganen carreras, también quiero conquistar a esa chica.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Pack Silvia Sancho

Sancho, Silvia

9788419301673

900 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EL VERANO QUE APRENDIMOS A VOLAR Un camping de montaña. Un verano a punto de comenzar. Un descarado profesor de tenis y una recepcionista sin pelos en la lengua. Dos amantes

dispuestos a embarcarse en un viaje a través de sus sentimientos, cuyo final ya está marcado en el calendario. ¿Qué será de Asier y Lara cuando septiembre anuncie que el vuelo ha terminado? Las lectoras han opinado: «¡Este libro es precioso! De principio a fin te atrapa y no puedes parar de leer. Es totalmente adictivo». «¡Qué manera de transportarnos a un verano y vivirlo con ellos!». «Me ha encantado. Personajes con una historia muy real... Como la vida misma». LA LOCURA DE SALTAR CONTIGO Una boda. Un montón de chupitos. El mejor amigo del novio, un abogado serio y formal, y la mejor amiga de la novia, una mujer indomable. Dos polos opuestos atraídos por una química que deben ignorar, porque volver a acostarse es la mayor locura que podrían cometer jamás. ¿Conseguirán Daniel y Natalie resistir la tentación de saltar a los brazos del otro? Las lectoras han opinado: «La locura de no parar de reír y emocionarte». «¡Increíblemente envolvente! Recomendable mil por mil». «Una historia preciosa de amor y respeto, de superación y valor, de coraje y dignidad». LA AVENTURA DE SOÑAR DESPIERTOS Una oficina. Unos cuantos secretos. Un diseñador gráfico que no cree en el amor y una administrativa romántica empedernida. Dos corazones en juego en una aventura tan arriesgada como para cambiarles la vida para siempre. ¿Se atreverán Sergio y Greta a soñar juntos? Las lectoras han opinado: «Esta novela te hará enamorarte del amor». «Te mantiene todo el tiempo con las emociones a flor de piel». «Está escrito con tanta empatía, con un lenguaje tan claro que es como si tu mejor amiga te contara su historia».

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Las noches que te debo

Delevigne, Emily

9788419301680

305 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Me llamo Rain Sheridan y he tenido que tragarme mi orgullo y regresar a Nantucket, mi hogar, después de diez años sin pisar la isla. Me hice la promesa de no volver tras la muerte de mi padre,

pero la salud de mi madre ha empeorado y sé que mi hermana no puede encargarse de todo. Sin embargo, nada me había preparado para que en mi primera noche en la isla me encontrase con Zack Levine, un empresario alto y de ojos azules con el que he terminado pasando una ardiente noche de pasión. A pesar de que ambos deseamos más, me he intentado hacer a la idea de que esto ha sido solo una aventura. Pero ahora no puedo dejar de pensar en él... Me llamo Zack Levine y soy uno de los empresarios más ricos de Nantucket. Soy dueño de varios restaurantes y del mejor hotel de la isla. Las mujeres han dejado de ser importantes en mi vida y solo me centro en mi trabajo. O eso pensaba hasta que hace nada coincidí con Rain Sheridan. Sabía que había estado fuera más de diez años y que no debía liarme con ella, pero la química sexual que hay entre nosotros fue incontenible e hizo que pasáramos una noche mágica juntos. Nos dijimos que sería eso, una noche y nada más, pero yo siempre consigo todo lo que quiero, y ahora la quiero a ella.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Por supuesto que no es él

G., Whitney

9788419301376

300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Lo único que quería en mi trigésimo cumpleaños era una noche de locura de la que me acordase toda la vida... Y en vez de eso, acabé embarazada de mi jefe. Vale, espera. Antes de que empieces a

juzgarme —que te estoy viendo—, la verdad es que no sabía que era mi jefe en esos momentos. Lo único que vi fue al hombre más sexy con el que me había tropezado nunca, con acento británico incluido, y unos labios que me devoraron durante horas en la cama. un así, cuando se comportó como un gilipollas y asumió que iba a haber una segunda ronda después de haber dicho que mi apartamento se parecía a «una caja de cerillas», le di la patada y esperé no volver a verle nunca más. Hasta cuatro semanas más tarde... Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba «tardando», cuando veinte pruebas de embarazo distintas me confirmaron la verdad que no quería reconocer. Y justo cuando pensaba que tendría que pasarme otras cuatro semanas más buscándole, entró tan tranquilo por las puertas de mi empresa, y mi supervisor nos anunció que era nuestro nuevo director general. Pero es que eso no es ni siquiera lo peor. Ni de lejos. Resulta que ese hombre ocultó un secreto la noche en que nos conocimos, y los siguientes ocho meses iban a ser mucho más complicados de lo que jamás podría haberme imaginado...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Tentar al playboy

Madison, Natasha

9788419301635

310 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

playboy (Voz ingl.) 1. m. Hombre, generalmente rico y atractivo, de vida ociosa y sexualmente promiscua. Sinónimos: socialité, buscador de placer. Noah Lo tengo todo: soy rico y guapo y puedo

tener a la mujer que quiera. Hasta que la conozco a ella y todo mi universo recibe una patada en el culo, porque Kaleigh no quiere saber nada de mí. Kaleigh Nunca repito una cita con nadie. Así hay menos posibilidades de que me rompan el corazón. Hasta que mis ojos aterrizan sobre el único hombre por el que rompería mi norma. Ella cree que puede huir de mí. Que voy a dejar que se me escape. Él cree que puede hacerse con una mujer como yo. No tiene ni idea. Un hombre que lo tiene todo necesita solo una cosa: a alguien que le tienta. Solo tienes que ver cómo tiento al playboy...

[Cómpralo y empieza a leer](#)